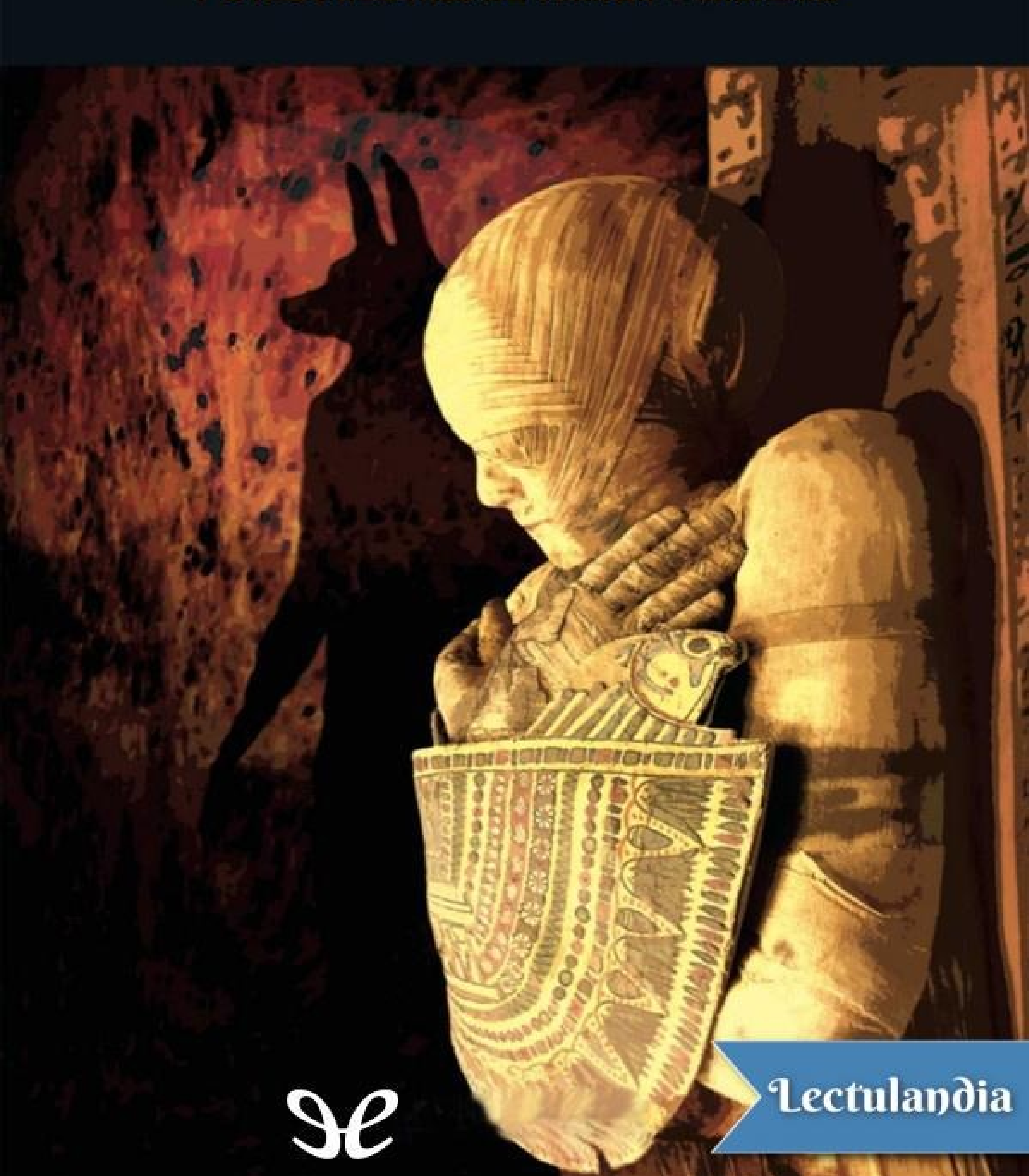
ARTHUR CONAN DOYLE

LOTE NÚM. 249

Y OTROS RELATOS DE TERROR Y MISTERIO



Arthur Conan Doyle (1859-1930), es quizá el caso paradigmático del escritor que abordó todos los géneros literarios con singular destreza, creando además personajes inolvidables. Sherlock Holmes, en la literatura de crimen y misterio; el profesor Challenger, en la peripecia aventurera, e incluso de ciencia ficción; *sir* Nigel y el brigadier Gerard, en la novela y relato de recreación histórica… El presente volumen recoge once relatos de terror y misterio donde Conan Doyle aborda con maestría diferentes temas de la literatura fantástica. Así, en «Lote núm. 249», nos enfrentamos a los extraordinarios acontecimientos desencadenados por un egiptólogo sin escrúpulos al manipular una momia egipcia. «El parásito» describe la angustia y el terror de un científico víctima de un proceso de vampirización espiritual. «El gran experimento de Keinplatz» narra en clave de humor las imprevisibles consecuencias de un experimento de hipnosis. «El cofre pintado a franjas» y «La relación de J. Habakuk Jephson» nos enfrentan a los misterios del mar. «Espanto» en las alturas sugiere la angustiosa posibilidad de la existencia de seres informes que moran en las capas altas de la atmósfera. Finalmente, en «El caso de lady Sannox» el deseo de venganza y castigo alcanza una dimensión de espanto casi epidérmico.

Arthur Conan Doyle

Lote núm. 249 y otros relatos de terror y misterio

ePub r1.0
Titivillus 23-04-2021

Título original: *Lot No. 249 and other stories*
Arthur Conan Doyle, 2014
Traducción: Amando Lázaro Ross

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Lote núm. 249

Es posible que no pueda pronunciarse jamás un juicio absoluto y definitivo acerca de las relaciones de Edward Bellingham con William Monkhouse Lee, ni sobre la causa que motivó el gran terror de Abercrombie Smith. Es verdad que poseemos un relato completo y claro del propio Smith, así como determinadas corroboraciones que pudo encontrar en hombres como Thomas Styles, el sirviente; del reverendo Plumptree Peterson, miembro del Old College, y de otras personas que tuvieron oportunidad de obtener una visión pasajera de éste o aquel incidente, dentro de una singular cadena de sucesos. No obstante, en lo esencial, la historia se apoya sólo en el testimonio de Smith, y la mayoría se inclinará a pensar que es más probable que un cerebro aparentemente sano sufra una sutil deformación en su textura, algún extraño defecto en su funcionamiento, que el hecho de que se haya transgredido el camino de la Naturaleza, a pleno día, en un centro de enseñanza tan afamado como la Universidad de Oxford. Sin embargo, cuando nos paramos a pensar en lo estrecho y tortuoso que es ese sendero de la Naturaleza, en lo confusamente que podemos trazarlo, a pesar de todas las luces de la ciencia, y en cómo surgen misteriosamente de la oscuridad que lo rodea enormes y terribles posibilidades, llegamos a la conclusión de que tiene que ser audaz y seguro de sí mismo el hombre capaz de poner un límite a los extraños senderos laterales por los que puede vagar el espíritu humano.

En la esquina de una de las alas de lo que llamaremos el Old College de Oxford se alza una antiquísima torre. El pesado arco que se extiende sobre el hueco de la puerta ha declinado bajo el peso de los años, y los bloques de piedra gris mordida por el liquen están unidos por tallos y filamentos de hiedra, como si la vieja madre se hubiera esforzado por asegurarlos contra el viento y la intemperie. Desde la puerta asciende en espiral una escalera de piedra, con dos descansillos intermedios y un tercero donde concluye. Los peldaños están desgastados y deformados por las pisadas de las generaciones de buscadores del conocimiento que se han ido sucediendo. La vida se ha deslizado como el agua por los escalones de la sinuosa escalera y, como el

agua, ha dejado atrás estos surcos de piedra desgastada. Desde los pedantes estudiosos de largas togas de los tiempos de Plantagenet hasta los jóvenes calaveras de épocas posteriores, qué pletórica y fuerte ha sido esa corriente de joven vida inglesa. ¿Y qué queda ahora de todas aquellas esperanzas, de todas aquellas aspiraciones, de toda aquella energía impetuosa, excepto unas cuantas letras grabadas sobre la piedra en algún viejo cementerio, y acaso un puñado de polvo en un féretro carcomido? Sin embargo, allí permanecía la silenciosa escalera y el viejo muro gris, con sus bandas, sautores y otros emblemas heráldicos, como si fueran sombras grotescas proyectadas desde los tiempos pasados.

En el mes de mayo de 1884 tres hombres ocupaban los grupos de habitaciones que daban a los distintos descansillos de la vieja escalera. Cada grupo constaba simplemente de un cuarto de estar y un dormitorio, mientras que las dos habitaciones correspondientes de la planta baja se empleaban, una como carbonera, y la otra como vivienda del sirviente Thomas Styles, cuya ocupación principal consistía en atender a los tres hombres de arriba. A derecha e izquierda había una hilera de salas de conferencias y despachos, de manera que los habitantes de la vieja torre disfrutaban de cierta independencia, lo cual confería a estos aposentos una gran popularidad entre los estudiantes más aplicados. Así eran los tres estudiantes que las ocupaban ahora: Abercrombie Smith en el piso superior, Edward Bellingham en el intermedio, y William Monkhouse Lee en el inferior.

Eran las diez en punto de una noche clara de primavera y Abercrombie Smith descansaba en su sillón con los pies apoyados sobre el guardafuego y la pipa de eglantina entre los labios. Al otro lado de la chimenea, en un sillón similar y en actitud igualmente cómoda, descansaba su viejo amigo de escuela Jephro Hastie. Los dos hombres vestían traje de franela, pues habían pasado la tarde en el río. Pero, aparte de los trajes, bastaba fijarse en sus rostros despiertos, de rasgos marcados, para darse cuenta de que eran hombres que gustaban del aire libre, hombres cuya voluntad y gustos se dirigían de forma natural hacia todo lo que fuera masculino y enérgico. Hastie, desde luego, era primer remero de la embarcación de su colegio, y Smith era incluso mejor remero que él, pero los exámenes proyectaban ya su sombra sobre ellos y Smith estaba volcado en el trabajo, salvo unas pocas horas a la semana que dedicaba a su salud. Un montón desordenado de libros de medicina, huesos, modelos y placas anatómicas diseminados sobre la mesa, revelaban la extensión y la naturaleza de sus estudios, mientras que un par de *sticks* y un juego de guantes de boxeo colocados encima de la chimenea indicaban los

medios de que se valía, con la ayuda de Hastie, para realizar sus ejercicios de la forma más cómoda y regular. Los dos amigos se conocían muy bien… tan bien que podían estar sentados en medio de un silencio tranquilizador, lo cual constituye el más alto desarrollo de la amistad.

—Toma un poco de *whisky* —dijo por fin Abercrombie Smith entre dos nubes de humo—. Hay escocés en la jarra e irlandés en la botella.

—No, gracias, me estoy preparando para las regatas. No bebo cuando estoy entrenando. Y tú, ¿no bebes?

—Estoy estudiando duro. Creo que es mejor prescindir de ello.

Hastie asintió con un movimiento de cabeza y volvieron a caer en un silencio acogedor.

—A propósito, Smith —preguntó Hastie al poco tiempo—, ¿no te has relacionado todavía con los dos tipos de la escalera?

—Nos saludamos cuando nos encontramos. Nada más.

—¡Hum! Pues yo me inclinaría a dejarlo en ese punto. Tengo información sobre ellos. No demasiada, pero me basta. Si estuviera en tu lugar, no creo que intimase con ellos. Y con esto no quiero decir nada malo de Monkhouse Lee.

—¿Te refieres al delgado?

—Exacto. Es un tipo distinguido. No creo que tenga ningún vicio. Pero no puedes tratar con él sin tratar también con Bellingham.

—¿El gordo?

—Sí, el gordo. Es un hombre al que yo preferiría no conocer.

Abercrombie Smith arqueó las cejas y miró fijamente a su compañero.

—¿Qué pasa con él? —preguntó—. ¿Bebe? ¿Juega a las cartas? ¿Es un canalla? Tú no sueles ser tan crítico.

—¡Ah! Está claro que no le conoces, de lo contrario no me preguntarías. Hay algo detestable en ese individuo… algo que recuerda a los reptiles. Me da asco. Yo le clasificaría como un hombre con vicios secretos… un bilioso perverso. Aunque no es tonto. Dicen que en su especialidad es uno de los mejores que han pasado por este colegio.

—¿Medicina o clásicas?

—Lenguas orientales. Es un verdadero demonio para las lenguas. Hace tiempo se lo encontró Chillingworth en algún lugar situado por encima de la segunda catarata, y me contó que hablaba con los árabes como si hubiera nacido y le hubieran destetado y criado entre ellos. Hablaba copto con los coptos, hebreo con los judíos y árabe con los beduinos, y todos ellos habrían estado dispuestos a besarle la levita. En aquellas regiones hay viejos

ermitaños que viven en las rocas y se mofan y escupen a los extranjeros casuales que pasan por allí. Pues bien, en cuanto veían al tal Bellingham, antes de que pronunciara cinco palabras, ya estaban ellos con la panza en el suelo, haciendo contorsiones. Chillingworth aseguraba que nunca había visto algo semejante. Y Bellingham, al parecer, se lo tomaba como un derecho, y se paseaba pavoneándose entre ellos y les hablaba dándose aires de superioridad como si fuera su viejo tío holandés. No está mal para un estudiante del Old College, ¿verdad?

—¿Y por qué dices que no se puede tratar a Lee sin tratar también con Bellingham?

—Porque Bellingham está comprometido con su hermana Eveline. ¡Qué chica tan simpática, Smith! Conozco bien a toda la familia. Me repugna ver al bruto ese con ella. Un sapo y una paloma… eso es lo que me viene siempre a la mente.

Abercrombie Smith sonrió y vació la pipa golpeando la cazuela contra la pared de la chimenea.

—Amigo, has puesto todas las cartas sobre la mesa —dijo—. ¡Prejuicios, desconfianza y celos! No tienes nada realmente en contra del tipo excepto eso.

—Bueno, yo la conozco desde que levantaba del suelo lo que esta pipa de cerezo, y no me hace gracia verla correr riesgos. Y éste es un riesgo. Ese hombre parece una bestia. Y tiene el carácter de una bestia… un carácter venenoso. ¿Te acuerdas de su pelea con Long Norton?

—No. Siempre olvidas que soy nuevo.

—Ocurrió el invierno pasado, tienes razón. Bueno, ya conoces el camino de sirga que hay a lo largo del río. Por él marchaban varios compañeros, con Bellingham a la cabeza, cuando se encontraron con una vieja del mercado que venía en dirección contraria. Había llovido —ya sabes cómo se ponen esos campos cuando llueve— y el camino discurría entre el río y un gran charco casi tan ancho como el propio río. Bien, ¿qué hizo ese cerdo? No ceder el paso y empujar a la vieja, que cayó al barro con todas sus mercancías y quedó hecha un verdadero desastre. Fue una maldita canallada, y Long Norton, que es un tipo educado, le dijo lo que pensaba al respecto. Una palabra llevó a otra, y al final Norton terminó por aporrear las espaldas de su compañero con el bastón. Se produjo un alboroto tremendo, y ahora es un placer ver de qué manera mira Bellingham a Norton cuando se encuentran. ¡Por Júpiter, Smith, son casi las once!

—No hay prisa. Enciende otra pipa.

—No puedo. Se supone que estoy entrenando. Estoy sentado aquí, chismorreando, cuando debería estar a salvo en la cama. Cogeré prestada tu calavera, si puedes prescindir de ella. Le dejé la mía a Williams durante un mes. Me llevaré también estos huesecillos del oído, si estás seguro de que no vas a necesitarlos. Muchas gracias. No me hace falta una maleta, puedo llevarlos perfectamente bajo el brazo. Buenas noches, amigo, y sigue mis consejos acerca de tu vecino.

Cuando dejó de oírse el eco de las pisadas de Hastie, que iba cargado con su botín anatómico por la tortuosa escalera, Abercrombie Smith arrojó la pipa al canasto de los papeles, acercó la silla a la lámpara y se sumergió en el estudio de un formidable mamotreto de tapas verdes, ilustrado con grandes mapas a colores de aquel extraño reino interior del cual somos monarcas incapaces y desventurados. Aunque nuevo en Oxford, no lo era en el estudio de la medicina, pues había trabajado cuatro años en Glasgow y en Berlín, y si pasaba el examen que se avecinaba, entraría a formar parte de la profesión médica. Con su boca grave y severa, su frente amplia y unos rasgos bien perfilados, aunque algo duros, era un hombre que si bien no tenía un talento brillante, era tan tenaz, tan paciente y enérgico que al final podía alcanzar a los genios más notables. Un hombre capaz de mantener su terreno entre escoceses y alemanes del norte no retrocede con facilidad. Smith había dejado una reputación en Glasgow y Berlín, y ahora se proponía hacer otro tanto en Oxford, si el trabajo duro y la abnegación se lo permitían.

Llevaba estudiando cerca de una hora, y las manecillas del ruidoso reloj colocado en un lateral de la mesa iban rápidamente a juntarse encima del número doce, cuando un sonido inesperado llegó a los oídos del estudiante… un sonido agudo y estridente, como el jadeo dificultoso de un hombre sometido a una fuerte emoción. Smith dejó el libro y ladeó la cabeza para escuchar. No se oía nada ni a derecha ni a izquierda, ni por encima de él, de modo que aquella interrupción provenía seguramente del vecino de abajo, el mismo vecino del que Hastie acababa de darle informes tan desagradables. Smith apenas sabía nada de él, salvo que era un hombre de cara pálida y fofa, entregado al silencio y al estudio, un hombre cuya lámpara proyectaba un haz de luz desde la vieja torre incluso después de que él hubiera apagado la suya. Ese hábito compartido de estudiar hasta altas horas de la noche había creado entre ellos una especie de vínculo silencioso. Cuando las horas se deslizaban calladamente hacia el amanecer, Smith se sentía aliviado al saber que había alguien en su cercanía que concedía tan poco valor como él al sueño. Incluso ahora, al dirigir sus pensamientos hacia él, sentía cierta simpatía. Hastie era

un buen tipo, pero algo tosco y nervioso, desprovisto de imaginación o simpatía. No podía tolerar que alguien se apartara de lo que él consideraba el modelo tipo de lo masculino. Si un hombre no podía ser medido de acuerdo con el reglamento de una escuela pública, entonces era inaceptable para Hastie. Al igual que la mayoría de los hombres de cuerpo robusto, tenía tendencia a confundir la constitución con el carácter, a atribuir una falta de principios morales a lo que en realidad no era más que un problema de circulación sanguínea. Smith, que poseía una mente más despierta, conocía el carácter de su amigo, y lo tuvo en consideración ahora que sus pensamientos se dirigían hacia el hombre que vivía debajo de él.

No se había vuelto a producir aquel extraño sonido, y Smith estaba a punto de reanudar su trabajo una vez más, cuando el silencio de la noche fue quebrado por un grito sordo, un verdadero quejido, como el de un hombre zarandeado violentamente más allá de su capacidad de control. Smith saltó de la silla y dejó el libro. Era un hombre de nervios templados, pero había algo en aquel repentino e incontrolado alarido de horror que le heló la sangre y le puso la piel de gallina. El hecho de que se produjera en un lugar como aquél y a una hora semejante, le hizo imaginar un millar de fantásticas posibilidades. ¿Debería bajar corriendo, o sería mejor esperar? Sentía esa especie de repugnancia nacional a hacer una escena y sabía tan poco de su vecino que se resistía a entrometerse alegremente en sus asuntos. Durante unos instantes le invadió la duda, pero mientras reflexionaba en el tema se escucharon en la escalera unos pasos precipitados y el joven Monkhouse Lee, a medio vestir y blanco como la ceniza, irrumpió en el cuarto.

—¡Baja! —jadeó—. Bellingham está enfermo.

Abercrombie Smith le siguió escaleras abajo hasta el cuarto de estar que había debajo del suyo y, a pesar de que su atención estaba concentrada en lo ocurrido, no pudo evitar echar un vistazo curioso a su alrededor. Nunca había visto una habitación semejante: parecía más un museo que un cuarto de estudio. Las paredes y el techo estaban cubiertos con un millar de extrañas reliquias de Egipto y de Oriente. Figuras altas y angulosas, algunas con pesados fardos y otras con armas, acechaban en un inculto friso que se extendía alrededor de las cuatro paredes. Por encima destacaban estatuas con cabeza de toro, de cigüeña, de gato, o de lechuza, junto a monarcas de ojos almendrados y coronas de víboras, y divinidades extrañas, como escarabajos, talladas en lapislázuli de Egipto. Horus, Isis y Osiris miraban furtivamente desde los nichos y estanterías, mientras que el cielo raso estaba cruzado por

un verdadero hijo del viejo Nilo, un cocodrilo enorme de mandíbula colgante, sujeto por una doble lazada.

En el centro de esta extravagante habitación se encontraba una gran mesa cuadrada, atestada de papeles, botellas y hojas secas de una planta elegante, similar a la palmera. Estos objetos dispares habían sido amontonados para dejar sitio a la caja de una momia, que había sido transportada desde la pared —como evidenciaba el hueco que quedaba allí— y colocada en la parte delantera de la mesa. La propia momia, una cosa horrenda, negra y arrugada, como una cabeza chamuscada en un arbusto retorcido, estaba casi fuera de la caja, con una mano que parecía más bien una garra y un huesudo antebrazo que descansaba encima de la mesa. Apoyado contra la pared de la caja había un amarillento rollo de papiro, y frente a él, en una silla de madera, estaba sentado el dueño de la habitación, con la cabeza hacia atrás y los ojos dilatados que miraban con horror hacia el cocodrilo que había colgado en el techo, en tanto que los labios amoratados y secos resoplaban pesadamente a cada exhalación de aire.

—¡Dios mío! Se está muriendo —gritó como un loco Monkhouse Lee.

Era un joven delgado, bien parecido, de cutis moreno y ojos negros, más cerca del tipo español que del inglés, y con una exageración céltica en sus maneras que contrastaba con la flema sajona de Abercrombie Smith.

—No es más que un desmayo, creo —dijo el estudiante de medicina—. Échame una mano. Cógele de los pies. Ahora al sofá. ¿Puedes tirar de un puntapié todos esos pequeños demonios de madera? ¡Vaya desorden! Ahora se recuperará si le desabrochamos el cuello y le damos un poco de agua. ¿Qué diablos le ha ocurrido?

—No lo sé. Escuché un grito y salí corriendo. Yo trato mucho con él, ya sabes. Has sido muy amable al venir.

—Su corazón late como un par de castañuelas —dijo Smith, colocando la mano en el pecho de aquel hombre inconsciente—. Me parece que el miedo le ha dejado fuera de combate. ¡Échale un poco de agua! ¡Vaya cara que tiene!

Desde luego, era una cara extraña y de lo más repelente, pues el color y el perfil eran igualmente antinaturales. No estaba pálida, al menos no con la palidez propia del miedo, sino con una blancura exangüe, como la cara inferior de un lenguado. Era muy gordo, pero daba la impresión de haber sido todavía más gordo en otro tiempo, porque la piel le colgaba fofa, con arrugas y pliegues, y la cara aparecía surcada por multitud de arrugas. Sus cabellos eran de color oscuro, duros y erizados como cerdas, y tenía unas orejas gruesas y arrugadas que sobresalían a cada lado. Los ojos de color gris claro

estaban abiertos todavía, las pupilas dilatadas y los globos de los ojos como perdidos en una mirada de horror. Mientras le examinaba, Smith tenía la impresión de no haber visto jamás de forma tan evidente como en aquel rostro las señales de peligro que suele colocar la naturaleza, y sus pensamientos volvieron con mayor seriedad a las advertencias que Hastie le había hecho tan sólo una hora antes.

—Pero ¿qué demonios ha podido asustarle así? —preguntó.

—La momia.

—¿La momia? ¿Por qué?

—No lo sé. Es monstruosa y mórbida. Me gustaría que se deshiciera de ella. Éste es el segundo susto que me da. El pasado invierno ocurrió lo mismo. Me lo encontré igual, con esa cosa horrible frente a él.

—Pero ¿qué pretende hacer con la momia?

—Bueno, es un maniático. Es su afición. Sabe más sobre estas cosas que cualquier hombre en Inglaterra. Yo preferiría que no supiera tanto… Creo que vuelve en sí.

Una pizca de color empezó a extenderse por las lívidas mejillas de Bellingham, y sus párpados se estremecieron levemente, como la vela de una embarcación después de una calma chicha. Apretó y abrió las manos, respiró de forma profunda y lenta entre dientes, sacudió la cabeza y lanzó una mirada de reconocimiento a su alrededor. Cuando sus ojos se posaron en la momia, saltó del sofá, agarró el rollo de papiro y lo arrojó dentro de un cajón. Después lo cerró con llave y volvió tambaleándose al sofá.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué queréis, muchachos?

—Te pusiste a gritar y armaste un jaleo de mil diablos —dijo Monkhouse Lee—. No sé lo que habría hecho contigo si nuestro vecino de arriba no hubiera acudido en tu ayuda.

Bellingham hundió la cabeza entre las manos y estalló en una recalcitrante risa histérica.

—¡Basta! ¡Déjalo ya! —exclamó Smith, sacudiéndole bruscamente la espalda—. Tienes los nervios de punta. Tienes que olvidar por esta noche esos juegos con las momias, o acabarás chiflado. Ahora mismo estás como un hilo de telégrafo.

—Me pregunto —dijo Bellingham— si tú estarías tan sereno como yo si hubieses visto…

—¿Qué?

—¡Oh, nada! Me pregunto si serías capaz de permanecer de noche con una momia sin que se te alterasen los nervios. No dudo que tengas razón.

Puede que haya trabajado demasiado últimamente, pero estoy bien ahora. No te vayas, por favor. Espera unos minutos, hasta que me haya tranquilizado.

—La atmósfera de la habitación está muy cargada —señaló Lee, abriendo la ventana y dejando que entrara el aire frío de la noche.

—Es resina balsámica —dijo Bellingham. Cogió una de las hojas secas que había encima de la mesa y la retorció encima del tubo de la lámpara. La hoja dejó escapar pesadas volutas de humo y la habitación se llenó de un aroma espeso y picante—. Ésta es la planta sagrada… la planta de los sacerdotes —remarcó—. ¿Conoces algo de las lenguas orientales, Smith?

—Nada. Ni una palabra.

La respuesta pareció quitarle un peso de encima al egiptólogo.

—A propósito —continuó—, ¿cuánto tiempo transcurrió desde que bajaste hasta que recobré mis sentidos?

—No mucho. Cuatro o cinco minutos.

—Ya me imaginaba que no podía haber sido mucho —dijo, respirando profundamente—. Pero ¡qué extraña es la inconsciencia! No existe medida para ella. Yo no podría decir, según mis propias sensaciones, si fueron segundos o semanas. Ese caballero que está encima de la mesa fue embalsamado en los tiempos de la undécima dinastía, hace unos cuarenta siglos, pero si pudiera accionar su lengua nos diría que ese lapso de tiempo no ha sido más que un abrir y cerrar de ojos. Es una momia especialmente distinguida, Smith.

Smith se acercó a la mesa y examinó con mirada profesional la forma negra y retorcida que tenía delante. Aunque horriblemente descoloridas, las facciones se conservaban perfectas, y dos ojillos parecidos a avellanas seguían acechando desde las profundidades de las cuencas negras y cavernosas. La piel, cubierta de erupciones, aparecía tirante de un hueso a otro, y una maraña de cabellos gruesos y negros le caía por encima de las orejas. Dos dientes finos, semejantes a los de una rata, sobresalían por encima del labio inferior. Tal y como estaba, en una postura encogida, con las articulaciones dobladas y la cabeza estirada, aquel engendro horroroso sugería una vitalidad tan grande que el propio Smith se sobresaltó. Las costillas chupadas, recubiertas por algo que parecía pergamino, estaban al descubierto, y el abdomen hundido y de color plomizo, mostraba la larga hendidura donde el embalsamador había dejado su marca. Sin embargo, los miembros inferiores estaban envueltos en un tosco vendaje amarillento. Desparramados por el cuerpo y el interior de la caja se veían pequeños trozos de algo similar a clavos de mirra y de casia.

—Ignoro su nombre —dijo Bellingham, pasando la mano sobre la arrugada cabeza—. Como ves, el sarcófago exterior, que es el que lleva las inscripciones, se ha perdido. El título que tiene ahora es Lote 249. Está escrito en la caja. Ése es el número que tenía en la subasta donde lo adquirí.

—En sus tiempos debió de ser un tipo atractivo —observó Abercrombie Smith.

—Fue un gigante. La momia mide seis pies y siete pulgadas, y eso le convertiría en un gigante, porque los egipcios no fueron una raza demasiado robusta. Palpe también estos huesos grandes y abultados. Debió ser un tipo poco recomendable para discutir con él.

—Quizás estas mismas manos ayudaron a colocar las piedras de las pirámides —sugirió Monkhouse Lee, observando con repugnancia los talones torcidos y sucios.

—Ni mucho menos. Este tipo fue conservado en natrón y cuidado con el estilo más refinado. No daban ese tratamiento a los simples peones. Con sal y betún tenían suficiente. Se calcula que esta clase de tratamiento venía a costar unas setecientas treinta libras de nuestra moneda actual. Nuestro amigo debió ser noble, por lo menos. ¿Qué piensas de esa pequeña inscripción que tiene cerca del pie, Smith?

—Ya te he dicho que no conozco ninguna lengua oriental.

—Ah, es cierto. Es el nombre del embalsamador, creo. Debe de haber sido un artesano muy concienzudo. Me gustaría saber cuántas obras modernas sobrevivirían durante cuatro mil años.

Siguió hablando en tono desenfadado y animado, pero a Abercrombie Smith le parecía evidente que todavía le palpitaba el corazón de miedo. Le temblaban las manos, el labio inferior se estremecía levemente, y sus ojos, dondequiera que mirasen, se detenían siempre en su horrible compañero. Pero, a pesar del miedo, en el tono de voz y en sus maneras se adivinaba la satisfacción del triunfo. Le brillaban los ojos, y sus pasos, cuando caminaba por la habitación, eran firmes y confiados. Daba la impresión de un hombre que ha pasado por una experiencia terrible, cuyas marcas permanecen todavía patentes en el cuerpo, pero que le había ayudado a conseguir su objetivo.

—¿Te vas ya? —exclamó cuando Smith se levantó del sofá.

Parecía que el miedo le asaltaba de nuevo ante la perspectiva de volver a la soledad, y extendió una mano para detenerle.

—Sí, debo irme. Tengo que volver a mis estudios. Ya estás bien, aunque tal y como tienes el sistema nervioso creo que sería recomendable que dejaras de lado tus morbosos estudios.

—Oh, por lo general no soy nervioso. No es la primera vez que le quito el vendaje a una momia.

—La última vez te desmayaste —observó Monkhouse Lee.

—Ah, sí, es cierto. Bueno, debo tomar algún tónico para los nervios o un tratamiento de electricidad. Lee, tú no te vas, ¿verdad?

—Lo haré si lo deseas, Ned.

—Entonces bajaré contigo y me tumbaré un rato en tu sofá. Buenas noches, Smith. Siento haberte molestado con mi imprudencia.

Se estrecharon las manos y, mientras el estudiante de medicina subía por la irregular escalera, escuchó el sonido de una llave en la cerradura y los pasos de sus dos nuevos conocidos, que descendían al piso inferior.

* * *

De esta extraña manera comenzó la amistad entre Edward Bellingham y Abercrombie Smith, una amistad que este último, al menos, no deseaba llevar más lejos. Bellingham, sin embargo, parecía haberse encaprichado con su vecino de lenguaje rudo, y sus atenciones alcanzaron tal grado que Smith a duras penas podía rechazarlas sin dar muestras de una absoluta brutalidad. Dos veces llamó a Smith para agradecerle su ayuda, y después fue a visitarle repetidamente con libros, documentos y toda clase de atenciones que dos vecinos solteros pueden ofrecerse recíprocamente. Pronto tuvo Smith ocasión de comprobar que se trataba de un hombre de vastas lecturas, con vocación universalista y una extraordinaria memoria. Además, sus modales eran tan exquisitos y agradables que al cabo de un tiempo uno pasaba por alto su aspecto repelente. Para un hombre cansado y aburrido del trabajo Bellingham no resultaba un compañero desagradable, y con el correr de los días Smith se vio a sí mismo esperando con interés estas visitas, e incluso devolviéndoselas.

No cabía duda de que era un hombre extraordinariamente inteligente y, sin embargo, el estudiante de medicina creyó detectar en Bellingham una vena de locura, pues en ocasiones le sorprendía con manifestaciones grandilocuentes y fatuas que contrastaban con la simplicidad de su vida.

—Es maravilloso —exclamaba— sentir que uno puede dominar los poderes del bien y del mal… ya sea un ángel custodio o un demonio vengador.

También, en cierta ocasión, dijo de Monkhouse Lee:

—Lee es un buen muchacho, un muchacho honesto, pero carece de energía y ambición. No es un socio adecuado para un hombre capaz de grandes empresas. No es un socio adecuado para mí.

Cuando escuchaba estas insinuaciones e indirectas estúpidas, Smith se limitaba a chupar solemnemente su pipa, arqueaba las cejas y movía la cabeza, interponiendo pequeños consejos de sabiduría médica, como las virtudes de levantarse temprano y hacer vida al aire libre.

En los últimos tiempos Bellingham había contraído un hábito que Smith reconocía perfectamente como un heraldo de debilidad mental. Parecía estar hablando siempre consigo mismo. A altas horas de la noche, cuando no era posible que le visitara persona alguna, Smith oía su voz en el piso inferior, sosteniendo un monólogo apagado y cauto, hasta convertirse en un susurro, pero perfectamente audible en medio del silencio. Este parloteo solitario molestaba y distraía al estudiante, de modo que se vio obligado más de una vez a hablar del asunto con su vecino. Bellingham, sin embargo, se sonrojaba ante esta acusación y negaba de forma tajante que hubiera proferido sonido alguno. A decir verdad, se mostraba más molesto de lo que la situación parecía requerir.

Si Abercrombie Smith albergaba alguna duda acerca del testimonio de sus oídos no habría tenido que ir muy lejos para encontrar una confirmación. Tom Styles, el pequeño sirviente arrugado que venía atendiendo las necesidades de los moradores de la torre desde tiempos inmemoriales, estaba seriamente preocupado por el mismo tema.

—Perdóneme, señor —preguntó cierta mañana mientras efectuaba la limpieza del piso superior—, ¿cree usted que *Mr*. Bellingham está bien?

—¿Bien de qué, Styles?

—Sí, señor. Bien de la cabeza.

—¿Y por qué no va a estarlo?

—Bueno… no sé, señor. Ha cambiado sus costumbres últimamente. No es el mismo, aunque me atrevo a decir que no fue nunca un caballero de mi gusto, como *Mr*. Hastie o usted mismo, señor. Habla consigo mismo de una forma horrible. Me sorprende que no le moleste a usted. No sé qué hacer con él, señor.

—No sé por qué te preocupa, Styles.

—Pues me preocupa, *Mr*. Smith. Tal vez esté fuera de mi competencia, pero no puedo remediarlo. A veces me siento como el padre y la madre de mis jóvenes caballeros. Yo cargo con todo cuando las cosas se tuercen y se presentan los familiares. Pero *Mr*. Bellingham, señor… me gustaría saber quién se pasea a veces por su habitación cuando él está ausente y la puerta cerrada por fuera.

—¿Qué…? Estás diciendo tonterías, Styles.

—Puede que sí, señor, pero lo he oído más de una vez con mis propios oídos.

—Bobadas, Styles.

—Muy bien, señor. Toque la campanilla si me necesita.

Abercrombie Smith no dio ninguna importancia a las habladurías del anciano sirviente, pero pocos días después ocurrió un incidente que produjo un efecto desagradable en su espíritu y le trajo a la memoria las palabras de Styles.

Bellingham había subido a verle ya entrada la noche y le estaba entreteniendo con un interesante relato de las tumbas excavadas en las rocas de Beni Hassan, en el Alto Egipto, cuando Smith, cuyo oído era notablemente agudo, escuchó con claridad el sonido de una puerta que se abría en el descansillo de abajo.

—Alguien está entrando o saliendo de tu habitación —observó.

Bellingham se puso en pie de un salto y durante unos instantes permaneció sin saber qué hacer, con la expresión de un hombre dividido entre la incredulidad y el miedo.

—Creo que la cerré —tartamudeó—. Estoy casi seguro de que la cerré. Nadie ha podido abrirla.

—Ahora mismo estoy escuchando las pisadas de alguien que sube —dijo Smith.

Bellingham se precipitó afuera, cerró la puerta de golpe y corrió escaleras abajo. Smith le oyó detenerse a mitad de camino y creyó percibir el sonido de unos murmullos. Unos segundos después la puerta del piso de abajo se cerró, una llave chirrió en la cerradura y Bellingham, con la cara pálida y cubierta de gotas de sudor, subió las escaleras una vez más y entró en la habitación.

—Todo está en orden —dijo, dejándose caer en una silla—. Ha sido ese estúpido perro. Ha abierto la puerta a base de empujones. No entiendo cómo me olvidé de cerrarla.

—Ignoraba que tuvieses un perro —dijo Smith, examinando con expresión pensativa el rostro alterado de su compañero.

—Sí, lo tengo desde hace muy poco. Tengo que deshacerme de él. Es excesivamente incómodo.

—Debe serlo, si te resulta tan complicado tenerlo encerrado. Yo habría pensado que sería suficiente con cerrar la puerta, sin echar la llave.

—Quería evitar que el viejo Styles lo dejara salir. Es un perro valioso y me disgustaría perderlo.

—Yo también soy aficionado a los perros —dijo Smith, mirando fijamente a su compañero por el rabillo del ojo—. Tal vez pueda echarle una ojeada.

—Desde luego. Pero me temo que no puede ser esta noche. Tengo una cita. ¿Va bien aquel reloj? Entonces llevo ya un cuarto de hora de retraso. Discúlpame, por favor.

Cogió su gorra y salió apresuradamente de la habitación. A pesar de la cita, Smith le oyó entrar en su cuarto y echar la llave desde dentro.

Aquella conversación dejó una impresión desagradable en el ánimo del estudiante de medicina. Bellingham le había mentido, y lo había hecho de una forma tan burda que parecía que tenía razones casi desesperadas para ocultar la verdad. Sabía que su vecino no tenía perro. Sabía también que las pisadas que había oído en la escalera no pertenecían a un animal. ¿De quién eran, entonces? Había que considerar la declaración de Styles respecto a alguien que caminaba en la habitación cuando su dueño estaba ausente. ¿Se trataría de una mujer? Smith se inclinaba por esta suposición. En ese caso, si Bellingham fuera descubierto por las autoridades del colegio, sería expulsado de forma deshonrosa, lo que tal vez explicaría el motivo de su ansiedad y sus falsedades. Sin embargo, parecía imposible que un estudiante pudiera ocultar a una mujer en sus habitaciones sin que fuera descubierta inmediatamente. Cualquiera que fuese la explicación, se trataba de un asunto feo, y Smith, al volver a sus libros, decidió no alentar por más tiempo los intentos de intimar por parte de aquel vecino de palabras suaves y apariencia poco recomendable.

Pero su trabajo estaba destinado a ser interrumpido aquella noche. Apenas había retomado el hilo de sus estudios, se escucharon en la escalera las pisadas firmes y vigorosas de alguien que subía de tres en tres los peldaños, y Hastie, con chaqueta y pantalón de franela, irrumpió en la habitación.

—¡Estudiando todavía! —dijo, recostándose en la silla de madera—. ¡Vaya pájaro empollón! Me parece que aunque se produjera un terremoto y Oxford quedase convertido en un sombrero de tres picos, tú te quedarías tan tranquilo sentado con tus libros en medio de las ruinas. Pero no te voy a aburrir demasiado. Tres bocanadas de tabaco y desaparezco.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Smith, rellenando su pipa y apretando el tabaco con el dedo índice.

—No demasiadas. Wilson ha hecho setenta por los novatos contra el once titular. Dicen que jugará en lugar de Buddicomb, porque Buddicomb está bajo de forma. Antes era capaz de lanzar, pero ahora no pasa de medias voleas y pelotas largas.

—Medio derecha —sugirió Smith, con esa gravedad que adoptan los universitarios cuando hablan de deportes.

—Se inclina con demasiada rapidez, con un movimiento de pierna. Alarga el brazo unas tres pulgadas o así. Era horrible cuando el terreno estaba húmedo. A propósito, ¿has oído lo de Long Norton?

—No. ¿De qué se trata?

—Le han atacado.

—¿Atacado?

—Sí, cuando volvía de High Street, a cien yardas de la verja del Old.

—Pero ¿quién…?

—¡Ah, ése es el problema! Si dijeras «qué», estaría más de acuerdo con la gramática. Norton jura que no era humano y, desde luego, al examinar los arañazos del cuello, me siento inclinado a darle la razón.

—Entonces… ¿qué ha sido? ¿O es que nos las tenemos que ver con fantasmas?

Abercrombie Smith resopló con el típico desprecio del hombre de ciencia.

—Bueno, no. No creo que se trate de eso, claro está. Más bien me inclino a pensar que si algún domador ha perdido últimamente un gran mono, y la bestia merodea por esta zona, el jurado le haría pagar una buena factura. Norton pasaba todas las noches por ese camino, a la misma hora. Las hojas de un árbol caen a poca altura del sendero… bueno, es el viejo olmo del jardín de Rainy. Norton está convencido de que aquella cosa saltó sobre él desde el olmo. Sea como sea, estuvo a punto de ser estrangulado por dos brazos que, según dice, eran tan fuertes y delgados como aros de acero. No vio nada, sólo aquellos brazos bestiales que le atenazaban. Gritó como un loco, hasta que llegaron corriendo dos compañeros y la cosa saltó por encima del muro, como si fuera un gato. En ningún momento pudo echarle la vista encima. Le dio un buen meneo a Norton, te lo aseguro. Le he dicho que eso ha sido tan bueno para él como una temporada en la playa.

—Habrá sido algún amigo de lo ajeno —dijo Smith.

—Es muy posible. Norton asegura que no, pero no nos importa lo que diga él. El asaltante tenía las uñas largas, y salta los muros con una elegancia maravillosa. A propósito, a ese vecino tuyo tan guapo le encantaría enterarse de lo ocurrido. Le tiene inquina a Norton, y por lo que sé de él, no es un hombre que olvide sus pequeñas deudas. Pero bueno, viejo, ¿qué se te ha metido en la mollera?

—Nada —contestó Smith secamente.

Smith había experimentado un sobresalto y en su rostro había aparecido como un relámpago la expresión de un hombre asaltado súbitamente por una idea desagradable.

—Parece como si algo de lo que he dicho te hubiera tocado en lo más hondo. A propósito, desde la última vez que te vi has hecho amistad con el señor B., ¿no es cierto? Monkhouse Lee me contó algo al respecto.

—Sí, le conozco superficialmente. Ha venido a visitarme una o dos veces.

—Bueno, eres ya mayorcito para cuidar de ti mismo. No es exactamente lo que yo llamaría un tipo recomendable, aunque, qué duda cabe, es muy inteligente y todo lo demás. Pero no tardarás en darte cuenta. Lee es buena persona… un chico honrado. En fin, ¡hasta la vista, amigo! El miércoles me enfrentaré con Mullins en la regata para la copa del *Vice-Chancellor*. Espero verte por allí, si es que no nos vemos antes.

El flemático Smith dejó su pipa y volvió a concentrarse tercamente en sus libros. Pero, a pesar de poner en ello toda la voluntad del mundo, le resultó muy difícil centrar la atención en el estudio. Su mente divagaba y se dirigía de forma obsesiva hacia el hombre que vivía debajo y hacia el pequeño misterio que rodeaba sus habitaciones. Entonces recordó la extraña agresión de la que había hablado Hastie y el rencor que, según se decía, abrigaba contra la víctima del ataque. Las dos ideas crecían indisolublemente unidas en su imaginación, como si hubiera entre ellas una conexión estrecha e íntima. Sin embargo, la sospecha era tan vaga y difusa que no podía concretarse en palabras.

—¡Al diablo con el tipo ese! —exclamó Smith mientras lanzaba el libro de patología al otro lado de la habitación—. Me ha estropeado la noche de estudio y, aunque no hubiera otra razón, me parece suficiente para evitar cualquier contacto con él en el futuro.

Durante diez días el estudiante de medicina se sumergió de forma tan profunda en sus estudios que no vio ni oyó nada referente a sus vecinos de abajo. Puso especial cuidado en mantener la puerta cerrada a las horas en que Bellingham solía visitarle y, a pesar de que más de una vez oyó que alguien la golpeaba, rehusó de forma tajante responder a la llamada. Una tarde, sin embargo, cuando bajaba por la escalera, precisamente en el momento en que pasaba por delante de las habitaciones de Bellingham, la puerta se abrió de par en par y apareció el joven Monkhouse Lee echando chispas por los ojos y con las mejillas encendidas de rabia. Inmediatamente después apareció Bellingham, cuyo rostro abotargado y enfermizo se veía deformado por una pasión maligna.

—¡Estúpido! —protestó—. ¡Te arrepentirás!

—¡Puede ser! —exclamó el otro—. Que quede bien claro: esto se ha acabado. ¡No quiero ni oír hablar de ello!

—Pero has prometido…

—¡Oh, lo cumpliré! No diré nada. Sería mejor que mi hermana Eva estuviera en la tumba. De una vez por todas: esto se ha acabado. Ella hará lo que yo le diga. No queremos volver a verte.

Smith no pudo evitar enterarse de la disputa, pero continuó su camino como si nada, pues no deseaba verse involucrado en el asunto. Estaba claro que habían tenido una seria diferencia entre ellos y que Lee estaba decidido a convencer a su hermana para que rompiera el compromiso. Smith recordó la oportuna comparación de Hastie sobre el sapo y la paloma y se alegró de que la relación estuviera a punto de romperse. No resultaba agradable mirar la cara de Bellingham cuando le daba un ataque de cólera. No era un hombre a quien se pudiera confiar una chica inocente para toda la vida. Mientras caminaba desanimado, Smith se preguntaba cuál podía haber sido la causa de la disputa y en qué consistía la promesa que había hecho Monkhouse Lee, ya que Bellingham mostraba un interés inusitado en que se cumpliera.

Era el día del enfrentamiento entre Hastie y Mullins en las regatas, y una riada de hombres se dirigía hacia las orillas del Isis. El sol de mayo resplandecía en el cielo y el dorado sendero aparecía surcado por las negras sombras de los altos olmos. A ambos lados de la carretera se alzaban las fachadas grises de los colegios, como viejas madres entrecanas del saber universal que vigilan desde sus altas ventanas divididas con parteluces la marea de vida joven que pasa tan alegremente a su lado. Preceptores vestidos con ropajes oscuros, funcionarios orgullosos, pálidos profesores, jóvenes atletas de piel bronceada con sombreros de paja y jerséis blancos o chaquetas de vivos colores acudían presurosos hacia el sinuoso río que cruza las llanuras de Oxford.

Abercrombie Smith, con la intuición de un viejo remero, se situó en el punto donde sabía que se iba a librar la batalla, si es que había batalla. Oyó a lo lejos el murmullo que anunciaba la salida, el bramido creciente de la multitud a medida que se acercaban, el retumbar de los pies que corrían y los gritos de los hombres que se encontraban en los botes. Pasó ante sus narices un grupo de corredores medio vestidos, respirando trabajosamente y, al mirar por encima de sus cabezas, vio que Hastie remaba de forma uniforme, a treinta y seis, mientras que su oponente, con un desigual cuarenta, marchaba a una canoa de distancia detrás de él. Smith animó con entusiasmo a su amigo,

sacó el reloj del bolsillo y se disponía a regresar a sus habitaciones cuando sintió que alguien le golpeaba en el hombro. El joven Monkhouse Lee estaba a sus espaldas.

—Te he visto desde allí —dijo con voz tímida y desolada—. Quería hablar contigo, si es que puedes dedicarme media hora. Aquella casita de campo es mía. La comparto con Harrington, del King. Entra y toma una taza de té.

—Debo regresar enseguida —dijo Smith—. Tengo mucho que estudiar en este momento, pero me quedaré con gusto unos minutos. He salido porque Hastie es amigo mío.

—También es amigo mío. ¡Qué estilo tan magnífico tiene! Mullins no estuvo a su altura. Pero… entra en la casa. Es una pequeña madriguera, pero se estudia de maravilla durante los meses de verano.

Era una construcción pequeña, cuadrada, de paredes blancas y puertas y persianas verdes, con un enrejado rústico en el porche y situada a unas cincuenta yardas de la orilla del río. En el interior, la habitación principal había sido arreglada más o menos como estudio: una mesa de madera de pino, estanterías sin pintar para los libros y unos cuantos óleos baratos colgados en las paredes. Una cacerola hervía sobre un calentador de alcohol y en una bandeja dispuesta encima de la mesa se veía un juego completo de té.

—Siéntate en esa silla y coge un cigarrillo —dijo Lee—. Déjame que te sirva una taza de té. Has sido muy amable al venir, pues ya sé que no te sobra el tiempo. Quería decirte que si yo estuviera en tu caso, cambiaría inmediatamente de habitaciones.

—¿Qué…?

Smith se quedó mirándolo con una cerilla encendida en la mano y el cigarrillo sin prender en la otra.

—Sí, comprendo que te parezca muy extraño, y lo peor de todo es que no puedo revelarte las razones, porque debo atenerme a los términos de una solemne promesa… sí, una promesa muy solemne. No obstante, puedo decirte al menos que no creo que sea prudente vivir cerca de Bellingham. Mientras sea posible, tengo intención de alojarme aquí, por lo menos hasta que pase un tiempo.

—¿Que no es prudente? ¿Qué quieres decir?

—Eso es precisamente lo que no puedo decirte. Pero hazme caso y cámbiate de habitaciones. Hoy hemos tenido una buena bronca. Debes de habernos oído, porque bajabas las escaleras en ese momento.

—Vi cómo os peleabais.

—Es un tipo horrible, Smith. Es la única palabra que le cuadra. He tenido mis dudas acerca de él desde la noche aquella que se desmayó… ¿recuerdas? La noche que bajaste a ayudarle. Hoy le acusé abiertamente y me dijo cosas que me pusieron los pelos de punta, y encima quiso que me aliase con él. No es que yo sea un hombre estrecho de ideas, pero soy hijo de un clérigo, como ya sabes, y creo que hay cosas inaceptables desde cualquier punto de vista. Doy gracias a Dios por haberlo descubierto antes de que fuera demasiado tarde, porque iba a casarse con mi hermana.

—Todo eso está muy bien, Lee —dijo Abercrombie Smith secamente—. Pero todavía no sé si has dicho mucho más de lo que debías o demasiado poco.

—Te he hecho una advertencia.

—Si existiera un motivo real para la advertencia, ninguna promesa puede ligarte. Si yo descubro a un canalla que está dispuesto a volar un edificio con dinamita, no hay juramento que me impida evitarlo.

—Sí, pero es que yo no puedo evitarlo, y lo único que puedo hacer es advertirte a ti.

—Pero sin decirme contra qué me previenes.

—Contra Bellingham.

—Todo esto es una majadería. ¿Por qué iba a temer a Bellingham o a cualquier otro hombre?

—No puedo decírtelo. Sólo te pido que cambies de habitaciones. Estás en peligro. No quiero decir que Bellingham tenga intención de causarte daño, pero podría suceder, porque precisamente ahora se ha vuelto un vecino peligroso.

—Quizá yo sepa más de lo que te imaginas —dijo Smith, mirando fijamente la cara seria y juvenil de aquel muchacho—. Supongamos que te digo que alguien comparte las habitaciones de Bellingham…

Monkhouse Lee saltó de su silla, presa de una emoción incontrolable.

—¿Lo sabes, entonces? —jadeó.

—Una mujer.

Lee se dejó caer de nuevo en su silla, con un gemido.

—Mis labios están sellados —dijo—. No debo hablar.

—Bueno, en cualquier caso —dijo Smith, levantándose—, no es probable que pueda llegar a asustarme tanto como para abandonar unas habitaciones en las que me encuentro tan a gusto. Sería una debilidad por mi parte trasladarme con todas mis cosas sólo porque tú afirmes que Bellingham, de una manera

inexplicable, pueda causarme algún daño. Correré el riesgo y me quedaré donde estoy. Veo que son casi las cinco, te ruego que me disculpes.

Se despidió del joven con algunas frases breves y emprendió el camino de regreso a casa envuelto en la suave atmósfera del atardecer de un día de primavera, sintiéndose medio enojado y medio divertido, como cualquier otro hombre fuerte y poco imaginativo que se ve amenazado por un vago y sombrío peligro.

Abercrombie Smith se permitía siempre una pequeña libertad a pesar de las rigurosas exigencias que le imponían sus estudios. Dos veces a la semana, los martes y los viernes, tenía la invariable costumbre de ir caminando hasta Farlingford, residencia del doctor Plumptree Peterson, que se encontraba aproximadamente a una milla y media de Oxford. Peterson había sido amigo íntimo de Francis, el hermano mayor de Smith, y como era soltero y muy rico, con una buena bodega y una biblioteca todavía mejor, su casa resultaba una meta de lo más agradable para un hombre que tenía necesidad de regalarse con un buen paseo. Así pues, dos veces por semana el estudiante de medicina se adentraba por los oscuros senderos de la región y pasaba una hora agradable en el confortable estudio de Peterson, comentando con un vaso de viejo oporto los chismorreos de la universidad o los últimos progresos de la medicina o la cirugía.

El día siguiente a su entrevista con Monkhouse Lee, Smith cerró sus libros a las ocho y cuarto, hora en que por lo general emprendía el camino hacia casa de su amigo. Sin embargo, cuando salía de la habitación, sus ojos se fijaron en uno de los libros que Bellingham le había prestado y le remordió la conciencia por no habérselo devuelto. Por despreciable que pudiera ser aquel hombre, no era justo tratarle con descortesía. De modo que cogió el libro, bajó las escaleras y golpeó la puerta de su vecino. No obtuvo respuesta, pero al accionar el picaporte vio que no estaba cerrada con llave. Satisfecho con la perspectiva de ahorrarse una entrevista, entró y dejó el libro, junto con una tarjeta de visita, encima de la mesa.

La lámpara estaba medio apagada, pero Smith podía ver con claridad los detalles de la habitación. Todo estaba más o menos como lo había visto la última vez: el friso, los dioses con cabezas de animales, el cocodrilo colgado y la mesa desordenada, llena de papeles y hojas secas. La caja de la momia estaba de pie contra la pared, pero la momia había desaparecido. No había ninguna señal que delatase que allí se alojaba alguna otra persona, y, al retirarse, Smith tuvo la sensación de que probablemente se había comportado de forma injusta con Bellingham. Si tuviera un secreto inconfesable que

guardar, no habría dejado la puerta abierta, exponiéndose a que cualquiera pudiera entrar.

La escalera de caracol estaba oscura, como boca de lobo, y Smith bajaba despacio, tanteando los escalones irregulares, cuando, súbitamente, tuvo la impresión de que algo había pasado a su lado en la oscuridad. Oyó un ruido muy débil, un soplo de aire, un leve roce en el codo, pero tan leve que no estaba seguro del todo. Se paró y escuchó con atención, pero el viento susurraba entre la hiedra y no pudo escuchar nada más.

—¿Es usted, Styles? —gritó.

No hubo respuesta; a sus espaldas reinaba un silencio absoluto. Debía de haber sido una repentina ráfaga de aire, porque la vieja torre estaba llena de grietas y agujeros. Sin embargo, habría jurado que escuchó un ruido de pasos a su lado. Por fin salió al cuadrilátero del edificio, pero todavía estaba dándole vueltas al asunto cuando vio que alguien venía corriendo a su encuentro por el césped recién cortado.

—¿Eres tú, Smith?

—¡Hola, Hastie!

—¡Por Dios, ven inmediatamente! ¡Lee se ha ahogado! Harrington, del King, me ha dado la noticia. El doctor ha salido. Tendrás que atenderle tú, pero ven inmediatamente. Tal vez le quede todavía un poco de vida.

—¿Tienes *brandy*?

—No.

—Yo lo llevaré. Tengo una botella en mi mesa.

Smith subió las escaleras de tres en tres, cogió la botella y echó a correr escaleras abajo. Al pasar por delante de la habitación de Bellingham sus ojos repararon en un detalle que le dejó aturdido y sin respiración en el descansillo.

La puerta, que él había cerrado al salir, estaba abierta ahora, y justamente enfrente de él, iluminada por la lámpara, se veía la caja de la momia. Hacía apenas tres minutos estaba vacía. Podía jurarlo. Ahora enmarcaba el macilento cuerpo de su horrible ocupante. Estaba de pie, rígido, espantoso, con su rostro renegrido y arrugado de cara a la puerta. El cuerpo se veía sin vida e inerte, pero, según le miraba, a Smith le parecía que todavía brillaba una lucecita de vitalidad, un asomo de conciencia en aquellos pequeños ojos que acechaban desde las profundidades de las cuencas. Se quedó tan asombrado y atónito que olvidó el motivo de su regreso, y seguía allí, contemplando aquel cuerpo descarnado y marchito, cuando la voz de su amigo le hizo volver en sí.

—¡Vamos, Smith! —gritó desde abajo—. ¡Es cuestión de vida o muerte! ¡Date prisa! —y cuando el estudiante de medicina reapareció, añadió—: Venga, vamos corriendo. Está a menos de una milla, y tenemos que llegar en cinco minutos. Es mejor correr para salvar una vida humana que para ganar una copa.

Hombro con hombro, se lanzaron a través de la oscuridad y no se detuvieron hasta llegar, jadeantes y agotados, a la casita del río. El joven Lee, flácido y chorreante como una planta acuática rota, se hallaba tendido encima del sofá, con los negros cabellos llenos de verdín del río y una orla de espuma blanca sobre sus labios cárdenos. Junto a él estaba arrodillado Harrington, frotándole para devolver un poco de calor a sus rígidos miembros.

—Creo que todavía le queda un poco de vida —dijo Smith, pasándole la mano por un costado—. Ponle en la boca el cristal de tu reloj. Sí, se ha empañado. Cógele de un brazo, Hastie. Ahora flexiónalo, igual que yo, y no tardará en recuperar el conocimiento.

Durante diez minutos trabajaron en silencio, hinchando y deshinchando los pulmones del joven inconsciente. Por fin, el cuerpo se estremeció, los labios le temblaron y abrió los ojos. Los tres estudiantes estallaron en un irreprimible grito de triunfo.

—¡Despierta, viejo! ¡Ya nos has asustado bastante!

—Bebe un poco de *brandy*. Toma un trago de la botella.

—Ya está repuesto —dijo su compañero Harrington—. ¡Cielos, qué susto me he llevado! Estaba leyendo aquí. Él había salido a pasear por el río, y al rato escuché un grito y un chapoteo. Salí corriendo, y cuando logré encontrarlo y sacarlo del agua, me pareció que estaba ya sin vida. Simpson no podía ir a llamar al doctor porque está con una pierna rota, de modo que tuve que salir corriendo yo y no sé lo que habría hecho si no llego a encontrarme con vosotros. Está bien, viejo. Siéntate.

Monkhouse Lee se había incorporado con ayuda de las manos y miraba con ojos espantados a su alrededor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. He estado en el agua. Ah, sí. Ya recuerdo.

Una expresión de miedo apareció en sus ojos y ocultó la cara entre las manos.

—¿Cómo te caíste?

—No me caí.

—¿Entonces…?

—Me tiraron. Yo estaba de pie junto a la orilla. Alguien, desde atrás, me levantó como una pluma y me tiró. No oí nada, ni vi nada. Pero sé qué era, a pesar de todo.

—Y yo también —susurró Smith.

Lee levantó los ojos y le miró con sorpresa.

—¿Lo has descubierto, entonces? —dijo—. ¿Recuerdas el aviso que te di?

—Sí, y empiezo a pensar que me lo tomaré en serio.

—No sé de qué diablos estáis hablando —dijo Hastie—, pero si yo estuviera en tu lugar, Harrington, llevaría inmediatamente a la cama a Lee. Ya habrá tiempo de sobra para discutir las razones cuando se encuentre más fuerte. Creo, Smith, que tú y yo debemos dejarle solo ahora. Yo voy a regresar andando al colegio; si vas en la misma dirección podemos charlar un rato.

Pero fue muy poco lo que hablaron en el camino de regreso. Smith estaba demasiado preocupado por los incidentes de la tarde: la ausencia de la momia de la habitación de su vecino, los pasos que creyó escuchar junto a él en la escalera, la reaparición, la extraordinaria, la inexplicable reaparición de aquella cosa horrible y, finalmente, la agresión a Lee, que se correspondía perfectamente con la que había sufrido aquel otro hombre que había desatado la ira de Bellingham. Todas estas cosas ocupaban sus pensamientos, junto con otros pequeños incidentes que le habían predispuesto contra su vecino y las extrañas circunstancias en que fue llamado por primera vez para auxiliarle. Lo que antes había sido una sospecha indeterminada, una vaga y fantástica conjetura, había tomado forma de pronto y se destacaba en su mente como un hecho irrefutable, como una realidad que no podía ser negada. Y sin embargo, ¡qué monstruoso e increíble! ¡Y cuán alejado de los límites de la experiencia humana! Un juez imparcial, incluso el amigo que caminaba a su lado, le diría simplemente que sus sentidos se habían equivocado, que la momia había estado allí todo el tiempo, que el joven Lee se había caído al río exactamente igual que cualquier otro hombre puede caerse a un río y que el mejor remedio para los desarreglos del hígado es una píldora azul. Sabía que él mismo habría dicho algo parecido si sus posiciones estuvieran invertidas. Aun así, estaba dispuesto a jurar que Bellingham, en lo más profundo de su corazón, era un asesino, y que manejaba un arma que nadie hasta entonces había empleado en la historia del crimen.

Hastie se dirigió hacia sus habitaciones tras hacer unos cuantos comentarios irónicos y enfáticos acerca de la insociabilidad de su amigo, y Abercrombie Smith cruzó el cuadrilátero en dirección a la torre con un fuerte

sentimiento de repulsión hacia todo lo relacionado con sus habitaciones. Seguiría el consejo de Lee y se trasladaría lo antes posible, porque ¿cómo iba a ser capaz de estudiar si sus oídos iban a estar constantemente atentos a cualquier murmullo o pisada que se produjese en el piso de abajo? Mientras cruzaba el césped reparó en que la luz estaba encendida todavía en la ventana de Bellingham. En el preciso momento en que pasaba por delante de la puerta, ésta se abrió y apareció el mismísimo Bellingham. Su cara rechoncha y maligna parecía una araña hinchada que acababa de tejer su ponzoñosa tela.

—Buenas noches —dijo—. ¿No quieres entrar?

—No —exclamó Smith con vehemencia.

—¿No? ¿Sigues tan atareado como siempre? Quería preguntarte por Lee. Estoy muy preocupado… He oído rumores de que le había sucedido algo malo.

Sus facciones tenían una expresión de seriedad, pero mientras hablaba sus ojos no podían ocultar una alegría encubierta. Smith se dio cuenta de ello y le entraron ganas de golpearle.

—Te preocupará todavía más saber que Monkhouse Lee se está recuperando y que está fuera de peligro —contestó—. Tus diabólicos trucos no han dado resultado esta vez. Oh, no es necesario que te defiendas con argumentos descarados. Lo sé todo.

Bellingham dio un paso atrás, apartándose del irritado estudiante y cerró la puerta a medias, como para protegerse.

—Estás loco —dijo—. ¿Adónde quieres ir a parar? ¿Te atreves a afirmar que he tenido algo que ver con el accidente de Lee?

—Sí —bramó Smith—. Tú y ese saco de huesos que está detrás de ti. Lo habéis hecho entre los dos. Escúchame bien, señor B., ya no se quema a los individuos de tu calaña, pero todavía tenemos el verdugo y, si en este colegio aparece algún hombre muerto mientras tú estás aquí, ¡por Cristo que haré que te detengan!, y no será por mi causa si no te ahorcan por ello. Ya te darás cuenta de que tus inmundos trucos egipcios no resultan en Inglaterra.

—Estás loco de atar —dijo Bellingham.

—Está bien. Pero recuerda lo que acabo de decirte, porque yo cumpliré mi palabra.

La puerta se cerró de golpe y Smith subió echando humo a sus habitaciones. Después cerró la puerta con llave y pasó la mitad de la noche fumando en su vieja pipa y reflexionando sobre los extraños acontecimientos de aquella tarde.

A la mañana siguiente Abercrombie Smith no tuvo noticias de su vecino, pero por la tarde recibió la visita de Harrington, que le informó de la recuperación casi completa de Lee. Smith pasó todo el día trabajando, pero al atardecer decidió hacerle una visita a su amigo, el doctor Peterson, ya que había tenido que suspenderla la noche anterior. Un buen paseo y una charla amistosa serían bien recibidos por sus nervios excitados.

La puerta de Bellingham estaba cerrada, pero se volvió a mirar cuando se encontró a una distancia prudencial de la torre, y distinguió la cabeza de su vecino, que se recortaba contra el fondo luminoso de la lámpara. Parecía tener la cara apretada contra el cristal, como si estuviera escrutando la oscuridad. Era una verdadera satisfacción perder todo contacto con aquel hombre, aunque sólo fuera durante unas horas, así que Smith echó a andar con paso rápido, aspirando a pleno pulmón el suave aire primaveral.

La media luna surgía por el poniente, entre dos agujas góticas y proyectaba sobre el pavimento plateado de la calle las negras tracerías talladas en la piedra de los altos edificios. Soplaba una fuerte brisa y el cielo aparecía surcado por nubes ligeras y algodonosas. El Old College estaba en el límite de la ciudad, y en cinco minutos Smith se encontraba más allá de las casas, caminando entre los setos de la carretera de Oxfordshire, que despedían una fragancia propia del mes de mayo.

La carretera que llevaba a casa de su amigo era solitaria y poco frecuentada. Aunque era temprano todavía, Smith no encontró ni un alma en su camino. Caminó con paso rápido hasta llegar a la puerta exterior que daba paso al largo camino de grava que conducía a Farlingford. Frente a él, la luz rojiza y acogedora de las ventanas brillaba entre el follaje. Durante unos instantes se quedó parado ante la puerta batiente con la mano en el picaporte, y se volvió para mirar la carretera por donde había venido. Algo avanzaba por ella rápidamente.

Una figura negra y encogida, que apenas se distinguía contra el fondo oscuro, se movía en la sombra del seto, silenciosa y furtiva. Mientras la miraba, la sombra había avanzado una veintena de pasos, y seguía acercándose. En medio de la oscuridad vislumbró un cuello descarnado y aquellos dos ojos que le perseguirían por siempre en sus pesadillas. Lanzó un grito de terror y echó a correr por la avenida de grava como si le fuera en ello la vida. Allí estaban las luces rojas, como señales de salvación, a menos de un tiro de piedra. Era un corredor afamado, pero jamás había corrido como corrió esa noche.

La pesada puerta se había cerrado a su espalda, pero oyó que se volvía a abrir para dejar paso a su perseguidor. Mientras corría salvajemente en la oscuridad, podía escuchar a su espalda un trote rápido y seco, y al mirar hacia atrás vio que aquel horror que le perseguía iba dando saltos, como un tigre, con los ojos llameantes y un brazo fibroso extendido hacia delante. Gracias a Dios, la puerta estaba entreabierta. Smith pudo ver la fina franja de luz que proyectaba la lámpara del vestíbulo. A sus espaldas se escuchaba cada vez más cerca aquel siniestro pataleo. De pronto, casi pegado a su hombro, sintió un ronco gorgoteo. Dio un grito de espanto, se precipitó contra la puerta, la cerró de un golpe y echó el cerrojo. Después cayó medio desmayado en el sillón del vestíbulo.

—¡Dios mío, Smith! ¿Qué ocurre? —preguntó Peterson, desde la puerta del despacho.

—¡Dame un poco de *brandy*!

Peterson desapareció, y volvió a salir enseguida con un vaso y una jarra.

—Ya veo que lo necesitas —dijo, mientras el visitante se bebía de un trago el vaso que le había servido—. Pero hombre, ¡estás más pálido que un queso!

Smith dejó el vaso, se levantó y respiró profundamente.

—Ya vuelvo a ser el mismo —dijo—. No he sentido tanto miedo en toda mi vida. Con tu permiso, Peterson, pasaré aquí la noche, porque no creo que tenga valor para adentrarme otra vez por ese camino, a no ser a la luz del día. Es una debilidad, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Peterson contempló a su visitante con mirada interrogativa.

—Desde luego que puedes dormir aquí, si lo deseas. Le diré a *Mrs*. Burney que te prepare la cama. ¿Dónde vas ahora?

—Ven conmigo a la ventana de arriba. Desde allí se ve la puerta. Quiero que veas lo que yo he visto.

Fueron a la ventana del vestíbulo del piso superior, desde la que se dominaban los accesos a la casa. La avenida y los campos, a uno y otro lado, estaban tranquilos y silenciosos, bañados en el apacible claro de luna.

—Bueno, Smith —observó Peterson—, realmente me alegro de saber que eres abstemio. ¿Qué demonios te ha asustado tanto?

—Te lo diré dentro de un momento. Pero ¿dónde puede haber ido? ¡Ah, mira ahora, mira! Mira hacia la curva de la carretera, un poco más allá de la puerta de entrada.

—Sí, lo veo. No es necesario que me arranques el brazo. Alguien ha pasado por allí. Yo diría que se trata de un hombre, bastante delgado,

aparentemente, y alto, muy alto. Pero ¿quién es? ¿Y qué te pasa a ti, que estás temblando como la hoja de un álamo?

—He estado a punto de caer en las garras del demonio, eso es todo. Pero bajemos a tu estudio y te contaré toda la historia.

Así lo hizo. Bajo la acogedora luz de la lámpara, con un vaso de vino en la mesa y frente al rostro rubicundo de su voluminoso amigo, Smith fue narrando, tal y como sucedieron, todos los acontecimientos, grandes y pequeños, que habían formado esa singular cadena desde la noche que se encontró a Bellingham desmayado frente a la caja de la momia hasta la horrible experiencia que había tenido lugar una hora antes.

—Y éste es todo el maldito asunto —dijo para terminar—. Es monstruoso e increíble, pero cierto.

El doctor Plumptree Peterson permaneció sentado en silencio durante un rato, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—¡No he escuchado una cosa semejante en toda mi vida! ¡Nunca! —dijo al fin—. Me has contado los hechos. Ahora explícame las consecuencias.

—Puedes sacar tus propias conclusiones.

—Pero quiero saber cuáles son las tuyas. Tú has reflexionado sobre el tema, y yo no.

—Bien, tendré que ser un poco impreciso en los detalles, pero los puntos principales me parecen bastante claros. Ese tal Bellingham, en el curso de sus estudios orientales, ha conseguido hacerse con algún secreto infernal, mediante el cual una momia —o, posiblemente, esta momia en particular— puede ser devuelta temporalmente a la vida. Estaba ensayando estas repugnantes manipulaciones la noche que se desmayó. No cabe duda de que le traicionaron los nervios al ver a esa criatura moverse, a pesar de que lo esperaba. Recuerda que las primeras palabras que pronunció al volver en sí fueron para calificarse de estúpido.

»Bien, posteriormente se fue haciendo más fuerte y llevó a cabo la tarea sin desmayarse. La vitalidad que conseguía devolver a la momia era, evidentemente, pasajera, porque yo la veía siempre dentro de su caja, y estaba tan muerta como esta mesa. Imagino que se trata de un proceso muy complicado, en virtud del cual se produce el fenómeno. Cuando lo hubo conseguido, se le ocurrió que podía utilizar a aquel ser como un agente. Tiene inteligencia y fuerza. Con algún propósito determinado, confió su secreto a Lee, pero Lee, que es un cristiano de buena ley, no quiso saber nada de un asunto semejante. Entonces se pelearon, y Lee le prometió que revelaría a su hermana cuál era su verdadero carácter. La única jugada que le quedaba a

Bellingham era impedirlo, de modo que envió a la criatura en su persecución, y estuvo a punto de conseguirlo. Ya antes había probado sus poderes en otro hombre, en Norton, contra el que todavía sentía rencor. Ha sido una pura suerte que no tenga dos asesinatos sobre su conciencia. Más tarde, cuando yo le acusé abiertamente, tuvo las más poderosas razones para quitarme de en medio antes de que yo pudiera comunicarle a alguien lo que sabía. Vio la oportunidad cuando salí, pues conoce mis costumbres y sabía hacia dónde me dirigía. Me he salvado por un pelo, Peterson, y ha sido una verdadera suerte que no me hayas encontrado tirado en el escalón de tu puerta mañana. No soy un hombre nervioso, pero jamás creí que iba a tener tanto miedo a la muerte como lo he tenido esta noche.

—Mi querido amigo, te has tomado el asunto con demasiada seriedad —dijo su compañero—. Tus nervios están alterados por el efecto de tanto trabajo y le das una importancia desmesurada a lo ocurrido. ¿Cómo es posible que una cosa semejante se pasee por las calles de Oxford, incluso de noche, sin que nadie la vea?

—La han visto. Y hay un gran revuelo en la ciudad con el asunto de un mono fugitivo, pues eso imaginan que es la criatura. No se habla de otra cosa.

—Bueno, la sucesión de acontecimientos es sorprendente. Pero, aun así, querido, tienes que admitir que cada uno de los incidentes, por separado, es susceptible de una explicación natural.

—¡Cómo! ¿Incluso mi aventura de esta noche?

—Ciertamente. Sales con los nervios desatados y con la cabeza llena de esas teorías tuyas. Algún vagabundo famélico y medio muerto de hambre te sigue furtivamente y, después, al verte correr, se anima y te persigue. El resto es cosa de tu imaginación y tus temores.

—No es así, Peterson, no es así.

—Otro incidente. Por ejemplo, el que encontrases la caja de la momia vacía y unos instantes después estuviera ocupada. La habitación se hallaba iluminada por la luz de la lámpara, y ésta estaba casi apagada. Tú no tenías ninguna razón especial para fijarte en la caja. Es muy posible que no repararas en la momia la primera vez que miraste.

—No, no. Eso está descartado.

—Es posible que Lee se cayese simplemente al río y que Norton fuese atacado por un delincuente. En verdad, la acusación que le haces a Bellingham es enorme, pero si la presentases ante un comisario de policía, se limitaría a reírse en tu propia cara.

—Ya lo sé. Y por esa razón estoy dispuesto a resolver el asunto por mi cuenta.

—¿Eh?

—Sí. Creo que pesa sobre mí un deber público y, además, debo hacerlo por mi propia seguridad, a menos que permita que una bestia me eche del colegio, lo cual sería una lamentable debilidad. Tengo ya decidido lo que he de hacer. En primer lugar, ¿puedo utilizar tu papel y tus plumas durante una hora?

—Desde luego. Encontrarás todo lo que necesitas en esa mesa lateral.

Abercrombie Smith se sentó ante un pliego de papel tamaño folio y durante dos horas su pluma trabajó con velocidad por la superficie del mismo. Fue rellenando página tras página y colocándolas a un lado, mientras su amigo, recostado en un sillón, le miraba con tranquila curiosidad. Al final, con una exclamación de satisfacción, Smith se levantó de un salto, puso sus papeles en orden y depositó el último encima del escritorio de Peterson.

—Ten la amabilidad de firmar como testigo —dijo.

—¿Como testigo? ¿De qué?

—De la autenticidad de mi firma, y de la fecha. La fecha es lo más importante. En fin, Peterson, mi vida podría depender de ello.

—Mi querido Smith, hablas de una manera insensata. Hazme caso y acuéstate.

—Todo lo contrario: en mi vida he hablado de forma tan juiciosa. Y te prometo que en cuanto hayas firmado me iré a la cama.

—Pero ¿qué es?

—Es una declaración de todo lo que te he contado esta noche. Me gustaría que lo atestiguaras.

—Desde luego —dijo Peterson, estampando su nombre debajo del de su compañero—. Ahí lo tienes. Pero ¿qué te propones con ello?

—Tú me harás el favor de guardarlo, y lo presentarás en caso de que me arresten.

—¿Arrestarte? ¿Por qué?

—Por asesinato. Entra dentro de lo posible. Quiero estar preparado para cualquier eventualidad. Sólo hay un camino abierto para mí, y estoy decidido a seguirlo.

—¡Por amor de Dios, no hagas ninguna locura!

—Créeme, sería mucho más temerario adoptar cualquier otra resolución. Espero que no sea necesario molestarte, pero me quito un gran peso de encima al saber que tú tienes la declaración que explica mis motivos. Y ahora

estoy dispuesto a seguir tu consejo e irme a descansar, porque quiero encontrarme en plena forma mañana.

* * *

Desde luego, no era agradable tener a Abercrombie Smith como enemigo. De natural lento y templado, se convertía en un hombre formidable cuando entraba en acción. En todas las empresas de la vida empleaba la misma resolución meditada que le distinguía como estudiante de ciencias. Había suspendido sus estudios por un día, pero estaba decidido a no desperdiciarlo. No dijo a su anfitrión ni una sola palabra acerca de sus planes, pero a las nueve en punto de la mañana se encontraba ya en la carretera de Oxford.

Al pasar por High Street se detuvo en la armería de Clifford y compró un pesado revólver y una caja de municiones. Introdujo seis de ellos en el tambor, dejó el arma medio amartillada y se la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Después se dirigió a las habitaciones de Hastie, donde desayunaba tranquilamente el fornido remero, con el *Sporting Times* apoyado contra la cafetera.

—¡Hola! ¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias. Quiero que vengas conmigo, Hastie, y que hagas todo lo que te pida.

—Cuenta con ello, amigo.

—Y llévate el garrote más pesado que tengas.

—¡Mira! —señaló Hastie—. Con éste de caza se puede tumbar a un buey.

—Una cosa más. Tú tienes un estuche de cuchillos de amputar. Dame el más largo de ellos.

—Ahí está. Por lo que se ve, estás en plan de guerra. ¿Alguna cosa más?

—No. Es suficiente.

Smith se guardó el cuchillo en el interior de la chaqueta y se dirigieron hacia el cuadrilátero.

—Ni tú ni yo somos cobardes, Hastie —dijo—. Creo que puedo hacer el trabajo solo, pero te he traído por precaución. Voy a tener una pequeña charla con Bellingham. Si me enfrento solamente con él, no necesitaré tu ayuda, desde luego. Pero… si grito, sube inmediatamente y ponte a repartir garrotazos con todas tus fuerzas. ¿Has comprendido?

—Perfectamente. Si te oigo gritar, subo.

—Espera aquí, entonces. Quizá tarde un poco, pero no te muevas hasta que baje.

—Soy una estatua.

Smith subió las escaleras, abrió la puerta de Bellingham y pasó al interior. Bellingham estaba sentado detrás de la mesa, escribiendo. A su lado, entre el revoltijo de sus extrañas posesiones, se alzaba la caja de la momia, con la etiqueta número 249 pegada todavía en la pared frontal y su repulsivo ocupante en el interior, rígido y tieso. Smith miró con precaución a su alrededor, cerró la puerta, echó el cerrojo y se dirigió hacia la chimenea. Después prendió una cerilla y encendió el fuego. Bellingham seguía sentado, mirándole atentamente, con una expresión de sorpresa y rencor en su abotargado rostro.

—Bien, por lo que veo, te comportas como si estuvieras en tu propia casa —dijo con voz entrecortada.

Smith se sentó tranquilamente y colocó su reloj encima de la mesa. Después sacó el revólver, accionó el martillo y lo colocó sobre sus rodillas. A continuación sacó el largo cuchillo del interior de su chaqueta y lo lanzó sobre la mesa, delante de Bellingham.

—Ahora —dijo— vas a tener que ponerte a trabajar. Tienes que despedazar esa momia.

—Oh, ¿se trata de eso? —dijo Bellingham con una risa burlona.

—Sí, se trata de eso. Me han asegurado que la ley no puede hacer nada contra ti. Pero yo tengo una ley que pondrá las cosas en su sitio. Si dentro de cinco minutos no te has puesto manos a la obra, te juro por Dios que te atravesaré el cráneo de un balazo.

—¿Serías capaz de asesinarme?

Bellingham se había medio levantado y su rostro tenía ahora el color de la masilla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para evitar que cometa más crímenes. Ha pasado un minuto.

—Pero ¿qué he hecho?

—Los dos lo sabemos.

—Eso es una fanfarronada.

—Han pasado dos minutos.

—Pero tienes que darme alguna razón. Eres un loco… un loco peligroso. ¿Por qué voy a destrozar una cosa que es de mi propiedad? Es una momia muy valiosa.

—Pues tienes que cortarla en pedazos y quemarla.

—No haré tal cosa.

—Han pasado cuatro minutos.

Smith empuñó la pistola y miró a Bellingham con una expresión de inexorable determinación. Cuando la segunda manecilla del reloj avanzó, levantó la mano y colocó el dedo sobre el gatillo.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Lo haré! —gritó Bellingham.

Cogió el cuchillo con frenética rapidez y empezó a dar cortes en el cuello de la momia, volviendo constantemente la cara, para encontrarse siempre con el ojo y el arma de su terrible vecino. La momia crujía y saltaba en pedazos a cada corte del afilado cuchillo. Un polvo denso y amarillento se desprendió de ella. Las especias y las esencias secas llovieron sobre el suelo. De pronto, con un chasquido desgarrador, el espinazo saltó en pedazos y la momia cayó al suelo, convertida en un oscuro amasijo de miembros revueltos.

—¡Ahora al fuego! —dijo Smith.

Las llamas saltaron y crepitaron cuando los restos resecos, como yesca, fueron apilados encima del fuego. La habitación parecía el cuarto de calderas de un vapor, y los dos hombres tenían el rostro bañado de sudor. Pero uno de los hombres seguía agachado, trabajando, mientras el otro le vigilaba sentado, con expresión decidida. El fuego despedía un humo espeso y grasiento y la habitación se llenó de un fuerte olor a resina quemada y cabellos chamuscados. Al cabo de un cuarto de hora sólo quedaban unos trozos renegridos y quebradizos del lote número 249.

—Supongo que estás satisfecho —gruñó Bellingham, que miraba a su torturador con una expresión de odio y temor en sus ojillos grises.

—No. Deben ser destruidos todos sus materiales. Tenemos que impedir que vuelvas a utilizar tus trucos diabólicos. ¡Al fuego con todas esas hojas! Seguro que tienen algo que ver con el asunto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bellingham, cuando las hojas fueron arrojadas a las llamas.

—Ahora el rollo de papiro que tenías encima de la mesa aquella noche. Creo que está en ese cajón.

—¡No, no! —gritó Bellingham—. ¡No lo quemes! No sabes lo que haces. Es único. La sabiduría que contiene no se puede encontrar en ninguna otra parte.

—¡Al fuego con él!

—Pero escucha, Smith, no puedes hacer eso. Compartiré sus secretos contigo. Te enseñaré a utilizar sus poderes. ¡Oh, detente! ¡Déjame sacar una copia antes de que lo quemes!

Smith se dirigió hacia el cajón y giró la llave de la cerradura. Sacó el amarillento rollo de papiro, lo echó al fuego y lo aplastó con el tacón.

Bellingham lanzó un alarido e intentó rescatarlo, pero Smith le empujó hacia atrás y permaneció vigilante hasta que lo vio reducido a una informe capa de ceniza gris.

—Bien, señor B. —dijo—, creo que te he arrancado los dientes. Te las verás conmigo si vuelves a utilizar tus viejos trucos. Y ahora, buenos días, porque debo volver a mis estudios.

Ésta es, pues, la narración de Abercrombie Smith sobre los extraordinarios sucesos que tuvieron lugar en el Old College de Oxford, en la primavera de 1884. Como Bellingham abandonó la universidad inmediatamente y se encuentra en el Sudán, según las últimas noticias, no hay nadie que pueda contradecir su declaración. Pero la sabiduría de los hombres es escasa y los caminos de la Naturaleza harto extraños. ¿Quién se atreverá a poner un límite a las cosas ocultas que pueden ser descubiertas por los que se dedican a buscarlas?

El caso de *lady* Sannox

Las relaciones entre Douglas Stone y la conocidísima *lady* Sannox eran cosa sabida tanto en los círculos elegantes a los que ella pertenecía por ser miembro destacado como en los organismos científicos que lo contaban a él entre sus más ilustres cofrades. Por esta razón, al anunciarse cierta mañana que la dama había tomado de una manera resuelta y definitiva el hábito de religiosa y que el mundo no volvería a saber más de ella produjo, como es natural, un interés que alcanzó a muchísima gente. Pero cuando a este rumor siguió de inmediato la seguridad de que el célebre cirujano, el hombre de nervios de acero, había sido encontrado una mañana por su ayuda de cámara sentado al borde de su cama con una placentera sonrisa en el rostro y las dos piernas metidas en una sola pernera de sus briches, y que aquel gran cerebro valía ahora lo mismo que una gorra llena de sopa, el tema resultó suficientemente sensacional para que se escalofriasen ciertas gentes que creían tener su sistema nervioso a prueba de esa clase de sensación.

Douglas Stone fue en su juventud uno de los hombres más extraordinarios de Inglaterra. La verdad es que apenas podía decirse, en el momento de ocurrir este pequeño incidente, que hubiese superado esa juventud, porque sólo tenía entonces treinta y nueve años. Quienes lo conocían a fondo sabían perfectamente que, a pesar de su celebridad como cirujano, Douglas Stone habría podido triunfar con rapidez aún mayor en una docena de actividades distintas. Podía haberse abierto camino hasta la fama como soldado; podía haber forcejeado hasta alcanzarla como explorador; podía haberla buscado con empaque y solemnidad en los tribunales, y podía habérsela construido de piedra y de hierro actuando de ingeniero. Había nacido para ser grande, porque era capaz de proyectar lo que otros hombres no se atrevían a llevar a cabo, y de llevar a cabo lo que otros hombres no se atrevían a proyectar. Nadie le igualaba en cirugía. Su frialdad de nervios, su cerebro y su intuición eran cosa fuera de lo corriente. Una y otra vez su bisturí alejó la muerte, aunque al hacerlo hubiese tenido que rozar las fuentes mismas de la vida,

mientras sus ayudantes palidecían tanto como el hombre operado. ¿No pervive aún en la zona del sur de Marylebone Road y del norte de Oxford Street el recuerdo de su energía, de su audacia y de su plena seguridad en sí mismo?

Tan destacados como sus virtudes eran sus vicios, que resultaban, además, infinitamente más pintorescos. Aunque sus rentas eran grandes, y en cuanto a ingresos profesionales era el tercero entre los de Londres, todo ello no le alcanzaba ni con mucho para el tren de vida que llevaba. En lo más hondo de su complicada naturaleza había una abundante vena de sensualidad, y Douglas Stone colocaba todos los productos de su vida al servicio de la misma. Era esclavo de la vista, del oído, del tacto, del paladar. El aroma de los vinos añejos, el perfume de lo raro y exótico, las curvas y tonalidades de las más finas porcelanas de Europa se llevaban el río de oro al que daba rápido curso. Y de pronto le acometió aquella loca pasión por *lady* Sannox. Una sola entrevista, con dos miradas desafiantes y unas palabras cuchicheadas al oído, la convirtieron en hoguera. Ella era la mujer más adorable de Londres y la única que existía para él. Él era uno de los hombres más bellos de Londres, pero no era el único que existía para ella. *Lady* Sannox era aficionada a variar, y se mostraba amable con muchos de los hombres que la cortejaban. Quizá fuese ésa la causa, o quizá el efecto; el hecho es que lord Sannox, el marido, parecía tener cincuenta años, aunque en realidad sólo había cumplido los treinta y seis.

Era un hombre tranquilo, callado, sin color, de labios delgados y párpados voluminosos, muy aficionado a la jardinería y dominado completamente por inclinaciones hogareñas. Antaño mostró afición por los escenarios; llegó incluso a alquilar un teatro en Londres, y en el escenario de ese teatro conoció a *miss* Marion Dawson, a la que ofreció su mano, su título y la tercera parte de un condado. Aquella primera afición suya se le había hecho odiosa después de su matrimonio. Era imposible lograr convencerle de que mostrase ni siquiera en representaciones privadas el talento de actor que tantas veces había demostrado poseer. Era más feliz con una escardilla y una regadera entre sus orquídeas y crisantemos.

Resultaba un problema interesantísimo saber si aquel hombre estaba desprovisto por completo de sensibilidad o si carecía lamentablemente de energía. ¿Estaba, acaso, enterado de la conducta de su esposa y la perdonaba, o era simplemente un hombre ciego, caduco y estúpido? Era ése un problema propio para servir de pábulo a las conversaciones en los saloncitos coquetones en que se tomaba el té y en las ventanas saledizas de los clubs, mientras se

saboreaba un cigarro. Los comentarios que de su conducta hacían los hombres eran duros y claros. Sólo había un hombre que habría podido hablar en favor suyo, pero ese hombre era el más callado de todos los que frecuentaban el salón de fumar. Ese hombre le había visto domar un caballo en sus tiempos de universidad, y su manera de hacerlo le había dejado una impresión duradera.

Pero cuando Douglas Stone llegó a ser el favorito, cesaron de una manera definitiva todas las dudas que se tenían sobre si lord Sannox conocía o ignoraba aquellas cosas. Tratándose de Stone no cabían subterfugios porque, como era hombre impetuoso y violento, dejaba de lado toda precaución y toda discreción. El escándalo llegó a ser público y notorio. Un organismo docto hizo saber que había borrado el nombre de Stone de la lista de sus vicepresidentes. Hubo dos amigos que le suplicaron que tuviese en cuenta su reputación profesional. Douglas Stone abrumó con sus tacos a los tres y se gastó cuarenta guineas en una ajorca que llevó de regalo en su visita a la dama. La visitaba todas las noches en su propia casa, y ella se paseaba por las tardes en el coche del cirujano. Ninguno de los dos realizó la menor tentativa para ocultar sus relaciones, pero se produjo al fin un pequeño incidente que las interrumpió.

Era una noche de invierno, triste, muy fría y ventosa. Ululaba el viento en las chimeneas y sacudía con estrépito las ventanas. A cada nuevo suspiro del viento se oía sobre los cristales un tintineo de la fina lluvia que tamborileaba en ellos, apagando por un instante el monótono glogloteo del agua que caía de los aleros. Douglas Stone había terminado de cenar y estaba junto a la chimenea de su despacho, con una copa de rico oporto sobre la mesa de malaquita que tenía a su lado. Al levantarla hacia sus labios la miró a contraluz de la lámpara, contemplando con pupila de entendido las minúsculas escamitas de flor de vino que flotaban en el fondo de la misma, de un vivo color rubí. El fuego llameante proyectaba reflejos súbitos sobre su cara audaz y de fuerte perfil, de grandes ojos grises, labios gruesos pero tensos, y la mandíbula fuerte y en escuadra, que tenía algo de romano en su energía y animalidad. Arrellanado en su magnífico sillón, Douglas Stone sonreía de cuando en cuando. A decir verdad, tenía derecho a sentirse complacido. Contrariando la opinión de seis de sus colegas, había llevado a cabo ese mismo día una operación de la que sólo dos casos podían citarse hasta entonces, y el resultado obtenido superó todas las esperanzas. No había en Londres nadie con la audacia suficiente para proyectar, ni con la habilidad necesaria para poner en obra aquel recurso heroico.

Pero Douglas Stone había prometido a *lady* Sannox que pasaría con ella la velada, y eran ya las ocho y media. Había alargado la mano hacia el llamador de la campanilla para pedir el coche, cuando llegó a sus oídos el golpe sordo del aldabón de la puerta de la calle. Se oyó un instante después ruido de pies en el vestíbulo y el golpe de una puerta que se cerraba.

—Señor, en la sala de consulta hay un enfermo que desea verle —dijo el ayuda de cámara.

—¿Ha venido él mismo?

—No, señor; creo que desea que vaya usted con él.

—Es demasiado tarde —exclamó Douglas Stone con irritación—. No iré.

—Ésta es la tarjeta del que espera, señor.

El ayuda de cámara se la presentó en la bandeja de oro que la esposa de un primer ministro le había regalado a su señor.

—¡Hamil Ali, Esmirna! ¡Ejem! Supongo que se trata de un turco.

—Así es, señor. Parece que hubiera llegado del extranjero, señor, y se encuentra en un estado espantoso.

—¡Vaya! El caso es que tengo un compromiso y he de acudir a otra parte. Pero lo recibiré. Hágalo pasar, Pim.

Unos momentos después, el ayuda de cámara abría de par en par la puerta y daba paso a un hombre pequeño y decrépito, que caminaba con la espalda inclinada, adelantando el rostro y parpadeando como suelen hacerlo las personas muy cortas de vista. Tenía el rostro muy moreno, y el pelo y la barba de un color negro muy oscuro. Sostenía en una mano un turbante de muselina blanca con listas encarnadas, y en la otra, una pequeña bolsa de gamuza.

—Buenas noches —dijo Douglas Stone, una vez que el criado cerró la puerta—. ¿Habla usted inglés, verdad?

—Sí, señor. Yo procedo del Asia Menor, pero hablo inglés a condición de hacerlo poco a poco.

—Tengo entendido que quiere que le acompañe fuera de casa.

—En efecto, señor. Tengo gran deseo de que examine usted a mi esposa.

—Puedo hacerlo mañana por la mañana, porque esta noche tengo una cita que me impide visitar a su esposa.

La respuesta del turco fue por demás original. Aflojó la cuerda que cerraba la boca del bolso de gamuza y vertió un río de oro sobre la mesa, diciendo:

—Ahí tiene cien libras, y le aseguro que la visita no le llevará más de una hora. Tengo esperando a la puerta un carruaje.

Douglas Stone consultó su reloj. Una hora de retraso le daría tiempo aún para visitar a *lady* Sannox. En otras ocasiones la había visitado a una hora más tardía. Los honorarios aquellos eran muy elevados. En los últimos tiempos le apremiaban los acreedores y no podía desperdiciar una ocasión así. Iría.

—¿De qué enfermedad se trata? —preguntó.

—¡Oh, es un caso muy triste! ¡Un caso muy triste y único! ¿Oyó usted hablar alguna vez de los puñales de los almohades?

—Nunca.

—Pues bien: se trata de unos puñales o dagas del Oriente que tienen gran antigüedad y que son de una forma característica, con la empuñadura parecida a lo que ustedes llaman un estribo. Yo negocio en antigüedades, y por esa razón he venido a Inglaterra desde Esmirna; pero regreso la semana que viene. Traje una gran variedad de artículos, y aún me quedaban algunos. Para desconsuelo mío, entre esos artículos que me quedaban está uno de esos puñales de que le hablo.

—Permítame, señor, que le recuerde que tengo una cita —dijo el cirujano, con algo de irritación—. Limítese, por favor, a los detalles indispensables.

—Ya verá usted que éste lo es. Mi esposa tuvo hoy un desmayo en la habitación en que guardo mi mercancía, y se cayó al suelo, cortándose el labio inferior con ese maldito puñal de los almohades.

—Comprendo —dijo Douglas Stone poniéndose en pie—. Lo que usted quiere es que le cure la herida.

—No, no; porque es algo peor que eso.

—¿De qué se trata, pues?

—De que esos puñales están envenenados.

—¡Envenenados!

—Sí, y no existe nadie hoy en Oriente ni en Occidente que sepa de qué clase de veneno se trata y con qué se cura. Conozco esos detalles porque mi padre se dedicó a este negocio antes que yo, y porque estas armas envenenadas nos han dado mucho trabajo.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Sueño profundo, y la muerte antes de treinta horas.

—Y usted asegura que no existe cura posible. ¿Por qué razón entonces me paga una suma tan elevada?

—No hay droga que pueda curar al envenenado, pero sí puede curarlo el bisturí.

—¿De qué manera?

—El veneno es de absorción lenta. Permanece horas enteras en la misma herida.

—Según eso, podría limpiarse a fuerza de lavados.

—No, porque ocurre lo mismo que con las mordeduras de reptiles venenosos. El veneno es demasiado sutil y demasiado mortífero.

—Habrá que extirpar el órgano herido.

—Eso es; si la herida es en un dedo, se arranca el dedo. Es lo que decía siempre mi padre. Pero, piense usted en dónde está la herida en este caso y en que se trata de mi esposa. ¡Es horrible!

Pero, en asuntos tan dolorosos, el hallarse familiarizado con ellos puede embotar la simpatía de un hombre. Para Douglas Stone aquel caso era ya interesante, e hizo a un lado como cosa sin importancia las débiles objeciones del marido, diciendo con brusquedad:

—Por lo que se ve, no hay otra alternativa. Es preferible perder un labio a perder una vida.

—Sí, reconozco que eso que dice es cierto. Bien, bien, es el destino, y no hay más remedio que aceptarlo. Tengo abajo el coche, vendrá usted conmigo y realizará la operación.

Douglas Stone sacó de un cajón su estuche de bisturíes y se lo metió en el bolsillo, junto con un rollo de vendajes y un paquete de hilos. No había tiempo que perder si iba a visitar a *lady* Sannox. Así que se puso el gabán y dijo:

—Estoy dispuesto, si no quiere usted tomar un vaso de vino antes de salir a la fría temperatura de la noche.

El visitante retrocedió, levantando la mano en señal de protesta:

—Se olvida usted de que soy musulmán y fiel cumplidor de los preceptos del profeta. Sin embargo, quisiera que me dijese qué contiene la botella de cristal verde que se ha metido en el bolsillo.

—Es cloroformo.

—También su empleo nos está prohibido. Se trata de un líquido espirituoso y no podemos emplear semejantes productos.

—¡Cómo! ¿Consentirá que su esposa tenga que pasar por esta operación sin un anestésico?

—¡Oh, señor! Ella no se dará cuenta de nada, la pobre. Está sumida ya en un sueño profundo, que es lo primero que produce esa clase de veneno. Además, le hice tomar nuestro opio de Esmirna. Vamos, señor: ha transcurrido ya una hora.

Cuando salieron a la oscuridad de la calle, una ráfaga de lluvia azotó sus caras, y la lámpara del vestíbulo, que se bamboleaba colgada del brazo de una cariátide de mármol, se apagó de golpe. El ayuda de cámara, Pim, cerró la pesada puerta empujando con todas sus fuerzas para vencer la resistencia del viento, mientras los dos hombres avanzaban con cuidado hasta la luz amarilla que indicaba el sitio donde esperaba el coche. Unos momentos después rodaban con estrépito hacia su punto de destino.

—¿Está lejos? —preguntó Douglas Stone.

—¡Oh, no! Vivimos en un lugar muy tranquilo próximo a Euston Road.

El cirujano oprimió el resorte de su reloj de repetición y escuchó los golpecitos que le anunciaban la hora. Eran las nueve y cuarto. Calculó las distancias y el poco tiempo que le llevaría una operación tan sencilla. A las diez tenía que estar en casa de *lady* Sannox. A través de las ventanas empañadas veía la danza de los borrosos faroles de gas que iban quedando atrás, y las ruedas del coche producían un blando siseo al pasar por un terreno de charcos y de barro. Frente por frente de Douglas Stone se vislumbraba débilmente en la oscuridad el turbante blanco de su cliente. El cirujano palpó dentro de sus bolsillos y dispuso sus agujas, ligaduras y pinzas, para no perder tiempo cuando llegasen. Rabiaba de impaciencia y tamborileaba en el suelo con el pie.

El coche fue por fin perdiendo velocidad y se detuvo. Douglas Stone se apeó en el acto, y el comerciante de Esmirna lo siguió pisándole los talones.

—Espere usted —le dijo al cochero.

Era una casa de aspecto ruin en una calle sórdida y estrecha. El cirujano, que conocía bien su Londres, echó una rápida ojeada en medio de la oscuridad, pero no observó nada característico: ni una tienda, ni movimiento alguno; nada, en fin, aparte de la doble fila de casas sin relieve alguno en sus fachadas, una doble acera de baldosas húmedas que brillaban a la luz de la lámpara y un doble y estrepitoso correr de agua por los canalillos para precipitarse entre remolinos y glogloteos por las rejillas de los sumideros. Se encontraron delante de una puerta descascarillada y descolorida, en la que la débil luz que salía por el abanico de la parte superior ponía de relieve el polvo y la suciedad de que estaba cubierta. En el piso superior brillaba una débil luz amarilla en una de las ventanas del dormitorio. El comerciante turco llamó con fuertes golpes. Cuando se volvió de cara a la luz, Douglas Stone pudo ver que su cara estaba contraída de ansiedad. Se descorrió un cerrojo y apareció en el umbral una mujer anciana con una velita, resguardando la débil llama con su mano sarmentosa.

—¿Sigue todo bien? —jadeó el mercader.

—La señora está tal como usted la dejó.

—¿No habló?

—No, duerme profundamente.

El comerciante cerró la puerta y Douglas Stone avanzó por el estrecho pasillo, mirando con sorpresa en torno a él. No había ni linóleo, ni esterilla, ni percha de sombreros. No vio otra cosa que gruesas capas de polvo y tupidas orlas de telarañas por todas partes. Sus firmes pisadas resonaban con fuerza por toda la casa en silencio, mientras subía detrás de la anciana por la tortuosa escalera. No había alfombra.

El dormitorio estaba en el segundo descansillo. Douglas Stone entró en él, siguiendo a la anciana, y seguido inmediatamente por el mercader. Allí, por lo menos, había muebles, incluso en exceso. En el suelo se veía un revoltillo, y en los rincones verdaderas pilas de vitrinas turcas, mesas incrustadas, cotas de malla, pipas de formas extrañas y armas grotescas. Por toda luz había en la pared una lámpara pequeña sostenida por una horquilla. Douglas Stone la descolgó, se abrió paso entre los trastos viejos y se acercó a una cama que había en un rincón. En ella estaba acostada una mujer vestida al estilo turco, con el *yashmak* y el velo. Sólo la parte inferior de la cara estaba al descubierto, y el cirujano vio un corte dentado que zigzagueaba por todo el borde del labio inferior.

—Ya comprenderá usted que esté tapada con el *yashmak*, sabiendo lo que los orientales pensamos acerca de las mujeres —dijo el turco.

Pero el cirujano no estaba pensando en el *yashmak*. Aquello no era una mujer para él, sino simplemente un caso. Se inclinó y examinó cuidadosamente la herida, y dijo:

—No existen señales de inflamación. Podríamos retrasar la operación hasta que se manifiesten los síntomas locales.

—¡Oh, señor, señor! —dijo el mercader—. No ande usted con nimiedades. Usted no sabe lo que es esto. Esa herida es mortal. Yo sí que lo sé, y le doy la seguridad de que es absolutamente indispensable operar. Sólo el bisturí puede salvarle la vida.

—Sin embargo, yo soy partidario de esperar —dijo Douglas Stone.

—¡Basta ya! —exclamó irritado el turco—. Cada minuto que pasa es de vital importancia, y no puedo permanecer aquí viendo cómo se va muriendo mi esposa. No me queda otra alternativa que darle las gracias por haber venido y salir en busca de otro cirujano antes de que sea demasiado tarde.

Douglas Stone vaciló. No era agradable tener que devolver las cien libras, pero si abandonaba el caso tendría que hacerlo. Y si el turco estaba en lo cierto y la mujer fallecía, la posición de Douglas Stone delante del juez de investigación podía resultar embarazosa.

—De modo que usted sabe por experiencia personal cuáles son los efectos de este veneno —le preguntó.

—Lo sé.

—Y me asegura que la operación es indispensable.

—Lo juro por todo cuanto es sagrado para mí.

—La cara quedará espantosamente desfigurada.

—Ya comprendo que la boca no quedará como para besarla con agrado.

Douglas Stone se volvió indignado hacia aquel hombre. Su manera de hablar era brutal. Pero los turcos hablan y piensan a su propia manera, y no era aquél un momento para discutir. Douglas Stone sacó un bisturí del estuche, lo abrió y tanteó con el dedo índice su agudo filo. Acto seguido acercó más la lámpara a la cama. Por la rendija del *yashmak* le miraban con fijeza dos ojos negros. Eran todo iris, y apenas distinguía la pupila.

—Le ha dado usted una dosis de opio muy fuerte.

—Sí, ha sido bastante buena.

El cirujano volvió a contemplar los ojos negros que le miraban fijamente. Estaban apagados y sin brillo, pero pudo advertir que aparecía en ellos una lucecita de vida, y que le temblaban los labios.

—Esta mujer no está en absoluto en estado de inconsciencia —dijo el cirujano.

—¿Y no será preferible emplear el bisturí mientras está insensible?

Ese mismo pensamiento había cruzado por el cerebro del cirujano. Sujetó el labio herido con su fórceps, y dando dos rápidos cortes se llevó una ancha tira de carne en forma de V. La mujer saltó en la cama con un alarido espantoso y glogloteante. Douglas Stone conocía aquella cara. Era una cara que reconocía, a pesar del labio superior saliente y de la sangre que le manaba. La mujer siguió gritando y se llevó la mano a la herida sangrante. Douglas Stone se sentó al pie de la cama con su bisturí y sus fórceps. La habitación giraba a su alrededor, y había sentido que detrás de las orejas se le desgarraba algo como una cicatriz. Quien hubiese estado mirando habría dicho que de las dos caras era la suya la más espantosa. Como si estuviese inmerso en una pesadilla, o como si hubiese estado contemplando un fragmento de una representación, tuvo conciencia de que la cabellera y la barba del turco estaban encima de la mesa, y de que lord Sannox se apoyaba

en la pared apretándose el costado con la mano y riendo silenciosamente. Los alaridos habían dejado de oírse, y la horrible cabeza había vuelto a caer encima de la almohada, pero Douglas Stone seguía sentado e inmóvil, mientras lord Sannox gorgoteaba tranquilamente, riéndose para sí mismo.

—La verdad es —dijo por fin— que esta operación era realmente indispensable para Mary; no físicamente, pero sí moralmente. Entiéndame bien, moralmente.

Douglas Stone se inclinó hacia delante y empezó a juguetear con el fleco de la colcha de la cama. Su bisturí tintineó en el suelo al caer, pero el cirujano seguía sosteniendo sus fórceps y algo más. Lord Sannox dijo con untuosidad:

—Desde hace mucho tiempo tenía el propósito de darle una pequeña lección. Su carta del miércoles se extravió, y la tengo aquí en mi cartera. Me costó bastante trabajo la puesta en práctica de mi idea. La herida, dicho sea de paso, no tenía más peligrosidad que la que puede producirle mi anillo de sello.

Miró intensamente a su silencioso acompañante y levantó el percutor de un revólver pequeño que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Pero Douglas Stone seguía jugueteando con la colcha. Entonces le dijo:

—Ya ve usted que, después de todo, he acudido a la cita.

Al oír aquello Douglas Stone rompió a reír. Fue la suya una risa larga y ruidosa. Quien no se reía ahora era lord Sannox. Sus facciones se aguzaron y cuajaron con una expresión parecida a la del miedo. Se dirigió hacia la puerta y salió de puntillas. La anciana esperaba fuera.

—Atienda a su señora cuando se despierte —le dijo lord Sannox.

Luego bajó las escaleras y salió a la calle. El coche esperaba a la puerta y el cochero se llevó la mano al sombrero. Lord Sannox le dijo:

—Juan, ante todo llevarás al doctor a su casa. Creo que habrá que ayudarle a bajar las escaleras. Dile a su ayuda de cámara que se ha puesto enfermo durante una operación.

—Muy bien, señor.

—Después llevarás a *lady* Sannox a casa.

—¿Y a usted, señor?

—Verás. Durante los próximos meses me hospedaré en el Hotel di Roma, en Venecia. Cuida de que me sea enviada la correspondencia, y dile a Stevens que el lunes próximo exhiba todos los crisantemos de color púrpura, y que me telegrafíe el resultado.

La relación de J. Habakuk Jephson

En el mes de diciembre de 1873 entró en el puerto de Gibraltar el barco británico *Dei Gratia*, trayendo a remolque el bergantín abandonado *Marie Celeste*, al que había recogido a los 38 grados y 40 minutos de latitud norte y a los 17 grados 15 minutos de longitud oeste. En el estado y en el aspecto de la embarcación abandonada se daban determinadas circunstancias que despertaron en su tiempo considerables comentarios y excitaron una curiosidad que no ha sido nunca satisfecha. Esas circunstancias de que hablamos fueron resumidas en un artículo oportuno que apareció en la *Gibraltar Gazette*. Si mi memoria no me engaña, pueden, quienes sientan curiosidad, satisfacer ésta en el número correspondiente al 4 de enero de 1874. Sin embargo, en atención a quienes se encuentren en la imposibilidad de consultar el número que cito, voy a insertar aquí algunos extractos que se refieren a las características principales del caso. Dice el anónimo escritor en la *Gazette*:

> «Hemos estado personalmente a bordo del buque abandonado *Marie Celeste*, y hemos interrogado minuciosamente a los oficiales del *Dei Gratia* sobre los puntos que pudieran arrojar alguna luz sobre el asunto. Éstos opinan que la embarcación llevaba días y quizá semanas abandonada cuando la recogieron. El Diario de navegación que fue hallado en la cámara afirma que el *Marie Celeste* zarpó el día 16 de octubre del puerto de Boston con destino a Lisboa. Sin embargo, ese Diario ha sido llevado de un modo incompleto y apenas suministra datos. No se hace en él ninguna referencia a temporales, y, a decir verdad, el estado en que se encuentra la pintura del barco y toda su arboladura hace desechar la idea de que lo hayan abandonado por esa razón. Su calafateo es perfecto y no hace agua por ningún lado. Tampoco se advierte señal alguna de violencias ni de luchas, y no hay absolutamente nada que explique la desaparición de sus tripulantes. Hay varios detalles que parecen indicar que viajaba a bordo una

mujer, porque en la cámara se ha encontrado una máquina de coser, además de algunas prendas femeninas de vestir. Éstas pertenecen probablemente a la esposa del capitán, que, según consta en el Diario de navegación, acompañaba a su marido. Como una demostración del buen tiempo con que navegaron, está el detalle de que se encontró colocada verticalmente en la máquina de coser una bobina de seda, siendo cosa sabida que el más pequeño balanceo del barco la habría hecho caer al suelo. Las lanchas estaban intactas y colgadas de los brazos de suspensión; y el cargamento, que consistía en sebo y en relojes norteamericanos, también estaba intacto. Una espada, de forma antigua, ha sido encontrada en el castillo de proa entre un montón de leña, y se asegura que en la hoja de dicha arma se advierte una estría longitudinal, como si hubiese sido enjugada recientemente. Ha sido puesta en manos de la policía y sometida al examen del doctor Monaghan, especialista en análisis. Todavía no se ha hecho público el resultado de ese examen. Para terminar, podemos decir que el capitán Dalton, del *Dei Gratia*, marino capaz e inteligente, opina que es muy posible que el *Marie Celeste* haya sido abandonado a mucha distancia del lugar en que fue recogido, puesto que por dicha latitud pasa una fuerte corriente que procede de las costas de África. Confiesa, sin embargo, que no puede exponer una hipótesis capaz de explicar todos los hechos. En ausencia de cualquier clave o indicio de prueba, es de temer que el destino de la tripulación del *Marie Celeste* venga a constituir un misterio más del piélago, que habrá que agregar a los muchos que no se aclararán hasta el gran día en que el océano devuelva sus muertos. Si se ha cometido algún crimen, y acerca de ello existen fuertes sospechas, hay pocas esperanzas de que quienes lo cometieron comparezcan ante la justicia».

Como suplemento de este extracto de la *Gibraltar Gazette*, voy a copiar un telegrama de Boston que apareció en todos los periódicos ingleses, y en el que se encierra toda la información que ha sido posible recoger acerca del *Marie Celeste*:

«Era un bergantín de ciento setenta toneladas de carga, y pertenecía a White, Russell and White, importadores de vino de esta ciudad. El capitán, J. W. Tibbs, era un antiguo empleado de la firma, además de hombre de reconocida capacidad y de probada honradez. Iba acompañado de su mujer, que tenía treinta y un años, y del más

> pequeño de sus hijos, que tenía cinco. La tripulación la formaban siete hombres, entre los que se contaban dos de color y un muchacho. Iban en la embarcación tres pasajeros, uno de los cuales era el conocido especialista de enfermedades del pecho, establecido en Brooklyn, doctor Habakuk Jephson, que fue uno de los más destacados defensores de la Abolición en los primeros tiempos del movimiento, y cuyo folleto titulado *¿Dónde está tu hermano?* ejerció gran influencia en la opinión antes de la guerra. Los demás pasajeros eran: *Mr*. J. Harton, escribiente al servicio de la firma, y *Mr*. Septimus Goring, caballero mestizo, procedente de Nueva Orleans. A pesar de todas las pesquisas que se han realizado, no se ha conseguido hacer luz sobre la suerte que hayan podido correr estos cuatro seres humanos. La pérdida del doctor Jephson será lamentada tanto en los círculos políticos como en los científicos».

He resumido así, en beneficio de los lectores, todo cuanto se sabe hasta ahora acerca del *Marie Celeste* y de su tripulación, ya que en el transcurso de los diez últimos años no se ha adelantado nada en lo referente a la aclaración del misterio. Y ahora tomo la pluma con el propósito de contar todo lo que yo sé del desdichado viaje. Lo considero como una obligación que tengo con la sociedad puesto que ciertos síntomas, cuyo alcance conozco por haber tenido ocasión de estudiarlos en otras personas, me hacen pensar que antes de que transcurran pocos meses, mi lengua y mi mano no estarán ya en condiciones de suministrar esta información. Como prefacio de mi relato, permítaseme decir que soy Joseph Habakuk Jephson, doctor en Medicina de la Universidad de Harvard y exdirector de consultorio en el Samaritan Hospital, de Brooklyn.

Serán muchos, sin duda, los que se preguntarán cómo es que no he salido a la palestra hasta ahora, y por qué razón he consentido que se hiciesen tantas conjeturas y suposiciones sin negar su veracidad. Si con revelar los hechos que conozco se hubiese dado satisfacción a los fines de la justicia, yo los habría revelado sin vacilación alguna. Me pareció, sin embargo, que no había posibilidad de conseguir semejante resultado; y cuando traté, después de ocurrido el hecho, de exponer mi caso ante un funcionario inglés, éste dio muestras de incredulidad tan ofensiva para mí, que decidí no volver a exponerme a ser tratado de manera tan indigna. Puedo, sin embargo, disculpar la descortesía del magistrado de Liverpool, cuando pienso en que mis propios parientes, que conocen mi carácter intachable, sólo acogieron con sonrisas de indulgencia mi relato, como si se tratara de las ilusiones imaginarias de un monomaníaco. Estigma semejante para mi veracidad originó una pelea con

John Vanburger, hermano de mi mujer, y me afirmó en mi resolución de dejar que el asunto cayese en el olvido…, resolución que altero ahora a instancias de mi hijo. Para que mi relato resulte inteligible, tengo que contar de una manera superficial uno o dos incidentes de mi vida anterior que arrojan luz sobre los hechos posteriores.

Mi padre, William K. Jephson, fue predicador de la secta llamada de los Hermanos Plymouth y uno de los ciudadanos más respetados de Lowell. Al igual que la mayor parte de los puritanos de Nueva Inglaterra, era un adversario acérrimo del esclavismo, y yo recibí de sus labios las enseñanzas que han caracterizado mi conducta en la vida.

Siendo todavía estudiante de Medicina en la Universidad de Harvard, me distinguí como abolicionista radical; y cuando, después de recibir el título, compré una participación de un tercio en el consultorio del doctor Willis, de Brooklyn, me las arreglé para compaginar mis deberes profesionales con la dedicación de una buena cantidad de tiempo a la causa que me era tan querida. Mi folleto *¿Dónde está tu hermano?* (Swarburgh, Lister and Co., 1859) fue acogido con gran interés.

Cuando estalló la guerra, abandoné Brooklyn y me incorporé al regimiento 113 de Nueva York, en el que serví durante toda la campaña. Estuve presente en las batallas de Bull’s Run y de Gettysburg. Por último, caí gravemente herido en Antietam, y habría sucumbido probablemente en el campo de batalla de no haber sido por la bondad de un caballero de apellido Murray, que me llevó a su casa y me atendió con la mayor solicitud. Gracias a su caridad, y a los cuidados de los criados negros, no tardé en poder pasearme por la plantación apoyado en una garrota. Durante ese periodo de mi convalecencia ocurrió un incidente que está íntimamente relacionado con mi relato.

Entre las negras que más solícitamente me atendieron mientras estuve en el lecho, había una, ya de edad, que parecía ejercer gran autoridad sobre las demás. Se mostró muy atenta conmigo, y por lo poco que ella y yo hablamos, deduje que me conocía de referencias y que me estaba agradecida por la defensa que yo había hecho de su raza oprimida.

Cierto día yo estaba sentado en la terraza, tomando el sol y pensando si debería reintegrarme ya al ejército de Grant, cuando me sorprendió verla avanzar cojeando hacia mí. Después de mirar con mucha cautela a su alrededor, para asegurarse de que estábamos solos, vi que se tanteaba en el pecho, por entre las ropas, y que sacaba un pequeño bolso de gamuza que

tenía colgado del cuello con un cordel blanco. Se inclinó sobre mi oído y me dijo en voz baja lo siguiente:

—Señor, yo moriré pronto. Soy ya muy vieja. No permanezca mucho tiempo en la plantación de *Mr*. Murray.

Yo le contesté:

—Marta, tú puedes vivir todavía mucho tiempo. Ya sabes que soy médico, de modo que si te sientes enferma, me avisas y yo procuraré curarte.

—No quiero vivir; lo que quiero es morir. Voy a reunirme con el Señor celestial.

Y empezó a explicarme una de esas leyendas medio paganas a las que son tan aficionados los negros.

—Pero hay una cosa, señor, que no tengo más remedio que dejar aquí cuando me muera, porque no puedo llevarla conmigo a través del Jordán. Es una cosa de grandísimo valor, mucho más valiosa y más sagrada que todas las demás cosas del mundo. Yo, que soy una pobre negra, tengo eso que le digo porque mi gente, que era de gran categoría, creyó que iba a volver a su antiguo país. Pero usted no puede comprender esto como lo comprenderían los negros. A mí me lo dio mi padre, y a mi padre se lo transmitió el suyo; pero ¿a quién se lo daré yo ahora? La pobre Marta no tiene hijos, no tiene parientes, no tiene a nadie. Los negros que veo a mi alrededor son mala gente. Las negras son mujeres muy estúpidas. Nadie es digno de poseer la piedra. Por eso me dije: «Aquí tengo al señor Jephson, que escribe libros y combate por la gente de color, y que es, con toda seguridad, un hombre bueno. Pues a él se la daré, aunque no pueda saber el alcance que tiene y de dónde vino».

Al llegar a este punto, la anciana negra rebuscó dentro del bolso de gamuza y sacó del mismo una piedra negra plana con un agujero en el centro; me la puso a la fuerza en la mano y me dijo:

—Tómela, tómela; una cosa buena nunca produce mal. Consérvela bien. ¡No la pierda nunca!

Y la anciana negra se retiró renqueando, de la misma manera que había venido, haciéndome un gesto para que tuviera cuidado, y mirando a todas partes para cerciorarse de que nadie nos había visto.

La seriedad con que se comportaba aquella mujer me produjo más bien gracia que emoción, y si no me eché a reír mientras hablaba fue por no lastimar sus sentimientos. Cuando desapareció de mi vista, examiné detenidamente la piedra que me había dado. Era intensamente negra, de dureza extraordinaria y de forma ovalada, es decir, como uno de esos guijarros rodados que uno elegiría en una playa para tirarlos a gran distancia.

Tendría unas tres pulgadas de largo y pulgada y media de anchura en el centro, pero estrechada y redondeada en las extremidades. Lo más curioso era una especie de minúsculos canales en semicírculo que le daban la apariencia de una oreja humana. En conjunto, aquel nuevo objeto del que era propietario me interesó bastante y decidí someterlo, en la primera oportunidad, a título de muestra geológica, a la opinión de mi amigo el profesor Shroeder, del Instituto de Nueva York. De momento, lo guardé en el bolsillo, me levanté de mi silla y salí a dar un breve paseo por la plantación, despreocupándome del incidente.

Como mi herida casi había cicatrizado, me despedí poco después de *Mr*. Murray. Los ejércitos de la Unión triunfaban por todas partes y convergían sobre Richmond, pareciéndome por ello innecesaria mi ayuda, y regresé a Brooklyn. Allí reanudé mi actividad médica y contraje matrimonio con la hija de Josiah Vanburger, grabador en madera muy afamado. En el transcurso de pocos años, establecí muchas relaciones y adquirí notable reputación en el tratamiento de las enfermedades pulmonares. Todavía conservaba en el bolsillo mi piedra negra, y solía relatar con frecuencia la dramática historia de cómo llegó a mi poder. Seguí decidido a mostrársela al profesor Shroeder. El profesor se tomó el asunto con gran interés cuando le conté la anécdota, y se la entregué. Dictaminó que se trataba de un trozo de piedra meteórica, y me hizo notar que la semejanza que presentaba con una oreja humana no era puramente casual, sino obra de un esmeradísimo trabajo. Una docena de pequeños detalles anatómicos demostraban que quien la hizo era tan entendido como hábil. El profesor me dijo:

—No me extrañaría que haya sido arrancada de alguna estatua grande, aunque no alcanzo a comprender cómo fue posible trabajar con tal perfección un material tan duro. Si ha sido arrancada de una estatua, me interesaría muchísimo conocerla.

Eso era lo que yo pensaba entonces, pero posteriormente he cambiado de opinión.

Mi vida transcurrió tranquila y sin sucesos notables durante los siete u ocho años siguientes. Las primaveras siguieron a los inviernos y los veranos a las primaveras sin que hubiese variación alguna en mis ocupaciones. Como la clientela iba creciendo, admití como socio, con una cuarta parte en los beneficios, a J. S. Jackson. Sin embargo, el esfuerzo constante se había dejado sentir sobre mi organismo, y acabé encontrándome tan mal que mi esposa insistió en que consultase con el doctor Kavanagh Smith, colega mío en el Samaritan Hospital. Este compañero me examinó, dictaminándome que el

vértice de mi pulmón izquierdo se hallaba en estado de endurecimiento, y me recomendó al mismo tiempo que me sometiese a un tratamiento médico y emprendiese un largo viaje por mar.

Mi propio carácter, que es naturalmente inquieto, me inclinó fuertemente a poner en práctica esta última parte de sus consejos. El asunto quedó resuelto definitivamente en una entrevista que celebré con el joven Russell, de la razón social White, Russell and White, que me ofreció pasaje en uno de los barcos de su padre, el *Marie Celeste*, que estaba a punto de zarpar de Boston. Me dijo que se trataba de una embarcación pequeña, pero muy cómoda, y que el capitán Tibbs era un hombre excelente. Agregó que para un hombre inválido no había nada tan beneficioso como un viaje en barco de vela. Yo participaba de esa misma opinión, de modo que cerré el trato en el acto.

Mi proyecto primitivo era que mi esposa me acompañase. Sin embargo, nunca resistió bien los viajes por mar, y hubo, por parte de la familia, razones poderosas para no exponerla, por aquel entonces, a los peligros de un viaje, de modo que decidimos que permaneciese en casa. Yo no soy hombre religioso ni muy efusivo, pero doy gracias a Dios por tal resolución. En cuanto a abandonar mi consultorio, no me costó gran trabajo, porque mi socio, Jackson, era hombre trabajador y digno de confianza.

Llegué a Boston el día 12 de octubre de 1873, y me dirigí inmediatamente a las oficinas de la Compañía para darles las gracias por su atención. Me encontraba en la sala, dándoles tiempo para que pudieran atenderme; de pronto, las palabras *Marie Celeste* atrajeron mi atención. Me volví para ver quién las había pronunciado, y descubrí a un hombre muy alto y muy seco que, con los codos apoyados sobre el mostrador de caoba pulimentada, mostraba unos acusados rasgos de raza negra, según pude ver, porque estaba casi vuelto hacia mí; probablemente era un cuarterón, o quizá tenía un porcentaje todavía mayor de sangre de color. El perfil aguileño de su nariz y los cabellos rectos y lacios delataban una ascendencia blanca; pero los ojos negros, inquietos, la boca sensual y el blancor centelleante de su dentadura proclamaban su origen africano. Su cutis era de un color amarillento enfermizo, y como se veían en su rostro las huellas profundas de la viruela, la impresión general que me produjo fue sumamente desfavorable y casi de repugnancia. Sin embargo, la voz era melodiosa, se expresó con frases muy oportunas y saltaba a la vista que era hombre de cierta cultura.

—Desearía hacerle algunas preguntas acerca del *Marie Celeste* —repitió, adelantando el busto hacia el empleado—. ¿Es cierto que se hace a la mar pasado mañana?

—Sí, señor —dijo el joven empleado con una cortesía mayor de la habitual, porque le impresionó, sin duda, el centelleo de un grueso brillante que el desconocido lucía en la pechera de su camisa.

—¿Y cuál es su puerto de destino?

—Lisboa.

—¿Cuántos hombres forman la tripulación?

—Siete, señor.

—¿Lleva pasajeros?

—Sí, dos. Uno de ellos es un señor joven, y el otro, un médico de Nueva York.

—¿No hay ningún caballero procedente del Sur? —preguntó con ansiedad el desconocido.

—Ninguno, señor.

—¿Hay plaza para otro pasajero?

—Hay para tres más —contestó el empleado.

—Pues entonces iré —dijo con acento decidido el cuarterón—. Iré, y comprometo desde ahora mismo mi pasaje. Anote, por favor: *Mr*. Septimus Goring, de Nueva Orleans.

El empleado llenó un formulario y se lo presentó al desconocido, señalándole el espacio en blanco al pie del mismo. Cuando *Mr*. Goring se inclinó para firmar, quedé horrorizado al ver que tenía los dedos de la mano derecha cortados al rape, y que sostenía la pluma entre el pulgar y la palma de la mano. Yo he visto millares de hombres muertos en combate y he presenciado todas las operaciones que se pueden concebir, pero no recuerdo ninguna que me haya producido un escalofrío de repugnancia como aquella gruesa mano morena, parecida a una esponja, con un solo miembro saliente. Sin embargo, la empleó con mucha habilidad, trazó rápidamente su firma, saludó con una inclinación al empleado y salió de la oficina en el preciso momento en que *Mr*. White me pasaba aviso de que podía recibirme.

Aquella misma tarde me dirigí al *Marie Celeste* y examiné mi camarote, que era extraordinariamente cómodo, si se tiene en cuenta el pequeño tamaño de la embarcación. *Mr*. Goring, es decir, el caballero al que yo había visto por la mañana, tenía destinado el camarote contiguo al mío. Frente por frente estaba el camarote del capitán, y había una pequeña litera para *Mr*. John Harton, que viajaba por asuntos de negocios a cuenta de la firma propietaria del barco. Estas pequeñas habitaciones estaban dispuestas a uno y otro lado del pasillo que conducía desde el puente principal hasta el salón. Este último era una habitación confortable, con el artesonado de mucho gusto, en roble y

en caoba, una rica alfombra de Bruselas y sillones y sofás muy cómodos. Me agradó muchísimo todo aquello y también me satisfizo el capitán Tibbs, hombre rudo y de tipo de marino, que hablaba con voz gruesa y acento cordial, y que me dio la bienvenida con efusión, y se empeñó en descorchar una botella de vino en su camarote. Me anunció que se proponía llevar en ese viaje a su esposa y a su hijo más pequeño, y calculó que si teníamos buen tiempo llegaríamos a Lisboa en tres semanas. Mantuvimos una charla agradable, y nos separamos como los mejores amigos; me aconsejó que realizase mis últimos preparativos a la mañana siguiente, porque tenía toda la carga a bordo y se proponía zarpar con la marea del mediodía. Regresé a mi hotel, donde me esperaba una carta de mi esposa, y después de un sueño reparador, me dirigí por la mañana al barco. De aquí en adelante puedo copiar el texto del Diario que redacté para alterar la monotonía del largo viaje por mar. Si en algunas páginas es algo seco, puedo, por lo menos, confiar en la exactitud de sus detalles, porque lo escribí concienzudamente día por día.

Octubre 16

Soltamos amarras a las dos y media y fuimos remolcados hasta la bahía, donde nos dejó el remolcador, y nuestra embarcación avanzó a velas desplegadas, desarrollando una velocidad de unos nueve nudos por hora. Yo permanecí en la popa contemplando cómo las costas bajas de Norteamérica se iban hundiendo gradualmente en el horizonte hasta que la bruma del atardecer las ocultó a mi vista. Sin embargo, he seguido distinguiendo a nuestras espaldas un único y ominoso resplandor rojo, que sigue todavía visible en el momento en que escribo estas líneas, aunque reducido a una pequeña mancha; trazaba ese resplandor en las aguas un largo camino rojo que parecía una huella de sangre. El capitán está de mal humor, porque a última hora le fallaron dos de sus tripulantes, y se ha visto obligado a embarcar en su lugar a una pareja de negros que encontró casualmente en el muelle. Los hombres que no se presentaron eran gente formal y de confianza, habían hecho con el capitán varios trayectos, y su ausencia de última hora le intrigó y le irritó. Cuando una tripulación de siete hombres tiene que manejar una embarcación de regular tamaño, la pérdida de dos marineros experimentados es una cosa seria porque, aunque los negros son capaces de encargarse de un turno en la rueda del timón o de fregar la cubierta, son gente que sirve de poco con mal tiempo. Nuestro cocinero también es negro, y *Mr*. Septimus Goring tiene asimismo un criadito negro, de modo que formamos una comunidad bastante abigarrada. El contable, John Harton, promete ser una verdadera alhaja,

porque es hombre joven, alegre y divertido. ¡Qué poco tiene que ver la riqueza con la felicidad! Este hombre tiene por delante todo el mundo y busca su fortuna en un país lejano y, sin embargo, es todo lo feliz que puede ser un hombre. Si no me equivoco, Goring es rico, y yo también lo soy; pero sé que tengo un pulmón enfermo, y Goring, a juzgar por sus facciones, debe de padecer de algo todavía más grave. ¡Qué contraste más lamentable formamos nosotros dos con aquel empleado sin blanca y sin preocupación alguna!

Octubre 17

La señora de Tibbs salió esta mañana por primera vez a cubierta. Es una mujer simpática y enérgica, con un niñito encantador que apenas sabe andar y chapurrear. El joven Harton se lanzó en el acto sobre el niño y se lo llevó a su camarote, donde, con toda seguridad, estará sembrando en el estómago del niño semillas de una futura dispepsia. ¡Vean ustedes cómo la medicina hace de todos nosotros unos cínicos! El tiempo es todo lo tranquilo que se puede desear, y sopla una brisa fresca y agradable del oeste-sudoeste. La embarcación navega tan segura que apenas se daría uno cuenta de que se mueve si no fuese por el crujir de las jarcias, el combeo de las velas y el largo surco blanco de nuestra estela. He paseado durante toda la mañana con el capitán en el alcázar, y creo que el aire fresco y punzante ha obrado de manera beneficiosa en mis pulmones, porque aquel ejercicio no me produjo fatiga de ninguna clase. Tibbs es un hombre extraordinariamente inteligente, y hemos mantenido una interesante conversación acerca de las explicaciones de Maury sobre las corrientes oceánicas, a la que pusimos fin bajando al camarote del capitán para consultar el texto mismo de la obra. Encontramos en el camarote a Goring, cosa que produjo bastante sorpresa al capitán, porque no es corriente que los pasajeros entren en aquel santuario, a menos que sean invitados especialmente. Sin embargo, él se disculpó por el entrometimiento alegando su ignorancia de las costumbres de a bordo; el marino, hombre simpático, se limitó a reírse del incidente, y le pidió que se quedase y nos honrase con su compañía. Goring señaló los cronómetros, cuya vitrina había abierto, y nos dijo que los había estado examinando con admiración. Posee, evidentemente, algún conocimiento práctico de instrumentos matemáticos, porque le bastó una ojeada para decir cuál era el más exacto de los tres, y también para calcular su precio con pocos dólares de diferencia. Mantuvo una discusión con el capitán acerca de las variaciones de la brújula, y cuando nos pusimos de nuevo a tratar de las corrientes oceánicas, demostró que dominaba por completo el tema. Bien mirado, ese hombre gana

en aprecio tratándolo, y posee indudable cultura y refinamiento. Su voz armoniza con su conversación, y ambas son la antítesis misma de su rostro y de su cuerpo.

Las observaciones del mediodía demuestran que hemos recorrido doscientas veinte millas. Hacia el anochecer la brisa empezó a soplar con más fuerza, y el primer oficial ordenó que se rizasen las gabias y los juanetes, porque esperaba una noche de fuerte viento. Me he fijado en que el barómetro ha bajado a veintinueve. Espero que nuestro viaje no sea tormentoso, porque me mareo con facilidad, y es probable que una travesía difícil empeore mi salud en lugar de beneficiarla. Sin embargo, tengo la mayor confianza en las habilidades marineras del capitán y en la solidez de la embarcación. Después de la cena he jugado a las cartas con la señora Tibbs, y Harton nos tocó un par de piezas en el violín.

Octubre 18

Los sombríos pronósticos de la pasada noche no se han cumplido, porque el viento desapareció, y en este momento nos encontramos navegando con un oleaje suave y lento, encrespado aquí y allá por una ventolina pasajera que no tiene fuerza suficiente para hinchar las velas. La temperatura es más fresca que ayer, y me he puesto uno de los gruesos jerséis de lana que mi mujer me ha confeccionado. Harton vino por la mañana a mi camarote y hemos fumado juntos un cigarro. Me ha dicho que recuerda haber visto en el año 89 a Goring en Cleveland, Ohio. Resulta que ya entonces era un hombre tan misterioso como ahora, y que andaba de un lugar a otro, sin ocupación visible, manifestándose muy reservado en sus asuntos personales. A mí me interesa ese hombre como tema para un estudio psicológico. Esta mañana, mientras desayunábamos, tuve de pronto la vaga sensación de inquietud que experimentan ciertas personas cuando alguien las mira con fijeza; alcé rápidamente la vista y tropecé con los ojos de Goring, que me miraban con una expresión tan intensa que casi parecía de ferocidad, aunque se suavizaron instantáneamente, al mismo tiempo que me hacía alguna observación acerca del tiempo. Es curioso, pero Harton me asegura que ayer, estando sobre cubierta, experimentó una sensación idéntica. Me he fijado en que cuando Goring va de un lado para otro dirige con frecuencia la palabra a los tripulantes de color. Es éste un rasgo que yo admiro bastante, porque lo corriente en estos hombres de sangre mezclada es que hagan caso omiso de esta condición y traten a sus parientes negros con una intolerancia mayor todavía que la de los blancos. Por lo que parece, su criadito le es muy afecto,

lo cual indica que lo trata bien. En conjunto, este hombre es una mezcla curiosa de cualidades incongruentes y, si no me equivoco, me proporcionará materia de observación durante el viaje.

El capitán refunfuña porque sus cronómetros no registran todos con exactitud el mismo tiempo. Afirma que tal desacuerdo entre ellos no le había ocurrido nunca hasta ahora. Debido a la bruma, nos fue imposible hacer ninguna observación de mediodía. Por simple cálculo, habremos hecho ciento setenta millas en las veinticuatro horas. Como preveía el capitán, los marineros negros han resultado hombres poco hábiles en su oficio; pero como han demostrado que saben manejar bien la rueda del timón, se les encomienda la tarea de timonear, para que, de ese modo, los otros hombres, más experimentados, hagan las maniobras del barco. Son éstos unos detalles bastante triviales, pero las cosas pequeñas sirven para dar materia a las charlas a bordo de un barco. La aparición de una ballena al atardecer produjo entre nosotros un gran revuelo. A juzgar por su lomo en punta y por la cola ahorquillada, yo diría que se trata de una yubarta, o rorcual, como la denominan los pescadores.

Octubre 19

El viento ha sido frío, y como medida de prudencia permanecí en mi camarote todo el día; salí únicamente para comer. Tumbado en mi litera, puedo, sin necesidad de levantarme, echar mano a mis libros, a las pipas y a todo cuanto necesito, siendo ésta una de las ventajas de vivir en un compartimento pequeño. Mi vieja cicatriz empezó hoy a dolerme un poquito, probablemente por efecto del frío. He leído los *Ensayos* de Montaigne, y me he cuidado. Harton vino a visitarme por la tarde, con Doddy, el hijo del capitán, y poco después acudió este último, de modo que celebré toda una recepción.

Octubre 20 y 21

Sigue haciendo frío, llovizna constantemente y no me ha sido posible salir del camarote. Estar así encerrado me debilita y me deprime. Entró Goring a visitarme, pero su compañía no contribuyó a alegrar mi ánimo, porque apenas habló, limitándose a mirarme fijamente, de un modo raro e irritante. Luego se levantó y salió del camarote sin decir palabra. Empiezo a sospechar que es un lunático. Creo haber dicho ya que su camarote es contiguo al mío. Ambos están separados por un delgado tabique de madera agrietado en muchos sitios,

siendo algunas de las grietas lo bastante anchas como para que, cuando estoy tendido en la litera, le vea ir y venir por su camarote. Sin el menor propósito de espiarle, observo que está continuamente inclinado sobre algo que da la impresión de una carta de navegación, haciendo cálculos con el lápiz y los compases. Me ha llamado la atención el interés que demuestra por los temas relacionados con la navegación, pero me sorprende que se tome el trabajo de hacer el cálculo de la derrota de nuestra embarcación. Sin embargo, me parece una diversión bastante inocente, y estoy seguro de que compara los resultados que obtiene con los del capitán.

No querría pensar tanto en ese hombre. La noche del 20 tuve una pesadilla, y en ella creí que mi litera se había convertido en un féretro, que me habían metido en él y que Goring trataba de clavar la tapa del mismo, en tanto que yo forcejeaba por levantarla. Ni siquiera cuando me desperté acabé de convencerme de que no estaba metido en un féretro. Yo, como médico que soy, sé que toda pesadilla no es otra cosa que un desarreglo vascular de los hemisferios del cerebro; pero dado el estado de debilidad en que me encuentro no consigo sacudir la mórbida impresión que me producen.

Octubre 22

Día hermoso, sin una nube apenas en el cielo, y con una brisa fresca del sudoeste que nos empuja alegremente por nuestra ruta. Es evidente que no lejos de nosotros ha debido de hacer tiempo tormentoso, porque hay una fuerte marejada, y el barco cabecea de manera que el extremo de la verga delantera toca casi el agua. Me reconfortó mucho dar un paseo por el alcázar de proa, a pesar de que todavía no he llegado a tener lo que se dice piernas de marinero. Varios pájaros pequeños, que a mí me han parecido pinzones, se posaron en las jarcias.

4.40 de la tarde

Mientras me paseaba esta mañana por la cubierta oí una explosión que parecía haberse producido del lado de mi camarote; bajé corriendo y pude ver que había estado a punto de sufrir un grave percance. Parece que Goring estaba limpiando un revólver en su camarote, cuando se le disparó uno de los cañones del tambor que creía que estaba descargado. La bala atravesó el tabique divisorio y fue a empotrarse en el sitio exacto de la amurada en el que suelo apoyar la cabeza. He entrado en combate demasiadas veces para magnificar las cosas pequeñas, pero no cabe duda alguna de que si yo hubiese

estado en mi litera aquella bala tenía por fuerza que haberme matado. El pobre Goring ignoraba que yo había subido a la cubierta y debió de llevarse un susto terrible. No he visto jamás en una cara emoción tan grande como la que se pintó en la suya cuando, al salir corriendo de su camarote con el revólver todavía humeante en la mano, se tropezó de frente conmigo, que bajaba de la cubierta. Se deshizo desde luego en disculpas, pero yo me reí del incidente.

11 de la noche

Ha ocurrido una desgracia tan inesperada y tan horrible que, comparada con ella, el peligro de muerte que he corrido esta mañana queda reducido a una insignificancia. La señora Tibbs y su hijito han desaparecido…, han desaparecido por completo y de una manera irremediable. Me resulta muy difícil serenarme para poner por escrito los tristes detalles del caso. El capitán Tibbs se precipitó a eso de las ocho y media dentro de mi camarote y me preguntó si había visto a su mujer. Le contesté que no. Él entonces corrió al salón, buscando por todas partes algún rastro de ella, y yo fui tras él, intentando convencerle de que aquellos temores eran ridículos. Registramos durante una hora todos los rincones del barco, sin descubrir rastro alguno de la mujer ni del niño. El pobre Tibbs se quedó afónico de tanto llamarla por su nombre. Hasta los marineros, que son por lo general gente muy poco sentimental, se sintieron profundamente afectados viendo cómo iba y venía con la cabeza al aire y los cabellos revueltos de un lado a otro de la cubierta, registrando con febril ansiedad los lugares más inverosímiles, y volviendo a registrar los mismos sitios una y otra vez con dolorosa terquedad. Fue vista por última vez a eso de las siete y cuando salió a la cubierta con su hijo para que respirase un rato el aire puro antes de acostarlo. No había en ese instante ninguna otra persona sobre la cubierta, salvo el marinero negro que llevaba la rueda del timón, y éste asegura no haberla visto. Todo el suceso está envuelto en el mayor misterio. La hipótesis que yo tengo es que la señora Tibbs estaba cerca de la amurada con su hijo en brazos, y que en un movimiento brusco del barco se le cayó por la borda; ella, entonces, intentó convulsivamente agarrarlo o salvarlo, y se tiró detrás. No encuentro otra manera de explicar la doble desaparición. Es posible que ocurriese aquella tragedia sin que el hombre del timón se enterase de nada, porque las claraboyas en punta del salón forman una especie de mampara que oculta la mayor parte del alcázar. Sea como sea, se trata de una catástrofe terrible que ha ensombrecido de la manera más espantosa nuestro viaje. El oficial ha hecho virar en redondo a la

embarcación, pero no existe ninguna esperanza de dar con los desaparecidos. El capitán está acostado en su litera, presa del más profundo estupor. Le eché una fuerte dosis de opio en el café para que se amortigüe su dolor al menos por unas horas.

Octubre 23

Me he despertado con un vago sentimiento de opresión y de dolor; pero sólo después de unos momentos de meditación recordé la desgracia de la noche anterior. Cuando subí a cubierta me encontré al pobre capitán en pie, mirando hacia la inmensa extensión de las aguas que íbamos dejando atrás y en donde queda lo que más quería en el mundo. Traté de hablarle, pero se alejó bruscamente de mi lado y se puso a pasear por la cubierta con la cabeza caída sobre el pecho. Aun ahora, cuando la verdad es tan evidente, no cruza por delante de uno de los botes ni de una vela desamarrada sin que mire dentro o debajo. Parece diez años más viejo que ayer por la mañana. Harton se siente terriblemente consternado, porque le tenía gran cariño al pequeño Doddy, y también Goring parece dolido. Por lo menos, ha permanecido todo el día encerrado en su camarote, y yo le he visto, al mirar casualmente a través de una rendija, con la cabeza apoyada en las dos manos y como sumido en una ensoñación melancólica. Creo que jamás navegó una tripulación más entristecida. ¡Qué dolorosa impresión recibirá mi esposa cuando tenga noticia del desastre! La marejada se ha amansado casi por completo y estamos haciendo unos ocho nudos con todas las velas desplegadas y una brisa suave. Hyson se ha hecho cargo prácticamente del barco, porque aunque Tibbs hace los mayores esfuerzos por reaccionar y mostrarse entero, es incapaz de realizar ninguna tarea importante.

Octubre 24

¿Qué maldición ha caído sobre este barco? ¿Qué travesía se inició con mejores auspicios, para luego cambiar de manera tan catastrófica? Durante la noche, Tibbs se ha pegado un tiro en la cabeza. A eso de las tres de la madrugada me despertó una explosión; salté de la cama inmediatamente y salí a toda prisa del camarote, corriendo al del capitán para averiguar la causa, aunque llevando en el corazón un terrible presentimiento. Aunque acudí con la máxima rapidez posible, Goring había corrido más, y estaba ya en el camarote, inclinado sobre el cuerpo del capitán. El espectáculo era espantoso, porque el disparo le había destrozado la parte superior de la frente, y la

pequeña habitación estaba inundada de sangre. En el suelo, junto al capitán, estaba la pistola que acababa de caérsele de la mano. Debió de habérsela llevado a la boca antes de apretar el gatillo. Entre Goring y yo lo levantamos con reverencia y lo acostamos en su lecho. Toda la tripulación había acudido al camarote, y los seis hombres blancos se mostraban profundamente conmovidos, porque eran marineros viejos que habían navegado a sus órdenes durante muchos años. Se vieron miradas y se oyeron murmullos sombríos, y uno de los marineros dijo claramente que el barco estaba embrujado. Harton ayudó a sacar al pobre capitán y lo envolvimos en un trozo de lona. A las doce del día se agarrochó hacia atrás la vela delantera y entregamos el cadáver a las aguas profundas. Goring leyó el servicio religioso para entierros de la Iglesia de Inglaterra. La brisa sopla más fresca y hemos hecho diez y hasta doce nudos durante todo el día. Cuanto antes lleguemos a Lisboa y cuanto antes me vea fuera de este barco maldito, mayor será mi satisfacción. Tengo la sensación de que estuviéramos navegando en un féretro flotante. No es de extrañar que los pobres marineros sean supersticiosos, cuando yo, que soy un hombre culto, estoy tan impresionado.

Octubre 25

Hemos navegado durante todo el día a mucha velocidad. Me siento deprimido y sin interés por nada.

Octubre 26

Esta mañana, Goring, Harton y yo hemos mantenido una conversación sobre cubierta. Harton trató de sonsacar a Goring cuál era su profesión y con qué objeto marchaba a Europa; pero el cuarterón hizo frente a todas sus preguntas sin proporcionarnos dato alguno. Hasta pareció algo molesto por la insistencia de Harton, y bajó a su camarote. ¿Por qué nos tomamos Harton y yo tanto interés en ese hombre? Me imagino que lo que nos pica la curiosidad es lo raro de su aspecto al compararlo con su aparente riqueza. Harton sostiene la teoría de que Goring es en realidad un detective que va persiguiendo a un criminal que se fugó a Portugal, y que si ha elegido este sistema de viajar es para llegar sin ser advertido y caer sobre su presa cuando menos lo espere. Creo que semejante suposición resulta un poco traída por los pelos, pero Harton se basa para hacerla en un libro que Goring se dejó en la cubierta, y que él recogió y hojeó. Se trata, por lo visto, de un libro de recortes, porque contenía muchísimos sacados de periódicos. Todos ellos se

referían a asesinatos cometidos en Estados Unidos durante los últimos veinte años, más o menos. Un detalle curioso que observó Harton fue que todos ellos se referían a asesinatos cuyos autores no llegaron nunca a ser capturados y conducidos ante los jueces. Dice Harton que esos recortes se referían a crímenes perpetrados de todas las formas imaginables y entre gentes de todos los estamentos sociales, pero que terminaban de una manera uniforme, con la coletilla de que la policía esperaba fundadamente capturar muy pronto a los asesinos. Parece, en efecto, que ese detalle da visos de verosimilitud a la teoría de Harton, aunque bien pudiera tratarse de un simple capricho de Goring o, según yo le sugerí a Harton, que estuviese recogiendo materiales para un libro que deje empequeñecido a De Quincy. Sea como sea, es cosa que nada nos importa a nosotros.

Octubre 27 y 28

Seguimos teniendo viento favorable y avanzamos mucho. ¡Qué sensación más extraña produce ver la facilidad con que un hombre desaparece de su puesto y cae en el olvido de los demás! Apenas se habla de Tibbs; Hyson ha pasado a ocupar su camarote, y todo sigue su curso como antes. Si no fuese por la máquina de coser de la señora Tibbs, que está sobre una mesa lateral, ya no nos acordaríamos siquiera de que la desdichada familia hubiese existido. Hoy ha ocurrido a bordo otro accidente, aunque por fortuna no ha revestido gran importancia. Uno de los marineros blancos ha bajado a la bodega de popa en busca de un rollo de cuerda de repuesto, y uno de los cuarteles de escotilla que había levantado cayó desde arriba con estrépito; pudo salvar la vida apartándose de un salto, pero le destrozó terriblemente uno de los pies; ese hombre va a servir de poco durante el viaje. Atribuye el accidente a falta de cuidado del compañero negro que le había ayudado a levantar los cuarteles de escotilla; pero el negro afirma que fue una consecuencia del balanceo del barco. Sea por la causa que sea, el hecho es que nuestra tripulación queda aún más mermada. Esta serie de desgracias parece haber deprimido a Harton, pues ya no muestra el buen humor y jovialidad de antes. Goring es el único que permanece animado. Sigue haciendo cálculos sobre su carta marítima dentro de su camarote. Sus conocimientos marinos podrían sernos útiles si le ocurriese algo a Hyson…, ¡cosa de la que Dios nos libre!

Octubre 29 y 30

Seguimos avanzando con rapidez y suavidad, empujados por una brisa suave. Reina la tranquilidad y no ha ocurrido nada digno de ser anotado.

Octubre 31

La debilidad de mis pulmones, unida a los emocionantes episodios de nuestro viaje, han quebrantado mi sistema nervioso hasta el punto de que los incidentes más triviales me impresionan. No parece que sea yo el mismo que en Antietam, y bajo un fuerte fuego de fusilería, ligó la arteria externa ilíaca, operación que exige la más delicada precisión. Estoy tan nervioso como un niño. La noche pasada, a eso de las cuatro campanadas de la guardia media, me sentía amodorrado y con ganas de conciliar un sueño reparador. No había luz en el interior de mi camarote, pero por el ojo de buey penetraba un rayo de luna que proyectaba sobre la puerta un círculo plateado de trémula luz. Tenía fijos los ojos soñolientos en aquel círculo, con la sensación de que, a medida que me dormía, se iba esfumando; de pronto me desperté por completo al ver aparecer un pequeño objeto negro en el centro mismo del círculo luminoso. Permanecí inmóvil y con la respiración en suspenso, esperando. El objeto negro se fue haciendo gradualmente mayor y más visible, y de pronto me di cuenta de que se trataba de la mano de un hombre, metida cautelosamente por la rendija de la puerta a medio cerrar…, y sentí un escalofrío de espanto al observar que aquella mano estaba mocha de dedos. La puerta giró con gran tiento hacia atrás, y la cabeza de Goring siguió a su mano, surgiendo en el centro del claro de la luna, como rodeada de un halo cadavérico e indeciso sobre el que se destacaron perfectamente sus facciones. Jamás he visto en un rostro humano una expresión tan diabólica e implacable. Sus ojos estaban dilatados y centelleantes; sus labios, contraídos hacia arriba y hacia abajo para dejar a la vista sus blancos colmillos, y los cabellos negros y lisos aparecían erizados sobre su frente estrecha lo mismo que la caperuza de una cobra. Lo súbito y silencioso de la aparición me produjo tal efecto que me senté de un brinco en la cama todo tembloroso y alargué mi mano hacia el revólver. Pero me sentí completamente avergonzado de mi precipitación en cuanto me explicó el porqué de aquel entremetimiento, cosa que hizo con las expresiones más corteses. El pobre hombre estaba pasando un fuerte dolor de muelas y venía a pedirme un poco de láudano porque sabía que yo contaba con un botiquín. En cuanto a lo siniestro de su expresión, pienso que ese hombre no es lo que se llama una belleza, y mi tensión nerviosa, combinada con el claro de la luna, me hizo ver en su cara un aspecto espantoso. Le di veinte gotas y se retiró con grandes expresiones de gratitud. No encuentro palabras para

expresar lo muchísimo que aquel incidente trivial afectó a mi sistema nervioso. Durante todo el día me he sentido como desmadejado.

Paso aquí por alto una semana entera de nuestro viaje, porque nada importante ocurrió en todo ese tiempo y mi Diario sólo contiene unas pocas páginas de charlas insustanciales.

Noviembre 7

Harton y yo permanecimos sentados en la popa toda la mañana, porque a medida que entramos en las latitudes del sur, la temperatura se va haciendo muy calurosa. Calculamos que llevaremos hechos dos tercios de nuestro viaje. ¡Qué alegría la nuestra cuando veamos las verdes riberas del Tajo y abandonemos para siempre este barco desafortunado! Yo trataba de divertir a Harton y de pasar el tiempo contándole algunos hechos de mi vida pasada. Le referí, entre otras cosas, de qué manera había caído en mis manos la piedra negra, y como final del relato rebusqué en el bolsillo lateral de mi vieja chaqueta de cazador y le presenté el objeto mismo en cuestión. Estábamos inclinados, examinando los surcos curiosos que tenía en su superficie, cuando percibimos una sombra de algo que se interponía entre nosotros y el sol; nos volvimos a mirar y nos encontramos con Goring que, de pie y detrás de nosotros, tenía los ojos fijos en la piedra. Por la razón que fuese, era evidente que aquello le había excitado profundamente, aunque tratase de dominarse y de ocultar su emoción. Antes de que se serenase lo suficiente para preguntar qué era aquello y cómo había llegado a mis manos, apuntó dos o tres veces hacia mi reliquia con su rechoncho pulgar y me hizo la pregunta con tal brusquedad que lo habría tomado como una ofensa si no supiese ya que aquel hombre era un excéntrico. Le conté la historia más o menos como se la había contado a Harton. Me escuchó con el más profundo interés y luego me preguntó si tenía alguna idea de lo que podía ser aquella piedra. Le dije que nada sabía, excepto que era meteórica. Me preguntó si no había probado nunca el efecto que producía sobre un hombre de raza negra y le contesté que no. Entonces me dijo: «Vamos a ver lo que dice nuestro amigo negro que está en la rueda del timón». Cogió la piedra entre sus manos, se dirigió hasta el marinero, y ambos estuvieron examinándola cuidadosamente. Yo veía que el negro gesticulaba y hacía signos afirmativos de cabeza, expresándose con gran agitación, mientras su rostro delataba el máximo asombro, mezclado, según me pareció, con algo de reverencia. Goring volvió luego hasta donde estábamos nosotros, trayendo siempre la piedra en la mano, y nos dijo: «El negro opina que esto es una piedra que no vale nada ni sirve para nada, como

no sea para tirarla por encima de la borda al mar». Y diciendo esto, alzó el brazo, y me habría dejado para siempre sin mi reliquia si el marinero negro que estaba detrás no se hubiese abalanzado y le hubiese sujetado por la muñeca. Al verse imposibilitado para realizar lo que pensaba, Goring se alejó de mal talante, para eludir de ese modo las airadas censuras que yo me disponía a dirigirle por haber traicionado mi confianza. El negro recogió la piedra y me la entregó, haciéndome una profunda reverencia y con demostraciones del más profundo respeto. Todo este asunto resulta inexplicable. Estoy llegando rápidamente a la conclusión de que Goring es un loco o anda muy cerca de la locura. Sin embargo, cuando comparo el efecto producido por la piedra sobre el marinero con el respeto que todos los negros de la plantación mostraban a Marta, y la sorpresa manifestada por Goring en el primer momento en que la vio, no puedo por menos de llegar a la conclusión de que tengo efectivamente entre mis manos un talismán poderoso que ejerce influencia sobre todos los individuos de raza negra. No debo confiarla otra vez a las manos de Goring.

Noviembre 8 y 9

¡Maravilloso tiempo el que disfrutamos! Aparte de un ligero ramalazo, no hemos tenido durante la travesía sino brisas frescas. Estos dos últimos días hemos hecho recorridos superiores a todos los que habíamos hecho con anterioridad. Es un espectáculo precioso contemplar cómo nuestra proa corta las ondas levantando un hervor de espumas, en las que brilla el sol y se quiebra en infinitos arcos iris en miniatura o, como los llamaban los marineros, *perros de sol*. Permanecí hoy por espacio de varias horas en la punta del castillo de proa, contemplando ese efecto y rodeado por un halo de todos los colores del prisma. El timonel ha debido de hablar a los demás negros acerca de la piedra maravillosa, porque todos ellos me tratan con el máximo respeto. Hablando de fenómenos ópticos, ayer por la noche fuimos testigos de uno que me fue señalado por Hyson. Se trata de la aparición en el firmamento, y a gran altura, de un objeto triangular bien definido, hacia el norte. Me explicó que aquello presentaba exactamente el aspecto del pico de Tenerife visto desde gran distancia; pero en ese momento, dicho pico se encontraba a quinientas millas, por lo menos, hacia el sur de nuestra posición. Podría tratarse de una nube o de uno de esos extraños fenómenos de reverberación que suelen contarse. El tiempo es muy caluroso y el oficial dice que jamás conoció semejante calor en estas latitudes. He jugado al ajedrez con Harton durante toda la velada.

Noviembre 10

La temperatura es cada vez más calurosa. A pesar de que todavía nos encontramos a gran distancia del término de nuestro viaje, hoy han venido algunos pájaros de tierra a posarse en nuestras jarcias. El calor es tan fuerte que nos ha invadido la pereza y apenas hacemos otra cosa que permanecer tumbados en la cubierta, fumando. Goring se me acercó hoy y me hizo algunas otras preguntas acerca de mi piedra; pero yo le he contestado con bastante sequedad, porque todavía no he olvidado la manera fría con que trató de despojarme de ella.

Noviembre 11 y 12

Seguimos navegando a buena velocidad. Jamás creí que la zona de Portugal fuese tan calurosa, y seguramente que en tierra la temperatura será más fría. El mismo Hyson parece sorprendido, y también lo están los tripulantes.

Noviembre 13

Ha ocurrido un hecho por demás extraordinario; tanto que casi parece inexplicable. O Hyson se ha equivocado de una manera flagrante, o alguna influencia magnética ha perturbado el funcionamiento de nuestros instrumentos. Casi cuando empezaba a rayar el alba, el vigía de la cubierta del castillo de proa gritó anunciando que oía ruido de rompientes por la parte delantera, y a Hyson le pareció que descubría la sombra de tierra. Se hizo virar la embarcación. Aunque no se distinguía ninguna luz, ninguno de nosotros dudó de que habíamos dado en las costas de Portugal con algo de anticipación sobre lo que teníamos calculado. ¡Pero qué sorpresa la nuestra al contemplar el panorama que se nos descubrió al hacerse de día! A uno y otro lado hasta donde alcanzaba nuestra vista, divisamos una larga línea de rompientes, con olas grandes y verdosas que avanzaban y rompían levantando una nube de espuma. ¿Y qué había detrás de los rompientes? No los verdes taludes ni los altos acantilados de las costas de Portugal, sino una gran extensión arenosa que se alargaba hasta confundirse con la línea del horizonte. Mirásemos hacia donde mirásemos, lo mismo a la derecha que a la izquierda, no se veía otra cosa que arena amarilla, que en ciertos lugares formaba dunas fantásticas, de varios centenares de pies algunas de ellas, y en otros presentaba superficies tan lisas como una mesa de billar. Harton y yo, que habíamos subido juntos a cubierta, nos miramos atónitos, y Harton

rompió a reír. Hyson daba señales de estar molestísimo por los instrumentos de navegación. No cabe la menor duda de que estamos junto al continente africano, y que era, en efecto, el pico del Teide el que vimos hace algunos días alzarse sobre el horizonte por el norte. Cuando descubrimos algunas aves de tierra, es probable que estuviésemos cruzando por delante de las islas Canarias. Si hemos seguido navegando en la misma dirección, debemos de estar al norte de cabo Blanco, cerca de la región inexplorada que bordea el Gran Sáhara. Todo lo que podemos hacer es rectificar nuestros instrumentos, hasta donde nos es posible, y tomar de nuevo la ruta de nuestro puerto de destino.

8.30 de la tarde

Durante todo el día hemos permanecido envueltos en una calma chicha. La costa se encuentra en estos momentos a cosa de milla y media de nuestra embarcación. Hyson ha examinado los instrumentos, pero no acierta a descubrir la causa de su extraordinaria desviación.

Aquí termina mi Diario particular, y el resto de mi exposición tengo que hacerla de memoria. No hay posibilidad de que me equivoque en lo referente a los hechos ocurridos, que han quedado como grabados a fuego en mi cerebro. Aquella misma noche estalló la tormenta que venía preparándose desde hacía tanto tiempo, y así es como descubrí hacia dónde se encaminaban todos los pequeños incidentes que he venido registrando tan deslavazadamente. ¡Qué ceguera la mía al no haberlos comprendido antes!

Me había retirado a mi camarote a eso de las once y media y me disponía a acostarme, cuando dieron unos golpes a mi puerta. Al abrirla, me encontré con el criadito de Goring, que me comunicó que su amo estaba en la cubierta y deseaba hablar unas palabras conmigo. Me sorprendió bastante que me necesitase a una hora como aquélla, pero subí sin vacilar. No bien puse los pies en el alcázar, cuando me sujetaron por detrás, me hicieron caer al suelo, de espaldas, y me amordazaron con un pañuelo. Forcejeé cuanto pude, pero me ataron un rollo de cuerda alrededor del cuerpo, luego me sujetaron a uno de los brazos de la serviola de un bote, de forma que no podía hablar ni hacer nada, y poniéndome la punta de un cuchillo en el cuello, me advirtieron que cesase en mis forcejeos. La noche era tan oscura que hasta aquel momento me fue imposible reconocer a mis asaltantes; pero a medida que mis ojos se fueron haciendo a la oscuridad y la luna salió de entre las nubes que la ocultaban, pude ver que estaba rodeado por los dos tripulantes negros, el cocinero negro y mi compañero de pasaje Goring. Había otra persona

acurrucada a mis pies sobre cubierta pero estaba a la sombra y no logré distinguir quién era.

Todo eso ocurrió con tal rapidez que apenas transcurriría un minuto desde que salí de la escalera de escotilla hasta que me encontré amordazado e impotente. Fue tan inesperado que casi no comprendí lo que ocurría ni lo que aquello podía significar. La cuadrilla que me rodeaba empezó a hablar en cuchicheos breves y agresivos, y un secreto instinto me hizo comprender que era mi vida lo que estaba en juego. Goring hablaba en tono autoritario y colérico, y los otros le contestaban a una y con obstinación, como si se negasen a obedecerle. Por fin se alejaron en grupo hasta el lado opuesto de la cubierta, donde les oí que seguían con sus cuchicheos, aunque las claraboyas del salón me impedían verlos.

En todo este tiempo se oían al otro extremo del barco las voces de los tripulantes de la guardia que charlaban y se reían; sus voces me llegaban con toda claridad; los veía reunidos en un grupo, muy ajenos a los tenebrosos manejos que tenían lugar a menos de treinta yardas de distancia. ¡Si hubiese podido ponerlos sobre aviso, aunque sólo fuese dándoles una voz, y aunque esa voz me costase la vida! Pero me era imposible. La luna brillaba incierta por entre las nubes desgarradas, y yo distinguía el brillo plateado de los rompientes, y más allá de éstos, el desierto inmenso y extraño, con sus fantásticas dunas. Al bajar la vista, advertí que el hombre al que había visto acurrucado sobre la cubierta seguía allí en la misma postura; mientras le miraba, cayó sobre su rostro vuelto hacia arriba un vacilante rayo de luna. ¡Santo Dios! Hoy mismo, cuando han pasado más de doce años, me tiembla la mano al escribir que en aquella cara, a pesar de que tenía las facciones contorsionadas y los ojos saltándosele de las órbitas, reconocí la de Harton, el jovial empleado que había sido mi compañero durante el viaje. No hacía falta ser médico para comprender que estaba completamente muerto. La mordaza que tenía en la boca denunciaba la manera silenciosa con que aquellos perros del infierno habían realizado su obra. Al contemplar el cadáver de Harton se me representó con la claridad de un relámpago la clave que explicaba todo lo acaecido en nuestro viaje.

Oí el roce de una cerilla al encenderse al otro lado de las claraboyas y vi la figura alta y trasijada de Goring de pie sobre la amurada, sosteniendo en la mano lo que parecía ser una linterna sorda. La bajó un instante alumbrando hacia el costado del buque, y entonces vi con asombro indecible que otra luz le contestaba inmediatamente entre las dunas de arena de la playa. Esa luz se dejaba ver y se apagaba con tal rapidez que no habría llegado a distinguirla si

no hubiese mirado en la dirección en que lo hacía Goring. Repitió la operación de nuevo, y de nuevo le contestaron desde la costa. Entonces se bajó de la amurada, pero resbaló e hizo tanto ruido que me dio un vuelco el corazón, confiando en que los hombres de la guardia lo habrían oído y se fijarían en los manejos de aquel hombre. Fue una vana esperanza. La noche era tranquila y la embarcación no se movía, razones por las que habían descuidado la vigilancia que les imponía su deber. Hyson, que desde la muerte de Tibbs mandaba las dos guardias, había bajado a su camarote para dormir unas horas, y el contramaestre que le sustituía estaba con los otros dos hombres al pie del palo del trinquete. Impotente, mudo, sintiendo que la cuerda se me clavaba en las carnes y con el cadáver del hombre asesinado a mis pies, esperé el acto siguiente de la tragedia.

Los cuatro bandidos se habían trasladado al otro costado del buque. El cocinero empuñaba una especie de maza; los demás negros blandían cuchillos y Goring estaba armado con un revólver. Apoyados en el antepecho, miraban todos hacia el agua, como esperando que apareciese algo. Vi cómo uno de ellos le agarraba a otro del brazo y parecía señalarle con el dedo en una dirección; miré hacia allí y distinguí confusamente una gran sombra negra que avanzaba en dirección a nuestro barco. Cuando surgió de las tinieblas, vi que se trataba de una gran canoa llena de hombres e impulsada al menos por una veintena de palas. También los hombres de guardia la vieron cuando pasó por detrás de nuestra popa como una flecha, y dieron la alarma, corriendo hacia allá. Pero era tarde, porque un enjambre de negros gigantescos trepó a cubierta y avanzaron por ésta como un torrente irresistible, guiados por Goring. En un instante quedó dominada toda resistencia; los inermes hombres de la guardia se vieron derribados por el suelo y atados, mientras que a los que dormían se les sacaba violentamente de sus literas y se les dejaba igualmente privados de todo movimiento. Hyson trató de defender el estrecho pasillo que conducía a su camarote, oí ruido de lucha y los gritos que daba pidiendo socorro. Pero no había nadie que pudiera acudir a dárselo, y lo arrastraron a cubierta con un tajo en la frente del que manaba la sangre en abundancia. Fue amordazado igual que los demás y los negros celebraron consejo para decidir nuestra suerte. Vi que nuestros marineros negros me señalaban a mí, al mismo tiempo que explicaban a los salvajes algo que levantó murmullos de incredulidad entre ellos. Uno de los salvajes se adelantó, metió la mano en mi bolsillo, extrajo la piedra negra y la examinó detenidamente. Después se la entregó al que parecía ser su jefe, que la examinó con toda la minuciosidad que permitía la poca luz, y luego la pasó al

guerrero que tenía a su lado, farfullando algunas palabras; éste hizo lo mismo, y la piedra pasó de mano en mano por todos. Entonces el jefe dijo algunas palabras a Goring en su idioma nativo, y este último me las tradujo al inglés. Me parece estar viendo ahora mismo aquel cuadro. Los altos mástiles, desde los que caía en cascada la luz de la luna, plateando las vergas y poniendo de relieve toda la red de cabos y aparejos; el grupo de guerreros negros apoyados en sus lanzas; el hombre muerto a mis pies; la hilera de prisioneros blancos y, delante de mí, el repugnante mestizo, que hacía, por la blancura y elegancia de sus ropas, un extraño contraste con sus asociados. Con su tono más dulce de voz, me dijo:

—Quiero que sea usted testigo de que yo no entro para nada en perdonarle la vida. Si de mí dependiese, moriría usted de la misma manera que van a morir esos otros. Ni contra ellos ni contra usted tengo ningún rencor personal, pero yo he consagrado mi vida a la destrucción de la raza blanca y es usted el primer blanco de cuantos he tenido en mi poder que se escapa con vida. Puede dar las gracias a esa piedra que lleva encima y que es la que le salva la vida. Estos pobres diablos la reverencian. Realmente, si es lo que ellos aseguran, creo que son ellos quienes tienen razón. Si cuando hayamos desembarcado se comprueba que están en un error y que la materia y el trabajo de esa piedra son cosa de casualidad, no habrá nada que le salve la vida. Mientras tanto, queremos darle buen trato, y si entre los objetos de su propiedad hay algo que desea conservar, queda usted en libertad de recogerlo.

Cuando acabó de hablar hizo un ademán, y una pareja de negros me desató, aunque sin quitarme la mordaza. Me bajaron a mi camarote, y yo guardé en los bolsillos algunos objetos de valor, además de una brújula de bolsillo y mi Diario de viaje. Luego me descolgaron por encima del antepecho a una canoa pequeña que tenían junto a la grande, embarcaron en ella mis guardianes y se pusieron a remar con sus palas, en dirección a la costa. Nos habríamos alejado un centenar de yardas, cuando el timonel levantó la mano y los remeros dejaron de palear y se pusieron a escuchar. Llegó hasta mí, en medio del silencio de la noche, una especie de sollozo apagado, seguido de una serie de chapoteos de objetos lanzados al agua. Eso es todo lo que sé de la suerte que corrieron mis pobres compañeros de barco. Casi enseguida apareció en nuestra dirección la canoa grande, y el barco solitario quedó a la deriva, como un espectro lamentable. Los salvajes no se llevaron nada de la embarcación. Todo el endemoniado asunto se realizó con el respeto y la templanza de un rito religioso.

Cuando cruzamos los rompientes y llegamos a la orilla, aparecía por el oriente el primer rayo gris del alba. Media docena de hombres quedaron al cuidado de las canoas, y el resto de los negros se alejaron cruzando por entre las dunas; me llevaron con ellos, pero me trataron con mucha bondad y respeto. Resultaba muy pesado caminar, pues nos hundíamos por encima de los tobillos en las arenas movedizas; yo estaba medio muerto de cansancio cuando llegamos a la aldea indígena, o más bien a la ciudad, porque era un poblado de grandes dimensiones. Las casas consistían en estructuras cónicas que tenían cierta apariencia de panales de abejas, y estaban construidas con algas marinas revestidas de una tosca capa de mortero, porque ni en la costa ni en muchos centenares de millas de distancia era posible encontrar palo ni piedra de ninguna clase. Cuando entramos en la población, fuimos recibidos por una enorme muchedumbre de ambos sexos que acudió tocando los tam-tam y dando alaridos y gritos. Al verme, redoblaron sus vociferaciones y adoptaron una actitud amenazadora; pero bastaron algunas frases de los hombres de mi escolta para cortar aquello de una manera tajante. Un murmullo de admiración sucedió a los gritos de guerra y a los alaridos, y la espesa masa de gente avanzó por la ancha calle central, llevándonos en medio a mí y a mi escolta.

Esta exposición puede parecer de aquí en adelante tan extraña que quizá levante dudas en los que no me conocen; pero la ofensa que me hizo mi cuñado con su abierta incredulidad nació de lo que ahora voy a contar. Yo no puedo hacer otra cosa que relatar lo sucedido con las palabras más sencillas, confiando en que la casualidad o el tiempo demostrarán su verdad. Había en el centro de aquella calle mayor un edificio construido con los mismos materiales que los demás, pero mucho más alto; estaba rodeado por una empalizada de troncos de ébano admirablemente pulimentados; la puerta estaba formada por dos magníficos colmillos de elefante, hundidos en el suelo a cada lado, pero que se juntaban por las puntas en lo alto, y el hueco de la misma estaba cerrado con una mampara de rica tela indígena bordada en oro. Nos dirigimos hasta aquella construcción de aspecto imponente; pero al llegar a la abertura de la empalizada, la muchedumbre se detuvo y se puso en cuclillas, mientras algunos de los jefes y ancianos de la tribu me hacían pasar al interior. Nos acompañaba Goring, que era en realidad el que dirigía todo. Al llegar a la mampara que servía de puerta del templo —porque era, evidentemente, un templo—, me quitaron el sombrero y los zapatos, y luego me hicieron entrar siguiendo a un venerable negro que marchaba delante llevando en la mano la piedra que me habían quitado del bolsillo. El edificio

no tenía más luz que la que recibía por algunas rendijas largas que había en el techo, por las que entraba el sol tropical, dibujando en el suelo de arcilla franjas doradas que alternaban con intervalos de oscuridad.

El interior de este edificio era todavía más espacioso de lo que uno se imaginaba por su aspecto exterior. Los muros estaban decorados con esterillas indígenas, conchas y otros adornos, pero el resto del templo estaba completamente vacío, con excepción del centro, en el que se veía la figura de un negro colosal. Creí, a primera vista, que se trataría de algún rey o gran sacerdote vivo y de corpulencia titánica; pero conforme fui acercándome comprendí, por la forma en que se reflejaba la luz, que se trataba de una estatua admirablemente tallada en piedra de azabache. Me condujeron hasta llegar cerca de aquel ídolo —pues eso parecía ser— y, al examinarlo de cerca y detenidamente, vi que, si bien era perfecto en todo, tenía cortada de raíz una oreja. El negro de cabellos blancos que tenía en la mano mi piedra se subió encima de un escabel, alargó el brazo y encajó la piedra negra de Marta en la superficie mellada del lado de la cabeza. No cabía la menor duda de que la piedra había sido arrancada de la estatua. Las dos superficies coincidían y encajaban con tal exactitud que la piedra permaneció por algunos momentos sujeta por sí misma, sin apoyo alguno, y luego cayó en la palma de la mano del anciano. Al ver aquello, el grupo que me rodeaba dejó escapar una exclamación reverente y se postró de hinojos en el suelo, mientras la muchedumbre que aguardaba en la parte exterior, y a la que se comunicó la noticia, lanzaba frenéticos vítores y aclamaciones.

Me vi convertido, instantáneamente, de prisionero en un semidiós. Me condujeron triunfalmente con un cortejo por la población; todos querían tocar mis ropas y recoger el polvo donde yo había posado los pies. Pusieron a mi disposición una de las chozas mayores y me sirvieron un banquete de los manjares indígenas más delicados. Sin embargo, comprendí que no era libre, porque colocaron varios lanceros de guardia a la entrada de la choza. Mi cabeza trabajó durante todo el día en idear planes para huir, pero ninguno de ellos me parecía viable. De un lado tenía el gran desierto árido que se extendía hasta el Timbuctu, y del otro, un mar por el que no cruzaba embarcación alguna. Cuanto más meditaba en el problema, más imposible encontraba la solución. ¡Cuán lejos estaba de soñar en la inminencia de la misma!

Había caído la noche, y las manifestaciones de júbilo de los negros se fueron apagando gradualmente. Yo estaba tendido en la yacija de pieles que me habían preparado y seguía meditando sobre mi porvenir, cuando Goring

entró furtivamente en la choza. Mi primera idea fue la de que venía para dar cima a su holocausto de asesinatos acabando con la vida del último superviviente. Me puse en pie, dispuesto a defenderme hasta el final. Él sonrió al ver mi actitud, y me indicó que volviese a acostarme, sentándose a su vez en el otro extremo de mi yacija, y comenzó la conversación con esta pregunta extraordinaria:

—¿Qué opinión se ha formado de mí?

—¿Qué opinión me he formado de usted? —le dije casi vociferando—. Opino que es el más ruin y canalla de los renegados que mancharon con su presencia esta tierra nuestra. Si no estuviéramos entre estos endemoniados negros, lo estrangularía con mis propias manos.

—No grite tanto —me contestó sin que pareciese que mis palabras le hubiesen irritado lo más mínimo—. No quiero que nadie interrumpa nuestra conversación —prosiguió con divertida sonrisa—. ¡De modo que usted me estrangularía! Pues ya ve usted cómo yo devuelvo bien por mal, ya que si estoy aquí es para ayudarle a fugarse.

—¡Usted! —le contesté, atónito.

—¡Usted! —me contestó—. Eso no tiene ningún mérito por mi parte. Yo soy lógico en mi conducta. No existe razón alguna para que no le hable con absoluta franqueza. Quiero ser rey entre esta gente, lo cual no es tener grandes ambiciones, desde luego; pero ya recordará lo que dijo César sobre eso de ser el primero en una aldea de las Galias. Pues bien: esta malhadada piedra suya no sólo le ha salvado la vida, sino que ha trastornado las cabezas de todos ésos hasta el punto de que creen que usted ha bajado de los cielos. Mi influencia, pues, habrá desaparecido si usted no se aparta de mi camino. Por esa razón, ya que no puedo matarlo, le ayudaré a fugarse.

Todo esto me lo dijo sin alterar el tono de su voz de falsete, como si aquel propósito fuese la cosa más natural del mundo. Después de una pausa, siguió diciendo:

—Usted daría cualquier cosa por hacerme algunas preguntas, pero se lo impide su orgullo. Pues bien: yo seré quien satisfaga su curiosidad, porque quiero que sus compañeros, los blancos, se enteren de ellas cuando usted regrese a su país, si es que tiene la suerte de conseguirlo. Hablemos, por ejemplo, de esa condenada piedra. Estos negros fueron primitivamente mahometanos o, por lo menos, así lo asegura una leyenda. En vida de Mahoma se produjo un cisma entre sus discípulos, y el partido menos numeroso se marchó de Arabia y llegó a cruzar el continente africano. Al salir para su destierro se llevaron una reliquia valiosa de su antigua fe: esa reliquia

consistía en un gran bloque de la piedra negra de La Meca. Ya habrá oído usted decir que esta piedra procede de un meteoro, y que al caer a tierra se partió en dos pedazos. Uno de éstos se conserva todavía en la Meca. El pedazo mayor fue llevado a Berbería, donde un artesano hábil lo trabajó, dándole la forma que usted ha visto hoy. Estos hombres son los descendientes de aquellos primeros herejes de Mahoma, y han ido conservando su reliquia durante todas sus idas y venidas, hasta que se asentaron en este lugar extraño, en donde el desierto los protege de sus enemigos.

—¿Y la oreja? —le pregunté yo, casi involuntariamente.

—Pues verá usted: fue una repetición de la leyenda primitiva. Algunos miembros de la tribu se marcharon hacia el sur hará un centenar de años, y uno de ellos penetró durante la noche en el templo y se llevó una de las orejas para que les diese buena suerte en su empresa. Desde entonces corre entre los negros una tradición que asegura que la oreja volverá a este lugar algún día. Es seguro que el individuo que se la llevó fue hecho prisionero por algún esclavista, y de ese modo llegó a Norteamérica, hasta venir a parar a sus manos…, y usted ha tenido el honor de cumplir la profecía.

Se calló durante algunos minutos, apoyando la cabeza en las manos, como si esperase que yo le dirigiese la palabra. Cuando volvió a levantar la vista, la expresión de su rostro había cambiado: sus facciones estaban rígidas y firmes, el aire de frivolidad con que antes me había hablado era ya de severidad y casi feroz.

—Deseo que lleve usted un mensaje a la raza blanca, a la gran raza dominadora, a la que yo odio y desafío —dijo—. Dígales que por espacio de veinte años me he cebado en su sangre; que maté blancos hasta que llegó a cansarme lo que al principio constituía para mí un júbilo; que hice eso sin que nadie me descubriese ni recelase de mí, frente a todas las medidas de seguridad que era capaz de dictarles su civilización. No hay goce en la venganza cuando el enemigo no sabe quién lo ha castigado. No me pesa, pues, el servirme de usted como mensajero. No hace falta que le explique cómo nació en mí este odio terrible, pero —y al decirlo me mostró su mano mutilada— ¡vea esto! Es obra del cuchillo de un hombre blanco. Mi padre era blanco y mi madre esclava. Cuando murió mi padre la vendieron de nuevo a ella, y yo, que entonces era un niño, vi cómo la azotaban cruelmente para despojarla de algunas de las pequeñas gracias y encantos que su difunto amo había cultivado en ella. ¡Y también mi joven esposa! ¡También mi joven esposa! —todo su cuerpo fue sacudido por un temblor—. ¡Pero eso no importa! Hice un juramento y lo cumplí. Desde el Estado de Maine hasta el de

Florida y desde Boston hasta San Francisco, podría usted ir siguiendo la huella de mis pasos guiándose por muertes súbitas que desconcertaban a la policía. Yo hice la guerra a toda la raza blanca, de la misma manera que ésta la había hecho por espacio de siglos a la raza negra. Pero ya le he dicho que acabé por sentir repugnancia de la sangre. Pero bastaba que viese un rostro blanco para que mi aborrecimiento se despertase; decidí entonces reunir algunos negros libres y valerosos y unir mi suerte con la suya, cultivando sus capacidades ocultas y formando el núcleo de una futura gran nación de raza negra. Esta idea llegó a ser para mí una obsesión, que me hizo viajar por el mundo durante dos años en busca de lo que deseaba. Llegué casi a desesperar de encontrarlo. No había esperanzas de regenerar a los sudaneses, que eran comerciantes de esclavos, ni a los envilecidos fantis, ni a los negros norteamericanizados de Liberia. Regresaba ya de mi correría cuando la casualidad me puso en contacto con esta tribu magnífica de moradores del desierto, y uní mi suerte a la suya. Sin embargo, mi viejo instinto de venganza me llevó a realizar antes una última visita a Estados Unidos, de donde regresé en el *Marie Celeste*. En cuanto al viaje mismo, ya habrá comprendido ahora que, gracias a mis manipulaciones, tanto las brújulas como los cronómetros arrojaban indicaciones completamente falsas. Únicamente yo, valiéndome de instrumentos de mi propiedad que funcionaban correctamente, iba trazando la ruta, con ayuda de mis amigos negros que estaban en la rueda del timón. Fui yo quien tiró por encima de la borda a la esposa de Tibbs. ¿Qué? Veo que la cosa le sorprende y que retrocede. Seguramente que ya lo había barruntado usted. El día del disparo que atravesó el tabique divisorio quise matarlo a usted, pero por desgracia no estaba en el camarote. Intenté matarle en otra ocasión, pero estaba despierto. Fui yo quien mató a Tibbs de un tiro, y creo que lo dispuse todo con gran limpieza para que se creyese en un suicidio. Claro está que cuando llegamos a la costa resultó ya todo sencillo. Yo había decidido que muriesen todos los que venían a bordo, pero esa piedra dio al traste con mis proyectos. También dispuse que no se saquease nada. Nadie puede afirmar que nosotros seamos piratas. Hemos obrado en todo por una cuestión de principios y no por móviles de naturaleza sórdida.

Yo escuchaba atónito el resumen que de sus crímenes me iba haciendo aquel hombre extraño, que se expresaba en un tono de voz tranquilo y muy sereno, como si relatase incidentes de la vida cotidiana. Todavía me parece estar viéndole como en una pesadilla siniestra, sentado en el extremo de mi yacija, mientras la luz vacilante de una tosca lámpara iluminaba sus facciones cadavéricas.

—Y ahora le diré que no hay dificultad alguna para que se fugue de aquí. Estos estúpidos hijos adoptivos míos afirmarán que usted ha vuelto al cielo de donde vino. El viento sopla desde la tierra hacia el interior del mar. Tengo dispuesta una lancha con provisiones y agua en abundancia. Deseo desembarazarme cuanto antes de usted, de modo que puede tener la seguridad de que no he descuidado nada. Levántese y sígame.

Hice lo que me mandaba, y él salió fuera de la choza seguido por mí. La guardia había sido retirada, o Goring tenía arregladas las cosas con ellos. Cruzamos la población sin que nadie nos diese el alto, y luego nos metimos por la llanura arenosa. Volví a escuchar el bramido de las aguas del mar, y distinguí la larga línea blanca del rompiente. En la playa había dos hombres arreglando el aparejo de una lancha pequeña. Eran los dos marineros que habían hecho la travesía con nosotros. Goring les dijo:

—Dejadlo a salvo más allá de los rompientes.

Los dos hombres saltaron dentro de la lancha, en la que me hicieron entrar también a mí, y se apartaron de la orilla. Valiéndonos de la vela mayor y del foque, cruzamos a salvo los rompientes. Hecho esto, y sin una sola palabra de despedida, mis dos acompañantes se lanzaron al agua; vi flotar sus cabezas como dos puntos negros sobre la espuma blanca cuando nadaban hacia la costa, mientras yo era empujado por el viento y me perdía en las tinieblas de la noche. Miré hacia atrás y vislumbré por última vez a Goring. Estaba de pie en lo alto de una colina arenosa, y la luz de la luna naciente que lo iluminaba por detrás presentaba con fuerte relieve su cuerpo enjuto y anguloso. Agitaba frenético los brazos hacia delante y hacia atrás; quizá pretendía darme ánimos, pero en aquel momento sus gestos me parecieron de amenaza, y he pensado muchas veces que lo más probable era que su antiguo instinto salvaje se hubiese apoderado de él otra vez cuando me vio fuera del alcance de sus manos. Sea lo que sea, fue la última visión que tuve y que tendré jamás de Septimus Goring.

No hay necesidad de que entre en detalles de mi viaje solitario. Tomé lo mejor que pude la derrota de las islas Canarias, pero fui recogido al quinto día por la embarcación *Monrovia*, de la Compañía de Navegación a Vapor de Inglaterra y África. Aprovecho esta oportunidad para expresar mi más sincera gratitud al capitán Stornoway y a sus oficiales, por el trato cariñoso que me dieron hasta desembarcar en Liverpool, donde pude tomar pasaje en uno de los buques de la Compañía Guión, que me llevó a Nueva York.

Poco es lo que he hablado de las peripecias de mi viaje cuando volví a encontrarme en el seno de mi familia. Ese tema sigue siendo todavía para mí

profundamente doloroso, y lo poco que he hablado no ha merecido crédito. Pongo ahora los hechos en conocimiento del público tal y como ocurrieron, sin preocuparme de que sean o no creídos, haciéndolo únicamente porque la enfermedad de mis pulmones va en aumento y deseo salvar mi responsabilidad. No hago afirmaciones vagas. Que los lectores examinen un mapa de África. Allí, por encima del cabo Blanco, donde la tierra firme se aleja hacia el norte y hacia el sur desde la punta más occidental del continente, sigue Septimus Goring reinando sobre sus negros súbditos, a menos que le haya alcanzado su castigo; y allí donde las largas olas verdes corren veloces a romperse y sisear sobre las calientes arenas doradas, yacen Harton, Hyson y los demás infortunados compañeros que fueron asesinados a bordo del *Marie Celeste*.

El hombre de los relojes

Son muchos los que recuerdan todavía las extraordinarias circunstancias que llenaron muchas columnas de la prensa diaria durante la primavera del año 1892, bajo los titulares de «El misterio de Rugby». Como ese hecho ocurrió en un periodo de excepcional falta de emociones, atrajo quizá una atención superior a la que se merecía, aunque tuvo para el público esa mezcla de lo caprichoso y de lo trágico que de tal manera excita la imaginación del pueblo. Sin embargo, el interés decayó cuando, después de varias semanas de inútiles investigaciones, se vio que no llegaba una explicación definitiva de los hechos, y desde entonces hasta ahora parece que la tragedia hubiese pasado al negro catálogo de los crímenes inexplicables y sin expiación. Sin embargo, una publicación reciente (de cuya autenticidad no puede dudarse) ha arrojado una luz nueva y brillante sobre el tema. Antes de pasar a exponerla a los lectores, convendría que refrescase sus recuerdos acerca de los hechos extraños en que se funda este comentario. Los hechos, resumidos brevemente, son como sigue:

El día 18 de marzo del año citado, y a las cinco de la tarde, salió un tren de la estación de Euston, en dirección a Manchester. El día era lluvioso y tormentoso, y la violencia del tiempo se fue haciendo cada vez mayor a medida que avanzaba el día, de modo que era uno de aquellos en que no viajaba nadie como no tuviese necesidad absoluta de hacerlo. Sin embargo, el tren citado es el que prefieren los hombres de negocios de Manchester cuando regresan a esta ciudad desde Londres, porque sólo invierte cuatro horas y veinte minutos y no tiene más que tres estaciones de parada en todo el trayecto. Por ello, y a pesar de la inclemencia del tiempo, estaba casi lleno el día del que hablo. El vigilante del tren era un empleado de confianza de la compañía que llevaba veintidós años de servicio sin la menor queja ni censura. Se llamaba John Palmer.

Estaba el reloj de la estación a punto de dar las cinco, y el vigilante estaba, por su parte, a punto de dar la señal reglamentaria al maquinista, cuando vio

que dos viajeros rezagados llegaban corriendo por el andén. Uno de ellos era un hombre de estatura extraordinariamente grande, y que llevaba gabán largo, negro, con el cuello y los puños de astracán. He dicho ya que el tiempo era inclemente, y por eso el viajero de gran estatura llevaba levantado el cuello alto y de mucho abrigo, para proteger su garganta del crudo viento del mes de marzo. La impresión que de ese rápido examen sacó el vigilante fue que aquel hombre tendría de cincuenta a sesenta años, aunque conservaba mucho de la energía y actividad de su juventud. Llevaba en una mano una maleta Gladstone de cuero marrón. Su acompañante era una mujer, alta y erguida, que con sus vigorosas zancadas dejaba atrás al caballero que llevaba a su lado. Vestía abrigo de viaje, largo, de color cervato; llevaba en la cabeza una toca negra muy ajustada, y un velo, también negro, que ocultaba la mayor parte de su rostro. Ambos podían pasar muy bien por padre e hija. Avanzaron rápidos hacia la cabecera del tren, mirando al interior por las ventanillas, hasta que el guarda, John Palmer, los alcanzó y les dijo:

—Vamos, señor, dese prisa, porque el tren está a punto de salir.

—Primera clase —contestó el hombre.

El guarda hizo girar la manilla de la puerta más próxima. En el departamento cuya portezuela había abierto estaba sentado un hombre pequeño que tenía un cigarro en la boca. Por lo visto, su imagen se quedó bien grabada en la memoria del guarda, porque éste se manifestó posteriormente dispuesto a describir al personaje y a identificarlo. Era un hombre de treinta y cuatro o treinta y cinco años de edad, de traje gris, nariz afilada, expresión despierta, cara rubicunda y curtida del aire libre, y barbita negra muy corta. Cuando se abrió la puerta él levantó la vista. El hombre de gran estatura se detuvo con el pie en el estribo del coche, y dijo, volviéndose a mirar al guarda:

—Éste es un departamento de fumadores, y a esta señora le desagrada el humo.

—¡Perfectamente! ¡Aquí tienen el que les conviene, señor! —dijo John Palmer, y cerró de golpe la portezuela del departamento de fumadores, abriendo acto seguido el inmediato, que estaba desocupado, haciendo entrar precipitadamente a los dos viajeros.

Hizo sonar inmediatamente su silbato, y las ruedas del tren empezaron a ponerse en movimiento. El hombre del cigarro estaba asomado a la ventanilla de su departamento, y gritó algo al guarda cuando pasó por delante de él; pero sus palabras se perdieron en el bullicio del tren en marcha y de las despedidas.

Palmer se metió en el furgón, cuando éste llegó a su altura, y ya no volvió a pensar en el incidente.

A los doce minutos de su salida de la estación de Euston llegó el tren al empalme de Willesden, donde se detuvo un espacio de tiempo pequeñísimo. El examen de los billetes ha permitido deducir con entera seguridad que en ese tiempo ningún nuevo viajero subió y tampoco se vio apearse al andén a ninguno de los viajeros que venían de Londres. A las cinco catorce se reanudó la marcha hacia Manchester, y el tren llegó a Rugby a las seis cincuenta, con cinco minutos de retraso.

En la estación de Rugby, uno de los empleados se fijó en que la puerta de uno de los coches de primera se encontraba abierta. El examen de aquel departamento y del departamento contiguo, descubrió una cosa extraordinaria.

El departamento de fumadores, en el que el guarda había visto al hombre pequeño y rubicundo, de barba negra, se hallaba ahora vacío. No había más vestigio de su último ocupante que un cigarro a medio fumar. La portezuela de este departamento estaba cerrada. En el departamento contiguo, hacia el que se había dirigido primeramente la atención de los empleados, no había tampoco indicio del caballero del cuello de astracán ni de la joven que le acompañaba. Los tres viajeros habían desaparecido. Por otra parte, se descubrió en el piso del coche —es decir, en el departamento en que entraron el hombre alto y la señora— a un joven elegantemente vestido y de aspecto de petimetre. Tenía las rodillas levantadas y encogidas, la cabeza apoyada en la portezuela del lado contrario, y un codo en cada uno de los dos asientos. Una bala le había traspasado el corazón y su muerte debió ser instantánea. Nadie había visto a ese joven subir al tren, no se le encontró en el bolsillo billete de ferrocarril, ni había en su ropa interior inicial alguna, no llevando tampoco encima documentos ni objetos personales que pudieran ayudar a identificar su personalidad. Quién era, de dónde había venido y de qué manera encontró la muerte eran enigmas tan grandes como el paradero de aquellas tres personas que hora y media antes habían salido de Willesden en aquellos mismos departamentos.

He dicho que no había objetos personales que pudieran ayudar a identificar al muerto, pero la verdad es que en aquel joven desconocido se advirtió una particularidad que fue objeto de muchos comentarios en aquel entonces. Se encontraron en sus bolsillos hasta seis valiosos relojes de oro, tres en los distintos bolsillos del chaleco, uno en el bolsillo exterior del pecho, otro en el bolsillo interior y uno pequeño de pulsera sujeto a su muñeca izquierda con una correa de cuero. La explicación que parecía saltar a la vista

era que se trataba de un carterista y que todo aquello era producto del robo; pero hubo que descartarla, porque los seis relojes eran de fabricación norteamericana y de un tipo muy raro en Inglaterra. Tres relojes llevaban la marca de la Compañía Relojera de Rochester; uno, la de Mason, de Elmira; otro, sin marca, y el pequeño, con muchos adornos y piedras finas, era de Tiffany, Nueva York. Los demás objetos que se le encontraron en el bolsillo eran un cortaplumas de nácar con sacacorchos, de la marca Rodgers, de Sheffield; un espejito redondo, de una pulgada de diámetro; una contraseña de salida de entreacto del teatro Liceum, una cajita de plata llena de cerillas *vesta* y un estuche de cuero para cigarros que tenía dos de los llamados trompetillas, además de dos libras y catorce chelines en dinero. Era, pues, evidente que entre los posibles móviles del asesinato no figuraba el robo. He dicho ya que en las ropas interiores de aquel hombre no había inicial alguna; eran ropas flamantes, y tampoco la chaqueta tenía la etiqueta del sastre. El aspecto exterior era de un joven de poca estatura, mejillas imberbes y facciones delicadas. Una de las palas de su dentadura mostraba una corona de oro muy visible.

En cuanto se descubrió la tragedia se procedió a realizar una revisión inmediata de los billetes de los viajeros, haciendo un recuento del número de éstos. De esa manera se comprobó que únicamente faltaban tres billetes, que eran los que correspondían a los tres viajeros desaparecidos. Se permitió entonces al tren expreso que siguiese su camino, pero se puso un nuevo vigilante, haciendo que John Palmer permaneciese en Rugby como testigo. Se desenganchó el coche al que pertenecían los dos departamentos en cuestión y se le desvió a un apartadero. Una vez que llegaron el inspector Vane, de Scotland Yard, y el señor Henderson, detective al servicio de la compañía ferroviaria, se realizó una investigación completa de todas las circunstancias del caso.

No había duda de que se había cometido un crimen. La bala parecía proceder de una pistola o revólver pequeños, y había sido disparada desde una distancia no muy grande, aunque no a quemarropa, porque no se observaban chamuscados en las prendas de vestir. No se encontró ningún arma en el departamento, con lo que quedó descartada la teoría del suicidio, ni había rastro alguno de la maleta de cuero marrón que el vigilante había visto que llevaba el caballero de gran estatura. Sí se descubrió en la rejilla de los equipajes una sombrilla de señora; pero en ninguno de los dos departamentos había rastro de los viajeros. La cuestión de cómo y por qué tres viajeros (de los que uno era una mujer) se decidieron a salir del tren y pudieron hacerlo, y

la de cómo subió otro viajero en el trayecto ininterrumpido desde Willesden a Rugby fue, con independencia del crimen, una de las cosas que despertaron en máximo grado la curiosidad del público y dieron origen a muchísimas cábalas en la prensa londinense.

John Palmer, el guarda, pudo hacer algunas declaraciones durante la investigación que arrojaron una pequeña luz en el asunto. Entre Tring y Cheddington existía, según esas declaraciones, un trecho en el que, debido a estarse realizando algunas reparaciones en la línea, el tren había tenido que disminuir la marcha hasta una velocidad que no excedía de las ocho o diez millas por hora. Era posible que un hombre, e incluso una mujer muy resuelta, hubiesen abandonado el tren en ese lugar sin sufrir ningún daño grave. Es cierto que había estado trabajando una cuadrilla de obreros, y que éstos no habían visto nada; pero como los obreros trabajaban entre las vías, y la puerta del coche que se había encontrado abierta daba al lado contrario, cabía en lo posible que alguien hubiese saltado a tierra, porque ya para entonces iba oscureciendo. Un talud de mucha pendiente bastaba para ocultar a la vista de los peones al que hubiese saltado del tren.

También testificó el guarda que había sido grande el movimiento de gente en el andén del empalme de Willesden, y que, a pesar de tener la seguridad de que ningún nuevo viajero había subido al tren, y de que tampoco se había apeado ninguno de los que en el mismo viajaban, era muy posible que algún viajero hubiese cambiado de departamento sin que el guarda se diese cuenta. Nada tenía de particular el que un caballero acabase de fumar su cigarro en un departamento de fumadores y se trasladase luego a otro en el que la atmósfera era más limpia. Suponiendo que el hombre de la barbita negra hubiese hecho eso en Willesden (suposición que se veía reforzada por el hallazgo del cigarro a medio fumar en el suelo del departamento), lo más natural era que se trasladase al más próximo, con lo que se habría puesto en contacto con los otros dos actores del drama. Quedaba de ese modo establecida, dentro de lo probable, la primera etapa del asunto, partiendo de esos datos. Pero ni el guarda ni los expertos detectives fueron capaces de elaborar una hipótesis que pudiera explicar cuál había sido el segundo acto del drama, ni cómo se llegó al último.

Un examen cuidadoso de las vías del ferrocarril entre Willesden y Rugby, dio lugar a un descubrimiento que pudiera o no tener relación con la tragedia. Cerca de Tring, en el lugar mismo donde el tren reducía su velocidad, se descubrió en el fondo del talud de la vía un ejemplar de bolsillo, muy manoseado y gastado, del Nuevo Testamento. El pie de imprenta era el de

Sociedad Bíblica de Londres, y tenía esta inscripción: «De John para Alice. Enero 13, 1856, —en la guarda. Debajo estaba escrito lo siguiente—: James, julio 4, 1859», y más abajo todavía: «Edward. Noviembre 1. 1859»; todo ello escrito del mismo puño y letra. Fue ésa la única pista, si de tal podía calificarse, que encontró la policía, y el veredicto del juez de investigación fue de «asesinato cometido por una o varias personas desconocidas». Tal fue el final nada satisfactorio de aquel caso extraño. Resultaron infructuosos los anuncios, el ofrecimiento de recompensas y todas las investigaciones, porque no se descubrió base suficientemente sólida para servir de punto de partida para la tarea de poner el crimen en claro.

Sin embargo, sería un error suponer que no se hubiesen lanzado hipótesis para explicar los hechos. Todo lo contrario. La prensa, tanto la de Inglaterra como la de Norteamérica, vino plagada de sugerencias y de suposiciones que, en su mayoría, eran evidentemente absurdas. El que los relojes fuesen de fabricación norteamericana y algunos detalles característicos del revestimiento de oro de uno de los dientes delanteros, parecía indicar que el muerto era ciudadano de los Estados Unidos, aunque su ropa interior, el traje y el calzado eran indiscutiblemente de fabricación inglesa. Se apuntaba la idea de que quizá ese hombre estaba escondido debajo del banco, y que al ser descubierto, por una u otra razón, quizá porque había oído algún secreto criminal, fue asesinado por sus compañeros de viaje. Esta teoría, ligada a ciertas generalidades que circulaban corrientemente sobre la ferocidad y la astucia de las sociedades de anarquistas y de otras organizaciones secretas, resultaba tan verosímil como otra cualquiera.

El que el muerto no llevase encima un billete de ferrocarril ligaba bien con la idea de que estaba escondido, y era cosa bien sabida que en la propaganda de los nihilistas tomaban parte muy destacada las mujeres. Por otra parte, resulta evidente, a juzgar por la declaración del guarda, que aquel hombre tuvo que estar escondido allí antes de que llegasen los otros, y era una coincidencia por demás improbable el que aquellos conspiradores fuesen a meterse precisamente en el departamento en que se había ocultado ya un espía. Aparte de esto, la hipótesis hacía caso omiso del hombre del departamento de fumadores, y no aportaba absolutamente ninguna explicación de su desaparición simultánea con la de los demás. Poco trabajo tuvo la policía en demostrar que semejante hipótesis no cubría todos los hechos; pero la ausencia de pruebas le impedía presentar, por su parte, otra hipótesis más satisfactoria.

En la *Daily Gazette*, y con la firma de un investigador de asuntos criminales que gozaba de gran reputación, apareció una carta que provocó grandes discusiones durante algún tiempo. Ese investigador lanzaba una hipótesis que era por lo menos ingeniosa, y creo que no puedo hacer cosa mejor que reproducirla al pie de la letra. Decía así:

> «Sea cual sea la verdad del caso, no cabe duda de que es el resultado de alguna combinación extraña y fantástica de acontecimientos, y por esa razón no hay más remedio que partir en la hipótesis nuestra de hechos raros y también fantásticos. Al no disponer de datos, debemos salirnos del método analítico o científico de investigación, abordando el problema a la manera sintética. En una palabra: en lugar de partir de ciertos hechos conocidos y deducir de ellos lo que ocurrió, debemos construir una explicación guiándonos por la fantasía, a condición de que concuerde con los hechos que ya conocemos. Hecho eso, podremos poner a prueba la obra de nuestra fantasía con los datos nuevos que puedan ir surgiendo. Si todos ellos concuerdan, estaremos, según toda probabilidad, en la pista correcta, y con cada hecho nuevo que descubramos, esa probabilidad aumentará en progresión geométrica hasta llegar a la prueba final y convincente.
>
> Pues bien: nadie ha reparado debidamente en un hecho muy notable y sugerente. Por Harrow y King's Langley pasa un tren de los llamados cortos que, de acuerdo con el horario, debió alcanzar al expreso más o menos hacia el lugar en que éste disminuyó su velocidad hasta ocho millas por hora, debido a las reparaciones que se están haciendo en la línea. De modo, pues, que en ese lugar los dos trenes debían avanzar en la misma dirección y a una velocidad parecida, por vías paralelas. Ahora bien: cualquiera de nosotros sabe que en tales circunstancias, las personas que viajan en un vagón ven con toda claridad a los viajeros que viajan en los coches del otro tren que queda enfrente de ellos. En Willesden se habían encendido las lámparas del tren expreso, y todos los departamentos del mismo estaban brillantemente iluminados, siendo, por consiguiente, muy visibles a cualquier observador de fuera del tren.
>
> Pues bien; yo reconstruyo la cadena de sucesos de la manera siguiente: el joven que llevaba tantos relojes viajaba solo en un coche del tren corto. Vamos a suponer que tenía sobre el asiento y junto a él su billete, con sus documentos, guantes y otros objetos. Era, probablemente, norteamericano, y era también, probablemente, un

hombre débil de cerebro. El llevar encima una gran cantidad de joyas constituye uno de los primeros síntomas de algunas monomanías.

Estando ese viajero sentado y mirando a los coches del tren expreso que marchaban a igual velocidad que el suyo debido al estado de la vía, descubrió de pronto a algunas personas conocidas suyas dentro del expreso. Supongamos, para la marcha de nuestra hipótesis, que esas personas eran una mujer a la que él amaba y un hombre hacia el que sentía odio, y que a su vez lo odiaba a él. El joven era excitable e impulsivo. Abrió la puerta de su departamento y saltó del estribo del tren corto al estribo del expreso, abrió la correspondiente portezuela y se plantó delante de aquella pareja. La hazaña no es en modo alguno tan peligrosa como parece, si partimos de la suposición de que ambos trenes marchaban a la misma velocidad.

Ya tenemos, pues, a nuestro joven, desprovisto de su billete, dentro del departamento en el que viajaban el hombre de más edad y la mujer joven. En tal situación no cuesta trabajo imaginarse que se produjo una escena violenta. Quizá la pareja era también norteamericana, dando mayor probabilidad a esta suposición el que el hombre llevase encima un arma, hecho que se sale de lo corriente en Inglaterra. Si nuestra hipótesis de la monomanía incipiente es correcta, resulta verosímil que el joven agrediese al otro. En esta pelea, el hombre de más edad disparó contra el intruso y luego huyó, haciéndose acompañar de la mujer joven. Supongamos que todo esto ocurrió rapidísimamente, y que el tren marchaba todavía a una velocidad tan pequeña que no resultaba difícil abandonarlo. Es perfectamente factible el que una mujer se apee de un tren en marcha a ocho millas por hora. La verdad es que nos consta que esa mujer se apeó tal como digo.

Nos queda ahora por encajar dentro de la hipótesis al hombre que viajaba en el departamento de fumadores; si damos por supuesto que nuestra manera de reconstruir la tragedia hasta llegar a este punto ha sido correcta, no encontraremos en el hombre en cuestión nada que nos obligue a rectificar. Según mi hipótesis, ese hombre vio cómo el joven saltaba de un tren a otro, cómo abría la portezuela, escuchó el disparo de pistola, vio cómo los dos fugitivos saltaban del tren a la vía, comprendió que se había cometido un asesinato y saltó a tierra para perseguir a los criminales. El que nada se haya vuelto a saber de ese hombre —pudo resultar muerto en esa persecución o, lo que es más probable, le hicieron comprender que no había en el caso razón alguna para su entrometimiento— es un detalle que hoy por hoy no

disponemos de elementos para explicar. Reconozco que tropezamos en mi hipótesis con algunas dificultades. A primera vista, quizá parezca imposible que en un momento como aquél huyese el asesino cargado con una maleta de cuero marrón. A eso contesto que él sabía perfectamente que el descubrimiento de la maleta conduciría a su identificación. Le era indispensable, pues, cargar con ella. Mi teoría se sostiene o se viene abajo sobre un único detalle, y yo pido a la compañía del ferrocarril que realice una investigación rigurosa sobre si en el tren corto de Harrow y King's Langley que circuló el día 18 de marzo quedó sin recoger un billete de ferrocarril. Si se encontrase ese billete, quedaría con ello demostrada la realidad de mi hipótesis. Si no se recogió, seguiría ésta siendo posiblemente correcta, porque cabe perfectamente que el viajero no llevase billete o que éste se perdiera».

La respuesta que la policía y la compañía del ferrocarril dieron a esa hipótesis tan complicada y plausible fue que: primero, no se encontró tal billete; segundo, que el tren corto no podía haber corrido paralelamente al tren expreso, y tercero, que el tren corto permaneció estacionado en King's Langley mientras el expreso pasaba por esa estación a la velocidad de cincuenta millas por hora. De esa manera quedó pulverizada la única explicación satisfactoria de cuantas se habían ofrecido y transcurrieron cinco años sin que se presentase ninguna otra. Pues bien: hoy nos llega, por último, un escrito que abarca todos los hechos, y que no tenemos más remedio que considerar auténtico. Ese escrito consiste en una carta que está fechada en Nueva York, y vino dirigida a ese mismo investigador de crímenes cuya teoría he copiado. Reproduzco la carta *in extenso*, a excepción de los dos primeros párrafos, que son de índole puramente personal:

«Sabrá usted perdonarme el que no me muestre muy generoso en citar nombres. Aunque es cierto que hoy existen menos razones para ello que hace cinco años, porque entonces vivía mi madre, prefiero, a pesar de todo, borrar hasta donde pueda toda huella que pudiera descubrirnos. Sin embargo, usted se merece una explicación, porque, a pesar de que su hipótesis era equivocada, no por eso resultaba menos hábil e ingeniosa. Para que usted pueda comprenderlo todo, necesitaré retroceder un poco.

»Mi familia procedía del Buckshire, Inglaterra, y emigró a los Estados Unidos en los primeros años de la década del 50. Se establecieron en Rochester, Estado de Nueva York, donde mi padre llegó a tener un gran almacén de ferretería. El matrimonio tuvo únicamente dos hijos: yo, que me llamo James, y mi hermano Edward. Yo le llevaba diez años a mi hermano, y

después del fallecimiento de mi padre, esa condición de hermano mayor me hizo ser para Edward algo así como un padre. Era mi hermano un muchacho inteligente y lleno de vivacidad, además de ser uno de los hombres más bellos que han podido existir. Pero hubo siempre en él un punto débil, y ese punto débil, lo mismo que el moho en el queso, fue extendiéndose y extendiéndose, sin que hubiese manera de impedirlo. Nuestra madre lo veía con la misma claridad que yo; pero siguió echándolo a perder a fuerza de mimos, porque lo acostumbró a que no se le negase nada. Yo hice todo cuanto me fue posible para evitar que se desmandase, y él me cogió odio por las molestias que yo me tomaba.

»Llegó un momento en que se lanzó por su camino, sin que pudiera impedírselo nada de cuanto nosotros hicimos. Se trasladó a Nueva York, y fue yendo rápidamente de mal en peor. Empezó como disoluto, y luego se hizo criminal. Al cabo de un par de años era uno de los jóvenes maleantes más destacados de aquella ciudad. Trabó amistad con MacCoy, *el Gorrión,* al que nadie igualaba en su profesión de gancho de chirlata, cazador de tontos y granuja en toda la extensión de la palabra. Ambos se dedicaron a fulleros, alojándose en algunos de los mejores hoteles de Nueva York. Mi hermano era un actor excelente (habría llegado lejos en el teatro si hubiese querido vivir honradamente), y representaba cualquier papel que conviniese a las finalidades que perseguía MacCoy, *el Gorrión*, lo mismo el de un joven aristócrata inglés, que el de un palurdo simplón del Oeste, o que el de un estudiante universitario de los últimos cursos. Un buen día se disfrazó de muchacha, y lo hizo tan a la perfección que resultó inapreciable como cimbel, acabando por adoptar ese papel como el de mayor éxito y preferencia. Estaban compinchados con los políticos de la Tammany y con la policía, de manera que parecían tener campo libre. Eso ocurría en tiempos anteriores al nombramiento de la Comisión de Lexow, cuando con aquellas complicidades era posible hacer casi todo lo que a uno le viniese en gana.

»Nada habría sido capaz de interrumpir su carrera si se hubiesen limitado a operar con los naipes y dentro de Nueva York; pero se les ocurrió pasar por Rochester y falsificar la firma de un cheque. Fue mi hermano quien hizo eso, aunque todos sabían que había obrado bajo la influencia de MacCoy, *el Gorrión*. Yo compré aquel cheque, que me costó una bonita cantidad. Fui luego en busca de mi hermano, lo puse ante sus ojos encima de la mesa y le juré que si no desaparecía del país lo haría perseguir por la justicia. Al principio se limitó a echarse a reír, y me contestó que si yo hacía eso, mataría del disgusto a mi madre y él estaba bien seguro de que yo no era capaz de

semejante cosa. Sin embargo, le hice comprender que mi madre iba a morir a disgustos de todos modos, y que estaba resuelto, puesto en la alternativa, a que viviese en la cárcel de Rochester antes de consentir que siguiese viviendo en un hotel de Nueva York. Por último se resignó, y me prometió de una manera solemne que rompería todo trato con MacCoy, *el Gorrión*, que embarcaría para Europa y que se dedicaría a cualquier oficio honrado en que yo le ayudase a establecerse. Me fui con él inmediatamente a visitar a un antiguo amigo de nuestra familia, Joe Willson, exportador de relojes norteamericanos de bolsillo y de pared, y conseguí que nombrase a Edward su agente en Londres, con un pequeño sueldo y una comisión del 15% sobre todos los negocios que se hiciesen. El aspecto y las maneras de mi hermano impresionaron tan favorablemente al anciano en la primera entrevista que no había transcurrido una semana cuando emprendió viaje para Londres con una maleta llena de muestras.

»Yo creí que mi hermano se había asustado verdaderamente con el asunto del cheque, y que había alguna posibilidad de que se asentase trabajando con honradez. Mi madre había hablado con Edward, y sus palabras debieron tocarle el corazón, porque siempre había sido para Edward la mejor de las madres, a pesar de que Edward había sido para ella el mayor dolor de su vida. Pero yo sabía que el tal MacCoy, *el Gorrión*, ejercía una gran influencia sobre Edward, de manera que mi única probabilidad de hacer que mi hermano siguiese por el camino derecho estribaba en romper la relación entre ellos. Yo tenía un amigo en el Cuerpo de Detectives de Nueva York, e hice que mantuviese vigilancia sobre MacCoy. Cuando, a los quince días de haber embarcado mi hermano, supe que MacCoy había sacado un pasaje para el *Etruria*, adquirí la seguridad, como si lo hubiese oído de sus propios labios, de que se trasladaba a Inglaterra con objeto de atraer a Edward a la clase de vida que había abandonado. Decidí en el acto embarcar yo también, contrapesando la influencia de MacCoy con la mía. Estaba seguro de que perdería la partida; pero pensé, y también lo pensó mi madre, que era un deber mío intentarlo. Mi madre y yo nos pasamos la última noche entregados a la oración e impetrando para mí el éxito, y ella me regaló un ejemplar del Nuevo Testamento que mi padre le había entregado como regalo de boda el día que se casaron en su país de origen, para que lo llevase siempre junto a mi corazón.

»Viajé en el mismo barco que MacCoy, y tuve, por lo menos, la satisfacción de estropearle sus combinaciones ventajistas durante el viaje. La primera noche después de nuestra salida de puerto entré en el salón de fumar,

y me lo encontré encabezando una mesa de juego, rodeado de una docena de jóvenes que marchaban a Europa con la bolsa llena y el cráneo vacío. MacCoy se preparaba para hacer su cosecha, que habría resultado magnífica. Pero yo di la vuelta a la tortilla, diciendo:

»—Caballeros, ¿saben ustedes con quién están jugando?

»—¿Y eso qué le importa a usted? ¡Usted cuídese de sus propios negocios! —me contestó, lanzando un taco.

»Pero uno de aquellos palominos me preguntó:

»—¿Quién es, de todos modos?

»—MacCoy, *el Gorrión*, el fullero más conocido de los Estados Unidos.

»MacCoy se puso en pie de un salto, blandiendo una botella; pero se acordó de que en aquel barco estaba bajo la bandera caduca y vieja de Inglaterra, donde reinan la ley y el orden, y donde los políticos de Tammany no ejercen la menor influencia. Las agresiones y el asesinato conducen a la cárcel y a la horca, y cuando se navega dentro de un transatlántico no hay modo de huir por una puerta secreta.

»—¡Presente pruebas de lo que ha dicho usted! —gritó.

»—¡Claro que sí! —le contesté—. Sólo con que usted se remangue el brazo derecho hasta el hombro, habré demostrado que digo la verdad, o me tragaré mis palabras.

»Se puso lívido y no dijo esta boca es mía. Yo estaba algo enterado de sus mañas, y sabía que una parte del mecanismo empleado por él y por todos los fulleros de su clase se compone de un elástico que les cubre el antebrazo y que tiene una especie de pinza en el arranque de la muñeca. Gracias a esa especie de sujetador elástico pueden esconder las cartas que no desean, sustituyéndolas por otras que tienen en el escondite. Di por supuesto que MacCoy llevaba el mecanismo en cuestión, y acerté. Me llenó de maldiciones, se deslizó fuera del salón, y apenas si se dejó ver más durante el viaje. Por una vez, al menos, le había ganado la baza a MacCoy, *el Gorrión*.

»Pero no tardó en conseguir el desquite, porque siempre que se trató de ejercer influencia sobre mi hermano, la de MacCoy fue superior a la mía. Edward vivió honradamente en Londres durante las primeras semanas, y había llevado a cabo algunos negocios con sus relojes norteamericanos; pero aquel granuja volvió a cruzarse en su camino. Hice cuanto estuvo en mi mano, pero lo que estaba en mi mano hacer era poca cosa. No tardé en enterarme de que en uno de los hoteles de la Northumberland Avenue se había producido un escándalo; dos fulleros que operaban en combinación habían esquilado una importante suma a un viajero, y el asunto estaba en

manos de Scotland Yard. La primera noticia del caso la leí en un periódico de la tarde, y adquirí en el acto la seguridad de que mi hermano y MacCoy habían vuelto a sus viejas mañas. Marché a toda prisa a las habitaciones de Edward, y me informaron que él y un caballero de mucha estatura (al que identifiqué como MacCoy) se habían marchado juntos, dejando libres las habitaciones, y llevándose todas sus cosas. La dueña de la casa había oído que daban al cochero varias direcciones, la última de las cuales era la estación de Euston; y también oyó casualmente que el caballero de gran estatura hablaba no sé qué de Manchester. La mujer creía que se dirigían a esa ciudad.

»Me bastó echar una ojeada a los horarios para ver que el tren que era más probable que tomasen sería el de las cinco, aunque podían también tomar otro que salía a las cuatro y treinta y cinco. Yo sólo podía alcanzar ya el primero de los dos, pero ni en la sala de espera ni en el tren vi a mi hermano ni a MacCoy. Pensé que habrían tomado el tren anterior, y decidí seguirlos hasta Manchester, recorriendo los hoteles de esta ciudad en su busca. Quizá un último llamamiento que yo hiciese a mi hermano, recordándole todo cuanto debía a mi madre, podría salvarlo. Estaba con los nervios sobreexcitados, y encendí un cigarro para calmarlos. En ese instante, cuando el tren empezaba a arrancar, se abrió de par en par la puerta de mi departamento, y vi en el andén a MacCoy y a mi hermano.

»Los dos estaban disfrazados, y tenían sus buenas razones para estarlo, sabiendo que los perseguía la policía de Londres. MacCoy llevaba levantado un gran cuello de astracán, de manera que únicamente se le veían los ojos y la nariz. Mi hermano vestía de mujer, y llevaba echado sobre la cara un velo negro, a pesar de lo cual yo no dudé ni un solo instante, ni me habría engañado aunque no hubiese sabido que se vestía con frecuencia con esa clase de ropas. Me puse en pie como movido por un resorte, y entonces MacCoy me reconoció. Dijo algunas palabras, el guarda cerró la puerta de golpe, y les abrió la del departamento contiguo. Traté de que el guarda no diese todavía la salida al tren, pero era ya demasiado tarde porque las ruedas habían empezado a girar.

»Cuando el tren se detuvo en Willesden, cambié rápidamente de departamento. Según parece, nadie se fijó en ello, lo cual nada tiene de sorprendente ya que el andén estaba concurridísimo. Claro está que MacCoy me esperaba y que había aprovechado el trayecto entre Euston y Willesden para prevenir contra mí a mi hermano y endurecer el corazón de éste. Eso es al menos lo que yo supongo, porque jamás encontré a Edward tan empedernido ni tan irreductible. Lo intenté todo; le hice ver que acabaría en

una prisión inglesa; le pinté vivamente el dolor de su madre cuando yo regresase y le diese la noticia; dije todo cuanto se me ocurrió para tocarle el corazón, pero fue inútil. Permanecía en su asiento con una mueca de burla en su bello rostro, y MacCoy, *el Gorrión*, me lanzaba de vez en cuando frases de desafío, o daba ánimos a mi hermano para que se mantuviera firme en sus propósitos.

»—¿Por qué no abre usted una escuela catequista dominical? —me decía, y agregaba inmediatamente dirigiéndose a Edward—: Tu hermano cree que eres un hombre sin voluntad, que eres el bebé de otros tiempos y que puede manejarte a su gusto. Hasta ahora no había descubierto que eres tan hombre como él.

»Una de las veces que se expresó de esa manera, ya no pude más y empecé a hablarle con acritud. Habíamos salido de Willesden, como usted comprenderá, porque el tiempo iba pasando. Me dejé llevar del genio, y mostré por primera vez a mi hermano la parte ruda de mi carácter. Quizá hubiese sido mejor que se la hubiese mostrado antes y con mayor frecuencia. Le dije, pues:

»—¡Un hombre! Vaya, me gusta oírlo de boca de tu amigo, porque nadie lo sospecharía viéndote con esas ropas de señorita directora de un internado de muchachas. Creo que no hay en toda Inglaterra una persona de aspecto más despreciable que el tuyo, con ese delantal de niña que llevas puesto.

»Al oír aquello se puso colorado, porque era un vanidoso, y tenía miedo al ridículo.

»—Esto no es un delantal, sino un abrigo de viaje —me contestó, quitándoselo—. Era preciso despistar a la policía, y no me quedaba otro recurso —se quitó la toca y el velo, y lo metió todo en su maleta marrón—. En todo caso, no lo necesito hasta que pase por aquí el vigilante.

»—Ni entonces tampoco necesitarás esas prendas —exclamé yo, y agarrando la maleta tomé impulso y la tiré por la ventanilla—. Y ahora, mientras yo pueda evitarlo, ya no volverás a vestir de mujer. Y si ese disfraz es lo único que puede salvarte de ir a presidio, entonces prepárate a estar encerrado.

»Ésa era la manera de dominar a mi hermano. Me di cuenta en el acto de mi ventajosa situación. Su temperamento muelle cedía con mucha mayor facilidad al trato rudo que a las súplicas. Enrojeció de vergüenza, y se le cuajaron los ojos de lágrimas. Pero también MacCoy se dio cuenta de mi ventaja, y tomó la determinación de impedirme que siguiese adelante. Por eso me gritó:

»—Es mi camarada, y no permitiré que le insultes.

»—Es mi hermano y no permitiré que lo lleves a la ruina —le contesté yo —. Me está pareciendo que el mejor medio para mantenerlo apartado de ti será el que pases algún tiempo en la cárcel. Y lo vas a pasar, como yo pueda conseguirlo.

»—¿Cómo?, ¿que te vas a chivar? —gritó, y sacó instantáneamente el revólver del bolsillo. Salté para sujetarle la mano, pero vi que llegaba tarde, y me hice a un lado con un respingo. Él hizo fuego en ese mismo instante, y la bala disparada contra mí atravesó el corazón de mi desdichado hermano.

»Mi hermano cayó al suelo sin lanzar un ay: MacCoy y yo, igualmente horrorizados, nos arrodillamos uno a cada lado, esforzándonos por hacerle volver en sí. MacCoy seguía con el revólver cargado en la mano, pero aquella súbita tragedia se había tragado su ira contra mí y el rencor que yo sentía contra él. Fue él quien primero se dio cuenta de la situación. Por un motivo u otro, el tren disminuía en ese momento muchísimo la velocidad, y comprendió que aquélla era su oportunidad de escapar. Abrió instantáneamente la portezuela, pero yo actué con tanta rapidez como él. Le salté encima y los dos caímos juntos desde el estribo, y rodamos abrazados por el talud abajo. Al llegar al fondo me golpeé la cabeza contra una piedra, y perdí el conocimiento. Al recobrarlo me encontré tendido entre unos arbustos, no lejos de la vía del ferrocarril, y alguien me humedecía la cabeza con un pañuelo empapado en agua. Era MacCoy, *el Gorrión*, y me dijo:

»—No tuve valor para abandonarlo. No quería manchar mis manos con la sangre de ustedes dos en un mismo día. Usted amaba seguramente a su hermano; pero no le amaba ni una centésima más que yo, aunque diga usted que le demostré ese amor de una manera muy rara. De todos modos, el mundo tiene muy poco interés para mí después de su muerte, y me importa un comino el que usted me entregue o no me entregue al verdugo.

»Se había torcido el tobillo al caer, de modo que nos encontrábamos él inutilizado para caminar y yo con la cabeza dolorida. Hablamos y hablamos y mi rencor fue gradualmente suavizándose hasta convertirse en algo parecido a simpatía. ¿Qué se adelantaba con vengar la muerte de mi hermano en un hombre al que esa muerte le dolía tanto como a mí? Además, conforme se me fue aclarando la cabeza, empecé a comprender que cualquier cosa que yo hiciese contra MacCoy caería de rechazo sobre mí y sobre mi madre. ¿Cómo podíamos dejarlo convicto de su crimen sin publicar a los cuatro vientos la vida de mi hermano, es decir, lo que por encima de todo queríamos evitar? Teníamos nosotros tanto interés como él en echar tierra sobre el asunto. Pasé,

pues, de ser el vengador de un crimen al papel de conspirador en contra de la justicia. El sitio en que nos encontrábamos era uno de esos cotos de faisanes que tanto abundan en Inglaterra, y cuando empezamos a buscar el camino de salida, yo me encontré cambiando impresiones con el asesino de mi hermano acerca de cómo evitar que se hablase del asunto.

»De lo que él me dijo saqué pronto en consecuencia que si mi hermano no llevaba en los bolsillos algunos documentos que nosotros desconocíamos, la policía no tendría medios para identificarlo o para averiguar de qué manera llegó hasta allí. El billete del ferrocarril lo tenía MacCoy en su bolsillo, lo mismo que el resguardo del equipaje que habían dejado en la consigna. Mi hermano, como la mayoría de los norteamericanos, calculó que le resultaría más barato y más sencillo comprar las ropas necesarias en Londres que venir equipado desde Nueva York, y por esa razón, ni su ropa interior ni su ropa exterior tenía marca alguna. La maleta, con el abrigo de viaje o guardapolvo, que yo había tirado por la ventana, es posible que fuese a parar al centro de algún cañaveral y que siga allí todavía, o que se la encontrase algún vagabundo; pudo también caer en poder de la policía, que se reservó este dato. Sea como sea, nada hablaron acerca del mismo los periódicos de Londres. Por lo que respecta a los relojes, éstos eran ejemplares elegidos entre los que le habían sido confiados con fines comerciales. Quizá se los llevaba a Manchester para realizar algún negocio en esa ciudad; pero… bien: ha pasado demasiado tiempo para esa clase de suposiciones.

»No censuro a la policía por no haber tenido éxito. Lo contrario, me habría extrañado. Sólo había una pista pequeñísima que habrían podido seguir, pero ya digo que era insignificante. Me refiero al espejito circular encontrado en un bolsillo de mi hermano. ¿Verdad que no es corriente que un muchacho joven lleve un espejito en el bolsillo? Ahora bien: un jugador de ventaja podía haber dicho lo que significa un espejo para las personas de su clase. Cuando uno está sentado delante de una mesa, un poquitín echado hacia atrás, y coloca el espejito con la cara hacia arriba encima de los muslos, se reflejan en él cada una de las cartas que se entregan al contrario. Cuando se conocen esas cartas, no es un gran problema el querer o el pasar. El espejito, lo mismo que el sujetador elástico que MacCoy, e*l Gorrión*, llevaba en la muñeca, era una herramienta del oficio del jugador de ventaja. Si se hubiese relacionado ese detalle con las estafas cometidas últimamente en los hoteles, la policía habría estado en condiciones de hacerse con una de las extremidades del hilo.

»No creo que me quede mucho más por explicar. Aquella noche nos presentamos en una aldea que se llama Amersham, como si fuéramos dos caballeros que hacían una gira a pie, y después nos marchamos discretamente a Londres, desde donde MacCoy se dirigió a El Cairo, y yo regresé a Nueva York. Mi madre falleció seis meses después, y yo tengo la satisfacción de decir que ignoró siempre lo ocurrido. Vivió con la ilusión de que Edward se ganaba honradamente la vida en Londres, y yo no tuve valor para decirle la verdad. Es cierto que no le escribía nunca; pero como jamás escribió desde que salió de casa, no había en ello nada extraño. Fue el nombre de Edward la última palabra que pronunciaron los labios de mi madre.

»Hay algo todavía que yo quisiera pedirle, señor, y lo consideraría como una recompensa amable por todas estas aclaraciones, si es que usted puede hacerlo. Se acordará del libro del Nuevo Testamento que se encontró al pie del talud. Yo lo llevaba siempre en un bolsillo interior, y con seguridad que lo perdí al caer. Lo tengo en grandísima estima, porque era el libro de familia y mi padre había escrito al principio del mismo la fecha de mi nacimiento y la de mi hermano. Desearía que usted lo solicitase donde corresponda y me lo hiciese enviar. No tiene valor para ninguna otra persona, y si usted lo envía a *X*, en la librería de Bassano, Broadway, Nueva York, llegará seguramente a mis manos».

El gran experimento de Keinplatz

De todas las ciencias que han interesado a los hijos de los hombres, ninguna llamó tan poderosamente la atención del insigne profesor von Baumgarten como la que se ocupa de la psicología y de las mal definidas relaciones entre la mente y la materia. Famoso anatomista, químico destacado y uno de los primeros fisiólogos europeos, el profesor sintió una gran liberación cuando decidió abandonar todas estas disciplinas y concentrar sus múltiples conocimientos en el estudio del alma y de las misteriosas afinidades de los espíritus. Al principio, cuando empezó a sumergirse de joven en los secretos del mesmerismo, su mente parecía vagar por un extraño dominio donde reinaba el caos y la oscuridad, y en el que a veces descubría fenómenos maravillosos, inexplicables e inconexos. Sin embargo, conforme pasaban los años y el bagaje de conocimientos del profesor se incrementaba, pues los conocimientos generan más conocimientos, igual que el dinero produce intereses, muchas de las cosas que le habían resultado misteriosas e inexplicables empezaron a adoptar un nuevo cariz ante sus ojos. Empezó a familiarizarse con planteamientos nuevos y a descubrir las conexiones de aquello que siempre le había parecido incomprensible y sobrecogedor. Como fruto de una serie de experimentos en los que había trabajado cerca de veinte años, logró aislar un conjunto de fenómenos sobre los que ambicionaba edificar el corpus de una nueva ciencia exacta que abarcaría el mesmerismo, el espiritismo y todos los campos afines. Para alcanzar este objetivo le resultaba de enorme utilidad su conocimiento íntimo de los más intrincados aspectos de la fisiología animal relacionados con la corriente nerviosa y la actividad cerebral; pues Alexis von Baumgarten era *Regius Professor* de Fisiología en la Universidad de Keinplatz y tenía a su alcance todos los recursos de laboratorio necesarios para sus profundas investigaciones.

El profesor von Baumgarten era alto y delgado, tenía cara de hacha y ojos de un gris acerado que destacaban por su brillo y penetración. Su permanente actitud reflexiva le había llenado la frente de arrugas y fruncido el entrecejo de tal forma que parecía vivir en un perpetuo enojo y a menudo confundía a la

gente sobre su carácter, pues, aunque era un hombre austero, tenía un corazón tierno. Era muy popular entre los estudiantes, que le rodeaban al término de las lecciones para escuchar con gran interés sus extrañas teorías. A menudo solicitaba voluntarios entre ellos para llevar a cabo algún experimento, hasta el punto de que apenas había alumno que no hubiera sido sometido en algún momento a un trance hipnótico por el profesor.

De todos aquellos jóvenes devotos de la ciencia no había ninguno que igualara en entusiasmo a Fritz von Hartmann. A sus compañeros de estudio les sorprendía con frecuencia que el irreflexivo y pendenciero Fritz, joven fogoso como el que más en los ambientes tabernarios de aquellas tierras del Rin, dedicara su tiempo como lo hacía y se tomara la molestia de leer abstrusos trabajos y ayudar al profesor en sus extraños experimentos. Sin embargo, lo cierto es que Fritz era un muchacho inteligente y perspicaz. Desde hacía unos meses había perdido la cabeza por la joven Elisa, muchacha de ojos azules y cabellos rubios, hija del profesor. Aunque había logrado saber por sus propios labios que sus anhelos no le resultaban indiferentes, aún no se había atrevido a presentarse ante la familia como un pretendiente formal. En consecuencia, le habría resultado difícil encontrarse con su joven amada si no hubiera adoptado la estratagema de convertirse en ayudante del profesor. De esta manera Fritz era llamado con frecuencia a la casa del padre, donde se sometía de buena gana a cualquier experimento si éste le daba ocasión de contemplar cómo brillaban los ojos de Elisa cuando le miraba o sentir el roce fortuito de su pequeña mano.

El joven Fritz von Hartmann era un mozo bastante atractivo. Por otra parte, a la muerte de su padre iba a heredar un buen número de acres de tierra. Para muchas familias habría resultado un pretendiente interesante, pero la madre de Elisa no veía con buenos ojos su presencia en la casa y en algunas ocasiones regañaba al profesor por consentir que un lobo como aquel rondase a su ovejita. La verdad es que Fritz tenía mala fama en Keinplatz. No había tumulto, duelo, o cualquier enredo en marcha del que el joven renano no fuera el cabecilla. No había nadie que empleara un lenguaje más libre y violento que el suyo, nadie bebía más, nadie jugaba con tanta frecuencia a las cartas, nadie era tan holgazán como él, excepto para una sola cuestión. No era, pues, tan extraño que la buena señora del profesor protegiera a su cría bajo el ala y rechazara las atenciones de aquel *mauvais sujet*. En cuanto al honorable profesor, estaba demasiado concentrado en sus extraños estudios para formarse una opinión sobre el asunto, en un sentido o en otro.

Durante muchos años su pensamiento había tropezado constantemente con el mismo problema. Todos sus experimentos y teorías giraban en torno a una única cuestión. Cada día el profesor se preguntaba un centenar de veces si era posible que el espíritu humano permaneciera fuera del cuerpo durante cierto tiempo y luego regresara a él. Cuando se le ocurrió por primera vez esta posibilidad su espíritu científico se rebeló contra ella. Aquella hipótesis chocaba con demasiada violencia con las ideas preconcebidas y prejuicios de su formación inicial. Sin embargo, poco a poco, a medida que se adentraba por el camino de sus primitivas investigaciones, su mente se fue liberando de aquellas viejas cadenas y quedó en disposición de afrontar cualquier conclusión capaz de explicar los hechos. Había muchos indicios que le permitían suponer que la mente podía tener una existencia independiente de la materia. Finalmente llegó a la conclusión de que el problema podía quedar definitivamente resuelto por medio de un original y audaz experimento.

«Es evidente —subrayó en su célebre artículo sobre entidades invisibles, aparecido en un número del *Semanario Médico* de Keinplatz de la época, que sorprendió en todos los medios científicos—, es evidente que en determinadas circunstancias el alma o la mente quedan separadas del cuerpo. En el caso de una persona hipnotizada, el cuerpo queda en un estado cataléptico al tiempo que el espíritu lo abandona. Tal vez se me responda que el alma aún permanece en él, aunque en estado letárgico. Yo afirmo que esto no es así; de otro modo, ¿cómo podría explicarse el fenómeno de la clarividencia, que ha caído últimamente en descrédito por culpa de los manejos de un puñado de sinvergüenzas, pero que es fácil demostrar que constituye un hecho indudable? Con la ayuda de un sujeto sensible, yo mismo he podido obtener una descripción precisa de lo que estaba sucediendo en otra habitación, en otra casa. Y, por otra parte, ¿qué hipótesis puede explicar tal conocimiento si no es la de que el alma del sujeto había abandonado su cuerpo y se había desplazado a través del espacio? En un momento dado, la voz del operador la hace regresar para que cuente lo que ha visto y, acto seguido, reemprende su recorrido aéreo. Debido a que el espíritu es por su propia naturaleza invisible, no podemos observar estas idas y venidas, pero comprobamos sus efectos en el cuerpo del sujeto, que aparece por momentos rígido e inerte y poco después se esfuerza por relatar las impresiones que nunca habría podido recibir por medios naturales. Éste es el único modo que se me ocurre para demostrar el fenómeno: aunque nosotros somos incapaces de ver a estos espíritus debido a nuestra naturaleza carnal, si fuéramos capaces de separar nuestra alma del cuerpo llegaríamos a percibir la presencia de otras almas. En definitiva: tengo

intención de hipnotizar en breve a uno de mis alumnos. Procederé acto seguido a hipnotizarme a mí mismo, siguiendo un método con el que ya estoy familiarizado. Después, si mi teoría es correcta, mi espíritu no tendría dificultad en encontrarse y comunicarse con el espíritu de mi alumno, al estar ambos separados de sus cuerpos. Confío poder comunicar el resultado de este interesante experimento en uno de los próximos números del *Semarario Médico* de Keinplatz».

Cuando finalmente el buen profesor cumplió su promesa y publicó un informe de lo sucedido, el relato resultó tan extraordinario que fue recibido con una general incredulidad. Los comentarios aparecidos en algunos periódicos empleaban un tono tan ofensivo que el indignado sabio declaró que jamás volvería a manifestarse o referirse al asunto en modo alguno: promesa que ha cumplido escrupulosamente. El relato ha sido recogido, no obstante, de fuentes fidedignas, y los hechos en él citados pueden ser tomados como fundamentalmente ciertos.

Sucedió, pues, que a los pocos días de concebir la idea del mencionado experimento, iba el profesor von Baumgarten caminando pensativo de regreso a su casa, tras haber concluido una larga jornada de trabajo en el laboratorio, cuando se encontró con un numeroso grupo de estudiantes que salían eufóricos de una cervecería. A la cabeza, medio bebido y muy dicharachero, iba el joven Fritz von Hartmann. El profesor no tenía intención de saludarle, pero el discípulo corrió a su encuentro y le detuvo.

—¡Buenas tardes, mi admirado maestro! —le dijo, tomándole del brazo y acompañándole calle abajo—. Hay algo que debo decirle, y me resulta más fácil decírselo ahora, mientras la buena cerveza zumba en mi cabeza, que en otro momento.

—¿Sí? ¿Y qué es, Fritz? —preguntó el fisiólogo, mirándole con indulgente sorpresa.

—He oído, señor, que está usted preparando un experimento sensacional en el que pretende hacer salir el alma de un hombre fuera de su cuerpo y luego reintegrarla de nuevo a él, ¿es cierto, profesor?

—Así es, Fritz.

—¿Y no ha pensado, mi querido señor, que podría tener dificultades a la hora de encontrar a alguien que esté dispuesto a intentarlo? *¡Potztausend!* Suponga que el alma abandona el cuerpo y después no regresa. Eso sería un mal negocio. ¿Quién estaría dispuesto a correr ese riesgo?

—Pero Fritz… —exclamó el profesor, alarmado ante aquel inesperado enfoque del asunto—. Yo contaba con su participación en la tentativa. ¿No

me abandonará ahora? Piense en el honor y la gloria…

—¡Qué gloria ni qué ocho cuartos! —exclamó el estudiante indignado—. ¿Es que voy a recibir siempre la misma recompensa? ¿No permanecí durante dos horas sobre un cristal aislante mientras usted exponía mi cuerpo a descargas eléctricas? ¿No dejé que estimulara mis nervios frénicos y que me aplicara una corriente galvánica en el estómago hasta que se me cortó la digestión? Me ha hipnotizado cuatro o cinco veces, ¿y qué he ganado con todo eso? Nada. Y ahora pretende sacarme el alma como el que extrae la maquinaria de un reloj. Esto es más de lo que un ser de carne y hueso puede soportar.

—¡Dios mío! —exclamó el profesor muy apenado—. Tiene toda la razón, Fritz. Nunca se me había ocurrido pensar en ello. Pero si hay algo con lo que pueda compensarle, no tiene más que decírmelo y accederé gustoso a complacerle.

—En ese caso, escuche —dijo Fritz solemnemente—. Si usted me da su palabra de que después del experimento me concederá la mano de su hija, estoy dispuesto a participar en él; de lo contrario, no hay nada que hacer. Ésa es mi única condición.

—Pero ¿qué pensará mi hija de todo esto? —exclamó el profesor, una vez recuperado de su sorpresa.

—Elisa estaría encantada —replicó el joven—. Nos amamos desde hace tiempo.

—En ese caso ella será suya —sentenció el fisiólogo con decisión—, pues usted es un joven de buen corazón y uno de los sujetos con mejores nervios que he conocido, al menos cuando no está bajo la influencia del alcohol. El experimento tendrá lugar el día cuatro del próximo mes. Usted deberá presentarse en el laboratorio de fisiología a las doce en punto. Será un gran acontecimiento, Fritz. Von Gruben vendrá desde Jena, y Hinsterstein de Basilea. Todos los grandes hombres de ciencia del sur de Alemania estarán presentes.

—Seré puntual —dijo el estudiante por toda respuesta.

Y con estas palabras se despidieron. El profesor reanudó lentamente el camino hacia su casa, ensimismado en el gran acontecimiento que se avecinaba, mientras el joven se dirigía tambaleante al encuentro de sus ruidosos compañeros, con la mente puesta en su querida Elisa y en el trato al que había llegado con su padre.

El profesor no había exagerado cuando se refirió al enorme interés que había despertado su nuevo experimento psicofisiológico. Mucho antes de que

llegara la hora fijada, la sala estaba repleta de una galaxia de talentos. Además de las celebridades antes mencionadas, había llegado desde Londres el insigne profesor Lurcher, que debía su reputación a un excelente tratado sobre los centros cerebrales. Buen número de luminarias del mundo del espiritismo habían recorrido también distancias considerables para estar presentes, así como un ministro swedenborgiano, que consideraba que aquellos métodos podrían arrojar alguna luz sobre la doctrina de la orden Rosacruz.

La aparición del profesor von Baumgarten sobre la plataforma, acompañado por su sujeto experimental, arrancó una cerrada ovación a aquella eminente asamblea. El orador, en pocas y bien escogidas palabras, explicó su teoría y cómo pensaba ponerla a prueba.

—Yo sostengo —dijo— que cuando una persona está bajo la influencia de la hipnosis, su espíritu abandona momentáneamente el cuerpo, y desafío a cualquiera a que exponga otra hipótesis que explique el fenómeno de la clarividencia. Por esta razón, confío en que, una vez que hipnotice a mi joven amigo y yo mismo me ponga en trance, nuestros espíritus quedarán en disposición de comunicarse, aunque nuestros cuerpos permanezcan inmóviles e inertes. Después, la naturaleza recobrará su vitalidad, nuestros espíritus regresarán a sus respectivos cuerpos y todo volverá a la normalidad. Procedamos, pues, con su amable permiso, a realizar el experimento.

Tras estas palabras se repitió el aplauso y después la audiencia quedó sumida en un expectante silencio. El profesor hipnotizó con unos cuantos pases rápidos al joven asistente, que quedó inerte sobre el respaldo de su asiento, pálido y rígido. Acto seguido sacó una brillante bola de cristal del bolsillo, concentró la mirada en ella y, por medio de un intenso esfuerzo mental, consiguió alcanzar el mismo estado. Era un extraño y sobrecogedor cuadro el que formaban aquel anciano y su joven asistente sentados uno al lado del otro en el mismo estado cataléptico. ¿Adónde habían huido sus almas? Ésa era la pregunta que se hacían todos y cada uno de los espectadores.

Pasaron cinco minutos, diez… después quince, y quince más, y el profesor y su discípulo seguían sentados, mudos y rígidos, sobre el estrado. Durante todo ese tiempo no se escuchó un solo ruido en aquella asamblea de sabios y todos los ojos estaban fijos en aquellos dos semblantes pálidos, al acecho de los primeros síntomas del retorno de la conciencia. Hubo de transcurrir cerca de una hora antes de que los pacientes observadores obtuvieran su recompensa. Un suave rubor tiñó las mejillas del profesor von Baumgarten. El alma había regresado de nuevo a su morada terrestre. De

pronto estiró sus largos y delgados brazos, como el que se despereza tras un prolongado sueño, se restregó los ojos, se levantó de la silla, miró a su alrededor como si le costara recordar dónde estaba, y exclamó:

—¡*Tausend Teufel!*

Tamaño improperio, muy popular en el sur de Alemania, dejó atónita a la audiencia y provocó el disgusto del ministro swedenborgiano.

—¿Dónde demonios estoy, y qué rayos ha ocurrido…? ¡Ah, ya!, ahora recuerdo: esto es uno de esos estúpidos experimentos de hipnotismo. Esta vez no ha funcionado, pues no recuerdo nada desde que perdí el conocimiento; han realizado sus largos viajes en balde, mis ilustres amigos, para asistir a una magnífica broma.

Y, dicho esto, estalló en una sonora carcajada y se palmeó el muslo de forma bastante grosera. Los asistentes se enfadaron de tal modo con aquella incalificable conducta que se habría producido un tremendo tumulto de no ser por la juiciosa intervención del joven Fritz von Hartmann, que acababa de despertar de su letargo. El estudiante se dirigió al frente del estrado y pidió disculpas por el comportamiento de su compañero.

—Siento tener que decirles —dijo— que este individuo es un poco atolondrado, a pesar de que se haya mostrado tan serio al comienzo del experimento. En estos momentos es víctima de la reacción hipnótica y difícilmente puede ser responsable de sus palabras. En cuanto al experimento en sí, debo decir que no lo considero un fracaso. Es muy posible que nuestros espíritus se hayan estado comunicando durante esta larga hora; desgraciadamente, nuestra tosca memoria corporal es bien distinta de nuestro espíritu y nos es imposible recordar lo que ha sucedido. En el futuro emplearé mis energías en tratar de descubrir un medio para que los espíritus consigan recordar lo que les ocurre cuando están en estado libre, y confío en que, cuando lo haya encontrado, pueda tener el placer de reunirles a todos de nuevo y demostrarles los resultados.

Esta alocución, escuchada en boca de un estudiante, causó una gran sorpresa entre la concurrencia y algunos llegaron a pensar que resultaba ofensivo que un alumno asumiera tan excesivo protagonismo. La mayoría, sin embargo, consideró que era un joven muy prometedor, y al abandonar la sala se hicieron muchas comparaciones entre su digna conducta y la frivolidad de su profesor, que durante la mencionada intervención había estado riéndose a más no poder en un rincón, importándole un bledo el fracaso del experimento.

Sin embargo, mientras que todos aquellos hombres de ciencia desfilaban fuera de la sala de conferencias con la impresión de que no habían

presenciado ningún hecho extraordinario, lo cierto es que ante sus propios ojos había tenido lugar uno de los acontecimientos más maravillosos de toda la historia de la humanidad. La teoría del profesor von Baumgarten había resultado cierta, y su espíritu y el de su discípulo habían estado ausentes durante un tiempo de sus respectivos cuerpos. Pero había sucedido un extraño e inesperado accidente. El espíritu de Fritz von Hartmann se había introducido a su regreso en el cuerpo de Alexis von Baumgarten, y el espíritu de éste se había alojado en la anatomía de aquél. De ahí el lenguaje y las groserías que habían salido de los labios del insigne profesor y las ponderadas palabras y la grave exposición que había realizado el displicente estudiante. Constituyó un hecho sin precedentes, aunque nadie hubiera reparado en lo sucedido, y menos aún los propios implicados.

El cuerpo del profesor sintió de pronto que tenía la garganta seca y salió a la calle, divertido con el resultado del experimento, pues en su interior el alma de Fritz sólo pensaba en lo fácil que le había resultado conseguir a su amada. Su primer impulso fue dirigirse a casa de Elisa para verse con ella, pero lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que sería preferible mantenerse alejado hasta que la señora Baumgarten fuera informada por su propio marido del acuerdo al que había llegado. Así que se encaminó al Grüner Mann, que era uno de los lugares de cita preferidos por los estudiantes más juerguistas, y entró de forma inesperada, blandiendo con energía su bastón, en el pequeño reservado que ocupaban Spiegler, Müller y media docena de alegres compañeros.

—¡Ajá, chicos! —voceó—. Sabía que estaríais aquí. Beberos lo que os queda y pedir lo que queráis; hoy invito yo.

Si hubieran visto entrar de pronto en el reservado al hombre pintado de verde que decoraba el letrero de aquella concurrida cervecería y pedir una botella de vino, los estudiantes no se habrían quedado tan atónitos como con la sorprendente aparición del venerable profesor. Su asombro fue tan grande que se quedaron mirándole por espacio de uno o dos minutos sumidos en la más completa confusión, sin acertar a responder a su generosa invitación.

—*¡Donner und Blitz!* —gritó el profesor, enfadado—. Pero ¿qué diablos os pasa? Parecéis un rebaño de cerdos mirándome atontados. ¿Qué ocurre?

—Es un inesperado honor —tartamudeó Spiegler, que ocupaba la cabecera de la mesa.

—¿Qué honor ni qué ocho cuartos? —dijo el profesor malhumorado—. ¿Creéis que porque acabo de realizar una exhibición de hipnotismo ante una cuadrilla de viejos fósiles me siento demasiado orgulloso para reunirme con

mis viejos amigos? Levántate de esa silla, Spiegler, muchacho, que yo presidiré ahora. Cerveza, vino o ginebra, compañeros; pedid lo que queráis y dejarlo todo de mi cuenta.

Aquella tarde en el Grüner Mann fue memorable. Las jarras rebosantes de cerveza y las botellas de cuello verde del Rin circularon con alegría. Poco a poco los estudiantes fueron perdiendo la timidez que les producía la presencia del profesor. Y el profesor, por su parte, alzó la voz, cantó, recitó, hizo equilibrios con una larga pipa de tabaco puesta sobre la nariz y retó a todos los miembros del grupo a una carrera de cien metros. El encargado y la camarera cuchicheaban tras la puerta asombrados por aquella conducta, impropia de un *Regius Professor* de la vieja Universidad de Keinplatz. Pero un momento después tuvieron aún más motivo para sus cuchicheos, pues el insigne profesor aplastó el gorro del encargado y besó a la camarera tras la puerta de la cocina.

—Caballeros —dijo el profesor, poniéndose en pie con dificultad en la cabecera de la mesa y balanceando una enorme y anticuada copa de vino en su mano huesuda—, es el momento de explicar el motivo de esta celebración.

—¡Atención, atención! —gritaron los estudiantes, golpeando con las jarras de cerveza sobre la mesa—. ¡Un discurso, un discurso! ¡Silencio en la sala!

—Lo que tengo que deciros, queridos amigos —anunció el profesor, y los ojos le brillaron tras las gafas—, es que voy a casarme dentro de poco.

—¡Casarse! —exclamó uno de los estudiantes, más atrevido que los demás—. ¿Es que su esposa ha muerto?

—¿Qué esposa?

—Pues la señora von Baumgarten, claro.

—¡Ajá! —dijo el profesor con una sonrisa—. Por lo que veo estáis al tanto de mis antiguas dificultades. No, no ha muerto, pero tengo motivos para pensar que no se opondrá a mi matrimonio.

—Eso es muy generoso por su parte —observó uno del grupo.

—De hecho —añadió el profesor—, confío en que alguien la convencerá para que me ayude a conseguir esposa. Nunca nos hemos llevado muy bien, pero espero que ahora todo eso habrá terminado y que cuando me case ella venga a vivir con nosotros.

—¡Una familia feliz! —exclamó alguien en plan de guasa.

—Sí, así es. Espero que vengáis todos a la boda. No revelaré el nombre, pero ¡brindo por mi pequeña novia!

El profesor balanceó su copa en el aire.

—¡Brindemos por su pequeña novia! —rugió aquella cuadrilla de fanfarrones, entre grandes carcajadas—. ¡A su salud! *¡Sie soll leben…! ¡Hoch!*

Y la juerga se volvió aún más bulliciosa y frenética cuando cada uno de los presentes, siguiendo el ejemplo del profesor, brindó por la chica de sus amores.

Mientras en el Grüner Mann se desarrollaba aquella animada reunión, cerca de allí tenía lugar una escena bien distinta. El joven Fritz von Hartmann, una vez finalizado el experimento, se había dedicado a consultar y ajustar, con expresión solemne y una gran concentración, algunos instrumentos matemáticos. Después, tras impartir algunas instrucciones precisas a los conserjes, se encaminó lentamente hacia la casa del profesor. Mientras iba paseando se encontró con von Althaus, profesor de anatomía, que marchaba delante de él, y aceleró el paso para alcanzarle.

—¡Eh, von Althaus! —exclamó, dándole unos tironcitos de la manga—. El otro día me pidió usted información sobre el revestimiento medio de las arterias cerebrales. Creo que ahora podría…

—*¡Donnerwetter!* —vociferó von Althaus, que era un viejo cascarrabias —. ¿Qué demonios significa esta impertinencia? Le haré comparecer ante el Senado Académico por esto, caballero.

Y, tras esta amenaza, dio media vuelta y se alejó rápidamente. A von Hartmann le chocó mucho aquel recibimiento. «Esto se debe sin duda al fracaso de mi experimento», se dijo, y reanudó su camino algo molesto.

Pero aún le aguardaban nuevas sorpresas. Poco después, mientras caminaba apresuradamente hacia su destino, fue interceptado por dos estudiantes. Éstos, en lugar de quitarse el sombrero o hacer algún otro ademán en señal de respeto, profirieron un grito de alegría en cuanto le vieron y corrieron hacia él, le agarraron de los brazos y le llevaron con ellos.

—*¡Gott im Himmel!* —gritó von Hartmann—. ¿A qué se debe esta falta de respeto incalificable? ¿Adónde me lleváis?

—A descorchar una botella de vino con nosotros —contestaron los estudiantes—. ¡Vamos! Jamás has rechazado una invitación como ésta.

—¡En mi vida había visto una insolencia semejante! —exclamó von Hartmann—. ¡Soltadme! Haré que os expulsen de la universidad por esto. ¡Dejadme, os digo!

Y empezó a dar furibundas patadas a sus captores.

—Está bien, si te pones de malas, vete a donde quieras —le dijeron finalmente los estudiantes, soltándole los brazos—. Podemos disfrutar de ella

sin tu compañía.

—Sé quiénes sois. Lo pagaréis —replicó furioso von Hartmann, y reanudó su camino en dirección a lo que él consideraba su hogar, irritado por los dos incidentes que acababa de sufrir.

En ese momento, la señora von Baumgarten miraba por la ventana, preocupada por la tardanza de su marido en acudir a comer, y se llevó una enorme sorpresa cuando vio al joven estudiante dirigirse con paso majestuoso hacia la casa. Como se sabe, la mujer le tenía una gran antipatía, y si alguna vez el joven se había atrevido a visitar la casa, había sido siempre con el consentimiento y bajo la protección del profesor. Pero aún fue mayor su sorpresa cuando le vio abrir la verja y cruzar a grandes zancadas el sendero del jardín, con aire de ser el dueño de la situación. La señora von Baumgarten apenas podía dar crédito a sus ojos y corrió hacia la puerta con todos sus instintos maternales alerta. La bella Elisa había contemplado también desde las ventanas superiores la atrevida determinación de su amado y se le había acelerado el corazón con una mezcla de orgullo y consternación.

—Buenos días, caballero —saludó la señora Baumgarten al intruso, irguiéndose con sombría majestad en el vano de la puerta.

—Un magnífico día, en verdad, Martha —contestó el otro—. Y ahora, no te quedes ahí parada como una estatua de Juno y ve a prepararme la comida enseguida, que estoy muerto de hambre.

—¡Martha! ¡La comida! —exclamó la señora, retrocediendo estupefacta.

—¡Sí, la comida, Martha, la comida! —alzó la voz von Hartmann, que estaba empezando a ponerse furioso—. ¿Hay algo de extraordinario en que un hombre pida la comida después de pasar todo el día fuera de casa? Estaré en el comedor. Tomaré cualquier cosa. Schinken, salchichas y ciruelas…, cualquier cosa que esté a mano. Pero no te quedes ahí, mirándome de ese modo. ¿Quieres moverte, mujer?

Estas últimas palabras, pronunciadas con auténtica irritación, hicieron por fin que la señora Baumgarten saliera corriendo por el pasillo, atravesara la cocina y se encerrara en el fregadero, donde sufrió un violento ataque de nervios. Mientras tanto, von Hartmann cruzó la habitación, se echó en el sofá de muy mal humor y gritó:

—¡Elisa! ¡Maldita chica! ¡Elisa!

Al llamarla de forma tan violenta, la joven bajó temerosa la escalera y acudió a la presencia de su amado.

—¡Amor mío! —exclamó, rodeándole con los brazos—. ¡Ya sé que todo esto lo haces por mí, que es una artimaña para verme!

La indignación de von Hartmann ante aquella nueva falta de respeto fue tan grande que se quedó mudo de rabia durante unos instantes, en los que no pudo hacer otra cosa que mirarla iracundo y agitar los puños, mientras trataba de zafarse de su abrazo. Cuando finalmente recuperó el habla, soltó tal bramido de cólera que la joven Elisa cayó de espaldas sobre una butaca y se quedó petrificada de espanto.

—¡Nunca en mi vida había tenido un día como el de hoy! —gritó von Hartmann, dando una patada en el suelo—: Fracasa mi experimento. Von Althaus me insulta. Dos estudiantes me arrastran por la vía pública. Mi esposa casi se desmaya cuando le pido la comida, y mi hija se echa sobre mí y me abraza como una osa parda.

—Estás enfermo, cariño —exclamó la joven—. Tu mente delira. Ni siquiera me has besado.

—No, ni pienso hacerlo —dijo von Hartmann con decisión—. Deberías estar avergonzada. ¿Por qué no me traes las zapatillas y ayudas a tu madre a preparar la comida?

—Todo para esto —gimió Elisa, cubriéndose el rostro con un pañuelo—. ¿Para esto te he amado apasionadamente durante más de diez meses? ¿Para esto he desafiado las iras de mi madre? Oh, me has destrozado el corazón, ¡puedes estar seguro!

Y acto seguido se echó a llorar desconsoladamente.

—Ya no puedo soportarlo más —rugió von Hartmann fuera de sí—. ¿De qué demonios está hablando esta chica? ¿Qué hice yo hace diez meses para inspirarte tal afecto? Si realmente me quieres tanto, deberías ir rápidamente a traerme el schinken y algo de pan, en lugar de decir tantas tonterías.

—¡Oh, amor mío! —exclamó la desdichada muchacha, echándose en los brazos del que ella creía que era su amado—, sólo estás bromeando para asustar a tu pequeña Elisa.

Dio la casualidad de que en el momento en que la joven se abrazaba de forma inesperada a von Hartmann, éste estaba sentado al borde del sofá, que, como ocurre con tantos muebles alemanes, estaba algo desvencijado. Quiso también el azar que junto a aquel brazo del sofá hubiera una gran pecera llena de agua que el fisiólogo estaba utilizando en ciertos experimentos sobre la ovulación de los peces, y que había instalado en el salón con el fin de asegurar una temperatura constante. El peso adicional de la muchacha, unido al ímpetu con que se lanzó sobre su amado, produjo el hundimiento de aquella precaria pieza del mobiliario, y el cuerpo del infortunado estudiante cayó sobre la pecera, en la que quedaron firmemente encajados su cabeza y

hombros, mientras que las extremidades inferiores pataleaban en el aire impotentes. Aquello ya fue el colmo. En cuanto consiguió liberarse de su incómoda posición, lanzó un alarido furioso e inarticulado, salió disparado de aquella habitación, sin escuchar las súplicas de Elisa, cogió el sombrero y corrió calle abajo, empapado y despeinado, decidido a encontrar en alguna fonda la comida y la comodidad que le había sido imposible encontrar en su propio hogar.

Cuando el espíritu de von Baumgarten, preso en el cuerpo de von Hartmann, se dirigía a grandes zancadas por el tortuoso camino que llevaba a la ciudad, rumiando con rabia sus múltiples desgracias, vio acercarse a un hombre de edad que parecía hallarse en un avanzado estado de intoxicación. Von Hartmann se detuvo a un lado del camino para observar a aquel individuo, que venía dando traspiés y haciendo eses de un lado a otro de la calzada mientras cantaba una canción estudiantil con la voz cascada por la bebida. Al principio sólo le había llamado la atención el hecho de que un hombre de apariencia tan venerable se encontrara en un estado tan penoso, pero cuando el anciano estuvo más cerca, tuvo la impresión de que su cara le era muy conocida, aunque no recordaba dónde ni cuándo le había visto antes. Aquella impresión llegó a ser tan fuerte que cuando el extraño estuvo a su lado se puso frente a él y observó de cerca sus facciones.

—Bueno, hijo mío —dijo el borracho, mirando de arriba abajo a von Hartmann e inclinándose sobre él—, ¿dónde demonios te he visto antes? Te conozco tan bien como a mí mismo. ¿Quién diablos eres?

—Soy el profesor von Baumgarten —dijo el estudiante—. ¿Puedo saber quién es usted? Sus rasgos me resultan extrañamente familiares.

—No debes mentir nunca, muchacho —respondió el otro—. Tú no puedes ser el profesor, pues él es un repugnante y casposo anciano y tú un joven mozo de anchas espaldas. Como yo, que me llamo Fritz von Hartmann, para servirte.

—Eso sí que no puede ser —exclamó el cuerpo de von Hartmann—. Usted podría ser perfectamente su padre. Pero… ¿qué veo? No sé si se habrá dado cuenta, caballero, que lleva usted mis gemelos y mi cadena de reloj.

—*¡Donnerwetter!* —hipó el otro—. Si ésos no son los pantalones por los que mi sastre está a punto de embargarme, que no vuelva a probar la cerveza.

Entonces, en el momento en que von Hartmann, abrumado por todos los extraños incidentes que le habían ocurrido aquel día, se pasaba la mano por la frente y miraba hacia el suelo, alcanzó a ver el reflejo de su propia cara en un charco que la lluvia había dejado en el camino. Para su enorme sorpresa

descubrió que la cara era la de un hombre joven y que iba vestido con la ropa habitual de un estudiante, y que era, en todos los aspectos, la antítesis de la grave figura académica en la que su mente se había alojado hasta entonces. En un instante su activo cerebro repasó los últimos acontecimientos que había vivido y pronto llegó a una conclusión. El golpe que le produjo aquel descubrimiento le hizo tambalearse.

—*¡Himmel!* —exclamó—. Ahora lo veo todo claro. Nuestras almas se encuentran en cuerpos equivocados. Yo soy tú y tú eres yo. Mi teoría ha quedado demostrada… pero ¡a qué alto precio! ¿Es posible que la mente más lúcida de Europa se haya quedado encerrada en un envoltorio tan frívolo? ¡El trabajo de toda una vida se ha venido abajo! —se lamentó, y se golpeó el pecho con desesperación.

—Oiga —replicó el verdadero von Hartmann desde el cuerpo del profesor —, comprendo perfectamente la gravedad de sus afirmaciones, pero haga el favor de no golpear mi cuerpo de ese modo. Usted lo recibió en excelentes condiciones y veo que ya lo ha empapado y ha llenado de rapé las chorreras de mi camisa.

—Eso no tiene demasiada importancia —contestó el otro malhumorado —. Lo peor es que nos quedaremos tal y como estamos. Mi teoría ha quedado demostrada de forma magistral, pero el precio ha sido terrible.

—Si yo pensara de la misma forma —dijo el espíritu del estudiante—, sería un duro golpe para mí. ¿Qué iba yo a hacer con estos miembros viejos y acartonados, y cómo iba a cortejar a Elisa y a convencerla de que no soy su padre? No; gracias a Dios, y a pesar de que la cerveza me ha trastornado más de lo que le trastornaba a mi verdadero yo, creo que tengo la solución para nuestros problemas.

—¿Cómo? —tartamudeó el profesor.

—¿Cómo? Pues… repitiendo el experimento. Libere nuestras almas otra vez y lo más probable es que encuentren el camino de regreso a sus respectivos cuerpos.

Un hombre a punto de ahogarse no se habría aferrado con tanta vehemencia a una paja como se aferró el espíritu de von Baumgarten a aquella sugerencia. El profesor arrastró su propio cuerpo a un lado del camino, llevado por una urgencia febril, y lo sumió en trance hipnótico. Después, sacó la bola de cristal del bolsillo y la manipuló hasta que él también cayó en el mismo estado.

Todos los estudiantes y aldeanos que pasaron por allí durante una hora se quedaron estupefactos al ver al distinguido profesor de Fisiología y a su

alumno favorito sentados sobre un montículo embarrado y en un estado de completa insensibilidad. Antes de que hubiera pasado una hora se había reunido en aquel lugar un numeroso grupo de curiosos que discutían sobre la conveniencia de avisar a una ambulancia para trasladar a la pareja al hospital, cuando el ilustre sabio abrió los ojos y miró confuso a su alrededor. Por un momento parecía haber olvidado cómo había llegado a aquel lugar, pero enseguida sorprendió a los allí reunidos levantando sus descarnados brazos al cielo y gritando con voz emocionada:

—*¡Gott sei gedankt!* ¡Vuelvo a ser yo mismo de nuevo! ¡Siento que soy yo!

Su alegría no fue menor cuando el estudiante se incorporó de un salto y lanzó el mismo grito, y los dos realizaron una especie de *pas de joie* en medio del camino.

Durante algún tiempo la gente de Keinplatz albergó ciertas dudas sobre la salud mental de los dos protagonistas de aquel extraño episodio. Cuando el profesor publicó sus experiencias en el *Semanario Médico*, como había prometido, se encontró también con la recomendación, hecha por sus propios colegas, de que haría bien en vigilar su estado mental, y que otro artículo de ese tipo le acarrearía sin duda la reclusión en un hospital psiquiátrico. También al estudiante la experiencia le demostró que lo más juicioso era guardar silencio sobre el asunto.

Cuando el distinguido profesor regresó al hogar aquella noche, no recibió la cordial bienvenida que cabía esperar después de haber vivido aquellas extrañas aventuras. Por el contrario, fue recriminado sin piedad por su mujer y su hija porque olía a alcohol y a tabaco, y también por haber estado ausente mientras un joven descarado había invadido la casa e insultado a sus ocupantes. Pasó mucho tiempo antes de que la atmósfera doméstica en casa del profesor recuperara la paz habitual, y más todavía antes de que volviera a aparecer bajo su techo el simpático rostro de von Hartmann. Pero la perseverancia vence cualquier obstáculo y el estudiante logró finalmente serenar los ánimos de ambas mujeres y recuperar sus antiguas posiciones. Hoy no tiene ningún motivo para temer la enemistad de la señora von Baumgarten, pues, en la actualidad es Hauptmann von Hartmann, del cuerpo de Ulanos del Emperador, y su querida esposa Elisa ya le ha ofrecido como muestra visible y prenda de su cariño dos pequeños Ulanos.

El cofre pintado a franjas

—¿Qué saca usted en consecuencia de esa embarcación, Allardyce? —le pregunté.

El segundo oficial estaba a mi lado en la popa, con sus piernas cortas, gruesas y abiertas en el ancho compás, porque el ventarrón había dejado tras de sí una considerable marejada y las dos lanchas de cuarta casi tocaban la superficie de las aguas a cada balanceo de la embarcación. Asentó sus gemelos en los obenques de mesana y miró largo rato fijamente al barco desconocido y lamentable, mientras lo levantaba la cresta de una ola y permanecía en alto durante algunos segundos antes de hundirse por el lado contrario de aquélla. Estaba tan hundido en el agua que sólo pude vislumbrar en algunas ocasiones la línea verdosa de las amuradas.

Era un bergantín, pero su palo mayor había sido arrancado de cuajo a unos diez pies por encima de la cubierta, y no parecía que hubiese hecho ningún esfuerzo para cortar y desembarazarse de aquella ruina, que flotaba, con sus velas y vergas, igual que el ala rota de una gaviota herida junto al costado de la embarcación. El palo de trinquete seguía en pie, pero la vela cangreja flotaba en libertad, y las delanteras ondeaban como largos gallardetes blancos. Jamás he visto embarcación más maltratada que aquélla.

Sin embargo, eso no podía sorprendernos, porque durante los últimos tres días hubo momentos en que dudamos de si nuestra embarcación llegaría jamás a ver tierra. La mantuvimos en dirección a la tormenta por espacio de treinta y seis horas, y si la *Mary Sinclair* no hubiese sido tan marinera como la mejor de cuantas embarcaciones salieron del Clyde, no habríamos podido aguantar aquella tormenta. Sin embargo, allí estábamos sin haber sufrido otra pérdida que la de nuestro chinchorro y una parte de la amurada de estribor. Con todo, una vez que salimos del apuro, no nos causó ningún asombro descubrir que otros habían sido menos afortunados y que aquel bergantín destrozado, que se bamboleaba sobre el mar azul y bajo un cielo sin nubes,

hubiese quedado, igual que un hombre cegado por el brillo de un relámpago, para relato de las espantosas horas transcurridas.

Allardyce era un escocés lento y metódico, y permaneció contemplando mucho tiempo y con gran atención el pequeño bergantín, en tanto que nuestros marineros se alineaban a lo largo de la amura, o se amontonaban en los obenques delanteros para ver mejor el barco desconocido. Cuando se navega por los 20 grados de latitud y 10 grados de longitud, que era más o menos donde nosotros nos encontrábamos, se siente cierta curiosidad por las embarcaciones con las que uno se cruza, ya que esa situación supone haberse salido de las rutas principales del comercio del Atlántico, que quedan más al norte. Llevábamos diez días navegando por un mar solitario. El segundo oficial dijo:

—Creo que se trata de un barco abandonado.

Yo había llegado ya a idéntica conclusión, porque no había podido distinguir sobre cubierta ningún signo de vida y nadie contestaba a los saludos amistosos de nuestros marineros. Era probable que la tripulación hubiese abandonado el barco con el convencimiento de que estaba a punto de irse a pique. Allardyce siguió diciendo con sus reposadas maneras:

—No tardará mucho en hundirse. De un momento a otro sumergirá la nariz y levantará en alto la cola. El agua lame hasta los bordes de su antepecho.

—¿Qué bandera lleva? —pregunté.

—Es lo que estoy tratando de descubrir. Está totalmente enredada y retorcida con las drizas. Sí, ahora la veo con bastante claridad. Es la bandera brasileña, pero invertida.

Por lo visto, habían izado la señal de petición de socorro antes de que la tripulación abandonase el barco. Quizá sólo hacía un momento que lo habían abandonado. Miré con los gemelos del primer oficial por toda la superficie tumultuosa del Atlántico azul oscuro, cruzado todavía de venas blancas y salpicaduras de espuma. Por ninguna parte logré descubrir ni un solo ser humano aparte de nosotros mismos.

—Quizá haya a bordo algún superviviente —dije.

—Quizá se podría salvar parte del cargamento —refunfuñó el segundo oficial.

—Nos acercaremos por su lado de sotavento y lo abordaremos.

No estábamos a más de un centenar de yardas de distancia, cuando echamos hacia atrás nuestra vela delantera y realizamos con éxito la

maniobra; nuestra embarcación y el bergantín se inclinaban de proa y luego de popa, lo mismo que dos payasos que interpretan un baile.

—Echad al agua una de las lanchas de la cuadra de popa —ordené—. *Mr*. Allardyce, lleve cuatro hombres y vea lo que se puede averiguar acerca de ese barco.

Pero en aquel preciso momento se presentó en la cubierta el primer oficial, *Mr*. Armstrong, porque habían sonado siete campanadas y sólo faltaban unos minutos para que terminase su guardia. Yo también estaba interesado en ir al barco abandonado para ver lo que ocurría allí. Por eso, después de dirigir unas palabras a *Mr*. Armstrong, pasé por encima del antepecho, me deslicé por una de las cuerdas de tira de aparejo y me coloqué en mi puesto, a popa de la lancha.

La distancia que nos separaba era pequeña, pero nos llevó algún tiempo atravesarla; eran tan fuertes las olas que, muchas veces, cuando nos encontrábamos en lo más hondo de ellas, no veíamos ni siquiera nuestra propia embarcación, ni el bergantín al que nos acercábamos. El sol, que se estaba hundiendo en el horizonte, no llegaba hasta allí con su luz, y en las depresiones de una ola a otra reinaban el frío y la oscuridad; pero la siguiente ola nos subía nuevamente hasta la altura en que reinaban el calor y la claridad del sol. En esos instantes, flotábamos en lo más alto de un lomo de ola cubierto de espuma y veíamos a cada lado dos valles negros; entonces, y por un momento, divisaba yo la línea larga y verdosa de las amuras y el palo de trinquete del bergantín que se balanceaba hacia delante, y maniobraba con el timón para rodear la embarcación por la popa, a fin de buscar la mejor manera de subir a bordo. Al cruzar por detrás de la popa leí el nombre de *Nossa Senhora da Vittoria* pintado a todo lo ancho de la curva de popa.

—Señor, ya estamos a barlovento —dijo el segundo oficial—. Carpintero, prepárese con el bichero.

Un instante después habíamos saltado por encima de las amuradas, que estaban muy poco más altas que nuestra propia lancha, y pisábamos la cubierta del barco abandonado.

Nuestro primer pensamiento fue adoptar las disposiciones necesarias para nuestra propia seguridad, en el caso, que parecía muy probable, de que la embarcación se hundiese bajo nuestros propios pies. Con este objeto, dos de nuestros hombres se agarraron a la cuerda de amarre de la lancha y la apartaron del costado del bergantín, a fin de que pudiéramos pasar a ella en caso de que nos viésemos obligados a emprender una retirada rápida. Enviamos al carpintero a que comprobase la cantidad de agua que había

embarcado el bergantín y si ésta iba subiendo de nivel; mientras tanto, el otro marinero, Allardyce y yo realizamos una inspección rápida del barco y su cargamento.

La cubierta estaba sembrada de restos y de jaulas de gallinas, dentro de las cuales flotaban las aves muertas. Las lanchas habían desaparecido, con excepción de una que había sido desfondada; era, pues, seguro que la tripulación había abandonado el barco. El camarote del capitán se hallaba en la construcción de cubierta, y uno de sus lados había sido destrozado por el fuerte oleaje. Allardyce y yo entramos en el camarote y encontramos la mesa del capitán tal y como éste la había dejado, con sus libros y documentos desparramados, todos en español o en portugués, y también con montoncitos de ceniza de cigarrillos por todas partes. Busqué el Diario de navegación, pero no pude encontrarlo. Allardyce explicó:

—Es muy probable que no lo hayan llevado nunca, porque a bordo de los mercantes sudamericanos reina bastante negligencia y hacen únicamente lo que no tienen más remedio que hacer. Si había uno, seguramente el capitán se lo llevó cuando embarcó en la lancha.

—Me gustaría llevarme todos estos libros y documentos —dije yo—. Pregunte al carpintero cuánto tiempo podremos permanecer aquí.

El informe del carpintero fue tranquilizador. El barco estaba lleno de agua, pero una parte de su cargamento flotaba y no había peligro inmediato de hundimiento. Lo más probable era que no llegase a hundirse nunca del todo y que marchase al garete, formando uno de tantos arrecifes terribles que no figuran en ninguna carta, pero que han echado a pique tantas embarcaciones.

—Siendo así, *Mr*. Allardyce, no hay peligro en que baje usted al interior —le dije—. Fíjese bien, por si se puede esclarecer lo que le ha ocurrido a este barco y la cantidad de cargamento que se puede salvar. Mientras tanto, yo examinaré estos documentos.

Los albaranes de embarque y las cartas que había encima de la mesa bastaron para informarme de que el bergantín brasileño *Nossa Senhora da Vittoria* había zarpado de Bahía un mes antes. El apellido del capitán era Texeira, pero no había ningún rol de la tripulación. Navegaba con destino al puerto de Londres, y me bastó echar un vistazo a los albaranes de embarque para comprender que no íbamos a beneficiarnos mucho con la carga que pudiera salvarse. Estaba compuesta de nueces, jengibre y madera, esta última en forma de grandes troncos de valiosas especies tropicales. Esos troncos eran sin duda los que habían impedido el hundimiento de la desgraciada embarcación, pero su tamaño nos hacía imposible trasladarlos a nuestro

barco. Había, además, algunos artículos de fantasía, tales como pájaros disecados para adorno de sombreros y un centenar de cajones de conservas de fruta. De pronto, mientras estaba repasando los documentos tropecé con una breve nota en inglés que atrajo mi atención. Decía así:

> «Se solicita que los distintos objetos raros y antiguos, españoles e indios, que proceden de la colección de Santarem, y que van consignados a Prontfoot y Neuman, de Oxford Street, Londres, sean colocados en un lugar en que no haya peligro de que piezas tan valiosas y únicas sufran daño o sean maltratadas. Esta solicitud se hace especialmente por lo que respecta al cofre de caudales de don Ramírez de Leyra, que no deberá ser colocado, bajo ningún concepto, al alcance de la mano de nadie».

¡El cofre de caudales de don Ramírez! ¡Artículos únicos y valiosos! Allí había alguna probabilidad de salvamento de carga, después de todo. Me puse en pie con el documento en la mano, y en ese instante apareció en la puerta el oficial escocés, que me dijo:

—Tengo la impresión, señor, de que en este barco ha ocurrido algo que no está bien.

Aunque el oficial escocés era hombre de rostro impasible, pude ver que había visto algo que le había sobresaltado.

—¿De qué se trata?

—De un asesinato, señor. He encontrado el cadáver de un hombre que tiene levantada la tapa de los sesos.

—¿No habrá sucumbido durante la tormenta? —dije yo.

—Es posible, señor; pero me sorprendería que siguiese usted opinando así después de verlo.

—¿Dónde está, pues?

—Por aquí, señor; en la casilla del puente principal.

En el bergantín no había, por lo visto, alojamiento en el interior del casco. El capitán tenía su camarote en la casilla de popa; en la escotilla mayor había otra casilla a la que estaba adosada la cocina, y en el castillo de proa, otra para la tripulación. Fue a la que estaba al lado de la escotilla mayor hacia donde me llevó el segundo oficial. A la entrada de la casilla, y al lado derecho, estaba la cocina, con todas sus cacerolas y platos en el suelo, formando un revoltijo; a la izquierda había un cuarto pequeño provisto de dos literas para los oficiales; al fondo había un espacio como de veinte pies cuadrados en el

que estaban revueltas banderas y velas de reserva. En todas las paredes de ese depósito había una serie de paquetes recubiertos de un paño tosco y amarrados a la obra de madera. Y, al fondo del mismo, había un gran arcón o cofre, pintado de franjas rojas y blancas, aunque el color rojo estaba tan desteñido, y el blanco tan sucio, que sólo se distinguían donde la luz les daba directamente. Tenía el arcón, según las medidas que más adelante se tomaron, cuatro pies y tres pulgadas de largo, tres pies y dos pulgadas de altura y tres pies de fondo, es decir, que era mucho mayor que un arcón de marinero.

Pero, cuando entré en el depósito, mis ojos y mis pensamientos no se dirigieron hacia el arcón. En el suelo, cruzado sobre el revoltijo de banderas, había un hombre de pelo negro y barba corta y ensortijada. Yacía a cierta distancia del arcón, con los pies hacia éste y la cabeza en el lado opuesto. En la lona blanca sobre la que descansaba su cabeza había una gran mancha roja, y unos pequeños surcos rojos se alargaban alrededor de su cuello moreno y se prolongaban por el suelo; pero no se advertía, a primera vista, ninguna herida, y la expresión de su rostro era tan plácida como la de un niño que está durmiendo.

Sólo al agacharme hacia él pude descubrir la herida, y al verla me aparté, lanzando una expresión de horror. Tenía un golpe de hacha de marinero que, por lo visto, debió de descargar contra él alguien que estaba a su espalda. El golpe había sido tan tremendo, que le había destrozado la parte superior del cráneo, penetrando profundamente en los sesos. Nada de extraño tenía la plácida expresión de su cara, porque la muerte debió de ser instantánea, y la situación de la herida demostraba que no pudo ver a la persona que se la infligió.

—¿Fue accidente o asesinato, capitán Barclay? —preguntó mi segundo oficial, muy preocupado.

—Tiene usted muchísima razón, *Mr*. Allardyce. Este hombre ha sido asesinado, y lo fue por un golpe descargado desde arriba con un arma afilada y pesada. Pero ¿quién era, y por qué le asesinaron?

—Era un simple marinero, señor —dijo el primer oficial—. Le bastará mirarle los dedos para convencerse.

Mientras hablaba, le volvió hacia fuera los bolsillos y salieron a relucir una baraja, un trozo de cordel embreado y un paquete de tabaco brasileño.

—¡Vaya! Fíjese usted en esto —dijo el oficial.

Lo que había encontrado en el suelo era un cuchillo de resorte, grande y con la hoja abierta. El acero estaba pulimentado y brillante, de modo que no

era posible asociarlo con el crimen; pero el muerto lo empuñaba, por lo visto, cuando recibió el golpe, porque estaba en el suelo al alcance de su mano.

—Tengo la impresión de que sabía que se encontraba en peligro y tenía el cuchillo preparado —dijo el oficial—. Pero ya nada podemos hacer por este pobre hombre. No adivino lo que puedan ser esos objetos que están amarrados a las paredes. Parece como si fueran ídolos, armas y antigüedades de varias clases, envueltas en viejas telas de embalar.

—Así es, en efecto —dije yo—. Son los únicos objetos de valor que quizá podamos salvar del naufragio. Llame a nuestra embarcación y dígales que nos envíen la otra lancha de la cuadra de popa para que nos ayude a llevar todo esto a bordo.

Mientras el oficial se iba a cumplir la orden, me puse a examinar aquel extraño botín que había caído en nuestras manos. Todas las antigüedades se hallaban embaladas con tal esmero que sólo pude hacerme una vaga idea de su clase; pero el cofre a franjas estaba bien a la luz, y me fue posible examinarlo detenidamente. Sobre la tapa, que estaba empalmada y reforzada con ángulos de metal, había grabado un complicado escudo de armas, y debajo una línea de palabras en español, cuyo sentido conseguí descifrar: «Cofre de caudales de don Ramírez de Leyra, caballero de la Orden de Santiago, gobernador y capitán general de Tierra Firme y de la provincia de Veraguas». En un ángulo aparecía la fecha de 1606, y en el otro había una etiqueta grande, blanca, en la que estaba escrito en inglés y repetido debajo en castellano: «Se ruega encarecidamente que no se abra este cofre bajo ningún pretexto». En cuanto a la cerradura, era muy complicada y de mucho peso, de acero, en la que estaban grabados unos signos que escapaban a la comprensión de un marino.

Mientras yo terminaba el examen de tan curioso arcón, llegó la otra lancha de la cuadra de popa, mandada por el primer oficial, *Mr*. Armstrong, y nos pusimos a trasladar a ella todos aquellos objetos antiguos, que parecían ser lo único que valía la pena salvar del buque náufrago. Cuando la lancha estuvo llena, le ordené que transportase todo el cargamento hasta nuestro barco, y luego, Allardyce y yo, con la ayuda del carpintero y un marinero, levantamos en vilo el arcón a franjas, que era lo único que quedaba ya, lo llevamos hasta nuestra lancha y lo pusimos a lo ancho, equilibrándolo sobre los dos bancos de remeros del centro, porque era tan pesado que si lo hubiésemos colocado hacia la proa o hacia la popa habría dado a la lancha una peligrosa inclinación. En cuanto al muerto, lo dejamos en el mismo lugar en que lo habíamos encontrado.

El segundo oficial había expresado la creencia de que cuando la tripulación se disponía a abandonar el buque, aquel hombre se había dedicado al saqueo, y entonces el capitán, en un esfuerzo por mantener la disciplina, lo había derribado de un hachazo o con un golpe descargado con otra arma pesada. Esta hipótesis parecía la más probable de todas, pero tampoco resultaba completamente satisfactoria. Como el océano está lleno de misterios, nos limitamos a dejar que la muerte del marinero del bergantín brasileño se agregara a la extensa lista que todos los marinos pueden recordar.

El pesado arcón fue izado por medio de cuerdas a la cubierta de la *Mary Sinclair* y transportado por cuatro marineros al camarote, donde había espacio justo para colocarlo entre la mesa y las cajonadas de atrás. Allí estuvo mientras cenábamos, y los dos oficiales me acompañaron de sobremesa para hablar del acontecimiento del día, mientras bebíamos un vaso de *grog*. *Mr*. Armstrong era un hombre alto, enjuto, de aspecto de ave de presa, excelente como marino, pero célebre por su avaricia y roñosería. Nuestro hallazgo le había excitado mucho y ya había empezado a calcular con ojos brillantes la cantidad que podría correspondernos cuando llegase el momento de hacer el reparto de lo salvado.

—*Mr*. Barclay, si la nota es cierta y se trata de ejemplares únicos, entonces valen el precio que uno quiera ponerles. No tienen ustedes idea de las cantidades que pagan los coleccionistas ricos. Un millar de libras no es nada para ellos. O mucho me equivoco, o vamos a sacar algo provechoso de este viaje.

—No opino lo mismo —le contesté—. Por lo que he podido ver, se diferencian poco de todas esas curiosidades sudamericanas.

—Pues yo, señor, que he hecho catorce veces la travesía a los países de Sudamérica, le digo que jamás he visto nada que se parezca a este arcón. Lo que está a la vista vale un gran montón de dinero. Pero pesa tanto que seguramente encierra dentro algún objeto de gran valor. ¿No cree usted que deberíamos abrirlo y ver lo que contiene?

—Lo más probable es que, si lo abrimos, lo estropeemos.

Armstrong se puso en cuclillas delante del cofre, con la cabeza a un lado y la nariz a pocas pulgadas de la cerradura. De pronto dijo:

—Es de roble, y la madera se ha encogido un poco al cabo de los años. Si tuviese un cincel o un cuchillo de hoja fuerte, podría hacer correr el pasador de la cerradura sin causar el menor daño al cofre.

Aquella mención de un cuchillo de hoja fuerte me trajo el recuerdo del marinero muerto a bordo del bergantín, y dije:

—¿No estaría aquel hombre ocupado en esa tarea cuando alguien vino a interrumpirle?

—Yo no sé nada de ese asunto; pero de lo que sí estoy seguro es de que soy capaz de abrir ese cofre. Aquí, en el estante, hay un destornillador. Alúmbreme con la lámpara, Allardyce, y haré el trabajo en un par de empujones.

—Espere un momento —dije yo, al ver que se agachaba para examinar la tapa con ojos en los que brillaban la curiosidad y la avaricia—. No veo que haya ninguna prisa por realizar la operación. Ya ha leído usted la nota en la que se nos avisa que nos abstengamos de abrir el cofre. Quizá encierre esa nota algún secreto, o quizá no; pero yo me siento inclinado a tenerla en cuenta. Después de todo, tenga dentro lo que tenga, si es algo de valor, tanto da que se abra en las oficinas de su propietario como en el camarote de la *Mary Sinclair*.

El primer oficial se mostró muy decepcionado por mi resolución, y dijo con una ligera mueca de burla:

—Me imagino, señor, que no adoptará esa actitud por temores supersticiosos. Si el cofre sale de nuestras manos sin que nos hayamos cerciorado de su contenido, podrían ignorarse nuestros derechos; además…

—Basta ya, *Mr*. Armstrong —le contesté con brusquedad—. Puede tener usted la seguridad más absoluta de que recibirá todo lo que en derecho le corresponde; pero no estoy dispuesto a que el arcón sea abierto esta noche.

—Pero ¿no ve usted que la etiqueta misma demuestra que ha sido examinado por europeos? —agregó Allardyce—. El que sea un cofre de caudales no quiere decir que contenga en su interior ningún tesoro. Con seguridad que han sido muchas las personas que lo han examinado desde los tiempos del antiguo gobernador de Tierra Firme.

Armstrong tiró el destornillador encima de la mesa y se encogió de hombros, diciendo:

—Como usted quiera.

Pero, durante el resto de la velada, aunque hablamos de muchos temas, me fijé en que los ojos de *Mr*. Armstrong se volvían a cada momento hacia el cofre pintado a franjas con la misma expresión de curiosidad y de avaricia.

Paso ahora a la parte de mi relato que hoy mismo, cuando me pongo a recordarla, me produce un estremecimiento de horror. Los cuartos de los oficiales estaban a uno y otro lado de la cabina principal, pero el mío estaba al fondo de la misma, donde terminaba el pequeño pasillo que conducía a la escotilla. Salvo en casos graves, yo no hacía guardias con regularidad, y los

tres oficiales se las repartían entre ellos. Armstrong tenía la guardia de en medio, que termina a las cuatro de la madrugada, hora en la que era relevado por Allardyce. Yo he sido siempre un hombre de sueño profundo, y rara vez me despertaba a menos que me sacudiesen por el hombro.

Sin embargo, aquella noche me desperté, o más bien, me desperté cuando empezaba a despuntar el día. Eran justamente las cuatro y media, según mi reloj, cuando algo hizo que me sentase en la litera, completamente despierto y con los nervios en tensión. Se había oído un ruido extraño, un estrépito rematado con un alarido de voz humana que todavía me arañaba los oídos. Permanecí sentado y escuchando, pero todo estaba en el más profundo silencio. Sin embargo, aquel alarido horrible no podía ser cosa de mi imaginación, porque seguía resonando todavía dentro de mi cabeza, y tenía la impresión de que lo habían lanzado muy cerca de mí. Salté de mi litera, me vestí a medias, y entré en la cabina.

En un primer momento no advertí nada de particular. A la luz fría y gris del amanecer distinguí la mesa cubierta con un mantel rojo, los seis sillones giratorios, la cajonada de nogal, el barómetro oscilante, y allí, al fondo, el gran cofre de franjas.

Me alejaba ya, con el propósito de salir a cubierta para preguntar a mi segundo oficial si había oído algo, cuando mis ojos tropezaron súbitamente con un objeto que sobresalía por debajo de la mesa. Aquello era la pierna de un hombre; una pierna con una alta bota marinera. Me agaché, y descubrí un cuerpo caído de bruces, con los brazos hacia delante y el cuerpo retorcido. Me bastó una mirada para reconocer en aquel cuerpo a Armstrong, el primer oficial, y me bastó un segundo para comprobar que estaba muerto. Me quedé unos instantes atónito y jadeante. Acto seguido me precipité a la cubierta, llamé a gritos a Allardyce para que acudiese en mi ayuda, y entramos los dos en la cámara.

Entre los dos sacamos al infortunado compañero de debajo de la mesa, y en cuanto vimos su cabeza chorreando sangre, nos miramos el uno al otro; no sé quién de los dos estaba más pálido.

—Exactamente igual que el marinero del buque brasileño —dije.

—Exactamente igual. ¡Que Dios nos guarde! Es cosa de ese cofre infernal. Fíjese lo que tiene Armstrong en la mano.

Levantó la mano derecha del primer oficial, y tenía en ella el destornillador que la víspera había querido emplear.

—Ha estado manipulando el cofre, señor. Sabía que yo estaba en el puente y usted dormido. Se arrodilló delante del cofre y empujó hacia atrás el

pasador de la cerradura con esta herramienta. Entonces debió de ocurrirle algo y lanzó aquel grito que usted oyó.

—Allardyce —le susurré—, ¿qué ha podido ocurrirle?

El segundo oficial me agarró de la manga y me llevó a su camarote.

—Señor, podemos hablar aquí, porque no sabemos quién puede estar escuchándonos ahí fuera, en la cámara. ¿Qué se imagina usted que hay encerrado dentro de ese cofre, capitán Barclay?

—Le doy mi palabra de honor de que no tengo la menor idea, Allardyce.

—Pues bien: yo sólo encuentro una explicación que aclara todo lo ocurrido. Fíjese en el tamaño del cofre. Fíjese en todo el trabajo de talla y de metal que puede disimular un gran número de agujeros. Observe el peso del cofre; fueron necesarios cuatro hombres para transportarlo. Además de todo eso, recuerde que dos hombres han tratado de abrirlo, y que los dos encontraron la muerte en ese empeño. Pues bien, señor: ¿qué puede significar todo eso, más que una sola cosa?

—¿Supone que dentro del cofre hay un hombre?

—Naturalmente que lo hay. Ya sabe usted las cosas que ocurren en estos países de Sudamérica. Hoy tiene usted a un hombre de presidente de la República, y a la semana siguiente se ve fugitivo y acosado lo mismo que un perro. Se pasan la vida huyendo para que no los maten. Según mi manera de ver, en el interior del cofre hay escondido un individuo armado y dispuesto a todo, que es capaz de matar a cualquiera antes de dejarse apresar.

—Pero ¿de dónde saca la comida y la bebida?

—Señor, el cofre es muy espacioso y quizá introdujo en él algunas provisiones. En cuanto a la bebida, debió de tener entre la tripulación del bergantín algún amigo que le proveía de la que necesitaba.

—Según eso, usted cree que la etiqueta en la que se pide que bajo ningún concepto se abra el cofre ha sido colocada pensando en el hombre que se esconde en su interior.

—Sí, señor; eso es lo que yo pienso. ¿Encuentra usted alguna otra explicación de lo ocurrido?

Tuve que confesar que no la encontraba, y le pregunté:

—¿Y qué vamos a hacer? Ésa es la cuestión.

—El individuo escondido es un bergante peligroso que no se detiene ante nada. Estoy pensando que no sería mala idea atar el cofre con una cuerda fuerte y dejarlo caer al mar por un costado de nuestra embarcación y arrastrarlo después por espacio de media hora; luego podríamos proceder tranquilamente a su apertura. También podríamos atar el cofre para que no

hubiese medio de levantar la tapa, con lo cual impediríamos que consiguiese agua. O también podría el carpintero darle una mano de barniz por todas partes, de forma que quedasen tapados los agujeros de respiración.

Yo le contesté, colérico:

—Vamos, Allardyce, no me va usted a decir en serio que toda la tripulación de un barco va a permanecer aterrorizada por un solo hombre encerrado en un cofre. Si está ahí dentro, yo mismo le obligaré a salir.

Me dirigí a mi camarote y regresé con el revólver en la mano. Luego, le dije a mi oficial:

—Y ahora, Allardyce, abra la cerradura, y yo permaneceré en guardia.

—¡Por amor de Dios, señor, piense lo que va a hacer! —exclamó el oficial—. Dos hombres perdieron ya la vida en el intento, y la sangre de uno de ellos no se ha secado aún sobre la alfombra.

—Razón de más para que lo venguemos.

—Bien, señor; permítame por lo menos que llame al carpintero. Tres hombres son mejor que dos, y el carpintero es fuerte y valeroso.

Se fue en busca del carpintero, y yo permanecí a solas dentro de la cámara con el cofre a franjas. No creo ser nervioso, pero coloqué la mesa entre mi persona y aquella sólida reliquia antigua del continente español. Las franjas rojas y blancas empezaron a resaltar a medida que les daba la creciente luz de la mañana, y también se fueron destacando las curiosas volutas y guirnaldas de metal y el trabajo de talla que evidenciaba el esfuerzo amoroso que hábiles artesanos habían puesto en su obra. Volvieron al rato el oficial y el carpintero, este último con un martillo en la mano.

—Es éste un feo asunto, señor —dijo el carpintero, moviendo la cabeza y mirando el cadáver del primer oficial—. ¿De modo que ustedes creen que hay alguien escondido dentro del cofre?

—No tenemos la menor duda a ese respecto —contestó Allardyce, recogiendo el destornillador y apretando la mandíbula, como si necesitara reunir todo su valor—. Yo descorreré el pasador de la cerradura si ustedes están preparados para cualquier cosa que se presente. Si ese hombre se pone en pie, dele usted un martillazo en la cabeza, carpintero; y si levanta la mano, dispare usted el revólver en el acto. ¡Vamos a ello!

Se arrodilló delante del cofre a franjas y metió la hoja de la herramienta por debajo del borde de la tapa. La cerradura saltó con un fuerte chasquido. «¡Preparados!», gritó el oficial, y levantó de un golpe la tapa maciza del cofre. En ese momento, los tres dimos un salto hacia atrás: yo, apuntando con mi revólver, y el carpintero, con el martillo levantado por encima de su

cabeza. Entonces, al ver que no ocurría nada, los tres dimos un paso hacia delante y miramos al interior del cofre. Estaba vacío.

Pero tampoco estaba completamente vacío, porque en uno de los rincones había un viejo candelabro amarillo, de dibujos muy complicados, que parecía tan antiguo como el cofre mismo, y que estaba caído de costado. Su color amarillo brillante y su artística forma sugerían que se trataba de un objeto de valor. Aparte del candelabro, no había dentro del cofre de valores, a franjas rojas y blancas, nada que lo tuviera mayor que el polvo que lo cubría.

—¡Válgame Dios! —exclamó Allardyce, mirando desconcertado al interior—. ¿Cómo es posible, entonces, que pese tanto?

—Fíjese en lo gruesas que son las paredes, y fíjese también en la tapa, que tiene cinco pulgadas de espesor. Y vea ese gran muelle de presión que lo cruza de un lado a otro.

—Ese muelle de presión está destinado a mantener levantada la tapa —dijo el oficial—. Puede comprobar cómo no hay ningún modo de volver a cerrarla. ¿Qué es lo que dice este papel impreso en alemán que hay dentro?

—Dice que lo fabricó Johann Rothstein, de Augsburgo, el año 1606.

—Pues hizo un trabajo bastante sólido. Todo esto arroja poca luz sobre lo que ha ocurrido, ¿verdad, capitán Barclay? El candelabro parece de oro. A fin de cuentas, habremos sacado algo por nuestras molestias.

Se inclinó hacia delante para coger el candelabro. Desde entonces no he vuelto a dudar de que la inspiración es un hecho real, porque en ese instante me lancé hacia Allardyce, le agarré por el cuello de la chaqueta y volví a enderezarlo de un tirón. Quizá en ese instante me vino a la memoria alguna leyenda de la Edad Media, o quizá mis ojos percibieron en la parte superior de la cerradura algo que era de color rojo, pero no del rojo propio de la herrumbre; pero, para el oficial y para mí, aquello fue un acto de inspiración que me hizo obrar de una manera súbita y rápida, y decir:

—Aquí hay algo diabólico. Deme el bastón de puño retorcido que tengo en aquel rincón.

Era un simple bastón de paseo con el puño curvo. Metí el puño por debajo del candelabro y di un tirón hacia arriba. Con la rapidez de un relámpago surgió de debajo de la tapa una hilera de colmillos de acero pulimentado que se proyectaron hacia afuera, como si el gran cofre a franjas nos lanzase una dentellada de fiera salvaje. Acto seguido, la pesada tapa volvió a cerrarse con tal estrépito que los vasos que había en el aparador oscilante tintinearon. El oficial se sentó en el borde de la mesa, temblando igual que un caballo asustado, y me dijo:

—Me ha salvado usted la vida, capitán Barclay.

Ése era, pues, el secreto del cofre de valores pintado a franjas de don Ramírez de Leyra, y así era como guardaba sus mal habidas ganancias de la Tierra Firme y de la provincia de Veraguas. Por muy astuto que fuese el ladrón, no podía ver en aquel candelabro ninguna diferencia con otros artículos de valor; en el instante mismo en que ponía su mano en el candelabro se soltaba el terrible muelle, y los asesinos dientes de acero se le clavaban en el cráneo, al mismo tiempo que la fuerza del golpe rechazaba hacia atrás a la víctima y permitía que el cofre volviera a cerrarse automáticamente. ¿Cuántas personas habrían resultado víctimas de la habilidad del mecánico de Augsburgo? Meditando en la posible historia de aquel criminal cofre a franjas, tomé rápidamente una resolución:

—Carpintero, tráigame tres hombres y que saquen el cofre a cubierta.

—¿Lo va usted a tirar por la borda, señor?

—Sí, *Mr*. Allardyce. Por regla general no soy supersticioso, pero hay cosas que un marino es incapaz de tolerar.

—No tiene nada de particular, capitán Barclay, que el bergantín lo pasase mal con este artilugio a bordo. Capitán Barclay, el barómetro está bajando con mucha rapidez y vamos a disponer del tiempo justo.

En vista de aquello, ni siquiera aguardamos la llegada de los tres marineros, sino que entre el carpintero, el oficial y yo lo sacamos a cubierta y lo tiramos al mar por la borda con nuestras propias manos. Levantó un borbollón de espuma y desapareció. Y allí descansa el cofre a franjas, a una profundidad de mil brazas. Si es cierto que el mar, según dicen, se convertirá algún día en tierra seca, compadezco al hombre que lo encuentre y que trate de averiguar el secreto que contiene.

La mano parda

Como todo el mundo sabe, *sir* Dominick Holden, el famoso cirujano de la India, decidió nombrarme su heredero, y su muerte cambió, en cuestión de una hora, mi destino de médico modesto y agobiado de trabajo por el de acomodado propietario de tierras. Muchos saben también que al menos cinco personas más se interponían entre la herencia y yo, y que la selección realizada por *sir* Dominick fue aparentemente arbitraria y caprichosa. Sin embargo, puedo asegurar que están completamente equivocados quienes así piensan, y que aunque no llegué a conocer a *sir* Dominick más que en los últimos años de su vida, existieron razones nada despreciables para que me demostrara su aprecio. En realidad, aunque sea yo el que lo diga, ningún hombre hizo más por un semejante de lo que yo hice por mi tío de la India. Aunque no puedo esperar que mi historia sea creída, los hechos acaecidos fueron tan singulares que me parecería estar faltando a mi deber si no los refiero por escrito. Así pues, aquí está mi relato; que lo creáis o no es vuestro propio problema.

Sir Dominick Holden, C. B., K. C.S. I., y no sé qué más, fue el cirujano más distinguido de su tiempo. Tras una primera etapa como médico militar, enseguida se estableció como cirujano civil en Bombay y visitó, requerido por un sinnúmero de clientes, gran parte de la India. Su nombre suele recordarse unido al del Hospital Oriental, que fundó y dirigió. No obstante, llegó un día en que su férrea constitución empezó a resentirse de la prolongada tensión a que la había sometido, y sus colegas (que en este punto quizás no podían mostrarse totalmente imparciales) le recomendaron unánimemente que regresara a Inglaterra. *Sir* Dominick prorrogó su viaje tanto como pudo, pero al final se agravaron sus síntomas nerviosos y hubo de regresar, muy quebrantado, a su tierra natal de Wiltshire. Adquirió una propiedad de extensión considerable, incluida una antigua casa solariega, a orillas de los llanos de Salisbury, y consagró la vejez al estudio de la patología comparada,

que había sido la gran afición de toda su vida y en la que era considerado una destacada autoridad.

Como es de suponer, los miembros ingleses de su familia recibimos con gran expectación la noticia de la vuelta a Inglaterra de aquel tío rico y sin descendencia. Él, por su parte, aunque no se mostró nada exuberante en el terreno de la hospitalidad, sí manifestó cierto sentido del deber hacia sus allegados, y todos nosotros recibimos, antes o después, una invitación para visitarle. Según me contaron mis primos, parecía que se trataba de un penoso asunto, así que cuando finalmente recibí mi propia citación para acudir a Rodenhurst, la miré con una mezcla de sentimientos contradictorios. Se había puesto tanto cuidado en excluir a mi esposa de la invitación que mi primer impulso fue rechazarla; pero tenía que pensar también en el interés de mis hijos. Por fin, después de consultar con mi mujer, partí hacia Wiltshire una tarde del mes de octubre, sin imaginar las consecuencias que me depararía aquella visita.

La propiedad de mi tío estaba situada en un paraje en que las tierras de cultivo de la llanura se elevan transformándose en suaves colinas calizas, características de la región. Durante el recorrido que tuve que realizar desde la estación de Dinton, en medio de la luz crepuscular de un día de otoño, me quedé impresionado por la naturaleza fantástica de aquel escenario. Las escasas cabañas de los campesinos esparcidas por el paisaje resultaban tan diminutas al lado de los colosales vestigios de vida prehistórica que el presente parecía un sueño sumergido en la invasora y dominante realidad del pasado. La carretera serpenteaba a través de cañadas, formadas por la sucesión de verdes colinas, cuyas cimas habían sido allanadas y excavadas para albergar las más complejas fortificaciones, algunas circulares y otras cuadradas, pero todas de unas dimensiones capaces de desafiar al viento y a la lluvia durante muchos siglos. Algunos sostienen que son romanas, otros que inglesas, pero su verdadero origen o las razones por las que esta particular comarca de la región fue sembrada de trincheras nunca han quedado definitivamente aclaradas. Aquí y allá, en medio de las extensas, lisas y verdosas laderas, se alzan pequeños montículos y túmulos. En sus entrañas yacen los calcinados restos de la raza que aplanó y excavó las colinas, pero sus tumbas nada nos dicen salvo que una jarra llena de polvo representa al hombre que un día trabajó bajo el sol.

Me dirigí hacia la residencia que mi tío tenía en Rodenhurst a través de aquella región encantada y, cuando al fin estuvo ante mí, pude comprobar que guardaba una perfecta armonía con el entorno. Dos columnas resquebrajadas

y descoloridas por las inclemencias del tiempo, que sostenían sendos emblemas heráldicos mutilados, flanqueaban la entrada a un camino abandonado. Un viento gélido silbaba entre los olmos que bordeaban el camino llenando el aire de hojas muertas. Al fondo, bajo una tenebrosa bóveda de árboles, brillaba imperturbable la luz de una única lámpara. La noche estaba a punto de caer cuando divisé, envuelto en la penumbra, un edificio extenso y bajo que se prolongaba en dos alas irregulares de aleros profundos, tejados holandeses y muros con vigas de madera cruzadas, al estilo Tudor. La acogedora claridad de un fuego resplandecía en una ventana, ancha y con celosía, que había a la izquierda de la puerta de pórtico bajo, y que, como después pude comprobar, era la del estudio de mi tío, pues el mayordomo me condujo hasta allí para ser recibido por mi anfitrión.

Estaba acurrucado junto al fuego, pues el frío húmedo del otoño inglés le producía escalofríos. La lámpara estaba apagada, de modo que sólo pude ver, al rojo resplandor de las brasas, un rostro grande y arriscado, con nariz y mejillas cobrizas y profundos surcos y arrugas que iban de los ojos a la barbilla, huellas siniestras de ocultas pasiones volcánicas. En cuanto me vio entrar, se levantó con un gesto de antigua cortesía y me dio una calurosa bienvenida a Rodenhurst. También me di cuenta, cuando nos trajeron una lámpara, que eran unos pálidos ojos azules los que me observaban con mirada penetrante bajo aquellas cejas hirsutas, como dos exploradores tras un matorral, y que aquel tío remoto estaba estudiando cuidadosamente mi carácter con la facilidad de un observador experto y la experiencia de un hombre de mundo.

Yo, por mi parte, le miraba y le volvía a mirar, pues nunca había visto a un hombre cuya apariencia fuera capaz de llamar tan poderosamente la atención. Su figura tenía el armazón de un gigante, pero se había ido desmoronando y ahora la levita le colgaba de un modo siniestro, como de una percha, de un par de anchos y huesudos hombros. Sus miembros eran grandes pero macilentos, y no podía dejar de fijarme en sus secas muñecas y en sus manos nudosas. Pero sus ojos —unos penetrantes ojos de color azul claro— eran la más cautivadora de todas sus peculiaridades. No era sólo por su color, ni por el camuflaje de pelo tras el que acechaban; era la expresión que yo veía en ellos. El porte y la posición de aquel hombre eran dominantes, y uno esperaba cierta correspondencia de arrogancia en sus ojos, pero en lugar de ella había en su mirada reflejos de un espíritu abrumado y asustado, la mirada expectante y furtiva del perro cuyo amo ha cogido la correa para castigarle. Con un solo vistazo a aquellos ojos vigilantes y a la vez llenos de súplica, yo

mismo realicé mi propio diagnóstico médico. Deduje que mi tío estaba aquejado de una enfermedad mortal, que él mismo sabía que estaba expuesto a una muerte repentina, y que vivía aterrorizado por aquella amenaza. Ésa fue la idea que me hice; idea equivocada, como más tarde me demostraron los acontecimientos; pero lo refiero para ayudar al lector a hacerse una idea de la mirada que había en sus ojos.

Como iba diciendo, el recibimiento de mi tío fue muy cortés, y al cabo de una hora me encontraba sentado entre él y su esposa, disfrutando de una agradable cena, con la mesa llena de curiosas delicias picantes y un camarero atento y silencioso detrás de su silla. La anciana pareja revivía en una trágica imitación de la flor de la vida esa situación en que marido y mujer, después de haber perdido o dejado atrás a todos sus amigos y conocidos, vuelven a encontrarse solos cara a cara, cumplida ya su misión en la vida y acercándose rápidamente al fin. Cuando una persona ha llegado a esa etapa con serenidad y amor y es capaz de convertir su invierno en un apacible verano hindú, ha triunfado sobre las pruebas a que nos somete la vida. La señora Holden era una mujer pequeña y despierta, de mirada cariñosa, y la expresión con que miraba a su marido no hacía sino confirmar el carácter de éste. Y, sin embargo, aunque sus miradas hablaban de un amor mutuo, también comprobé que había un sentimiento de mutuo horror en ellas, y que la expresión de la mujer reflejaba algo de aquel secreto temor que había detectado en la de su marido. Su conversación era a veces jovial y a veces se hacía melancólica, pero había una nota forzada en su jovialidad y una mayor naturalidad en su melancolía, por lo que llegué a la conclusión de que me hallaba en compañía de dos corazones apesadumbrados.

Cuando nos sentamos con nuestro primer vaso de vino en las manos y los sirvientes abandonaron la habitación, la conversación tomó un rumbo que afectó claramente el ánimo de mis anfitriones. No recuerdo cómo salió el tema de lo sobrenatural, pero sé que me llevó a afirmar que lo anormal en las experiencias psíquicas era un tema al que había dedicado, como muchos neurólogos, una gran atención. Terminé por relatarles mis experiencias como miembro de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, cuando en una ocasión formé parte de una comisión de tres científicos encargados de pasar la noche en una casa encantada. Nuestras aventuras resultaron tan poco excitantes como convincentes, pero, a pesar de todo, parecieron interesar enormemente a mis contertulios. Escucharon guardando un silencio expectante y pude captar una mirada de inteligencia entre ellos que no llegué a comprender. En cuanto acabé mi relato, la señora Holden se puso en pie y abandonó la habitación.

Sir Dominick me acercó una caja de cigarros y fumamos durante un rato en silencio. Su mano larga y huesuda se crispaba cuando se llevaba el cigarro a los labios, y me di cuenta de que los nervios de aquel hombre vibraban como las cuerdas de un violín. Mi instinto me dijo que estaba a punto de hacerme una secreta confidencia y me abstuve de hablar por miedo a interrumpirle. Finalmente se volvió hacia mí con un gesto espasmódico, como un hombre que echa su último escrúpulo al viento.

—Por lo poco que he visto de usted, me parece, doctor Hardacre —me dijo—, que es usted precisamente el hombre que yo andaba buscando.

—Me alegro de oírle decir eso, señor.

—Su cabeza parece fría y juiciosa. No debe pensar que pretendo halagarle, pues las circunstancias son demasiado serias para permitir fingimientos. Usted posee algunos conocimientos especiales sobre estos asuntos y parece evidente que los enfoca desde un punto de vista filosófico. Lo cual le exime de todo terror vulgar. Supongo que la visión de una aparición no le afectaría seriamente: ¿estoy en lo cierto?

—Creo que sí, señor.

—Quizás incluso le resultase interesante…

—Enormemente interesante.

—Y como observador psíquico probablemente podría abordar el asunto con el mismo espíritu objetivo con que un astrónomo estudia un cometa errante.

—Efectivamente.

Mi tío exhaló un profundo suspiro.

—Créame, doctor Hardacre, hace tiempo yo habría opinado lo mismo que usted. El temple de mis nervios era proverbial en la India. Ni siquiera la sublevación logró afectarme lo más mínimo. Pero ya ve usted a lo que me he visto reducido: probablemente soy el hombre más aprensivo de todo el condado de Wiltshire. No sea usted demasiado atrevido cuando hable de este asunto, pues se puede ver sometido a la misma prueba interminable que me persigue, una prueba que sólo puede acabar en el manicomio o en la tumba.

Esperé pacientemente a que mi tío creyese oportuno proseguir su confesión. Aquel preámbulo, como es de suponer, despertó mi interés y me llenó de expectación.

—Desde hace unos años —continuó—, mi vida y la de mi esposa se han vuelto muy desdichadas por un motivo tan grotesco que casi resulta ridículo. El habernos familiarizado con él no lo ha hecho, sin embargo, más soportable; al contrario, conforme pasa el tiempo mis nervios están más mermados y

desquiciados, pues se ven sometidos a un continuo desgaste. Si usted está a salvo de los terrores psíquicos, doctor Hardacre, su opinión sobre el fenómeno, que tanto está perturbando nuestra existencia, tendría un inestimable valor para mí.

—Si mi opinión tiene alguna utilidad para usted, sepa que está a su completa disposición. ¿Podría preguntarle sobre la naturaleza del fenómeno?

—Creo que sus experiencias tendrían un mayor valor testimonial si no es informado previamente sobre lo que se va a encontrar. Ya conoce las argumentaciones sobre actividades cerebrales inconscientes e impresiones subjetivas con que un científico escéptico podría poner en duda su declaración. Sería mejor preservarse de ellas por adelantado.

—Dígame, ¿qué debo hacer?

—Se lo diré. ¿Tiene la bondad de acompañarme?

Me condujo fuera del comedor y, tras recorrer una larga galería, llegamos hasta la última puerta. Era una amplia habitación casi desprovista de muebles que había sido habilitada como laboratorio y en la que podían verse numerosos instrumentos científicos y frascos. Un estante recorría de parte a parte una de las paredes, y sobre él se alineaba una larga fila de recipientes de cristal que contenían diversas muestras anatómicas y patológicas.

—Como puede ver, todavía trabajo en alguno de mis viejos estudios —dijo *sir* Dominick—. Estos recipientes encierran los restos de lo que en su día fue una excelente colección. La mayor parte de ella desapareció desgraciadamente cuando mi casa de Bombay fue incendiada en el 92. Aquello constituyó una gran desgracia para mí por más de un motivo. Por aquel entonces había logrado reunir una gran cantidad de muestras de singular rareza, y mi colección de bazos era probablemente única. Éstas son las supervivientes.

Las eché un vistazo y comprobé que eran efectivamente de gran valor y rareza desde el punto de vista patológico: órganos hinchados, quistes abiertos, huesos deformes, parásitos repugnantes… que constituían una curiosa exposición de productos de la India.

—Ahí tiene, como ve, un pequeño diván —dijo mi anfitrión—. Nada más lejos de nuestro deseo que ofrecer a un huésped de esta casa un aposento tan pobre, pero dado el cariz que han tomado los acontecimientos, sería muy amable por su parte que aceptara pasar la noche en esta habitación. Le ruego que no dude en hacerme saber si la idea le repugna lo más mínimo.

—Al contrario —le contesté—, el lugar es muy adecuado.

—Mi dormitorio es la segunda puerta de la izquierda, de modo que si en algún momento siente necesidad de compañía no tiene más que llamarme y acudiré a su lado.

—Espero no tener que molestarle.

—Es poco probable que esté durmiendo. No duermo mucho. Así que no dude en llamarme.

Una vez resuelta esta cuestión, regresamos al salón para reunirnos con *lady* Holden, con quien conversamos sobre temas menos escabrosos.

No es ninguna presunción por mi parte afirmar que la perspectiva de una aventura nocturna me resultaba agradable. No pretendo poseer un valor físico superior al de mis semejantes, pero la familiaridad con el asunto anula los vagos e indefinidos terrores que resultan más espantosos para una mente imaginativa. El cerebro humano no es capaz de experimentar más de una emoción intensa al mismo tiempo, por lo que un espíritu lleno de curiosidad o entusiasmo científico no deja lugar al miedo. Es cierto que mi tío me había asegurado que en un principio él también compartía esa misma actitud, pero pensé que el decaimiento de su sistema nervioso podría muy bien deberse a los cuarenta años que había pasado en la India tanto como a cualquiera de las experiencias psíquicas que había sufrido. Yo por lo menos contaba con unos nervios y un cerebro sanos, y cuando cerré tras de mí la puerta del laboratorio y me tumbé semivestido sobre las mantas del diván, sentí la misma agradable sensación de anticipación que tiene un cazador cuando se oculta cerca de la guarida de su presa.

Aquella habitación no tenía el ambiente ideal para ser empleada como dormitorio. El aire estaba lleno de olores químicos, especialmente vapores metílicos. La decoración tampoco era muy tranquilizadora. La repugnante hilera de recipientes de cristal con sus reliquias de enfermedades y dolencias se desplegaba justo frente a mí. La ventana no tenía cortinas y la luna, en cuarto creciente, proyectaba su pálida luz dentro de la habitación, trazando un recuadro plateado con el dibujo de la celosía sobre la pared opuesta. Cuando apagué la vela, aquel parche luminoso adquirió un aspecto realmente inquietante y espectral en medio de la oscuridad general. Un silencio absoluto e impenetrable reinaba en todos los rincones de aquella vieja mansión, y los débiles susurros de las ramas en el jardín llegaban suaves y balsámicos hasta mis oídos. Quizás debido al hipnótico arrullo de aquel agradable susurro o al día agotador que había tenido, el caso es que después de varias cabezadas y otros tantos esfuerzos por mantenerme despierto, caí en un profundo sueño en blanco.

Un ruido producido dentro de la habitación me despertó e inmediatamente me incorporé apoyándome en el codo. Habían transcurrido varias horas, pues el recuadro luminoso de la pared se había desplazado hacia abajo y a un lado hasta quedar oblicuo al pie de mi lecho. El resto de la habitación estaba sumida en una profunda oscuridad. Al principio no pude ver nada, pero enseguida, en cuanto mis ojos se acostumbraron a la penumbra, me di cuenta, con un estremecimiento que no pude evitar a pesar de que me movía un exclusivo interés científico, de que algo se estaba moviendo lentamente a lo largo de la pared. Un sonido apagado, como el que producen unas pantuflas que se arrastran lentamente, llegó a mis oídos, y creí distinguir vagamente una figura humana que caminaba furtivamente hacia la puerta. Cuando la figura llegó al recuadro iluminado, pude ver con toda claridad quién era y lo que estaba haciendo. Era un hombre, pequeño y rechoncho, vestido con una túnica de color gris oscuro que le caía recta de los hombros a los pies. La luz de la luna le iluminaba un lado del rostro y descubrí que el color de su piel era marrón achocolatado, y que llevaba un moño de pelo negro en la nuca, como los que llevan las mujeres. Avanzaba lentamente, mirando de vez en cuando hacia la hilera de frascos que contenían aquellos espantosos restos humanos. Parecía que examinaba cuidadosamente cada frasco antes de pasar al siguiente. Cuando llegó al final de la hilera, que estaba justo enfrente de mi cama, se detuvo, me miró, alzó las manos con un gesto de desesperación y desapareció de mi vista.

He dicho que alzó las manos, pero debí decir los brazos, pues cuando realizó ese gesto de desesperación advertí un rasgo peculiar en su fisonomía. ¡Sólo tenía una mano! Cuando alzó los brazos y las mangas cayeron dejándolos al descubierto, observé que el izquierdo estaba entero, pero el derecho acababa en un abultado y deforme muñón. Por lo demás, su aspecto era tan natural y lo había visto y oído con tal claridad que podría haber pensado perfectamente que se trataba de un criado hindú de *sir* Dominick, que había entrado en mi habitación para coger alguna cosa. Fue su repentina desaparición lo que me sugirió que podía tratarse de algo más siniestro. Por eso me levanté de un salto, encendí la vela y registré minuciosamente toda la habitación. Allí no había el menor rastro del visitante, y no me quedó más remedio que deducir que en aquella aparición había algo que no se ajustaba a las leyes ordinarias de la naturaleza. Permanecí despierto el resto de la noche, pero no ocurrió nada digno de mención.

Yo soy bastante madrugador, pero mi tío no lo era menos, pues cuando me levanté lo encontré paseando de un lado a otro por el prado que había

junto a la casa. En cuanto me vio asomar por la puerta vino presuroso hacia mí y me preguntó con ansiedad:

—¿Qué? ¿Lo vio?

—¿Un hindú manco?

—Exactamente.

—Sí, lo vi.

Entonces le conté todo lo ocurrido. Cuando terminé mi relato, me condujo a su despacho y me dijo:

—Disponemos de algún tiempo antes del desayuno. Será suficiente para darle una explicación sobre este extraordinario caso, al menos de lo que yo puedo explicarle sobre un asunto que es esencialmente inexplicable. En primer lugar, si le digo que desde hace cuatro años no he conseguido pasar una sola noche, ni en Bombay, ni en el barco, ni en Inglaterra, sin que ese individuo me despierte en pleno sueño, comprenderá por qué en la actualidad no soy más que una sombra de lo que era. Su actuación es siempre la misma. Aparece junto a mi cama, me sacude violentamente por el hombro, se dirige desde mi habitación al laboratorio, recorre lentamente la hilera de frascos y desaparece. Ha repetido la misma rutina durante más de mil noches.

—¿Y qué quiere de usted?

—Quiere su mano.

—¿Su mano?

—Sí. Esto fue lo que ocurrió. Hace diez años, aproximadamente, viajé a Peshawur para atender una consulta, y una vez en el lugar se me requirió para que examinase la mano de un indígena que se encontraba de paso con una caravana afgana. Provenía de una tribu montañesa que vivía muy lejos de allí, en alguna región más allá del Kaffiristan. Hablaba una jerga derivada del *pushtoo* y tuve que hacer grandes esfuerzos para comprenderle. Estaba aquejado de un tumor sarcomatoso blando en la articulación de uno de sus metacarpos y le hice saber que sólo con la amputación de la mano podría salvar la vida. Después de muchas explicaciones aceptó que se le realizara la operación. Una vez concluida me preguntó cuánto tenía que pagarme. El pobre hombre era casi un mendigo, por lo que la idea de cobrarle resultaba absurda, pero le respondí bromeando que el precio podía ser su mano, que entraría a formar parte de mi colección patológica.

»Para mi sorpresa, el indígena puso reparos a mi sugerencia y me explicó que según su religión era una cuestión trascendental que el cuerpo estuviera completo después de la muerte para que el espíritu pudiera tener una perfecta morada en él. Ésta es, desde luego, una vieja creencia; las momias egipcias

proceden de una superstición análoga. Le contesté que su mano ya estaba cortada y le pregunté cómo pensaba conservarla. Él me respondió que la metería en sal y la llevaría siempre consigo. Le sugerí que estaría más segura si la guardaba yo, pues contaba con mejores medios que la sal para conservarla. Cuando comprendió que mi intención era conservarla en buenas condiciones, su oposición desapareció al instante. «Pero recuerde, *sahib* —me dijo—, quiero tenerla en mi poder cuando muera». Aquella observación me hizo sonreír y el asunto quedó concluido. Yo regresé a mi consulta, y el indígena reemprendería probablemente su viaje hacia Afganistán pasado algún tiempo.

»Pues bien, como le dije anoche, un desgraciado incendio se declaró en mi casa de Bombay. La mitad de los enseres desaparecieron bajo el fuego, y, entre ellos, mi colección patológica quedó prácticamente destruida. Lo que ha visto usted no son más que unos pobres restos que quedaron a salvo. La mano del hombre de las montañas ardió con todo lo demás, aunque en aquel momento no le di una especial importancia. Eso fue hace seis años.

»Hace cuatro, dos años después del incendio, me desperté una noche sobresaltado, pues sentí que alguien me tiraba con fuerza de una manga. Me incorporé con la impresión de que era mi mastín favorito que trataba de despertarme. Pero quien estaba allí era mi viejo paciente hindú, vestido con una larga túnica gris, atuendo distintivo de su pueblo. Me mostraba el muñón y me recriminaba con la mirada. Después se acercó a la colección de frascos, que por entonces yo guardaba en mi habitación, y los examinó detenidamente. Al terminar hizo un gesto de indignación y se desvaneció. Entonces comprendí que acababa de morir y que había venido a exigir que cumpliera mi promesa de conservar a buen recaudo su miembro hasta que él me lo pidiera.

»Bueno, ya conoce usted la historia, doctor Hardacre. Desde hace cuatro años repite su actuación todas las noches a la misma hora. Es una aparición inofensiva, pero me ha ido consumiendo como la terca gota de agua que erosiona la roca. Sufro un horrible insomnio por su causa, pues la expectación que me produce su retorno me impide dormir. Ha envenenado mi vejez y la de mi esposa, que ha compartido conmigo este enorme trastorno. Pero parece que ha sonado la campana del desayuno; mi mujer nos estará esperando impaciente por saber qué sucedió anoche. Ambos le estamos muy agradecidos por su valentía, pues compartir con un amigo nuestra desgracia, aunque sólo sea por una noche, nos ayuda a soportar mejor su carga y nos tranquiliza sobre nuestra cordura, de la que a veces llegamos a dudar.

Éste fue el curioso relato que *sir* Dominick me confió, una historia que a muchos les hubiera resultado grotesca e imposible, pero que yo, después de mi experiencia de la noche anterior y con los conocimientos que poseía sobre estos temas, estaba dispuesto a aceptar como totalmente cierta. Reflexioné profundamente sobre el asunto y traté de recordar todo lo que había leído y experimentado que tuviera relación con casos parecidos. Después del desayuno sorprendí a mis anfitriones con el anuncio de que regresaba a Londres en el próximo tren.

—Mi querido doctor —exclamó *sir* Dominick apenado—, hace que me sienta culpable de una intolerable falta de hospitalidad por haberle involucrado en un asunto tan desagradable. Debería haber guardado mi desgracia para mí mismo.

—Ésa es, precisamente, la razón por la que voy a Londres —respondí—, pero usted se equivoca, se lo aseguro, si piensa que mi experiencia de la última noche me ha resultado desagradable. Al contrario, iba a pedirle permiso para volver esta tarde y pasar una noche más en su laboratorio. Estoy ansioso por ver una vez más a ese visitante.

Mi tío quiso saber a toda costa qué pensaba hacer, pero mi temor a suscitar falsas esperanzas me impidió explicárselo. Regresé a mi propio consultorio poco después del almuerzo y comprobé que era correcto mi recuerdo de un pasaje que había leído en un reciente libro de ocultismo y que me había llamado la atención.

«En el caso de espíritus muy apegados a la tierra —refería mi ejemplar—, cualquier idea dominante que les obsesione en el momento de la muerte es suficiente para retenerlos en el mundo material. Ellos son los anfibios de ésta y de la otra vida, capaces de pasar de la una a la otra como una tortuga pasa de la tierra al agua. Las razones que les atan tan estrechamente a la vida que su cuerpo ya ha abandonado suelen ser emociones violentas. Que se sepa, la avaricia, la angustia, el amor y la compasión han sido capaces de provocar este fenómeno. Por lo general, el origen se encuentra en un deseo no cumplido, y cuando el deseo ha sido satisfecho los lazos que les unían al mundo material se deshacen. Hay muchos casos registrados que ilustran la singular persistencia de estos visitantes y también su desaparición cuando sus deseos se han cumplido o, en algunos casos, cuando se ha alcanzado un compromiso razonable».

Alcanzar un compromiso razonable… Éstas eran las palabras que me habían estado dando vueltas en la cabeza toda la mañana, y ahora las confirmaba en el original. En el presente caso no era posible llegar a una

satisfacción total, ¡pero sí a un compromiso razonable! Me dirigí tan rápido como pudo llevarme un tren al Hospital Marítimo de Shadwell, del que era cirujano titular mi viejo amigo Jack Hewett. Enseguida le hice saber lo que deseaba exactamente sin darle mayores explicaciones.

—¡La mano de un hindú! —repitió perplejo—. ¿Para qué demonios la quieres?

—Olvídalo. Algún día te lo contaré. Sé que tus salas están llenas de hindúes.

—Ya lo creo; pero una mano…

Se quedó un momento pensativo y luego hizo sonar una campanilla.

—Travers —le dijo al estudiante encargado de los vendajes—, ¿qué ha sido de las manos que le amputamos ayer al láscar? Ya sabe… el cargador del muelle de la East India que se quedó atrapado en la grúa de vapor.

—Están en la sala *post mortem*, señor.

—Envuelve una de ellas con antisépticos y tráesela al doctor Hardacre.

Y de este modo regresé a Rodenhurst antes de la cena, con aquella curiosa adquisición de mi día en la ciudad. Me senté con una lamparilla de noche junto a mí y esperé pacientemente al visitante. En aquella ocasión le vi con toda claridad desde el primer momento. Apareció junto a la puerta, nebuloso al principio, pero luego se concentró adquiriendo un perfil tan nítido como el de cualquier hombre viviente. Las zapatillas que asomaban bajo su túnica gris eran rojas y no tenían talones, lo que explicaba el suave rozamiento que producía al andar. Como la noche anterior, recorrió lentamente la hilera de frascos y se detuvo frente al que contenía la mano. Se estiró para verla mejor, con todo su cuerpo temblando de expectación, la cogió y la examinó con ansiedad. Enseguida su rostro se crispó con un gesto de furia y desengaño y tiró la mano al suelo. El golpe resonó en toda la casa y, cuando volví a mirarle, el hindú mutilado había desaparecido. Un instante después la puerta se abrió de golpe y apareció la figura de *sir* Dominick, que me preguntó asustado:

—¿Está usted herido?

—No, pero sí profundamente decepcionado.

Entonces vio los trozos de cristal y la mano morena tirada por el suelo y exclamó horrorizado:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

Tuve que explicarle mi plan y su desafortunado desenlace. Mi tío me escuchó con atención y al final sacudió la cabeza y dijo:

—No era mala la idea, pero me temo que no será tan fácil acabar con mis sufrimientos. Ahora, permítame que insista en una cuestión: usted no debe volver a alojarse, bajo ningún concepto, en esta habitación. El miedo que he pasado, cuando escuché el golpe, de que pudiera haberle ocurrido algo malo ha sido más angustioso que todos mis temores anteriores. No me gustaría volver a estar expuesto a otro susto como éste.

Sir Dominick consintió, no obstante, en que me quedara el resto de la noche donde estaba, y volví a acostarme, preocupado con el problema y lamentándome por el error que había cometido. Cuando las primeras luces del alba penetraron en la habitación, la mano del láscar seguía allí, tirada en el suelo, para recordarme mi fracaso. Me quedé mirándola desde el diván y de pronto una idea cruzó por mi mente como una bala y me hizo saltar fuera del lecho temblando de excitación. Cogí la macabra reliquia del lugar donde había caído. Sí, estaba en lo cierto; era la mano *izquierda* del láscar.

Regresé a la ciudad en el primer tren y me dirigí inmediatamente hacia el Hospital Marítimo. Recordé que al láscar le habían amputado ambas manos, pero me aterrorizó la idea de que aquel precioso órgano que había ido a buscar se hubiese consumido ya en el horno crematorio. El suspense no duró mucho tiempo. La mano permanecía aún en la sala *post mortem*. Al atardecer llegaba a Rodenhurst con la misión cumplida y el material para un nuevo experimento.

Sir Dominick Holden, sin embargo, no quería ni oír hablar de que me instalara de nuevo en el laboratorio. Todos mis ruegos fueron inútiles. Aquello ofendía su sentido de la hospitalidad y no estaba dispuesto a permitirlo por más tiempo. Coloqué la mano, de todos modos, en el mismo lugar donde había puesto su pareja la noche anterior y me instalé en un confortable dormitorio en otra parte de la casa, a cierta distancia del escenario de mis aventuras.

Pero aquella noche mi sueño no estaba destinado a ser apacible. A una hora avanzada de la madrugada mi anfitrión irrumpió en la habitación con una lámpara en la mano. Su enorme y esquelética figura estaba envuelta en una bata holgada y, para un hombre impresionable, su aspecto general habría resultado seguramente más sobrecogedor que el del hindú de la noche anterior. Pero lo que más me impresionó no fue su inesperada aparición sino la expresión que había en su rostro. Parecía haber rejuvenecido al menos veinte años. Sus ojos brillaban, su rostro estaba radiante y agitaba triunfalmente las manos por encima de la cabeza. Me incorporé aturdido y me

quedé mirando entre sueños a aquel extraordinario visitante. Pero sus palabras disiparon enseguida las brumas de mis ojos.

—¡Ya está! ¡Lo hemos conseguido! —gritó—. ¿Cómo podría pagarle, mi querido Hardacre, todo lo que ha hecho por nosotros?

—¿Quiere decir que todo está solucionado?

—Eso es, exactamente. Estaba seguro de que no le importaría que le despertase para anunciarle una noticia tan maravillosa.

—¡Importarme! Por supuesto que no. Pero dígame: ¿está usted seguro?

—No me cabe la menor duda al respecto. Mi deuda con usted es mayor, querido sobrino, de la que nunca había tenido con ningún otro hombre, ni creo que la tenga jamás. ¿Qué podría hacer por usted para recompensarle en su justa medida? Habrá sido la Providencia la que le ha enviado para liberarme de mi condena. No sólo me ha salvado la razón, sino también la vida; si hubiera llegado dentro de seis meses, me habría encontrado en la celda de un manicomio o en un ataúd. Y también ha salvado a mi esposa: yo mismo he visto cómo se iba marchitando por culpa de este asunto. Estaba convencido de que ningún ser humano podría librarme de esta carga.

Y, dicho esto, me cogió una mano y la estrechó entre sus manos huesudas.

—Era sólo un experimento, un intento desesperado, pero me alegro de todo corazón de que haya salido bien. Pero ¿cómo sabe que el problema ha quedado definitivamente resuelto? ¿Ha visto algo?

Sir Dominick se sentó a los pies de mi cama.

—He visto lo suficiente —me dijo—. Estoy convencido de que nunca más seré molestado. Lo que ha ocurrido es fácil de contar. Ya sabe que la criatura solía visitarme siempre a una determinada hora. Esta noche llegó a la hora acostumbrada y me despertó con mayor violencia que otras veces. Supongo que la decepción que se llevó anoche aumentó la amargura de su resentimiento hacia mí. Me miró furioso y después inició su recorrido habitual. Pero, al cabo de unos minutos, le vi volver a mi habitación, cosa que no había sucedido desde que empezó esta persecución. Estaba sonriente. Pude ver el destello de sus blancos dientes en la penumbra. Se acercó al pie de la cama y me hizo la ceremoniosa zalema tres veces, que es la fórmula oriental para las despedidas solemnes. Una vez realizada la tercera reverencia, alzó los brazos y vi sus *dos* manos extendidas sobre la cabeza. Después se desvaneció, yo creo que para siempre.

Ésta fue la curiosa aventura por la que me gané el afecto y la gratitud de mi ilustre tío, el famoso cirujano de la India. Su predicción se cumplió y nunca más fue molestado por las visitas del angustiado hombre de las

montañas que buscaba su mano perdida. *Sir* Dominick y *lady* Holden fueron muy felices los últimos años de su vida y no sufrieron, que yo sepa, más contratiempos. Murieron durante la gran epidemia de influenza, con unas pocas semanas de diferencia. Mientras vivió, mi tío siempre recurrió a mí para que le aconsejara sobre asuntos relacionados con la vida inglesa, de la que conocía muy poco, y también le ayudé en la compra y gestión de sus haciendas. No fue, por tanto, una gran sorpresa para mí recibir un trato de favor por encima de mis cinco enfurecidos primos y convertirme, en un solo día, de médico rural cargado de trabajo en heredero de una importante familia de Wiltshire. Yo, al menos, tengo motivos para bendecir la memoria del hombre de la mano morena y el día en que tuve la fortuna suficiente para librar a Rodenhurst de su ingrata presencia.

El parásito

24 de marzo

Ha llegado la plenitud de la primavera; el gran nogal que se yergue ante la ventana de mi laboratorio está repleto de yemas gruesas, viscosas, pegajosas; de algunas de ellas, ya desgarradas, emergen pequeños tallos verdes.

Se siente, al pasear por los senderos, operar en todas partes las rebosantes fuerzas silenciosas de la naturaleza.

La tierra húmeda emana aromas de frutos jugosos y en todos lados brotan ramitas nuevas, tensadas por la savia que las hincha; y la brumosa y pesada atmósfera inglesa tiene un cierto perfume resinoso.

Brotes sobre los sotos; bajo ellos, ovejas; en todas partes actúa la labor de la reproducción.

Ahí fuera, lo veo perfectamente; aquí dentro, lo siento en mí.

También nosotros tenemos nuestra primavera: las arterias se dilatan, la linfa fluye rebosante, las glándulas laten y filtran con energía.

La naturaleza repara cada año el mecanismo en su conjunto.

Ahora mismo siento bullir la sangre. Podría bailar como un moscardón en los lozanos rayos que el sol poniente envía a través de mi ventana.

Y, desde luego, lo haría si no fuera por el temor de que Charles Sadler subiera la escalera de cuatro en cuatro peldaños para ver qué ocurre.

Además, debo recordar que soy el profesor Gilroy.

Un profesor viejo puede permitirse el lujo de actuar según sus impulsos; pero, si la suerte ha decidido otorgar una de las cátedras más importantes de la Universidad a un hombre de cuarenta y tres años, éste ha de andar con cuidado para conservar su puesto.

¡Qué tipo, ese Wilson! Si yo pudiera aplicar a la fisiología todo el entusiasmo que él pone en la psicología, me convertiría al menos en un igual de Claude Bernard. Todo en él, vida, alma, energía, todo apunta hacia un solo objetivo. Cuando se duerme, lo hace reflexionando sobre los resultados que

ha obtenido durante el día, y cuando se despierta, lo primero que hace es fraguar un plan para el día que empieza.

Sin embargo, fuera del pequeño círculo de sus amistades tiene escasa notoriedad.

La fisiología es una ciencia reconocida; si añado un ladrillo al edificio, todo el mundo se da cuenta, y aplaude.

Wilson, en cambio, se mata excavando los cimientos de una ciencia futura. Su trabajo es enteramente subterráneo y no despierta tanto interés.

Pese a todo, él sigue adelante, sin quejas. Mantiene correspondencia con un centenar de personajes medio locos, y con la esperanza de encontrar un dato indiscutible, tiene que cribar un centenar de patrañas entre las cuales la suerte puede permitirle descubrir una brizna de verdad.

Colecciona libros viejos. Los nuevos, los devora.

Lleva a cabo experimentos, da conferencias. Trata de provocar en los demás la fuerte pasión que le devora a él.

Yo me siento lleno de sorpresa y admiración cuando pienso en él; sin embargo, cuando me pide que colabore en sus investigaciones, tengo que decirle que, en su estado actual, éstas ofrecen escasos atractivos para un hombre entregado a las ciencias exactas.

Si Wilson pudiera mostrarme algo positivo y objetivo, tal vez me dejara tentar, y estudiaría el tema desde el ángulo de la fisiología. Pero mientras la mitad de sus adeptos estén tachados de charlatanes, y la otra mitad de histéricos, nosotros, los fisiólogos, tendremos que atenernos a lo corporal y dejar las cuestiones del alma a nuestros descendientes.

Soy un materialista, no cabe duda.

Agatha dice incluso que soy espantosamente materialista.

Yo le contesto que ése es un estupendo motivo para acelerar nuestra boda, ya que tengo tan apremiante necesidad de su espiritualidad.

Puedo, sin embargo, declarar que soy un caso curioso de la influencia que ejerce la educación sobre el carácter, ya que, dejando a un lado las ilusiones, soy por naturaleza un hombre esencialmente psíquico.

De muchacho era nervioso, sensible, presa de los sueños, del sonambulismo; rebosaba de impresiones e intuiciones.

Mi cabello negro, mis ojos oscuros, mi cara flaca y olivácea, mis dedos afilados, expresan mi temperamento y proporcionan a entendidos como Wilson motivos para considerarme como uno de los suyos.

Pero toda mi mente está embebida de ciencia exacta. Me he entrenado asiduamente para no admitir más que hechos, hechos probados. La conjetura,

la imaginación, no tienen cabida en el marco de mi pensamiento.

Que me den una cosa que yo pueda ver en el microscopio, diseccionar con el escalpelo, y consagraré mi vida a su estudio. Pero si me piden que adopte como objetos de estudio los sentimientos, las impresiones o las sensaciones, me estarán pidiendo que me dedique a una tarea antipática e incluso desmoralizadora.

Un desvío de la pura razón me molesta como un hedor o una música discordante.

Es ésta una razón más que suficiente para entender mi poco entusiasmo por la visita que he de hacer esta noche al profesor Wilson.

Me doy cuenta, sin embargo, de que no podría eludir la invitación sin pecar de descortesía; pero, como también van a estar presentes la señora Marden y Agatha, tengo que ir aunque pudiera excusarme.

Pero preferiría encontrarme con ellas en otra parte; en cualquier otra parte.

Sé que Wilson me atraería, si pudiera, hacia esa brumosa pseudociencia a la que se dedica.

Su entusiasmo lo hace inaccesible tanto a las indirectas como a las reprimendas.

Se necesitaría ni más ni menos que una pelea abierta para hacerle comprender hasta qué punto me repugna todo este asunto.

Tengo la total seguridad de que Wilson cuenta con algún nuevo mesmerista, o clarividente, o médium; algún farsante que desea mostrarnos, ya que hasta en sus ratos de ocio se dedica a su manía predilecta.

¡Bueno! ¡Al menos Agatha se divertirá!

Estas cosas le atraen; las mujeres suelen interesarse por todo lo que es nebuloso, misterioso, indefinido.

10 de la noche

Esta costumbre mía de escribir un diario se deriva, en mi opinión, de esa inclinación científica de mi mente que esta misma mañana anotaba aquí.

Me gusta tomar nota de las impresiones mientras permanecen frescas.

Trato de definir mi estado mental por lo menos una vez al día.

Es un hábito útil para el propio análisis; supongo que contribuye a la firmeza del carácter.

Debo confesar con franqueza que mi carácter necesita, y mucho, que haga todo lo posible para darle firmeza. Tengo miedo de que, a pesar de todo, mi temperamento neurótico pueda prevalecer, llevándome lejos de esa precisión fría y tranquila que caracteriza a Murdoch o a Pratt-Haldane.

De no ser así, ¿acaso las cosas estrafalarias que he presenciado esta noche me habrían desquiciado los nervios hasta el punto de dejarme tan completamente turbado?

Lo único que me alivia es que ni Wilson, ni la señorita Penelosa, ni siquiera Agatha, han sospechado mi debilidad ni siquiera por un instante.

¿Qué cosa en este mundo es la que ha podido conmocionarme? Nada, o tan poca cosa que, cuando escribo, el asunto me parece ridículo.

Las Marden habían llegado a casa de Wilson antes que yo. En realidad, fui de los últimos en llegar, y me encontré con la habitación ya atestada de gente.

Apenas había tenido tiempo de cruzar unas pocas palabras con la señora Marden y con Agatha, que estaba encantadora con su vestido blanco y rojo y con el cabello salpicado de espigas relucientes, cuando Wilson me tiró de la manga.

—Usted quiere presenciar algo positivo, Gilroy —me dijo, llevándome a un rincón—. ¡Pues bien, querido amigo! ¡Tengo un fenómeno, un auténtico fenómeno!

Mayor impresión me habría causado si no se lo hubiera oído decir ya otras veces. Su espíritu entusiasta está siempre dispuesto a transformar una luciérnaga en una estrella.

—Esta vez no cabe ninguna duda en cuanto a la buena fe —me dijo, quizá para contrarrestar algún centelleo de divertida ironía en mis ojos—. Mi mujer la conoce desde hace muchos años. Ambas son de Trinidad, ¿sabe? Sólo hace uno o dos meses que la señorita Penelosa está en Inglaterra, y no conoce a nadie fuera del ambiente universitario; pero le aseguro que lo que nos ha dicho basta y sobra para dejar sentada su clarividencia, sobre bases absolutamente científicas. No hay nada que se le asemeje, ni entre los aficionados ni entre los profesionales. Venga, se la presentaré.

Me desagradan los traficantes de misterios, pero, entre ellos, me desagradan especialmente los aficionados.

Cuando uno se enfrenta a un engañabobos a sueldo, puede al menos saltarle encima y desenmascararlo en cuanto ha descubierto cuál es su truco. Él está ahí para engañarle a uno, y uno está ahí para ponerle en evidencia. Pero ¿qué se puede hacer cuando se tiene delante a una amiga de la mujer del anfitrión? ¿Encender las luces de repente para que se la vea tocando un banjo misterioso? ¿Tirarle cochinilla en el traje de noche mientras camina sigilosamente entre los reunidos llevando un frasco fosforescente y soltando sus majaderías de ultratumba? Se montaría un escándalo, y le mirarían a uno

como a un gamberro. Ésa es la alternativa: ser un gamberro, o dejarse tomar el pelo.

No me sentía, pues, de muy buen humor cuando Wilson me condujo hasta la dama.

Es difícil imaginar nada que haga pensar menos en las Indias Orientales que aquella mujer. Era un ser pequeño y frágil, que, según parece, había dejado atrás los cuarenta; su cara era flaca y afilada, y su cabello de color castaño claro.

Todo su aspecto era insignificante; sus maneras, reservadas.

Tomando al azar un grupo de diez mujeres, ella sería sin duda alguna la última que un hombre elegiría.

Quizá lo más notable en ella fueran sus ojos. Añadiré que sus ojos no eran la parte más agradable de su fisonomía.

Los tenía grises, tirando hacia el verde, y su expresión dejó en mí, en definitiva, la sensación de una mirada burlona… Burlona… ¿Es ésa la palabra adecuada? ¿No debería decir mejor cruel? No; pensándolo bien, la palabra que mejor expresaría mi idea es «felina».

Una muleta apoyada en la pared me informó de algo que, cuando se levantó, era penoso de ver: cojeaba acentuadamente de una pierna.

Así pues, fui presentado a la señorita Penelosa. Pude observar que, al oír mi nombre, miró de refilón a Agatha. Estaba claro que Wilson le había dicho algo.

«Dentro de poco —me dije—, va a contarme que sabe, por medios ocultos, que estoy prometido a una joven con espigas de trigo en el cabello».

Me pregunté si Wilson no le habría contado muchas más cosas de mí.

—El profesor Gilroy es un escéptico temible —dijo Wilson—. Espero, señorita Penelosa, que sea usted capaz de convertirle.

Ella me miró atentamente.

—El profesor Gilroy tiene mucha razón al ser escéptico si no ha presenciado nada capaz de convencerle —dijo ella—. Yo habría dicho —añadió, volviéndose hacia mí— que usted mismo podría ser un excelente sujeto.

—¿Sujeto para qué, si puedo preguntárselo?

—¡Oh, bueno! Para el mesmerismo, por ejemplo.

—La experiencia me ha demostrado que los mesmeristas toman por sujetos a personas cuya mente no está sana. Todos sus resultados están falseados, en mi opinión, por este hecho: tratan con organismos anormales.

—¿Cuál de estas damas, según usted, tiene un organismo normal? —me preguntó—. Quisiera que usted mismo eligiera a alguien que en su opinión tenga la mente perfectamente equilibrada. ¿Quiere, por ejemplo, que tomemos a la muchacha del vestido rojo y blanco? ¿La señorita Agatha Marden? Así se llama, ¿no es cierto?

—Sí, me parecerían de cierta relevancia los resultados que se obtuvieran en base a ella.

—No he podido probar hasta qué punto la señorita Marden es impresionable. Ciertas personas, claro está, responden mucho más rápido que otras. ¿Me permite preguntarle hasta dónde alcanza su escepticismo? ¿Imagino que admite usted el sueño hipnótico y el poder de la sugestión?

—No admito nada, señorita Penelosa.

—¡Oh! ¡Dios mío, pensaba que la ciencia estaba más avanzada! Claro que yo no sé nada de la faceta científica del tema. Solamente conozco lo que soy capaz de hacer. Mire, por ejemplo, a aquella joven del vestido rojo, allá, junto al jarrón japonés. Voy a intentar que se acerque a usted.

Tras decir esto, se inclinó y dejó caer su abanico. La joven en cuestión dio media vuelta y vino directamente hacia nosotros, con aire sorprendido, como si alguien la hubiera llamado.

—¿Qué me dice de esto, Gilroy? —exclamó Wilson, en una especie de éxtasis.

No me atreví a decirle lo que opinaba. Para mí era la impostura más abierta y descarada que jamás hubiese visto. La señal y la respuesta habían sido, realmente, demasiado evidentes.

—El profesor Gilroy no está convencido —dijo la señorita Penelosa, mirándome fijamente con sus extraños ojillos—. Mi abanico se llevará todo el honor de este experimento. ¡Bueno, pues probemos otra cosa! Señorita Marden, ¿tendría usted algún inconveniente en que la durmiese?

—¡Oh, no! Me parece muy bien —exclamó Agatha.

Todos los presentes se habían agrupado en torno a nosotros, los hombres con sus pecheras blancas, las mujeres con sus blancos escotes; unos estaban fascinados, otros alerta, como ante una escena que tuviera algo de ceremonia religiosa y algo de representación de magia.

Habían llevado hasta el centro de la habitación un sofá de terciopelo rojo. Agatha se había tendido en él, un tanto turbada y levemente temblorosa ante el experimento, según yo podía ver por el estremecimiento de las espigas de trigo.

La señorita Penelosa se levantó de su silla y, apoyada en su muleta, se inclinó sobre Agatha.

Y en aquella mujer se produjo un cambio.

Parecía haber rejuvenecido veinte años.

Le brillaban los ojos, un leve toque de frescor se había extendido en sus pálidas mejillas, y toda ella parecía dilatada.

Del mismo modo he visto cómo un muchacho de aire abatido y abstraído adquiere un aspecto enérgico y vivaz en el momento en que se le encomienda una tarea en la que debe emplear todas sus fuerzas.

Aquella mujer miraba a Agatha con una expresión que me hirió en lo más hondo. Era la mirada que hubiera arrojado una emperatriz romana a una esclava arrodillada delante de ella.

Luego, con un ademán imperativo y enérgico, alzó los brazos y los agitó lentamente, haciéndolos bajar hacia Agatha.

Yo observaba a Agatha atentamente.

Durante los tres primeros pases pareció simplemente divertida.

Al cuarto pase pude ver que sus ojos se nublaban ligeramente y que sus pupilas se dilataban un poco.

Al sexto pase hubo un asomo de rigidez.

Al séptimo empezaron a caérsele los párpados.

Al décimo se le cerraron los ojos. Su respiración se hizo más lenta y más honda que de costumbre.

Yo, mientras miraba, intentaba conservar mi serenidad científica, pero me sentía conmovido por una fortísima inquietud.

Me parece que logré disimularla, pero me sentía como un niño en la oscuridad. Jamás me habría creído asequible a semejante debilidad.

—Está en pleno trance —dijo la señorita Penelosa.

—Está durmiendo —exclamé.

—¡Bien! ¡Despiértela entonces!

La tiré del brazo; le grité al oído. Ni muerta habría hecho menos caso a mis llamadas.

Allí estaba su cuerpo, en el sofá de terciopelo.

Su organismo estaba intacto. Los pulmones y el corazón funcionaban. Pero ¿y su alma? Se había evadido lejos de nuestro alcance. ¿Qué había pasado con su alma? ¿Qué fuerza había despojado de ella a Agatha?

Me sentía sorprendido, desconcertado.

—Ahí tenemos el sueño mesmérico —dijo la señorita Penelosa—. En cuanto a la sugestión, la señorita Marden hará indefectiblemente cualquier

cosa que le pueda sugerir, ya sea ahora, ya después de que despierte. ¿Quiere usted una prueba?

—Desde luego —dije.

—La tendrá.

Vi cruzar por su rostro una sombra de sonrisa, como si se le hubiera ocurrido alguna idea divertida. Se inclinó sobre Agatha, y le murmuró unas palabras al oído. Agatha, que se había mostrado absolutamente sorda a mis llamadas, asintió con la cabeza a lo que la señorita Penelosa le decía.

—Despierte —gritó la señorita Penelosa, dando un fuerte golpe en el suelo con su muleta.

Los párpados de Agatha se abrieron, fue desapareciendo la vidriosidad de sus ojos, y su alma se asomó en ellos, como reapareciendo después de su extraño eclipse.

Nos marchamos temprano.

Agatha no se sentía mal en absoluto tras su extraño paseo; pero, lo que es yo, estaba nervioso y descentrado; no me sentía en condiciones de oír los comentarios que Wilson me dirigía torrencialmente, ni en estado de responder a ellos.

Al despedirme de la señorita Penelosa, ésta me deslizó un papel en la mano.

—Sabrá usted disculparme —me dijo— por tomar mis medidas para vencer su escepticismo. Abra esta carta mañana a las diez. Se trata de un pequeño control personal.

No tengo ni idea de qué quería decir con esto, pero aquí tengo su nota y la abriré mañana a la hora indicada por ella.

Me duele mucho la cabeza. Ya he escrito bastante por esta noche.

Estoy convencido de que todo lo que ahora parece inexplicable tendrá mañana otro aspecto. Mis convicciones no se rendirán sin haberse defendido.

25 de marzo

Estoy anonadado, estupefacto. Desde luego, he de someter a nuevo examen mi opinión sobre el tema.

Pero anotaré primero lo sucedido.

Había terminado de desayunar, y estaba examinando unos diagramas con los que quería dar mayor claridad a mi lección, cuando mi ama de llaves vino a decirme que Agatha estaba en mi gabinete y deseaba verme.

Cuando entré en la habitación, Agatha estaba de pie sobre la alfombrilla, delante de la chimenea, encarada conmigo. Había en su actitud no sé qué,

algo que me dejó helado y que detuvo mis palabras en la garganta. Llevaba el velo medio echado, pero me di cuenta de que estaba pálida; su aire era tenso.

—Austin —me dijo—, he venido a decirte que nuestro compromiso queda roto.

Me tambaleé; sí, creo que realmente me tambaleé. De cualquier modo, lo seguro es que tuve que apoyarme en un estante para mantenerme en pie.

—Pero… Pero… —balbuceé— Agatha… Esa decisión tan repentina…

—Sí, Austin. He venido a decirte que nuestro compromiso queda roto.

—¡Pero me darás algún motivo! —grité—. Esto no es propio de ti, Agatha. Dime en qué cosa he tenido la desgracia de ofenderte.

—Todo ha terminado, Austin.

—Pero ¿por qué, Agatha? Sin duda eres víctima de algún engaño, Agatha. Puede que te hayan contado alguna mentira sobre mí, o quizá has interpretado mal algo que te he dicho. Dime de qué se trata, porque una sola palabra bastará para arreglarlo.

—Hemos de considerar terminado nuestro noviazgo.

—Pero si anoche, cuando nos separamos, no había entre nosotros ni sombra de malos entendidos… ¿Qué ha ocurrido desde entonces para que hayas cambiado de este modo? Tiene que ser algo ocurrido anoche. Has pensado en ello y has desaprobado mi modo de proceder. ¿Fue lo del mesmerismo? ¿Me censuras por haber permitido que aquella mujer te sometiera a su poder? Sabes que habría intervenido al menor indicio…

—Todo es inútil, Austin. Se acabó.

Su voz era rítmica y sin acento, y en su actitud había no sé qué rígido y duro. Me parecía que estaba absolutamente decidida a no admitir ninguna discusión, ninguna explicación.

En cuanto a mí, temblaba de agitación. Me volví hacia un lado; me avergonzaba mostrarme ante ella tan poco dueño de mí mismo.

—Ya sabes lo que esto significa para mí —exclamé—. La ruina de mi vida. No puedes infligirme un castigo así sin haberme escuchado. Tienes que revelarme de qué se trata. Piensa en hasta qué punto sería imposible que yo te tratara de este modo, fueran cuales fueran las circunstancias. ¡Agatha, por amor de Dios! Dime qué he hecho.

Pasó junto a mí sin decir palabra y abrió la puerta.

—Es completamente inútil, Austin —me dijo—. Tienes que considerar roto nuestro compromiso.

Al cabo de un instante se había ido y, antes de que me hubiera recobrado lo suficiente para seguirla, oí que la puerta de entrada se cerraba tras ella.

Me abalancé a mi habitación para vestirme. Pensaba ir a casa de la señora Marden y preguntarle cuál podía ser el motivo de mi desgracia.

Estaba tan nervioso que me costó abrocharme los botines. Nunca olvidaré aquellos horribles diez minutos.

Acababa de ponerme el abrigo cuando el reloj de péndulo de encima de la chimenea dio las diez.

¡Las diez! Asocié esa hora con la nota de la señorita Penelosa.

La nota estaba precisamente sobre mi mesa. La abrí apresuradamente. Estaba escrita a lápiz, con unos trazos notables por su angulosidad. Éste era su texto:

> Apreciado profesor Gilroy:
>
> Disculpe el carácter personal del procedimiento de control que le presento.
>
> El profesor Wilson me ha hablado incidentalmente de las relaciones entre usted y mi sujeto de esta noche, y me ha parecido que nada podría resultar más convincente que sugerir a la señorita Marden que vaya a visitarle a usted mañana por la mañana, a las nueve y media, para romper su compromiso con usted, durante cosa de media hora.
>
> La ciencia es tan exigente que resulta difícil ofrecer un control satisfactorio, pero estoy segura de que tal control le será proporcionado por el acto que, sin duda, sería el último que se le ocurriría llevar a cabo a la señorita Marden por su propia voluntad.
>
> Sea lo que sea lo que le diga, olvídelo, porque ella no interviene en absoluto, y esté seguro de que no recordará nada.
>
> Escribo esta nota para abreviar su rato de angustia y pedirle perdón por el sufrimiento pasajero que le habrá causado mi sugestión.

Y, desde luego, después de leer aquella nota me sentí demasiado aliviado para enfurecerme.

Había sido una libertad excesiva, sin duda; aquello demostraba un gran descaro, tratándose de una dama a la que acababa de conocer. Pero, al fin y al cabo, yo la había provocado con mi escepticismo.

Era realmente difícil, como ella decía, imaginar un medio de control que pudiera satisfacerme.

Y había empleado aquél.

No era posible objetar nada en ese punto. La sugestión hipnótica se había convertido para mí en un hecho definitivamente establecido.

Parecía indudable que Agatha, la persona más equilibrada entre todas las que conozco del sexo femenino, había sido reducida a la condición de autómata.

Una persona, a gran distancia, la había hecho moverse, del mismo modo que un ingeniero dirige desde la costa un torpedo Brennan.

Una segunda alma se había introducido en ella, expulsando la suya propia, y se había apoderado de su sistema nervioso, diciendo: «Quiero disponer de ti durante media hora».

Agatha, sin duda, había actuado inconscientemente desde que vino a verme hasta que se marchó.

¿Había podido andar por las calles sin peligro, en semejante estado?

Me puse el sombrero y salí apresuradamente para asegurarme de que no le había ocurrido nada.

Sí, estaba en su casa.

Me hicieron pasar a la sala, y allí la encontré, con un libro en el regazo.

—Empiezas las visitas muy temprano, Austin —me dijo, sonriendo.

—Tú has sido aún más madrugadora —le contesté.

Pareció intrigada.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—¿No has salido hoy?

—No; desde luego, no.

—Agatha —dije, en tono serio—, ¿te importaría contarme exactamente todo lo que has hecho esta mañana?

Se rió de mi seriedad.

—Austin —me dijo—, hoy te has puesto tu aire profesional. ¡Esto es lo que comporta ser la novia de un científico! Pero voy a contártelo, de todos modos; aunque no logro imaginar qué interés puede tener esto para ti. Me he levantado a las ocho. He desayunado a las ocho y media. He venido a esta habitación a las nueve y diez y me he puesto a leer las *Mémoires de Mme. de Rémusat*; y, al cabo de unos pocos minutos, he incurrido con esta dama francesa en la descortesía de quedarme dormida sobre su libro; y a vos, caballero, os he otorgado la cortesía de soñar con vos, lo cual es de lo más halagador. Hace sólo unos minutos que me he despertado.

—Y al despertar, ¿estabas exactamente en el mismo sitio?

—Pero ¿cómo habría podido estar en otra parte?

—¿Te molestaría, Agatha, contarme lo que has soñado sobre mí? Te aseguro que no te lo pregunto por simple curiosidad.

—Sólo he tenido la vaga impresión de que aparecías en mi sueño. No recuerdo nada preciso.

—Si hoy no has salido, Agatha, ¿cómo es que tienes polvo en los zapatos?

Pareció molestarse.

—Austin, la verdad es que no sé qué te pasa esta mañana. Casi diría que dudas de lo que digo. Si mis zapatos tienen polvo, será seguramente porque me habré puesto un par que no ha sido limpiado por la criada.

Era a todas luces evidente que no sabía nada de nada; y me dije que, a fin de cuentas, quizá lo mejor sería dejarla en su ignorancia. Si la sacaba de ella, quizá Agatha se asustaría, y eso no podría conducir a nada bueno. De manera que, sin hablar del asunto, me despedí al cabo de poco rato para ir a dar mi clase.

Pero estoy profundamente impresionado.

Mi horizonte, en cuanto a las posibilidades científicas, se ha ensanchado de repente de un modo enorme.

Ya no me sorprenden la energía y el diabólico entusiasmo de Wilson. ¿Quién no trabajaría con un empeño invencible, percibiendo al alcance de la mano un ancho territorio virgen?

Sí; recuerdo que, viendo cómo un nucleolo adoptaba una forma nueva, o percibiendo un detalle nimio en una fibra muscular estriada vista a un aumento de trescientos diámetros, me sentía entusiasmado.

¡Qué míseras son esas investigaciones comparadas con aquellas que abordan las raíces mismas de la vida, la naturaleza del alma!

Siempre había considerado el espíritu como producto de la materia; el cerebro, según pensaba, segregaba la inteligencia, del mismo modo que el hígado segrega la bilis.

Pero ahora, ¿cómo dar esto por cierto, después de ver cómo el espíritu actúa a distancia, operando sobre la materia como un músico sobre su violín?

Si es así, el cuerpo no hace nacer el alma; es más bien el tosco instrumento mediante el cual se manifiesta el espíritu.

El molino de viento no genera el viento: no hace más que ponerlo de manifiesto.

Aquello estaba en contradicción con todos mis hábitos de pensamiento. Sin embargo, era posible, era sin ninguna duda posible; y merecía la pena estudiar el tema a fondo. ¿Por qué no estudiarlo?

Leo, con fecha de ayer, estas palabras:

«Si Wilson pudiera mostrarme algo positivo y objetivo, puede que me dejara tentar, y estudiaría el tema desde el ángulo de la fisiología».

¡Pues bien! Ahora sí tengo ese medio de control. Me atendré a lo dicho. La investigación tendrá, estoy seguro, un enorme interés.

Algunos de mis colegas no verían la cosa con buenos ojos: la ciencia está repleta de prejuicios. Pero si a Wilson le dan valor sus convicciones, también yo puedo permitirme el lujo de ser valeroso.

Iré a visitarle mañana por la mañana. A él y a la señorita Penelosa.

Si ha podido mostrarnos tantas cosas, probablemente podrá mostrarnos todavía más.

26 de marzo

Tal como suponía, Wilson está entusiasmado por mi conversión; y, bajo la reticencia de la señorita Penelosa, se adivinaba el placer de haber triunfado con su experimento.

Es extraña esta mujer; silenciosa e incolora, salvo cuando hace uso de su poder.

Sólo hablando, ya adquiere color, y se anima.

Se diría que se interesa por mí de un modo muy especial. No he podido dejar de observar que me sigue con la mirada por toda la habitación.

Hemos tenido una conversación muy interesante sobre su poder.

No es más que justicia tomar nota de su punto de vista, aunque, claro está, no puedo atribuirle ninguna validez científica.

—Se encuentra usted en el borde mismo del tema —me dijo cuando le hube manifestado mi sorpresa ante el extraordinario fenómeno de sugestión que me había mostrado—. Yo no tenía ninguna influencia directa sobre la señorita Marden cuando fue a verle a usted; ayer por la mañana ni siquiera pensaba en ella. Lo que hice se redujo a regular su espíritu, del mismo modo que regularía el carillón de un reloj para que sonara a la hora deseada. Si la sugestión se hubiera dispuesto para seis meses en vez de doce horas, todo habría ocurrido del mismo modo.

—¿Y si la sugestión hubiera sido asesinarme?

—Lo habría hecho, indefectiblemente.

—¡Pero ese poder es terrible! —exclamé.

—Es un poder terrible, como usted dice —contestó gravemente—; y, cuanto mejor lo conozca, tanto más terrible le parecerá.

—¿Puedo preguntarle —dije— qué quería usted significar exactamente al decir que este asunto de la sugestión no está más que al borde del problema? ¿Qué es lo que considera usted esencial?

—Preferiría no decírselo.

Me chocó la fuerza encerrada en su respuesta.

—Como comprenderá —dije—, no pregunto esto por curiosidad, sino con la esperanza de encontrar alguna explicación científica a los hechos que usted me proporciona.

—Le confieso francamente, profesor Gilroy —dijo ella—, que la ciencia no me interesa en absoluto, y que no me importa en lo más mínimo que la ciencia pueda o no pueda clasificar estas facultades.

—Pero yo esperaba…

—¡Oh! Esto es otro asunto. Si me lo presenta como una cuestión personal —me dijo con su sonrisa más amable—, estaré realmente encantada de decirle todo lo que desee saber. Veamos, ¿qué me había preguntado? ¡Ah, sí! Sobre otros poderes. El profesor Wilson no admite creer en ellos, pero no por eso dejan de ser ciertos. Por ejemplo: el operante puede conseguir un dominio absoluto sobre su sujeto, siempre que el sujeto sea receptivo. Puede hacerle actuar como desee, sin que haya habido ninguna sugerencia previa.

—¿Contra la voluntad del sujeto?

—Depende. Si la fuerza se aplicara enérgicamente, el sujeto no se enteraría de nada, como la señorita Marden cuando fue a visitarle y le dio aquel susto. Si la influencia fuera menos poderosa, el sujeto podría saber lo que hace, pero sin ser capaz de dejar de hacerlo.

—Entonces, ¿habría perdido su voluntad?

—Su voluntad estaría dominada por otra más fuerte.

—¿Ha ejercido usted esta facultad?

—Varias veces.

—Su voluntad es, pues, muy fuerte.

—Sí, pero no es ésta la única condición necesaria. Muchos tienen una voluntad fuerte, pero no pueden proyectarla fuera de sí mismos. Lo esencial es poseer el don de proyectarla sobre otra persona, y de sustituir su voluntad con la propia. He podido observar que esta facultad, en mi caso, varía según mi salud y mis energías.

—En suma: usted envía su alma al cuerpo de otra persona.

—Puede expresarlo de este modo.

—Y su propio cuerpo, ¿qué hace entonces?

—Simplemente queda en una especie de letargo.

—Pero ¿esto no representa ningún peligro para su salud?

—Quizá podría haber algún peligro. Hay que estar muy atento a no dejar que la propia conciencia escape por completo, porque entonces podría haber alguna dificultad en volver al propio yo. Por decirlo de algún modo, hay que

conservar siempre la conexión. Temo que me expreso con términos incorrectos, profesor Gilroy, pero no sé cómo dar a estos hechos un aspecto científico. Lo que le cuento son cosas experimentadas por mí, y las explico a mi modo.

¡Vaya! Ahora que releo todo esto con tranquilidad me sorprendo a mí mismo.

¿Es éste el mismo Austin Gilroy que ha conquistado un puesto de primera fila gracias a la implacable firmeza de su razonamiento, y a su fidelidad al hecho establecido?

Me veo ahora dedicado a anotar seriamente los parloteos de una mujer que me dice que puede proyectar su alma fuera de su cuerpo, y que, mientras permanece en estado letárgico, está en condiciones de dirigir a distancia actos ajenos.

¿Puedo admitir esto? Claro que no. Tendré que demostrarlo, demostrarlo indiscutiblemente antes de ceder una pulgada. De todos modos, aunque siga siendo un escéptico, he dejado de lado la burla.

Esta noche tendremos una sesión. La señorita Penelosa tratará de producir en mí algún efecto mesmérico.

Si lo consigue, será un magnífico punto de partida para mis investigaciones. Sea como sea, nadie podrá acusarme de complicidad. Si no consigue nada conmigo, intentaremos encontrar algún sujeto que sea como la mujer de César.

En cuanto a Wilson, está herméticamente cerrado.

10 de la noche

Me parece que estoy en vísperas de descubrimientos que harán época.

Tener el poder de examinar esos fenómenos desde su interior, poseer un organismo que reacciona y, al mismo tiempo, un cerebro que valora y que controla, constituye sin duda una ventaja incomparable.

Estoy seguro de que Wilson daría cinco años de vida para poseer la receptividad que la experiencia me ha llevado a admitir como cierta en mí mismo.

Sólo estaban como testigos Wilson y su mujer.

Yo me había reclinado, con la cabeza echada hacia atrás. La señorita Penelosa, en pie delante de mí, ejecutaba los mismos pases, lentos, que con Agatha.

Con cada pase me parecía que me golpeaba una racha de aire cálido, expandiendo en mí un estremecimiento, un ardor que me invadía de pies a

cabeza.

Tenía la mirada fija en la señorita Penelosa, pero, mientras la miraba, sus rasgos se hacían cada vez más indistintos; y, finalmente, se borraron.

Tuve conciencia de no ver otra cosa que sus ojos grises, cuya mirada se clavaba en mí, profunda, insondable. Aquellos ojos crecían, crecían… y acabaron convirtiéndose en dos lagos de montaña hacia los que me sentía caer con espantosa velocidad.

Me estremecí, y en aquel preciso instante una idea, surgida de las capas más resguardadas de la inteligencia, me dijo que aquel estremecimiento correspondía a la fase de rigidez que había observado en Agatha.

Al cabo de un instante había llegado a la superficie de los lagos, que ahora se habían fundido en uno solo; y me hundí en sus aguas, con una sensación de plenitud en la mente y notando un zumbido en los oídos. Me hundía, me hundía… Luego, con un súbito impulso, ascendí de nuevo, hasta ver otra vez la luz que se expandía en ondulaciones resplandecientes en el agua verde.

Estaba ya cerca de la superficie cuando resonó en mi cabeza la palabra:

—Despierte.

Con un sobresalto, me encontré de nuevo en el sillón, en compañía de la señorita Penelosa, apoyada en su muleta, y de Wilson, que, con un cuaderno de notas en la mano, me miraba por encima de los hombros de la dama.

No me quedaba ninguna sensación de pesadez o cansancio.

Al contrario. Sólo ha pasado una hora desde el experimento y me siento tan despejado que me atrae más la idea de quedarme en mi gabinete que la de irme a dormir.

Se extiende ante mí un amplio panorama de experiencias. Espero con impaciencia el momento de iniciarlas.

27 de marzo

Día perdido. La señorita Penelosa ha ido con Wilson y su mujer a visitar a los Sutton.

He empezado a leer el *Magnétisme animal* de Binet y Féré.

¡Qué aguas tan extrañas! ¡Resultados, resultados! En cuanto a la causa… ¡completo misterio!

Esto estimula la imaginación; pero es un factor ante el cual debo estar en guardia. Hay que evitar las conclusiones, las deducciones, y permanecer en el sólido terreno de los hechos.

Sé que el trance mesmérico es real; sé que la sugestión mesmérica es real; sé que yo mismo soy receptivo a esa fuerza.

Ésta es mi actual situación.

Tengo una gran libreta nueva para hacer mis anotaciones. La reservaré exclusivamente para los detalles científicos.

Larga charla, a últimas horas de la tarde, con Agatha y la señora Marden acerca de nuestra boda.

¿Por qué esperar más?

Me fastidian incluso estos pocos meses de espera, que se me harán tan largos; pero, como dice la señora Marden, hay que arreglar todavía muchas cosas.

28 de marzo

Magnetizado una vez más por la señorita Penelosa. La experiencia ha tenido muchas analogías con la anterior, con la diferencia de que la insensibilidad ha llegado antes. Véase la ficha «A» para la temperatura de la habitación, la presión barométrica, el pulso y la respiración, datos anotados por el profesor Wilson.

29 de marzo

Nueva sesión de magnetización. Detalles en la ficha «A».

30 de marzo

Domingo. Día perdido. Me pone de mal humor todo lo que interrumpe nuestros experimentos.

Por ahora, éstos no van más allá de los signos físicos que se asocian con la insensibilidad, ya leve, ya completa, ya extrema.

Nuestra idea es pasar luego a los fenómenos de sugestión y de lucidez.

Hechos semejantes han sido establecidos por profesores, en mujeres de Nancy y de la Salpêtrière.

La cosa será todavía más convincente cuando una mujer demuestre lo mismo con un profesor, ante un segundo profesor como testigo. ¡Y pensar que el sujeto seré yo! ¡Yo, el escéptico, el materialista! Al menos habré demostrado que mi dedicación a la ciencia es mayor que el deseo de seguir siendo como soy.

Tragarnos lo que hemos dicho es el mayor sacrificio que la ciencia puede exigir de nosotros.

Mi vecino, Charles Sadler, ese joven y simpático profesor de anatomía, ha venido esta noche a devolverme un ejemplar de los *Archivos de Virchow* que

le había prestado. Le llamo joven, pero, de hecho, es un año mayor que yo.

—Me he enterado, Gilroy —me ha dicho—, de que se está usted sometiendo a los experimentos de la señorita Penelosa. ¿Es cierto? ¡Vaya! Yo, en su lugar, no iría ya más lejos en esto. Seguramente lo considerará una gran impertinencia por mi parte, pero considero un deber instarle a que no siga relacionándose con ella.

Como es natural, le he preguntado por qué.

—Me encuentro en una posición que me impide entrar en detalles que me gustaría proporcionarle —me ha dicho—. La señorita Penelosa es amiga de un amigo mío, y mi situación es delicada. Todo lo que puedo decir es que yo mismo me he sometido a los experimentos de esa mujer, y que estos experimentos han dejado en mí impresiones desagradabilísimas.

He hecho toda clase de esfuerzos para sacarle algo más, pero sin conseguirlo.

¿Es acaso concebible que pueda estar celoso de que yo le haya suplantado? ¿O es uno de esos científicos que consideran como un insulto personal el descubrimiento de hechos que van en contra de sus ideas preconcebidas?

¡No se imaginará en serio que voy a abandonar una serie de experimentos que anuncian resultados tan fecundos, simplemente porque él tiene váyase a saber qué agravios!

Ha parecido molesto por la ligereza con que he acogido sus nebulosas advertencias y nos hemos separado con cierta frialdad.

31 de marzo

Magnetizado por la señorita Penelosa.

1 de abril

Magnetizado por la señorita Penelosa. (Ficha «A»).

2 de abril

Magnetizado por la señorita Penelosa. Registro esfigmográfico tomado por el profesor Wilson.

3 de abril

Es posible que esta serie de magnetizaciones produzcan algún efecto sobre

el organismo.

Agatha dice que estoy más delgado y que tengo algo de ojeras.

Percibo en mí una tendencia a la irritabilidad que antes no conocía. Por ejemplo, me sobresalta el menor ruido y, si un estudiante dice alguna estupidez, me encolerizo en vez de sentirme divertido.

Agatha quiere que detenga la investigación, pero yo le digo que todo estudio continuado es fatigoso, y que no se puede obtener ningún resultado sin pagar su precio.

Cuando vea la sensación que causará mi artículo sobre las relaciones entre el espíritu y la materia, admitirá que merece la pena soportar un poco de tensión y de desgaste nervioso.

No me sorprendería que esta investigación me llevara a ser elegido miembro de la Royal Society.

A últimas horas de la tarde, magnetizado una vez más.

Ahora el efecto se produce con mayor rapidez, y las visiones subjetivas son menos acentuadas.

Tomo anotaciones minuciosas sobre cada sesión.

Wilson estará ausente de la ciudad durante ocho o diez días, pero no suspenderemos los experimentos, cuyo valor depende tanto de mis sensaciones como de sus observaciones.

4 de abril

He de mantenerme muy en guardia. Se ha introducido en nuestros experimentos una complicación que no había tenido en cuenta. Mi ansia por obtener datos científicos me había cegado ante el hecho de que la señorita Penelosa y yo somos seres humanos.

Aquí puedo escribir cosas que no me atrevería a confiar a nadie en el mundo.

Esa desdichada parece haberse encaprichado de mí.

No afirmaría cosa semejante, ni siquiera en el secreto de un diario íntimo, si no se hubiera llegado a tal punto que ha sido imposible no darme cuenta.

Durante algún tiempo, más exactamente durante la pasada semana, se habían dado indicios que yo había echado brutalmente a un lado, negándome a prestarles atención: su entusiasmo a mi llegada, su abatimiento cuando me marcho, su insistencia para que yo acuda con frecuencia, la expresión de sus ojos, el timbre de su voz…

He hecho cuanto he podido para convencerme de que todo eso no significaba nada, que simplemente podía atribuirse a la sociabilidad de la

gente de las Indias Occidentales.

Pero anoche, al despertar del sueño magnético, tendí la mano, y, sin saberlo, sin quererlo, apreté sus manos.

Cuando hube vuelto enteramente en mí, seguíamos con las manos enlazadas, y ella me miraba con una sonrisa expectante.

Y lo horrible es que sentí en mí el impulso de decir lo que ella esperaba.

¡Qué miserable embustero habría sido, de haberlo hecho! ¡Qué asco sentiría ahora hacia mí mismo, si en aquel momento hubiera cedido a la tentación!

Pero, gracias a Dios, tuve fuerza suficiente para ponerme en pie de un salto y salir corriendo de la habitación.

Temo haber sido grosero. Pero no. No podía, no podía ser dueño de mí ni un instante más.

¡Yo, un caballero, un hombre de honor, prometido en matrimonio con una de las muchachas más encantadoras de Inglaterra, he estado a punto, en un instante de pasión que me privaba de todo raciocinio, de hacer una declaración de amor a esa mujer a la que apenas conozco!

Es bastante mayor que yo, y además cojea.

Es monstruoso, odioso… Y, sin embargo, el impulso era tan fuerte que de haber permanecido un momento más en su presencia me habría comprometido.

¿Cómo entender eso?

Tengo la misión de enseñar a otros cómo funciona nuestro organismo, ¿y qué sé yo de mi propio organismo?

¿Ha sido producto de la maduración repentina de determinados principios profundamente sepultados en lo más hondo de mí, ha sido un instinto animal primitivo que se ha manifestado repentinamente?

Tan fuerte era aquel sentimiento que estuve a punto de creer en las historias de posesión diabólica.

Sea como sea, este incidente me coloca en una posición sumamente embarazosa.

Por una parte me disgusta muchísimo renunciar a una serie de experimentos que han llegado ya tan lejos y que auguran resultados tan brillantes; por otra, si esa desdichada ha llegado a albergar una pasión hacia mí… ¡Pero no! Seguramente he vuelto a incurrir en algún error absurdo. ¡Ella! ¡A su edad, con su deformidad!

Además, conoce mis relaciones con Agatha. Sabe cuál es mi situación.

Si sonreía, era simplemente porque se sentía divertida; puede que por el hecho de haberle tomado la mano durante mi estado de vértigo.

Fue mi cerebro, aún medio magnetizado, el que entendió así la cosa, y el que, en un impulso brutal, me lanzó apresuradamente a esta línea de pensamiento.

Me gustaría ser capaz de convencerme de que realmente es así la cosa.

Pensándolo bien, creo que lo más juicioso sería aplazar todo nuevo experimento hasta después del regreso de Wilson.

De acuerdo con esto, he mandado una carta a la señorita Penelosa y, sin ninguna alusión a la pasada noche, le he comunicado que unas tareas urgentes me obligan a interrumpir nuestros experimentos durante algunos días.

Me ha mandado una respuesta, bastante seca, diciéndome que si cambio de idea la encontraré en su casa a la hora de costumbre.

10 de la noche

¡Vaya, vaya! ¡Qué poca cosa soy!

Desde hace algún tiempo voy conociéndome cada vez mejor; y, cuanto mejor me conozco, tanto más desciendo en mi propia estimación.

Desde luego, no siempre he sido tan débil como lo soy ahora.

A las cuatro de la tarde me habría reído si me hubiesen dicho que iría esta noche a ver a la señorita Penelosa. Sin embargo, a las ocho me encontraba como de costumbre ante la puerta de la casa de Wilson.

No sé cómo ha ocurrido. La fuerza de la costumbre, imagino. Puede que haya una adicción al magnetismo, del mismo modo que hay una adicción al opio, y que yo sea víctima de ella.

Lo cierto es que, mientras trabajaba en mi gabinete, me iba sintiendo cada vez más inquieto. Me movía sin motivo, me desplazaba sin objetivo, no conseguía concentrar la atención en los papeles que tenía delante. Finalmente, antes de darme siquiera cuenta de lo que hacía, me había puesto el sombrero y había salido para acudir a mi cita de costumbre.

Ha sido una velada interesante.

La señora Wilson estuvo presente durante la mayor parte de la sesión, y eso eliminó la turbación que por lo menos uno de los dos habría sentido.

La actitud de la señorita Penelosa fue ni más ni menos la misma que de costumbre. No manifestó ninguna sorpresa al verme acudir, a pesar de mi nota.

No había en su modo de comportarse nada que hiciera pensar que el incidente de ayer hubiera dejado en ella impresión alguna; así que, hasta

cierto punto, pude suponer que había exagerado el asunto.

6 de abril. Noche

No, no había exagerado nada.

No puedo ya cerrar los ojos ante la evidencia. Esa mujer se ha enamorado de mí.

Es monstruoso, pero cierto.

Esta noche, al despertar una vez más del trance mesmérico, me he encontrado con mi mano enlazada en la suya, y con la mente invadida por esa sensación repugnante que me impulsa a pisotear mi honor, mi futuro… A pisotearlo todo, todo, y arrojarlo a los pies de esa persona que, según me doy cuenta cuando estoy fuera de su influencia, no posee ningún encanto físico.

Pero cuando estoy a su lado no me siento así.

Esa mujer despierta en mí algo… Algo perverso… Algo en lo que no quisiera pensar. Paraliza lo mejor que hay en mi modo de ser, y al mismo tiempo estimula lo peor que hay en él.

Decididamente, no es conveniente que permanezca cerca de ella.

La pasada velada fue más peligrosa que la otra.

En vez de huir, me quedé allí, con la mano entre las suyas, charlando con ella sobre los temas más íntimos. Entre otras cosas, hablamos de Agatha.

¿Qué fue lo que me pasó por la cabeza?

La señorita Penelosa dijo que Agatha era trivial, y yo le di la razón. Volvió a hablarme de Agatha una o dos veces más de modo poco halagador, y yo no protesté. ¡Qué bruto he sido!

Sin embargo, a pesar de la debilidad que he demostrado, me queda fuerza suficiente para acabar con todo esto. No volverán a suceder cosas como éstas. Seré lo bastante juicioso para huir cuando no me sienta en condiciones de luchar. Hoy mismo, esta noche de domingo, doy por terminadas mis sesiones con la señorita Penelosa. Para siempre.

Renunciaré a los experimentos, abandonaré la investigación. ¡Cualquier cosa antes que tener que enfrentarme a esa tentación que me hace caer tan bajo!

No he dicho nada a la señorita Penelosa. Simplemente me mantendré alejado de ella.

Ya entenderá el motivo, sin necesidad de que yo le diga nada.

7 de abril

Me he quedado en casa, según lo dicho.

¡Qué lástima, perder un estudio tan interesante! ¡Pero qué lástima, por otra parte, arruinar mi vida! Y sé que delante de esa mujer ya no soy dueño de mí.

11 de la noche

¡Que Dios me ayude! ¿Qué es lo que me ocurre?

¿Me estoy volviendo loco?

A ver si me calmo y consigo razonar un poco. Ante todo, anotaré exactamente lo ocurrido.

Eran más o menos las ocho cuando escribí las líneas con las que empecé la entrada de hoy en mi diario.

Experimentaba una inquietud, una agitación extraña, y salí a pasar la velada con Agatha y su madre.

Ambas hicieron la observación de que estaba pálido y de que tenía un aire como asustado.

Hacia las nueve llegó el profesor Pratt-Haldane y nos pusimos a jugar al *whist*.

Hice un enorme esfuerzo para mantener mi atención fija en el juego, pero aquella sensación de febril agitación no dejaba de crecer, y llegó a tal extremo que no me consideré en condiciones de poder superarla.

Sencillamente, me resultaba imposible.

Finalmente, mientras se estaban repartiendo las cartas, tiré las mías sobre la mesa. Farfullé unas disculpas incoherentes relativas a una cita y salí apresuradamente de la habitación.

Recuerdo vagamente, como en un sueño, haber cruzado el vestíbulo a la carrera, arrancado, por así decirlo, mi sombrero de la percha, y cerrado violentamente la puerta detrás de mí.

También veo de nuevo como en un sueño las hileras de farolas, y mis zapatos, cubiertos de fango, me demuestran que sin duda corrí por el medio de la calzada.

Todo tenía un aire borroso, extraño, irreal.

Fui a casa de los Wilson.

Vi a la señora Wilson, vi a la señorita Penelosa.

Apenas recuerdo de qué hablamos. Sólo recuerdo que la señorita Penelosa, bromeando, me amenazó con su muleta, acusándome de llegar con retraso y de no interesarme como antes en nuestros experimentos.

No hubo magnetización, pero me quedé un rato allí. Acabo de volver.

Mi mente ha recobrado toda su claridad. Puedo reflexionar sobre lo sucedido.

Es absurdo atribuirlo todo a la debilidad y a la fuerza de la costumbre.

La otra noche traté de explicar así la cosa, pero esta explicación ya no es suficiente.

Se trata de algo más profundo, y también más terrible.

En casa de las Marden, en la mesa de juego, me sentí arrastrado como con un nudo corredizo en el cuello.

Ya no puedo ocultarme esto a mí mismo.

Esa mujer ha puesto sus garras en mí. Me sujeta. Pero debo conservar la serenidad, y encontrar, por medio de la razón, una forma de salir del paso.

¡Qué loco y qué ciego he sido! Embebido de entusiasmo por mi investigación, he ido derecho al abismo abierto ahí, delante de mí.

¿Acaso ella misma no me advirtió? ¿No me había dicho, según leo en mi propio diario, que cuando ha adquirido poder sobre un sujeto puede obligarle a hacer lo que quiere?

Y ese poder lo ha adquirido sobre mí. Ahora estoy a sus órdenes; estoy bajo el arbitrio de la mujer de la muleta. Cuando desea que acuda, allá he de ir yo. Tengo que hacer lo que ella quiere. Y, aún peor: ¡debo experimentar los sentimientos que ella quiere! La aborrezco y la temo; y, sin embargo, cuando estoy bajo su influencia mágica, puede obligarme a amarla; estoy seguro.

Lo único que me consuela un tanto es el hecho de que estos impulsos aborrecibles que me echo en cara no proceden de mí, de ningún modo.

Todo se transmite de ella a mí, aunque yo no tuviera ni la menor conciencia de ello durante los primeros tiempos.

Esta idea me inspira una sensación de mayor limpieza y ligereza.

8 de abril

Sí. Ahora, en pleno día, perfectamente sereno, con todo el margen para meditar, me veo obligado a dar por cierto todo lo que escribí en mi diario la otra noche.

Mi posición es horrenda; pero, ocurra lo que ocurra, no debo perder la cabeza. Tengo que tensar mi inteligencia contra su poder.

Al fin y al cabo, no soy un estúpido títere al que se pueda hacer bailar tirando de unos hilos.

Poseo energía, inteligencia y valor. A pesar de todos sus trucos diabólicos, aún puedo vencerla.

¡Puedo! No, no… Debo. Si no, ¿qué será de mí?

Tratemos de encontrar la salida lógica.

De acuerdo con sus propias explicaciones, esa mujer puede dominar mi sistema nervioso. Puede proyectarse a sí misma dentro de mi cuerpo y mandar en él. Tiene un alma de parásito; sí, un alma de parásito, de monstruoso parásito. Se introduce en mi organismo como el ermitaño en la concha del caracol.

¿Qué puedo hacer contra ella? Tengo que vérmelas con fuerzas de las que no sé nada.

Y no puedo contar a nadie mis sufrimientos. Me tomarían por loco. Si esto saliera a la luz pública, no cabe duda de que la Universidad consideraría que no necesita los servicios de un profesor poseído por el diablo.

¡Y Agatha!

No, no. Tengo que enfrentarme solo al peligro.

Releo mis anotaciones acerca de las afirmaciones de esa mujer cuando habló de sus poderes.

Hay una cosa que me desconcierta por completo: acabó diciendo que, cuando la influencia es leve, el sujeto sabe lo que hace, pero no puede gobernarse a sí mismo; mientras que, cuando la voluntad se ejerce con energía, el sujeto es absolutamente inconsciente.

Ahora bien: yo siempre he sabido lo que hacía; la noche pasada, sin embargo, no tanto como en las ocasiones anteriores.

Esto parece significar que no ha ejercido todavía sobre mí toda la fuerza de su poder.

¿Ha habido jamás un hombre colocado en mi misma situación?

Sí, puede que uno… y que está muy cerca. Charles Sadler debe saber algo de esto.

Sus difusos consejos de mantenerme vigilante cobran hoy sentido.

¡Ah! Si le hubiera escuchado no habría contribuido, a través de esas reiteradas sesiones, a fortalecer los eslabones de la cadena que me aprisiona.

Iré a verle hoy.

Me disculparé ante él por haber tomado tan a la ligera sus advertencias.

Veré si puede darme algunos consejos.

4 de la tarde

No, no puede.

He hablado con él, y se ha mostrado tan sorprendido en cuanto he empezado a aludir a mi horrendo secreto que no he podido seguir.

Hasta donde alcanzo a entender, en base a vagos signos y a deducciones más que a afirmaciones claras, lo que él experimentó se redujo a palabras o miradas parecidas a las que me han sido dirigidas.

El hecho mismo de que se haya apartado de la señorita Penelosa es suficiente para demostrar que él no ha sido nunca verdaderamente prisionero suyo.

¡Ah! ¡Si él supiera lo que habría podido ocurrirle!

Charles Sadler debería sentir gratitud por su flemático temperamento anglosajón. Yo soy moreno; soy un celta, y las garras de esa bruja penetran profundamente en mis nervios.

¿Conseguiré algún día liberarme de ella?

¿Volveré alguna vez a ser el mismo hombre que era hace tan sólo dos semanas?

Veamos. Estudiemos qué es lo mejor que puedo hacer.

No puedo ni pensar en alejarme de la Universidad en pleno semestre.

Si fuera libre, mi plan estaría ya trazado.

Me marcharía inmediatamente. Viajaría a Persia. Pero ¿dejaría ella que me fuera? ¿Y no sería su influencia lo bastante fuerte para alcanzarme en Persia, haciéndome volver hasta quedar al alcance de su muleta?

Sólo mediante una amarga experiencia personal conoceré los límites de su infernal poder.

Lucharé; lucharé, lucharé.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

Sé perfectamente que, hacia las ocho, se apoderará de mí esa necesidad invencible de su compañía y esa agitación angustiosa.

¿Cómo conseguiré superarlo? ¿Qué he de hacer?

He de conseguir que me sea imposible salir de mi habitación.

Cerraré la puerta con llave y tiraré la llave por la ventana. Sí; pero ¿cómo me las arreglaré por la mañana?

No pensemos en mañana. Es preciso, de todas todas, que rompa esta cadena que me aprisiona.

9 de abril

¡Victoria! Ayer, a las siete, después de una cena ligera, me encerré en mi habitación y tiré la llave al jardín.

Tomé una novela divertida y estuve tres horas tratando de leer en la cama, pero en realidad pasé esas horas temblando espantosamente, esperando a cada momento ser visitado por la influencia. Pero no ocurrió nada de ese estilo, y

esta mañana me he levantado con la sensación de haber escapado a una tremenda pesadilla.

Quizá esa mujer se dio cuenta de lo que yo había hecho y comprendió que de nada serviría tratar de actuar sobre mí.

De cualquier modo, la he vencido una vez; y, si he podido conseguirlo una vez, lo conseguiré también otras.

Lo más fastidioso, por la mañana, era el asunto de la llave.

Por suerte, ahí abajo estaba un ayudante del jardinero, y le dije que me la tirara.

Debió creer que se me acababa de caer.

Haré clavar las puertas y las ventanas; encargaré a seis hombres fuertes que me retengan en la cama; todo antes que rendirme a discreción ante esa bruja.

Esta tarde recibí una nota de la señorita Marden pidiéndome que fuera a verla.

Pensaba hacerlo, fuera cual fuera el motivo, pero no esperaba encontrarme con malas noticias. Según parece, los Amstrong, de quienes Agatha tiene posibilidades de heredar, han embarcado en Adelaida en el *Aurora* y han escrito a la señora Marden para que les vaya a esperar a la ciudad.

Esto significará una ausencia de un mes o mes y medio. Como la llegada del *Aurora* se espera para el miércoles, tienen que partir de inmediato para llegar a tiempo.

Me consuela pensar que cuando volvamos a encontrarnos ya no habrá separación entre Agatha y yo.

—Quiero pedirte una cosa, Agatha —le dije cuando estuvimos solos—. Si por casualidad te encuentras con la señorita Penelosa, en la ciudad o aquí, prométeme que no te dejarás magnetizar por ella.

Agatha me miró con asombro.

—Pero si hace sólo unos pocos días decías que todo esto era interesantísimo y que estabas decidido a llevar tus experimentos hasta el final…

—Ya lo sé, pero he cambiado de opinión.

—¿Y has renunciado por completo a los experimentos?

—Sí.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro, Austin! No te imaginas el aspecto que tenías estos últimos días, pálido, cansado. Lo cierto es que ésa era la principal razón que nos impedía viajar ahora a Londres. No queríamos dejarte solo en un momento en que parecías tan abatido. Y tu comportamiento ha cambiado

también, a veces de una manera tan extraña… Sobre todo esa noche en que dejaste al profesor Pratt-Haldane sin pareja de juego. Me convencí de que esos experimentos actuaban muy negativamente sobre tus nervios.

—Lo mismo pienso yo, querida.

—Y también sobre los nervios de la señorita Penelosa. ¿No te has enterado de que está enferma?

—No.

—Nos lo ha dicho la señora Wilson. Nos ha descrito su estado como una fiebre nerviosa. El profesor Wilson vuelve la semana próxima, y la señora Wilson quiere que para entonces la señorita Penelosa se haya recobrado, porque al señor Wilson le espera todo un programa de experimentos que piensa llevar a buen fin.

Quedé tranquilo al obtener la promesa de Agatha.

Era más que suficiente que aquella mujer tuviera entre sus garras a uno de los dos.

Por otra parte, me turbó enterarme de la enfermedad de la señorita Penelosa.

Eso disminuye en mucho la importancia de la victoria que pensé haber conseguido anoche.

Recuerdo haberle oído decir que el desmejoramiento de su salud afectaba negativamente su poder.

Tal vez por eso pude resistir tan fácilmente.

¡Bueno! De todos modos, esta noche he de tomar las mismas precauciones, y a ver qué ocurre.

Siento un terror pueril al pensar en ella.

10 de abril

Anoche funcionó todo perfectamente.

Ha sido divertido ver la cara que ha puesto el jardinero esta mañana, cuando he vuelto a llamarle para que me tirase la llave.

Me haré famoso entre la servidumbre si esto se repite. Pero lo que importa es que permanecí en casa, sin sentir ni la menor necesidad de salir.

Me parece que empiezo a liberarme de esa increíble servidumbre; a menos que, sencillamente, el poder de esa mujer esté neutralizado hasta que recobre las fuerzas. Ruego al Cielo que se dé la alternativa más favorable.

Las Marden se irán esta mañana, y me parece como si el sol primaveral hubiese perdido todo su resplandor. Sin embargo, es hermoso, ahí, brillando tras el castaño que veo desde mis ventanas y que proporciona un toque de

alegría a los gruesos muros manchados de liquen de los viejos edificios universitarios.

¡Qué dulce y acariciadora es la naturaleza! ¡Qué tranquilizadora!

¿Cómo es posible que esa naturaleza oculte fuerzas tan impuras, posibilidades tan repugnantes?

Comprendo, desde luego, que esta cosa terrible que me ha ocurrido no se encuentra ni por encima de la naturaleza, ni fuera de ella.

No: es una fuerza natural la que puede emplear esa mujer, una fuerza que la sociedad ignora.

El mismo hecho de que esa fuerza varíe con la salud demuestra hasta qué punto está enteramente subordinada a las leyes físicas.

Si tuviera tiempo podría llegar hasta el fondo del asunto y descubrir el antídoto, pero cuando uno está entre las garras del tigre no es momento para pensar en domesticarlo: lo único que se puede hacer es liberarse a sacudidas.

¡Ah! Cuando me miro en el espejo y veo en él mis ojos negros y mi cara de español, de rasgos tan pronunciados, quisiera haber sido salpicado por vitriolo o haber quedado marcado de viruela.

Cualquiera de estas cosas me habría librado de todo esto.

Me inclino a pensar que esta noche tendré problemas.

Son dos las circunstancias que me lo hacen temer.

La primera es que me encontré en la calle con la señora Wilson y me dijo que la señorita Penelosa había mejorado, aunque sigue débil; la segunda es que el profesor Wilson vuelve dentro de uno o dos días, y su presencia será un freno para ella.

No tendría miedo de encontrarme con ella si estuviera presente un tercero.

Esas dos razones me hacen presentir que tendré problemas esta noche. Tomaré la precaución de las anteriores.

10 de abril

No. Gracias a Dios, anoche todo fue bien.

Habría sido excesivo volver a recurrir al jardinero, así que cerré la puerta y tiré la llave por encima, de modo que por la mañana tuve que pedirle a la criada que me abriera desde fuera. Pero la precaución no era en realidad necesaria, ya que en ningún momento sentí tendencia a salir.

¡Tres noches seguidas en casa! Sin duda están terminando mis sufrimientos: Wilson estará de vuelta hoy o mañana.

¿Le diré lo que he pasado? ¿Me callaré?

Estoy convencido de que no encontraría en él ni la menor simpatía. Me vería como un sujeto interesante y leería un comunicado sobre mi caso en la próxima reunión de la Sociedad Psíquica. Allí enfocaría seriamente la posibilidad de que yo hubiera mentido descaradamente, y compararía esta posibilidad con la de que esté afectado por una incipiente locura.

No. No iré a pedir ayuda a Wilson.

Me siento extrañamente ágil y enérgico. Creo que nunca he dado mi clase con mayor empuje.

¡Ah, si pudiera apartar de mi vida esa sombra! ¡Qué feliz sería!

Soy joven, disfruto de cierta holgura, estoy en primera fila en mi profesión, estoy prometido a una muchacha hermosa y encantadora: ¿no tengo todo lo que un hombre puede desear?

Sólo hay en el mundo una cosa que me atormenta; pero ¡qué cosa!

Medianoche

¡Acabaré loco!

Sí, así terminará todo esto. Acabaré loco. Ya no estoy muy lejos de estarlo.

Me hierve la cabeza; la tengo apoyada en una mano ardiente.

Se me estremece todo el cuerpo, como un caballo asustado.

¡Oh, qué noche he pasado!

Pese a todo, también tengo algún motivo para alegrarme. A riesgo de convertirme en objeto de risa para los criados, deslicé la llave por debajo de la puerta, convirtiéndome en un prisionero para toda la noche.

Después, como me parecía que era demasiado temprano para acostarme, me tendí vestido en la cama y me puse a leer una novela de Dumas.

De pronto fui arrebatado… Sí: arrebatado, arrastrado fuera de la cama.

Sólo estos términos son capaces de describir la fuerza irresistible que hizo presa en mí.

Me así de la manta, me sujeté en la madera de la cama. Incluso me parece que grité, frenético.

Todo inútil. No pude resistir. Tuve que obedecer. No podía sustraerme a esa fuerza.

Sólo en los primeros momentos opuse alguna resistencia. La influencia no tardó en ser demasiado abrumadora para luchar contra ella.

Doy gracias a Dios de que no hubiera allí gente para guardarme, porque, de haberla habido, no habría podido responder de mí mismo.

A esa determinación de salir iba unida una idea muy clara y viva sobre los medios a emplear para conseguirlo.

Encendí una vela, me puse de rodillas delante de la puerta y traté de atraer la llave hacia mí usando una pluma de oca, pero era demasiado corta y sólo conseguí alejar un poco más la llave.

Entonces, con sosegada obstinación, saqué de un cajón un abrecartas y con él pude conseguir la llave.

Abrí la puerta.

Entré en mi gabinete y cogí de encima del escritorio una fotografía mía. Escribí en ella unas palabras y me la puse en el bolsillo interior del abrigo.

Luego me encaminé a casa de los Wilson.

Lo veía todo dentro de una claridad extraordinaria y, sin embargo, todo me parecía ajeno al resto de mi propia vida, ajeno como podrían serlo las incidencias del más vivo de los sueños.

Me poseía una especie de doble conciencia.

Estaba, en primer lugar, la voluntad ajena que predominaba y que tendía a arrastrarme junto a la propietaria de dicha voluntad; y estaba también otra personalidad, más débil, que se resistía, y reconocía en ella a mi propio yo, un yo que luchaba débilmente contra el impulso todopoderoso, como un perro que lucha contra la correa que lo sujeta.

Recuerdo también haberme dado cuenta del conflicto suscitado entre esas fuerzas; en cambio, no recuerdo nada de lo que sucedió mientras andaba, ni de cómo entré en la casa.

Sin embargo, conservo una imagen sumamente nítida de mi encuentro con la señorita Penelosa.

Estaba tendida en el diván, en el saloncito donde habitualmente se realizaban nuestros experimentos. Tenía la cabeza apoyada en la mano y estaba parcialmente tapada con una piel de tigre.

Cuando entré, alzó la mirada, con la expresión de quien está esperando. La luz de la lámpara daba de lleno en su rostro y pude ver que estaba muy pálida y desmejorada, y que tenía unos surcos oscuros bajo los ojos.

Me sonrió y me indicó con la mano una silla a su lado.

Empleó la mano izquierda para ese ademán. Yo avancé velozmente, cogí aquella mano y… y… me doy asco a mí mismo al pensarlo, pero me la llevé a los labios apasionadamente.

Luego me senté en la silla, sin soltarle la mano, y le entregué la fotografía que había traído.

Hablé y hablé; le conté mi amor por ella, el dolor que me había causado su enfermedad, la alegría que me daba su restablecimiento, y le dije hasta qué punto me sentía desgraciado cuando pasaba una sola velada sin verla.

Ella permanecía inmóvil, manteniendo su mirada imperiosa fija en mí, con una sonrisa provocadora.

Recuerdo que en un momento dado me pasó la mano por el cabello, como quien acaricia a un perro; y aquella caricia me causó placer.

Eso me hizo estremecer.

Me convertí en su esclavo en cuerpo y alma, y en aquel momento me alegré de mi esclavitud.

Y entonces tuvo lugar el feliz cambio. Que nadie me diga que no existe la Providencia. Me encontraba en el borde mismo de la perdición, mis pies rozaban el precipicio.

¿Fue acaso por simple coincidencia que me llegó el socorro, justo en aquel momento?

No, no: existe la Providencia, y fue su mano la que me hizo retroceder.

Hay en el universo algo más poderoso que esa diablesa, pese a todas sus artimañas.

¡Ah! ¡Qué alivio para mi espíritu pensar esto!

Al alzar la mirada hacia ella percibí un cambio. Su cara, pálida hasta entonces, se había puesto lívida. Tenía los ojos nublados y se le estaban cerrando los párpados; y, por encima de todo, había desaparecido de su fisonomía aquel aire de tranquila confianza. Su boca había perdido firmeza, y era como si su frente se hubiera estrechado.

Parecía asustada y titubeante.

Y, mientras observaba este cambio en ella, sentí en mi ánimo una especie de vacilación. Mi espíritu se puso a luchar, como si intentara escapar violentamente a la tenaza que lo aprisionaba; tenaza que apretaba menos a cada instante.

—Austin —dijo con voz débil—, he confiado demasiado en mí. No estaba aún lo bastante fuerte. No me he recuperado de la enfermedad. Pero no podía seguir viviendo sin verte. ¡No me dejes, Austin! Es una debilidad momentánea. Espera cinco minutos y volveré a ser yo misma. Acércame ese frasco que está en la mesa, junto a la ventana.

Pero yo había recobrado el dominio de mi alma.

Mientras sus fuerzas se extinguían, la influencia sobre mí se disipaba. Me sentí liberado.

Me puse agresivo. La ataqué con amargura, con furia.

Por lo menos en una ocasión he podido contarle a esa mujer cuáles eran mis auténticos sentimientos hacia ella.

Mi espíritu rebosaba de un odio que era tan brutal como el amor contra el que reaccionaba. Era el mío el furor desenfrenado, asesino, del esclavo rebelde.

Habría sido capaz de asir la muleta que tenía a su lado y machacarle la cara con ella.

Extendió las manos hacia delante, como para protegerse de un golpe y, retrocediendo ante mí, se parapetó en un extremo del diván.

—¡El aguardiente! ¡El aguardiente! —dijo con voz cambiada.

Cogí el frasco y lo vacié en las raíces de una palma que estaba en la ventana. Luego le arrebaté la fotografía y la desgarré en mil pedazos.

—¡Mujer miserable! —dije—. ¡Si yo cumpliera con mi deber para con la sociedad, no saldrías viva de esta habitación!

—Te quiero, Austin, te quiero —gimió.

—¡Sí! —grité—. ¡Como has querido a Charles Sadler! ¿Y a cuántos antes que a él?

—Charles Sadler —dijo ella, jadeante—… ¿Te ha hablado? ¡Ah! ¡Charles Sadler, Charles Sadler!

Su voz pasaba entre sus labios como el silbido de una serpiente.

—Te conozco, sí —dije—; y otros te conocerán también, bestia impúdica. Conoces mi posición y, a pesar de todo, has empleado tu espantoso poder para atraerme hacia ti. Podrás hacerlo de nuevo, pero al menos te acordarás de haberme oído decir que amo a la señorita Marden apasionadamente, y que tú me inspiras asco y espanto. Sólo el verte, sólo el oír tu voz, ya basta para llenarme de odio y repugnancia. Siento náuseas sólo de pensar en ti. Esto es lo que siento por ti; y, si quieres volver a atraerme con tus mañas, como esta noche, imagino que no sentirás demasiado placer al convertir en tu enamorado a un hombre que te ha dicho lo que realmente piensa de ti. Podrás poner en mi boca las palabras que tú quieras, pero no podrás olvidar…

Me detuve, porque aquella mujer se había caído hacia atrás, desmayada.

No era capaz de escuchar hasta el final lo que tenía que decirle.

¡Qué ardiente sensación de victoria experimento al pensar que, ocurra lo que ocurra a partir de ahora, esa mujer no puede ya engañarme en cuanto a mis verdaderos sentimientos hacia ella!

Pero ¿qué ocurrirá a partir de ahora?

No me atrevo a pensarlo.

¡Oh! ¡Si pudiera tener la esperanza de que me dejará en paz! Pero cuando pienso en lo que le he dicho…

Da igual. Una vez, por lo menos, habré sido más fuerte que ella.

11 de abril

Esta noche apenas he dormido, y por la mañana me he sentido tan destemplado, nervioso y febril que he tenido que rogar a Pratt-Haldane que diera mi clase.

Será la primera vez que me he ausentado.

Me levanté a mediodía, pero con dolor de cabeza, las manos temblorosas y los nervios en un estado lamentable.

Esta noche he recibido una visita.

¿Será posible? Wilson en persona. Acaba de volver de Londres, donde ha dado conferencias, ha desenmascarado a un médico, ha dirigido una serie de experimentos sobre la transmisión de pensamiento, se ha entrevistado con el profesor Richet, de París, ha pasado horas y horas mirando en un cristal, y ha obtenido algunos resultados relativos a la penetración de la materia por el espíritu.

Me contó todo esto de un tirón.

—Pero ¿y usted? —exclamó, finalmente—. No tiene buen aspecto. Y la señorita Penelosa está sumida en una total postración. ¿Y los experimentos? ¿Qué tal van?

—Los he abandonado.

—¿Por qué?

—Esos estudios me parecían peligrosos.

Acto seguido sacó su cuaderno de notas marrón.

—Esto es muy interesante —dijo—. ¿Qué razones tiene para decir que estos estudios son peligrosos? Le ruego que me enumere los hechos por orden cronológico, con las fechas aproximadas y nombres de testigos fidedignos, junto con sus direcciones.

—Antes de nada —le pregunté—, ¿querrá decirme si le constan casos en que un magnetizador haya adquirido poder sobre su objeto y lo haya empleado con fines culpables?

—¡Docenas y docenas! —exclamó, exaltado—. Crimen por sugestión.

—No hablo de sugestión. Me refiero a lo que ocurre cuando de una persona alejada llega un impulso repentino… un impulso irresistible.

—¡Obsesión! Es el fenómeno menos frecuente… Tenemos ochos casos, cinco de ellos demostrados. No irá usted a decirme…

Estaba tan exaltado que apenas podía articular las palabras.

—No, no quiero decirle… —le contesté—. Sabrá disculparme, pero esta noche no me siento demasiado bien. Adiós.

Así conseguí librarme de él.

Se marchó blandiendo su cuaderno y su lápiz.

Sin duda me cuesta aguantar mis problemas, pero será mejor que me los guarde para mí y que no los exhiba ante Wilson como un fenómeno de feria.

Wilson ha perdido de vista a los seres humanos. Para él todo se reduce a casos, a fenómenos.

Ni aunque me maten volveré a hablarle de este asunto.

12 de abril

Ayer fue un día de tranquilidad. La velada ha transcurrido sin ningún incidente.

¿Qué puede hacer ahora esa mujer?

Sin duda, después de oírme decir lo que le dije, debe sentir por mí tanta antipatía como yo por ella.

No; no puede, no puede querer por amante a alguien que le ha insultado tanto.

No. Creo que me he librado de su amor…

Pero ¿qué puede esperarse de su odio?

¿No empleará acaso su poder para vengarse?

¡Bah! ¿Por qué asustarme a mí mismo con fantasías?

Ella me olvidará, yo la olvidaré, y todo irá bien.

13 de abril

Mis nervios han recobrado toda su compostura.

Creo de veras haber vencido a ese ser; pero debo admitir que no vivo sin aprensiones. Se ha restablecido; me he enterado de que esta tarde ha ido a dar un paseo en coche con los Wilson por la Avenida Principal.

14 de abril

Me gustaría alejarme para siempre.

Huiré, iré a encontrarme con Agatha en cuanto termine el semestre.

Reconozco que es una lamentable debilidad por mi parte, pero esa mujer me afecta los nervios de mala manera.

He vuelto a verla, y he vuelto a hablar con ella.

Fue inmediatamente después de la comida. Estaba fumándose un pitillo en mi gabinete. Oí en el pasillo los pasos de mi criado, Murray.

Me pareció oír vagamente otros pasos detrás.

No me preocupaba demasiado quién pudiera ser, pero un ligero ruido me hizo saltar de la silla, temblando de temor.

Nunca me había fijado especialmente en qué clase de ruido puede provocar una muleta, pero mis nervios conmocionados me dijeron que a eso correspondían los ruidos secos de madera alternándose con el sonido sordo de los pies en el suelo.

Y, al cabo de un instante, mi criado la hizo pasar.

Ni siquiera traté de cumplir con las formas convencionales de la cortesía.

Tampoco ella lo intentó.

Me quedé mirándola fijamente, con la colilla del cigarrillo entre los dedos.

Ella, por su parte, me miró en silencio, y, ante la expresión de su mirada, recordé las páginas en las que había tratado de describir esa expresión, preguntándome si era burlona o cruel.

Aquel día era una expresión de crueldad, de una crueldad fría e implacable.

—Muy bien —dijo por fin—. ¿Sigue usted con la misma disposición de ánimo que la última vez que le vi?

—Mi disposición de ánimo ha sido siempre la misma.

—Entendámonos, profesor Gilroy —dijo ella, lentamente—. No soy persona de la que se pueda uno burlar fácilmente, y ahora mismo podría dejárselo claro. Fue usted quien me rogó participar en una serie de experimentos; fue usted quien conquistó mi afecto; usted quien declaró su amor por mí; usted quien me trajo su fotografía, con unas palabras de afecto escritas en ella; y fue usted quien, aquella misma noche, consideró oportuno cubrirme de insultos y dirigirse a mí en unos términos que ningún hombre se había jamás atrevido a emplear conmigo. Dígame que esas palabras se le escaparon en un momento de ofuscación. Estoy dispuesta a olvidar y perdonar. Usted no quería decir lo que dijo, ¿no es cierto, Austin? No me odia usted realmente…

Habría podido apiadarme de aquella mujer deforme; tanto ardor, tanta súplica amorosa había detrás de su mirada amenazadora.

Pero, pensando en los sufrimientos por los que había pasado, mi corazón fue duro como el pedernal.

—Si me ha oído hablarle de amor —dije—, sabe usted muy bien que era su voz la que hablaba, no la mía. Lo único sincero que he podido decirle son

las palabras que oyó usted en nuestra última entrevista.

—Ya sé. Alguien le ha hablado mal de mí. ¿Ha sido él?

Golpeó el suelo con su muleta.

—¡Pues bien! —prosiguió—. Sabe usted perfectamente que podría obligarle ahora mismo a tumbarse a mis pies como un perrito. Ya no volverá a encontrarme en momentos de debilidad en los que puede insultarme impunemente. Cuidado con lo que hace, profesor Gilroy. Está usted en una situación terrible. Todavía no se ha dado cuenta de todo el poder que tengo sobre usted.

Me encogí de hombros y aparté la mirada.

—Muy bien —prosiguió ella después de una pausa—. Si desprecia mi amor, veré qué puede hacer el miedo. Ahora sonríe, pero llegará el día en que me pida perdón a voz en grito. Sí; con todo su orgullo, se arrastrará usted a mis pies y maldecirá el día en que hizo de mí, su mejor amiga, su enemiga más cruel. Cuidado, profesor Gilroy.

Vi agitarse en el aire una mano blanca; su rostro casi no era ya humano, hasta tal punto lo desfiguraba la pasión.

Al cabo de un momento se había ido. La oí alejarse por el pasillo, cojeando y dando golpes con la muleta.

Pero me ha dejado un peso en el corazón.

Me abruman vagos presentimientos sobre desgracias futuras.

Me esfuerzo inútilmente para convencerme de que sus palabras eran sólo producto de la ira. Recuerdo demasiado bien esos ojos despiadados para creer que es así.

¿Qué hacer? ¡Ay! ¿Qué hacer?

Ya no soy dueño de mi espíritu.

En cualquier momento puede penetrar en él ese infame parásito, y entonces…

Tengo que contarle a alguien mi espantoso secreto… Tengo que contarlo, o me volveré loco.

¡Si tuviera a alguien que simpatizara conmigo, alguien que me aconsejara…!

¿Wilson? Ni pensarlo.

Charles Sadler sólo me comprendería dentro de los límites de su propia experiencia.

¡Pratt-Haldane! Es un hombre muy equilibrado, abundantemente provisto de sentido común y de capacidad práctica.

Iré a verle y se lo contaré todo. ¡Quiera Dios que sea capaz de aconsejarme!

6 h. 45 minutos de la tarde

No, no hay socorro humano que me valga. He de luchar solo.

Tengo ante mí dos soluciones: convertirme en amante de esa mujer, o ser víctima de las persecuciones a las que quiera someterme.

Aunque no me sometiera a ninguna, viviría en un infierno de temores. Pero ¡que me atormente, que me lleve a la locura, que me mate! ¡No cederé! ¡Nunca, nunca!

¿Puede acaso infligirme algo peor que perder a Agatha, que la certidumbre de ser un embustero, un perjuro, un hombre que ha perdido todo derecho al título de caballero?

Pratt-Haldane ha sido la amabilidad personificada y ha escuchado mi historia con toda la cortesía posible; pero sólo viendo la solidez de sus facciones, la tranquilidad de su mirada, el mobiliario macizo de su gabinete, ya me ha costado decirle lo que había ido a exponerle.

15 de abril

Es la primavera más hermosa que jamás haya visto; ¡tan verde, tan suave, tan bella!

¡Ah! ¡Qué contraste entre la naturaleza exterior y mi espíritu, tan devastado por la duda y el terror!

El día ha transcurrido sin ningún incidente, pero sé que estoy al borde del abismo. Lo sé y, sin embargo, sigo avanzando, siguiendo los carriles habituales de mi vida.

El único rayo de luz que llega hasta mí es el hecho de que Agatha sea feliz, se encuentre bien y esté fuera de todo peligro.

¡Todo, en aquel entorno, era tan sustancial, tan material!

Luego, ¿qué habría podido decirle, yo mismo, no hace ni siquiera un mes, a un colega que hubiera venido a contarme una historia de posesión diabólica?

Quizá yo no habría mostrado tanta paciencia como Pratt-Haldane.

De cualquier modo, anotó todo lo que le dije, me preguntó cuánto té bebía, si había trabajado con exceso, si tenía dolores de cabeza repentinos, si sufría de pesadillas, de zumbidos en los oídos, si veía destellos… Preguntas

todas que me demostraban que no veía en mis sufrimientos nada más que una congestión cerebral.

En suma: se despidió de mí después de haberme soltado una sarta de trivialidades acerca de la necesidad de ejercicio al aire libre y de evitar cualquier sobreexcitación nerviosa.

Me extendió una receta en la que figuraban el cloral y el bromuro. La arrugué y la tiré en la cuneta.

No, no encontraré ayuda en ningún ser humano.

Si acudo a otras personas, puede que se comuniquen entre ellas, y acabaré en un manicomio.

Lo único que está a mi alcance es hacer acopio de todo mi valor y rezar para que un hombre honesto no quede abandonado.

Si ese ser pudiera echarnos mano a todos, ¿qué no estaría a su alcance?

16 de abril

Esa mujer es ingeniosa en sus persecuciones. Sabe hasta qué punto amo mi trabajo, y lo bien considerada que está mi enseñanza. Así que ha orientado sus ataques en esa dirección.

Todo esto acabará, me doy perfecta cuenta, en que perderé la cátedra; pero lucharé hasta recibir el golpe de gracia. No me privará de mi cátedra sin que luche.

Esta mañana, durante mi clase, no noté ningún cambio en mí; sólo por uno o dos minutos sentí un vértigo, una náusea, que desaparecieron rápidamente. Más bien me felicité por haber sabido exponer mi tema con amenidad y claridad. Se trataba de las funciones de los glóbulos rojos. Así que me quedé sorprendido cuando uno de los estudiantes entró en mi laboratorio, inmediatamente después de la clase, y me dijo lo asombrado que estaba al constatar tanta diferencia entre mis afirmaciones y las de los libros.

Me enseñó su libreta de notas, y en ella pude ver que, durante parte de la clase, había expuesto herejías absolutamente indignantes y anticientíficas.

Protesté, naturalmente. Le aseguré que me había entendido mal; pero cuando comparé sus anotaciones con las que habían tomado sus compañeros tuve que admitir que tenía razón y que yo había emitido varias afirmaciones absurdas. Saldré del paso atribuyendo el hecho a un despiste pasajero, pero me doy cuenta de que es el comienzo de una cadena.

Sólo falta un mes para que termine el semestre. Quiera Dios que pueda aguantar hasta entonces.

26 de abril

Han pasado diez días sin que haya tenido el valor suficiente para mantener mi diario al día.

¿Para qué consignar cosas que me humillan y me degradan?

Me había jurado no volver a abrir mi diario.

Sin embargo, la fuerza de la costumbre puede tanto que aquí estoy una vez más, anotando mis espantosas experiencias; de idéntico modo se han dado casos de suicidas que han tomado notas sobre el veneno que les iba matando.

¡Pues bien! El estallido que ya había previsto se ha producido; ayer, sin ir más lejos. Las autoridades académicas me han separado de mi cátedra.

Lo han hecho del modo más delicado, explicando que se trata de una medida temporal basada en el deseo de aliviarme de los efectos del exceso de trabajo, hasta que pueda restablecerme. Pero el hecho está ahí: he dejado de ser el profesor Gilroy.

La dirección del laboratorio sigue en mis manos, pero supongo que no tardarán en quitármela también.

Lo cierto es que mis clases se habían convertido en motivo de burla para la Universidad.

Mi aula se llenaba de estudiantes que acudían para ver y oír lo que iba a hacer o decir el profesor chiflado.

No me siento capaz de anotar los detalles de mi humillación.

¡Oh! ¡Esa mujer diabólica! No hay bufonada o estupidez, por tremenda que sea, que no me haya obligado a cometer.

Empezaba cada clase de modo claro y pertinente, pero tenía siempre la sensación de que mi inteligencia iba a sufrir un eclipse.

Entonces, al sentir la influencia, luchaba contra ella; apretaba los puños, sudaba tratando de vencerla; y, mientras, los estudiantes escuchaban mis frases incoherentes y contemplaban mis contorsiones, riéndose a carcajadas de los disparates de su profesor.

Luego, cuando se había apoderado por entero de mí, esa mujer me obligaba a decir las cosas más absurdas. Incluso contaba chistes tontos, soltaba frases sensibleras como si hiciera un brindis, tarareaba canciones populares y arremetía groseramente contra tal o cual de los presentes.

Luego, de repente, mi mente recobraba toda su claridad, reanudaba la lección y la terminaba correctamente.

¿Es de extrañar, pues, que mi comportamiento se convirtiera en objeto de charla en toda la Universidad? ¿Es de extrañar que el Consejo de la

Universidad se haya visto obligado a responder oficialmente a semejante escándalo?

Lo más terrible en todo esto es mi soledad.

Aquí estoy, apoyado en la repisa de una banal ventana inglesa que da a una banal calle inglesa, con sus policías paseando; y ahí, detrás de mí, se yergue una sombra que nada tiene en común con este siglo, con este ambiente.

En pleno corazón del país de la ciencia, estoy aplastado y atormentado por un poder del que nada sabe la ciencia.

Ningún juez accedería a prestarme oído; ningún periódico querría debatir mi caso; ningún médico admitiría los síntomas de mi estado.

Mis amigos más íntimos no verían en todo esto otra cosa que una señal de un desquiciamiento de mi razón.

He perdido todo contacto con mis congéneres.

¡Ah! ¡Maldita mujer! Que se ande con ojo. Muy bien podría empujarme demasiado lejos. Cuando la ley no puede hacer nada por uno, entonces uno se puede forjar una ley propia.

Me la encontré ayer por la noche en la Avenida Principal y me dirigió la palabra. Fue quizá una suerte para ella que ese encuentro no se produjera entre los setos de un solitario camino vecinal.

Me preguntó, con su gélida sonrisa, si me había ablandado un poco.

No me digné contestarle.

—Habrá que darle otra vuelta al torno —dijo ella.

¡Ah! ¡Cuidado, señora! ¡Cuidado!

Ya la tuve una vez a mi discreción. Puede que se presente otra oportunidad.

28 de abril

La suspensión de mis clases ha tenido como resultado positivo, por lo menos, el privarla de los medios de acosarme; de modo que he disfrutado de dos días felices y tranquilos.

Al fin y al cabo, no tengo motivos para desesperarme.

Me llegan de todos lados testimonios de simpatía; todo el mundo admite que han sido mi dedicación a la ciencia y el arduo carácter de mis investigaciones las que han desquiciado mi sistema nervioso.

El Consejo me ha mandado una carta, redactada en los términos más amables, sugiriéndome que haga un largo viaje, y expresando la seguridad y

la esperanza de que me encuentre en condiciones de reincorporarme a comienzos del semestre de verano.

No pueden ser más halagadores los términos en que se alude a mi pasado, a los servicios que he prestado a la Universidad.

Solamente en la desgracia se puede comprobar la propia popularidad.

Quizá ese ser dejará de torturarme, y entonces se arreglará todo. Dios lo quiera.

29 de abril

Nuestra pequeña y somnolienta ciudad ha conocido un pequeño acontecimiento sensacional.

La única forma que aquí adopta el crimen consiste en que un subgraduado alborotador rompa algunas farolas o se pelee con un policía.

Pero anoche hubo un intento de robo con fractura en la sucursal del Banco de Inglaterra, y todo el mundo está muy excitado.

Parkurson, el director de la sucursal, es íntimo amigo mío. Lo encontré muy nervioso al pasar por allí, dando un paseo.

Aunque los ladrones hubieran conseguido entrar en el banco, habrían tenido que vérselas todavía con las cajas fuertes; de modo que la defensa estaba mucho mejor armada que el ataque. A decir verdad, ese ataque no parece haber sido demasiado impetuoso.

Dos de las ventanas de la planta baja tienen señales de un intento de forzarlas por medio de unas tijeras o cualquier otro objeto introducido en las ranuras.

La policía debe disponer de una buena pista, ya que los marcos de las ventanas habían sido pintados de verde durante el día; así que debe haber manchas de pintura verde en las manos o en la ropa del culpable.

4 de la tarde

¡Ah! ¡Maldita mujer! ¡Mil veces maldita! ¡No importa! ¡No podrá conmigo; no, no podrá!

Pero ¡qué monstruo!

Ya me ha hecho perder la cátedra; ahora ataca mi honor.

¿No hay nada, pues, que pueda hacer contra ella, como no sea…? Pero, por muy acosado que esté, no puedo admitir esa idea.

Entré hace una hora en mi dormitorio, y me estaba peinando ante el espejo cuando mi mirada tropezó con algo que me dejó tan anonadado y helado de

miedo que tuve que sentarme al borde de la cama; me eché a llorar.

Hace no sé cuántos años que no lloraba, pero esta vez me había abandonado toda mi energía nerviosa.

No pude hacer otra cosa que sollozar, en un ataque de impotencia, de dolor y de ira.

La chaqueta de andar por casa, que me pongo habitualmente después de cenar, estaba colgada de una percha, junto al armario, ¡y la manga derecha estaba cubierta por una espesa capa de pintura verde, desde el puño hasta el codo!

¡A eso se refería al hablar de «darle otra vuelta al torno»!

Me ha convertido públicamente en un imbécil, y ahora quiere infamarme como un criminal.

Esta vez ha fracasado; pero ¿y la próxima vez…? No me atrevo a pensarlo.

¡Agatha! ¡Y mi pobre y anciana madre!

Quisiera estar muerto.

Sí, ésa es la segunda vuelta del torno, y sin duda aludía a esto cuando me advirtió que yo no sospechaba todavía la magnitud de su poder sobre mí.

Releo las anotaciones que tomé de mi conversación con ella; leo que, con un esfuerzo leve por su parte, el sujeto conservaría la conciencia, pero que, con un esfuerzo mayor, actuaría inconscientemente.

Anoche, yo era inconsciente.

Habría podido jurar que había pasado la noche durmiendo profundamente en mi casa, sin ni siquiera haber soñado.

Sin embargo, ahí están esas manchas que demuestran que me vestí, salí, traté de forzar las ventanas del banco, y regresé.

¿Me habrán visto?

Quizá alguien me viera actuando y me siguiera hasta mi casa.

¡Ah! ¡Mi vida se ha convertido en un infierno! Ya no tengo paz ni descanso. Pero mi paciencia está llegando a su límite.

10 de la noche

He limpiado la chaqueta con trementina. No creo que nadie me viera.

Fue mi destornillador el que dejó las señales. Lo he encontrado manchado de pintura y lo he limpiado.

La cabeza me duele como si estuviera a punto de estallar.

He tomado cinco pastillas de antipirina. De no ser por Agatha, habría tomado cincuenta y habría acabado con todo.

3 de mayo

Tres días de tranquilidad.

Esa diablesa infernal juega como el gato con el ratón. Me suelta para volver a saltar sobre mí.

Mi miedo es mayor cuando todo está tranquilo.

Mi condición física es lamentable: tengo un hipo que no para, y me cae el párpado izquierdo.

He oído decir que las Marden vuelven pasado mañana.

No sé si esto me alegra o me disgusta. En Londres estaban seguras; aquí pueden quedar atrapadas en la telaraña de desdicha en que me debato. Tengo que hablarles del asunto.

No puedo casarme con Agatha mientras no esté seguro de ser responsable de mis actos.

Sí, tengo que hablarles del asunto, aunque esto signifique una ruptura.

Esta noche se celebra el baile de la Universidad y tengo que ir. Dios sabe que jamás me he sentido tan poco inclinado a las diversiones, pero es preciso que no puedan decir que no estoy en condiciones de mostrarme en público.

11 h. 30 minutos de la noche

He ido al baile.

Charles Sadler y yo fuimos juntos, pero yo me he ido antes.

De todos modos le esperaré en casa, porque estas noches me da miedo abandonarme al sueño.

Charles es un muchacho alegre, práctico; su conversación revitalizará mis nervios.

La velada, en suma, ha sido excelente.

He hablado con todas las personas que tienen alguna influencia y creo haberles demostrado que mi cátedra no está todavía vacante.

Esa miserable estaba en el baile. No podía bailar, pero estaba allí, sentada con la señora Wilson.

Muchas veces su mirada se dirigió hacia mí.

Fue prácticamente lo último que vi al examinar el salón.

En un momento determinado, mientras estaba sentado de lado respecto a ella, la miré a hurtadillas y vi que seguía a alguien con la mirada.

Seguía a Sadler, que estaba entonces bailando con la señorita Thurston, la menor.

A juzgar por la expresión de la muchacha, es una suerte para Sadler no encontrarse tan atrapado como yo en las garras de esa miserable. No sabe de

qué se ha librado.

Me parece oír sus pasos en la calle. Bajaré para que entre en casa… si quiere.

4 de mayo

¿Por qué salí la pasada noche? No bajé; al menos, no recuerdo haberlo hecho. Claro que, por otra parte, tampoco recuerdo haberme acostado.

Tengo una mano muy hinchada esta mañana, pero no recuerdo en absoluto habérmela dañado.

Por lo demás me siento estupendamente después de la fiesta de ayer.

Pero no logro comprender cómo es posible que no viera a Charles Sadler, cuando tenía tantos deseos de hablar con él.

¿Será posible…? Dios mío, es más que probable… ¿No me habrá llevado otra vez esa mujer a cometer algún disparate?

Bajaré a ver a Sadler y le interrogaré.

Mediodía

Las cosas han llegado a un punto crítico. Mi vida no merece ya la pena de ser vivida. Pero si debo morir, morirá también ella. No permitiré que me sobreviva y que lleve a otro a la locura, como ha hecho conmigo. No. Mi paciencia ha alcanzado su límite.

Me ha convertido en el ser más desesperado y peligroso que hay en la tierra. Dios sabe que no le haría daño a una mosca, pero si le echase la mano encima a esa mujer, no saldría viva.

Hoy la veré. Se enterará de lo que puede esperar de mí.

Fui a ver a Sadler y me sorprendió mucho encontrarlo en cama.

Cuando entré se incorporó, y me miró con una cara que me sobresaltó.

—¡Vaya, Sadler! ¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

Pero mientras hablaba se me heló el espíritu.

—Gilroy —me contestó, musitando entre sus labios tumefactos—, hace semanas, varias semanas que me pregunto si está usted loco. Ahora estoy seguro; y estoy seguro, además, de que es usted un loco peligroso. Si no me hubiera contenido el miedo a provocar un escándalo perjudicial para la Universidad, ahora estaría usted en manos de la policía.

—¿Qué quiere decir? —exclamé.

—Quiero decir que ayer por la noche, en cuanto abrí la puerta, se abalanzó usted sobre mí, me golpeó en la cara con ambos puños, luego me

tiró al suelo, me dio puntapiés en las costillas y me dejó en la calle, casi sin sentido. ¡Fíjese en su mano! Es una prueba contra usted.

Sí. Era cierto. Mi mano, desde la muñeca, tenía la clase de hinchazón que produce el haber asestado un golpe terrorífico.

¿Qué hacer? Aunque Sadler estuviera convencido de que yo estaba loco, tenía que contárselo todo.

Me senté junto a su cama y le narré todos mis suplicios, desde el comienzo. Se lo conté todo, con manos temblorosas, con palabras cuyo ardor habría logrado convencer hasta al más escéptico.

—Me odia, y le odia también a usted —grité—. Se vengó de ambos al mismo tiempo, anoche. Me vio salir del baile y debió verle salir a usted también. Sabía el tiempo que le llevaría llegar hasta la casa, y entonces puso en marcha su voluntad criminal. ¡Ah! Su cara, con sus contusiones, es muy poca cosa comparada con las heridas que tengo yo en el alma.

—Sí, sí —musitó él—; me vio salir del baile. Esa mujer es capaz de eso… Pero ¿será posible que realmente le haya llevado a usted hasta este estado? ¿Qué piensa hacer?

—Acabar con esto —grité—. Me ha empujado hasta el límite. Hoy la avisaré noblemente, y la próxima vez será la última.

—No sea imprudente —me dijo Sadler.

—¡Que no sea imprudente! —exclamé—. La única imprudencia que podría cometer sería permitir que esto durara una hora más.

Dicho esto, me abalancé fuera de la habitación.

Y he aquí que me encuentro en vísperas de un acontecimiento que puede ser el punto crítico de mi vida.

Voy a actuar de inmediato.

Hoy he obtenido un gran logro; hay por lo menos un hombre que admite la realidad de esta monstruosa aventura mía.

Si ocurriera lo peor, aquí está este diario para testimoniar hasta dónde me he visto arrastrado.

Noche

Cuando llegué a casa de los Wilson me hicieron subir inmediatamente y me encontré frente a la señorita Penelosa.

Tuve que escuchar durante media hora el parloteo entusiasta de Wilson acerca de sus recientes investigaciones sobre la precisa naturaleza de los trances espiritistas, mientras aquel ser y yo permanecíamos en silencio, mirándonos sesgadamente.

Yo leía en su mirada un regocijo siniestro. Ella debió leer en la mía el odio y la amenaza.

Casi había abandonado la esperanza de hablar con ella a solas cuando llamaron a Wilson, que tuvo que salir de la habitación. Nos quedamos cara a cara algunos minutos.

—¡Bueno, profesor Gilroy! —me dijo, con esa sonrisa acre propia de ella —. Mejor dicho, *señor* Gilroy, ¿qué tal le va a su amigo, el señor Sadler, después del baile?

—¡Se han acabado tus artimañas, diablesa! —grité—. Ya basta. Escucha lo que voy a decirte.

Atravesé la habitación a zancadas y la sacudí brutalmente por los hombros.

—¡Tan cierto como que hay un Dios en el cielo, te juro que si vuelves a cometer contra mí alguna de tus maldades infernales te lo haré pagar con la vida! ¡Pase lo que pase, te mataré! He llegado al límite de lo que un hombre puede soportar.

—Todavía no hemos acabado de saldar nuestras cuentas —dijo ella con una vehemencia igual a la mía—. Sé amar, y sé odiar. Podías elegir, y preferiste rechazar mi amor a puntapiés. Ahora tienes que saborear mi odio. Será necesario un pequeño esfuerzo para acabar con tu testarudez, pero se conseguirá… La señorita Marden vuelve mañana, según tengo entendido.

—¿Y eso a ti qué te importa? —grité—. La insultas solo con pensar en ella. Si te creyera capaz de hacerle el menor daño…

Estaba asustada: me daba cuenta. Aunque trataba de mostrarse segura, leía en mi pensamiento y retrocedía ante mí.

—La señorita Marden es afortunada al tener un campeón como usted —me dijo—. ¡Un hombre que se atreve a amenazar a una mujer sola! Desde luego, he de felicitar a la señorita Marden por tener a semejante protector.

Lo que decía era amargo; su tono y su expresión eran todavía más acres.

—Sobran las palabras —dije—. Sólo he venido a advertirle, del modo más solemne, que la próxima villanía que haga conmigo será la última.

Tras decir esto, oí los pasos de Wilson subiendo las escaleras y salí de la habitación.

Sí. Por muy venenosa y terrible que sea su expresión, ahora debe empezar a darse cuenta de que tiene tanto que temer de mí como yo de ella.

¡Asesinato! Es una palabra horrenda, pero cuando se mata a un tigre o a una serpiente no se habla de asesinato.

Que se ande con cuidado de ahora en adelante.

5 de mayo

Fui a recibir a Agatha y a su madre a las once en la estación.

¡Tiene un aire tan vital, tan feliz! ¡Es tan hermosa!

¡Y qué placer ha mostrado al volver a verme!

¿Qué he hecho yo para merecer ese amor?

Las acompañé hasta su casa y almorzamos juntos.

Me pareció como si en un instante un velo me ocultara todos los suplicios de mi vida.

Agatha me dijo que tengo mal aspecto, que estoy pálido y parezco enfermo. ¡La pobre niña atribuye esto a mi soledad y a los pocos cuidados de un ama de llaves a sueldo! ¡Dios quiera que jamás conozca la verdad!

¡Que la sombra, si es que sombra ha de haber, caiga para siempre sobre mi propia vida y la deje a ella a pleno sol!

Acabo de volver de su casa. Me siento como nuevo.

Con Agatha junto a mí creo que podría enfrentarme con todo lo que la vida pudiera infligirme.

5 de la tarde

Intentaré ser preciso.

Intentaré anotar con exactitud lo ocurrido.

El recuerdo está todavía en mi mente. Puedo contar lo sucedido con exactitud, aunque es poco probable que jamás olvide lo ocurrido hoy.

Volví de casa de las Marden después de comer, y estaba preparando muestras microscópicas en estado de congelación para mi micrótomo, cuando percibí de pronto esa pérdida de la conciencia que tanto me aterra y que tan bien conozco desde hace poco.

Al recobrar el sentido, me encontré sentado en una habitación muy distinta de aquella en la que había estado trabajando.

Era una habitación cómoda y luminosa, con sillones de cotonada estampados; las cortinas eran multicolores, y junto a las paredes había numerosos objetos decorativos.

Un primoroso reloj de péndulo, frente a mí, marcaba su tic-tac, y sus agujas indicaban las tres y media.

Todo me parecía muy familiar; pese a ello, lo contemplé todo con asombro, hasta que mi mirada se detuvo en una fotografía: la mía, enmarcada y colocada sobre el piano. Junto a ella había otra fotografía, la de la señorita Marden.

Entonces, claro está, supe dónde estaba.

Era el saloncito de Agatha.

Pero ¿cómo explicar mi presencia allí? ¿Había sido enviado allí con algún fin diabólico?

¿Habría llevado ya a cabo ese fin? Sin duda; de no ser así no se me habría permitido recobrar la conciencia de mí mismo.

¡Oh, cuánto sufrí entonces! ¿Qué habría hecho?

Me puse en pie bruscamente, desesperado… Y entonces cayó en la alfombra un pequeño frasco que tenía sobre las rodillas.

No se había roto. Lo recogí.

Su etiqueta decía: «Ácido sulfúrico concentrado».

Cuando le quité el tapón de vidrio, salió del frasco un humo denso, acompañado de un olor acre, asfixiante, que se extendió por la habitación.

Reconocí el frasco que tenía en mi laboratorio como reactivo químico.

Pero ¿por qué habría traído un frasco de vitriolo a la habitación de Agatha? ¿No será ése el líquido viscoso y humeante que muchas mujeres celosas han utilizado para destruir la belleza de sus rivales?

Se me paró el corazón cuando puse el frasco a contraluz para examinarlo. ¡Gracias a Dios! Estaba lleno.

Hasta aquel momento, pues, no se había perpetrado ninguna atrocidad.

Pero si Agatha hubiese entrado un minuto antes, ¿no era seguro que el infernal parásito que había entrado en mí me habría obligado a tirarle aquel líquido a la cara? Indudablemente, así habría sido, ya que, de lo contrario, ¿por qué lo habría traído?

Al pensar en lo que había estado a punto de hacer, mis nervios, ya debilitados, llegaron a su punto de ruptura. Me dejé caer en un asiento, temblando, convulso, convertido en un pingajo humano.

La voz de Agatha y el susurro de su vestido me devolvieron la conciencia.

Alcé la mirada y vi que me observaban sus ojos azules, rebosantes de ternura y de piedad.

—Tendremos que llevarte al campo, Austin. Necesitas descanso y tranquilidad. Pareces horriblemente cansado.

—¡Oh, nada, no es nada! —dije, tratando de sonreír—. Ha sido un desmayo pasajero. Ahora estoy perfectamente.

—Siento mucho haberte dejado aquí esperando. ¡Pobre amigo mío! Debe hacer al menos media hora que estás aquí. El párroco estaba en la sala, y como sé que no te entusiasma hablar con él, me ha parecido mejor que Jane te trajera aquí. ¡Me parecía que ese hombre no se iba a marchar nunca!

—¡Gracias a Dios por su demora! ¡Gracias a Dios que se haya quedado! —grité, enloquecido.

—Pero ¿qué te ocurre, Austin? —me preguntó ella, tomándome del brazo mientras yo me levantaba, tambaleante—. ¿Por qué te alegra que el párroco se haya quedado tanto rato? ¿Y qué es ese frasquito que llevas en la mano?

—¡Nada! —exclamé, metiendo rápidamente el frasco en el bolsillo—. Pero he de irme; tengo algo importante que hacer.

—¡Qué aspecto tan terrible tienes, Austin! Nunca te había visto así. ¿Estás enfadado?

—Sí, lo estoy.

—Pero ¿conmigo?

—Claro que no, querida mía. Pero no entenderías…

—Todavía no me has dicho para qué has venido.

—He venido para preguntarte si me querrás siempre… haga lo que haga… sea cual sea la sombra que caiga sobre mi nombre. ¿Confiarías en mí, por tremendas que fueran las apariencias en mi contra?

—Sabes que te seré fiel, Austin.

—Sí. Sé que lo serás. Haga lo que haga, lo haré por ti. Estoy obligado a hacerlo. No hay otro modo de salir de esta situación, querida mía.

La besé y salí dando zancadas.

Había quedado atrás el tiempo de la indecisión.

Mientras aquel monstruo había amenazado solamente mis intereses y mi honor, había podido preguntarme qué hacer.

Pero ahora, cuando Agatha… mi inocente Agatha… estaba en peligro, mi deber quedaba tan claramente trazado como una carretera.

No iba armado, pero eso no me detuvo. ¿Qué arma necesitaba, si sentía en tensión todos mis músculos y percibía en ellos la fuerza de un loco furioso?

Corrí por las calles, tan obsesionado por lo que me proponía hacer que sólo muy vagamente reconocí a los conocidos con los que me cruzaba, y apenas me di cuenta de que el profesor Wilson corría, tan precipitadamente como yo, en dirección contraria a la mía.

Llegué a la casa, jadeante, pero resuelto. Llamé.

Me abrió una criada. Estaba turbada, y su turbación aumentó al ver al hombre que tenía delante.

—Lléveme inmediatamente ante la señorita Penelosa —exigí.

—Señor —me contestó con voz balbuceante—, la señorita Penelosa ha muerto esta tarde, a las tres y media.

La caja barnizada de negro

—Fue una cosa rara —dijo el profesor particular—; uno de esos incidentes grotescos y caprichosos que le ocurren a una persona en sus andanzas por la vida. Por culpa de él perdí la mejor colocación que jamás se haya ofrecido. Sin embargo, me felicito de haberme presentado en Thorpe Place, porque gané… Bueno, lo que gané se sabrá oyendo contar el relato que voy a hacer. Ignoro si está usted familiarizado con la región de Midlands, cuyas aguas recoge el río Avon. Es la región más inglesa de Inglaterra. En su centro mismo vio la luz Shakespeare, la flor y nata de toda la raza. Es una región de prados ondulantes, que sube en pliegues cada vez más altos conforme se va hacia occidente hasta fundirse con las colinas de Malvern. No existen poblaciones importantes y sí numerosas aldeas, cada una de ellas con su iglesia normanda de color gris. Las construcciones de ladrillo quedan atrás conforme se sale de los condados del sur y del este; allí todo es de piedra; piedra en los muros, y losas de piedra manchadas de líquenes en los tejados. Todo ello es adusto, sólido y macizo, tal como cuadra al corazón de un gran país.

En la parte central de esa región, a no mucha distancia de Evesham, vivía *sir* John Bollamore en su vieja casa solariega de Thorpe Place, y allí fui yo para dar lecciones a sus dos hijos pequeños. *Sir* John era viudo; su esposa había muerto tres años antes, dejándole aquellos dos mocitos de ocho y diez años, además de una niña encantadora de siete. La señorita Witherton, que es actualmente mi esposa, era entonces la institutriz de esa niña. Yo era el profesor particular de los dos muchachos. No cabía, pues, un preludio más evidente para un compromiso matrimonial. Ella es ahora mi gobernanta y yo el que da lecciones a dos muchachitos hijos de ella y míos. Y, mire usted por dónde, he descubierto ya qué fue lo que gané en Thorpe Place.

Era una casa antiquísima, increíblemente antigua, porque una parte de la construcción era anterior a los normandos, y los Bollamores afirmaban haber vivido allí desde mucho antes de la conquista. El día que yo llegué a la casa

sentí un escalofrío que me llegó al corazón, al ver aquellos muros grises de un grosor enorme, las piedras sin desbastar y desmigajándose, y el husmillo como de animal enfermo que despedían los resquebrajados revocos del secular edificio. Ahora bien: la parte moderna era alegre y el jardín estaba muy bien cuidado. Ninguna casa podía resultar triste teniendo en su interior una linda muchacha y delante de la fachada una colección de rosales como los que había en aquel jardín.

Aparte de un equipo muy completo de criados y criadas, sólo cuatro personas formábamos parte de la casa. Esas cuatro personas éramos la señorita Witherton, que en aquel entonces tenía veinticuatro años y que era tan linda —pues verá, era tan linda como lo es en la actualidad la señora de Colmore—; Colmore, Frank Colmore, es decir, yo, que tenía treinta años; la señora Stevens, ama de llaves, mujer seca y callada, y el señor Richards, un hombre de aspecto militar, que llevaba la administración de las fincas de Bollamore. Los cuatro comíamos juntos; pero *sir* John solía de ordinario comer solo en su despacho. Algunas veces cenaba con nosotros; pero bien mirado todo, no le echábamos de menos cuando comía aparte.

Era, y eso lo explica todo, un hombre imponente. Imagínense ustedes un caballero de seis pies y tres pulgadas de estatura, majestuosamente conformado, de nariz gruesa, cara aristocrática, cabello salpicado de gris, cejas muy hirsutas, barba pequeña y puntiaguda, mefistofélica, y alrededor de los ojos y en la frente unas arrugas que, por lo profundas, parecían talladas con un cortaplumas. Sus ojos eran grises, unos ojos cansados y de expresión desesperanzada, altivos, pero patéticos; unos ojos que imploraban compasión, pero que le desafiaban a usted a que los compadeciese. Tenía las espaldas cargadas por efecto de su constante dedicación al estudio, pero aparte de eso era un hombre de muy buen ver para sus años, que quizá llegasen a los cincuenta y cinco. Ninguna mujer lo habría deseado de mejor apariencia.

Sin embargo, su presencia no era como para alegrarlo a uno. Siempre cortés, siempre muy fino, era extremadamente callado y reservado. Jamás he convivido tanto tiempo con un hombre y sabido menos de él. Cuando estaba en casa pasaba su tiempo en su despacho de la torre oriental o en su biblioteca de la parte moderna del edificio. Era tan exacto en la rutina de su vida que podía decirse siempre y a cualquier hora dónde se encontraba en ese momento. Iba dos veces a su despacho, una después de desayunar y otra a eso de las diez de la noche. El portazo de la maciza puerta podía servirle a uno para poner el reloj en hora. El resto del día lo pasaba en su biblioteca, salvo que por la tarde dedicaba un par de horas a dar un paseo a pie o a caballo,

pero siempre solo, como todo el resto de su vida. Amaba a sus dos hijos, y se interesaba vivamente en la marcha de sus estudios; pero ellos se sentían algo acobardados por aquel hombre callado y de tupidas cejas, evitando siempre que podían su trato. A decir verdad, eso mismo hacíamos todos.

Tardé algún tiempo en enterarme de pormenores de la vida de *sir* John Bollamore, porque la señora Stevens, ama de llaves, y Richards, el administrador de las fincas, eran personas demasiado leales para dejarse ir de la lengua hablando de las cosas de su amo. En cuanto a la institutriz, sabía tan poco como yo, y ese interés común nuestro contribuyó a que nos tratásemos con mayor intimidad. Pero un buen día ocurrió un incidente que me hizo intimar algo más con Richards, y me permitió conocer más a fondo la vida del hombre a cuyo servicio estaba yo.

La causa inmediata fue nada menos que el haberse caído el señorito Percy, es decir, el de menor edad de mis alumnos, en el caz del molino, con peligro inminente para su vida y para la mía, puesto que yo me lancé al agua para salvarle. Chorreando agua y agotado —porque quedé más rendido que el muchacho—, me dirigía hacia mi habitación cuando *sir* John, que había oído el barullo de la gente, abrió la puerta de su pequeño despacho y me preguntó qué había ocurrido. Se lo conté, pero le di la seguridad de que su hijo no corría ningún peligro. Él me escuchó sin que se moviese un músculo de sus ásperas facciones, concentrando en la intensa mirada de sus ojos y en sus labios apretados toda la emoción que trataba de ocultar.

—¡Espere un momento! ¡Entre aquí! ¡Cuénteme todos los detalles! —me dijo, volviendo a penetrar por la puerta que había quedado abierta.

Así fue como me encontré dentro de aquel pequeño recinto sagrado, en el que, según supe después, no había puesto nadie los pies en tres años, salvo la vieja criada que hacía la limpieza. Era una habitación redonda, que se adaptaba a la forma de la torre, en cuyo interior estaba; el techo era bajo, tenía una única ventana estrecha, y rodeada de hiedra, y el mobiliario era de lo más sencillo, porque consistía en una alfombra antigua, una sola silla, una mesa de tabla lisa y un pequeño aparador de libros. Sobre la mesa se veía una fotografía de mujer, de cuerpo entero. No me fijé de una manera especial en las facciones, pero recuerdo que la impresión general que me produjo fue de bondadosa amabilidad. Junto al retrato había una gran caja barnizada de negro y uno o dos fajos de cartas o documentos sujetos con tiras elásticas.

Nuestra conversación fue breve, porque *sir* John Bollamore se dio cuenta de que yo estaba empapado de agua y que era preciso que me mudase de ropa inmediatamente. Sin embargo, ese incidente me llevó a tener una instructiva

charla con Richards, el administrador, que jamás había entrado en aquella habitación que fue abierta para mí por casualidad, y estuvo paseando conmigo de un lado para otro por los caminos del jardín mientras mis dos alumnos jugaban al tenis en la cespedera que había al lado.

—No puede usted darse cuenta de lo que supone la excepción que se ha hecho con usted —me dijo—. Esa habitación se ha mantenido en el más completo misterio, y las visitas que *sir* John hace a ella son tan regulares y tan infalibles que han dado lugar a que entre el personal de la casa haya corrido un sentimiento casi supersticioso. Le aseguro que si le repitiera todo lo que por ahí se cuenta sobre visitantes misteriosos, y los relatos que hacen las criadas de haber escuchado voces dentro, llegaría usted a sospechar que *sir* John ha recaído en su antigua manera de ser.

—¿Por qué dice usted que ha recaído? —le pregunté.

Me miró sorprendido, y me contestó:

—¿Es posible que desconozca usted la vida anterior de *sir* John Bollamore?

—La desconozco por completo.

—Me deja usted asombrado. Creí que no existía en toda Inglaterra nadie que no supiese algo de sus antecedentes. No mencionaría este asunto si usted no fuera en la actualidad uno de los nuestros, y si no temiera que los hechos llegasen a sus oídos en forma más abultada si yo siguiese guardando silencio. Siempre di por supuesto que usted sabría que estaba al servicio del *Demonio Bollamore*.

—¿Por qué el *demonio*? —le pregunté.

—Usted es joven y la vida corre mucho; pero la verdad es que hará unos veinte años, Bollamore, *el Demonio*, era uno de los hombres más conocidos en Londres. Figuraba como el número uno entre la pandilla de los disolutos, era aficionado a los combates de boxeo, presumía de conducir coches, era jugador y borracho; es decir, un superviviente del tipo de aristócratas de otros tiempos, y tan perdido como el más perdido de aquéllos.

Me quedé mirándolo, atónito, y exclamé:

—¡Ese hombre tan callado, estudioso y de expresión triste!

—Era el mayor disoluto y juerguista de Inglaterra. Todo esto queda entre nosotros, Colmore. ¿Comprende usted ahora a qué me refiero cuando le digo que, todavía hoy, el oír dentro de su habitación una voz de mujer puede despertar recelos?

—¿Y qué es lo que llegó a hacerle cambiar como ha cambiado?

—Fue la pequeña Berila Clare, en el momento en que quiso correr el peligro de ser su esposa. Ése fue el recodo de la vida de ese hombre, que había llegado tan lejos que su propia pandilla de juerguistas lo apartó de sí. Ya sabe usted que existe una diferencia inmensa entre el bebedor y el borracho. Toda esa clase de gente bebe; pero el borracho habitual es tabú entre ellos. *Sir* John había llegado a ser un esclavo de la bebida; un esclavo sin posible redención. Y de pronto interviene aquella mujer, descubre en aquel despojo humano ciertas posibilidades de hombre de gran calidad, corre el riesgo de casarse con él, aunque habría podido elegir entre una docena de pretendientes; le consagra su vida, y logra devolverle la hombría y el respeto de sí mismo. Ya habrá usted observado que en esta casa no se guardan jamás bebidas. Dejaron de entrar en el momento mismo en que aquella mujer cruzó el umbral. Una gota de alcohol sería, incluso hoy, como dar a probar sangre a un tigre.

—Según eso, sigue dejándose sentir la influencia de aquella mujer.

—Ahí está lo maravilloso del caso. Cuando ella falleció hace tres años, todos nosotros creíamos y temíamos que *sir* John recaería en su antigua vida. Lo temió ella misma, y ese pensamiento llenó de terror sus últimos momentos, porque era como el ángel guardián de ese hombre y vivía únicamente pensando en esa única finalidad. A propósito, ¿vio usted acaso en el despacho una caja barnizada de negro?

—Sí.

—Me imagino que dentro de ella están las cartas que le escribió. Siempre que ha tenido que ausentarse, aunque sólo fuese para una sola noche, se ha llevado invariablemente la caja barnizada de negro. Bien, Colmore, quizá le haya hablado más de lo debido; pero confío en que usted me corresponderá con sus confidencias si llega a conocimiento suyo cualquier cosa de interés.

Comprendí que aquel buen hombre estaba recomido de curiosidad y también un poco molesto porque yo, recién venido, hubiese sido el primero en entrar en la habitación no pisada por nadie. Pero esto me hizo ganar en su aprecio, y de allí en adelante el trato entre nosotros fue más íntimo.

La figura silenciosa y mayestática de mi patrono se convirtió para mí en un objeto de mayor interés. Empecé a comprender la mirada extraordinariamente humana de sus ojos, y los profundos surcos de aquel rostro arrugado por las preocupaciones. Era un hombre que sostenía una batalla incesante, manteniendo a la distancia del brazo, desde la mañana hasta la noche, a un horrible adversario que se esforzaba constantemente por llegar al cuerpo a cuerpo; a un adversario que, si lograba clavar en él sus garras de

nuevo, lo destrozaría en cuerpo y alma. Cuando yo contemplaba aquella figura adusta y cargada de hombros que se paseaba por el pasillo o que iba y venía por el jardín, me daba la impresión de que el peligro inminente tomaba forma corpórea, llegando casi a imaginarme que veía a ese demonio, el más repugnante y peligroso de todos, agazapado en su misma sombra, igual que una fiera que se desliza medio acobardada a un lado de su domador, dispuesta a saltarle al cuello en cuanto tenga el menor descuido. Y también la difunta, la mujer que había consagrado su vida a resguardarlo de este peligro, tomaba forma en mi imaginación, y yo la veía como una aparición incorpórea, pero bellísima, que actuaba constantemente, protegiendo con los brazos en alto al hombre que ella amaba.

Sir John parece que hubiese adivinado de una manera sutil la simpatía que yo le inspiraba, y me demostraba a su propia manera silenciosa que me lo agradecía. Llegó en una ocasión hasta invitarme por la tarde a salir de paseo con él, y aunque no cambiamos entre nosotros una sola palabra, era aquélla una muestra de confianza que jamás había dado a nadie. Me pidió también que le hiciese el catálogo de su biblioteca, que era una de las mejores bibliotecas particulares de Inglaterra, y pasé muchas veladas en su presencia, ya que no en su trato, porque él leía sentado delante de su mesa, mientras que yo, sentado en un hueco próximo a la ventana, ponía orden en el caos existente entre sus libros. A pesar de estas relaciones más estrechas, nunca volvió a invitarme a que entrase en la habitación de la torre.

Y fue entonces cuando se produjo una revulsión en mis sentimientos. Bastó un solo incidente para transformar mi simpatía en aborrecimiento, porque me hizo comprender que mi patrono seguía siendo todo lo que había sido, con el vicio adicional de la hipocresía. Lo que ocurrió fue lo siguiente:

La señorita Witherton se marchó una tarde a Broadway, que era la aldea más próxima, para cantar en una función benéfica, y yo, según le había prometido, me acerqué hasta allí para acompañarla en su regreso. La avenida de carruajes traza una curva por debajo de la torre oriental, y me fijé, al pasar, en que la habitación circular tenía luz. Era una noche de verano, y la ventana, que quedaba algo más alta que nuestras cabezas, se encontraba abierta. Nosotros veníamos absortos en nuestra conversación y apartó nuestro pensamiento de lo que estábamos hablando.

Era una voz. Era, indiscutiblemente, la voz de una mujer. Era una voz que hablaba en tono bajo; tan bajo que únicamente porque el aire de la noche estaba en calma pudimos oírla; pero que, por muy bajo que hablase, no cabía duda alguna de que su timbre era de mujer. Hablaba precipitadamente,

pronunciaba algunas frases como a borbotones y luego se callaba, convirtiéndose en una voz lamentable, susurrante, suplicante. La señorita Witherton y yo permanecimos un momento mirándonos el uno al otro fijamente. Luego nos alejamos con paso rápido hacia la puerta del vestíbulo.

—Salió de la ventana —dije yo.

Ella me contestó:

—No debemos hacer el papel de espías. Debemos olvidarnos de lo que hemos oído.

Hablaba con una ausencia de sorpresa que me trajo al pensamiento una nueva idea.

—Tú has oído ya esa voz antes de ahora —exclamé.

—¡Qué remedio! Mi cuarto está un piso más arriba de esa misma torre. Es cosa que ha ocurrido con frecuencia.

—¿Y quién puede ser esa mujer?

—No puedo imaginármelo, y prefiero no hablar de ello.

Su voz bastaba para darme a entender lo que ella pensaba. Pero dando por supuesto que nuestro patrono vivía una vida doble y dudosa, ¿quién podía ser ella, la mujer misteriosa que le hacía compañía dentro de la vieja torre? Yo mismo había visto con mis propios ojos que era aquélla una habitación desnuda y triste. La mujer no vivía allí, desde luego. Pero entonces, ¿de dónde acudía? No podía ser ninguna persona de la casa, porque los ojos vigilantes de la señora Stevens no perdían de vista a la servidumbre. La visitante debía venir del exterior. Pero ¿cómo?

Y, de pronto, recordé lo antiquísimo del edificio, y lo muy probable que era la existencia en el mismo de algún pasadizo medieval secreto. Apenas si existe ningún viejo castillo que no lo tenga. La habitación misteriosa formaba la planta baja de la torre, de modo que, caso de existir un pasadizo de esa clase, tendría su entrada por el suelo de la misma. A pequeña distancia de la finca había muchas casitas. Quizá la salida del pasaje secreto estuviera entre la maraña de matorrales del monte bajo de aquellas cercanías. Nada dije a nadie, pero me creí poseedor del secreto de mi amo.

Cuanto más convencido iba estando de ello, más me maravillaba del modo como aquel hombre escondía su verdadera manera de ser. Muchas veces, contemplando aquel semblante severo, me preguntaba si era en verdad posible que un hombre como ése fuera capaz de llevar aquella doble vida, y entonces me esforzaba por convencerme de que mis sospechas podían estar, a fin de cuentas, mal fundadas. Pero pensaba en aquella voz de mujer, en la cita secreta nocturna en el interior de la habitación de la torre, y me preguntaba

cómo era posible que hechos tales fuesen susceptibles de una interpretación inocente. Sentí horror hacia aquel hombre. Su constante hipocresía me inspiró un verdadero aborrecimiento.

Sólo en una ocasión, durante todos aquellos meses, pude verlo despojado de aquella máscara de tristeza impasible con que se presentaba de ordinario ante las demás personas. Tuve una visión instantánea de aquellas hogueras volcánicas que él había mantenido como apagadas durante tanto tiempo. La ocasión a que me refiero fue indigna, porque el objeto de los furores de *sir* John era la anciana criada que, según he dicho ya, era la única persona a la que se permitía el acceso a la cámara misteriosa. Cruzaba yo por el pasillo que conduce a la torre —porque mi dormitorio estaba en esa dirección— cuando escuché un chillido súbito y sobresaltado y, a continuación, el vociferar ululante y ronco de un hombre al que la ira no permite articular palabra. Era el gruñido furioso de una fiera salvaje. Y enseguida oí la voz del mismo hombre que gritaba, estremecida de furor: «¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve usted a desobedecer mis órdenes!». Un instante después, la mujer de la limpieza, que venía a todo correr por el pasillo, se cruzó conmigo. Estaba lívida y temblando, y la terrible voz la perseguía con sus bramidos: «¡Vaya a que le haga la cuenta la señora Stevens! ¡Y no vuelva jamás a poner los pies en Thorpe Place!».

No pude por menos de seguir a la mujer, porque me comía la curiosidad. La encontré a la vuelta de una esquina del pasillo, apoyada de espaldas contra la pared y estremeciéndose igual que un conejo asustado.

—¿Qué le ocurre, señora Brown? —le pregunté.

—¡El amo! —jadeó—. ¡Qué susto me ha dado! ¡Si usted hubiera visto sus ojos, señor Colmore! Pensé que iba a matarme.

—Pero ¿qué ha hecho usted?

—¿Qué he hecho, señor? Nada. O por lo menos nada que tuviese tanta importancia. No hice sino poner la mano encima de aquella caja negra que tiene. Ni siquiera la había abierto, cuando llegó él, y ya le ha oído usted cómo se ha puesto. He perdido mi empleo, pero me alegro, porque ya nunca estaría tranquila cerca de ese hombre.

De modo que la caja barnizada de negro había sido la causa de aquel estallido; es decir, la caja de la que ese hombre no se separaba jamás. ¿Qué relación había, o mejor dicho, había alguna relación entre aquello y las visitas secretas de la dama cuya voz yo había escuchado? La ira de *sir* John Bollamore era tan arrebatada como duradera, porque la señora Brown, la

mujer de la limpieza, desapareció ese día de nuestra vista y ya no se la vio más en Thorpe Place.

Y ha llegado ya el momento de contar por qué extraña casualidad pude poner en claro todas estas cuestiones misteriosas, haciéndome dueño del secreto de mi patrono. Quizá le quede al lector un cosquilleo de duda sobre si mi curiosidad no se sobrepuso a mi honor, y si yo no me dejé llevar a ejercer el papel de espía. Si el lector piensa de esa manera yo no puedo impedirlo, pero al menos, por muy improbable que parezca, puedo dar la seguridad absoluta de que ese hecho se produjo tal y como voy a describirlo.

El primer acto de este desenlace sucedió cuando el cuartito de la torre quedó inhabitable, al venirse abajo la viga de roble comida por la carcoma en que se sostenía el cielo raso. Apolillada de siglos, se rompió una mañana por el medio, y arrastró al caerse una cantidad del revoco del techo. Afortunadamente, *sir* John no se encontraba en la cámara en ese momento. Se retiró su valiosa caja de entre los restos y escombros y se llevó a la biblioteca, donde permaneció de allí en adelante guardada con llave dentro de su mesa de escritorio. *Sir* John no tomó medida alguna para reparar la techumbre, y yo no tuve nunca oportunidad de buscar el pasaje secreto cuya existencia había dado por supuesta. Pensé, por otra parte, que con aquélla se habrían acabado las visitas de la dama en cuestión; pero desapareció esa creencia mía al oír que el señor Richards preguntaba una noche a la señora Stevens quién era la mujer a la que él había oído hablar con *sir* John dentro de la biblioteca. Yo no pude oír la contestación del ama de llaves, pero comprendí, por la manera como la dio, que no era la primera vez que se veía obligada a contestar o a esquivar esa misma pregunta. Entonces el administrador se dirigió a mí:

—¿Ha oído usted esa voz, Colmore?

Confesé que, en efecto, la había oído.

—¿Y qué opinión se ha formado usted?

Me encogí de hombros y le hice notar que no era asunto de mi incumbencia.

—Vamos, vamos —me dijo—, que usted siente tanta curiosidad como cualquiera de nosotros. ¿Es o no voz de mujer?

—Es voz de mujer, sin duda alguna.

—¿De qué habitación salía cuando usted la oyó?

—De la habitación de la torre, antes del derrumbe del techo.

—Yo, en cambio, he oído esa voz anoche, y salía de la biblioteca. Crucé por delante de la puerta cuando me retiraba a dormir, y oí con la misma

nitidez con que ahora le estoy oyendo a usted, una voz que parecía gemir y suplicar. Podría ser una mujer…

—¿Es que podría ser otra cosa?

Me miró fijamente y contestó:

—Hay otras muchas cosas en el cielo y en la tierra. Si se trata de una mujer, ¿por dónde entra allí?

—No lo sé.

—Claro; ni yo tampoco. Pero si es otra cosa… Pero, vaya, esta conversación está tomando un giro ridículo para hombres de sentido práctico que viven en las postrimerías del siglo xix.

Se alejó, pero yo me di cuenta que no había dicho todo lo que sentía. Una nueva leyenda de fantasmas venía a sumarse ante nuestros mismos ojos a las muchas que de antiguo circulaban sobre Thorpe Place. Quizá esa leyenda nueva haya adquirido en la actualidad carácter definitivo, porque nunca llegó a los demás la explicación que yo pude obtener acerca de la misma.

Esa explicación llegó de la siguiente manera. Debido a una neuralgia había pasado yo una noche sin poder conciliar el sueño, y a eso del mediodía ingerí una fuerte dosis de clorodina para aliviar el dolor. Andaba yo por aquel entonces dando fin al catálogo de la biblioteca de *sir* John Bollamore, y acostumbraba a trabajar en esa habitación desde las cinco hasta las siete. Ese día luchaba yo contra la doble influencia de la mala noche pasada y la del narcótico. He dicho ya antes que la biblioteca tenía una especie de entrante, y que yo solía trabajar apartado, dentro del mismo. Me puse a mi tarea con gran actividad, pero me venció la fatiga, me arrellané en el respaldo del sillón y caí en un sueño profundo.

Ignoro cuánto tiempo duró mi sueño, pero el hecho es que cuando desperté reinaba la más completa oscuridad. Medio amodorrado por los efectos de la clorodina que ingerí, seguí en el mismo sitio, en un estado de semiinconsciencia. Me veía como amurallado en la oscuridad de la gran sala de altas paredes recubiertas de libros. Por la ventana del fondo penetraba una leve luminosidad lunar, y sobre ese fondo más claro distinguí la figura de *sir* John Bollamore, sentado delante de su mesa de trabajo. Su cabeza bien plantada y el neto perfil de su rostro formaban una destacada silueta sobre el recuadro luminoso que tenía detrás. Mientras le miraba, se inclinó hacia delante, y llegó hasta mis oídos el ruido de una llave dentro de una cerradura, y el roce de un objeto metálico sobre otro objeto metálico. Lo mismo que si estuviese soñando, tuve la vaga sensación de que el objeto que tenía delante era la caja barnizada de negro, y que había sacado de ella un objeto de forma

achatada y rara, que tenía delante, encima de la mesa. Ni por un instante me pasó por el cerebro amodorrado y torpón la idea de estar entrometiéndome en su vida privada, porque él creía encontrarse a solas en la biblioteca. Y de pronto, se aclararon, horrorizadas, mis facultades mentales; ya me incorporaba para dar señales de mi presencia, cuando oí un chirrido extraño, seco y metálico. Y, acto seguido, la voz.

Sí, era una voz de mujer; no cabía la menor duda. Pero era una voz tan vibrante de emoción suplicante y de amor incontenible, que resonará para siempre en mis oídos. Me llegaba con un timbre de lejanía, pero las palabras eran de pronunciación limpia, aunque débiles, muy débiles, porque eran las últimas que pronunciaba una mujer moribunda.

—No creas que me he apartado de ti, John —decía la voz delgada y raspante—. Sigo estando a tu lado, y no me apartaré de ti hasta que volvamos a vernos cara a cara. Me muero feliz pensando en que seguirás escuchando mañana y noche mi voz. ¡Sé fuerte, John; sé fuerte hasta que nos reunamos otra vez!

He dicho que me incorporé para dar a conocer mi presencia en aquel lugar, pero me era imposible hacerlo mientras resonaba aquella voz. Me quedé, pues, tal como estaba, medio recostado, medio sentado, atónito, sin poder mover un solo miembro de mi cuerpo, escuchando aquellas palabras anhelantes, lejanas, musicales. Y él, *sir* John, estaba tan absorto que quizá no me habría oído aunque le hubiese hablado. Pero al volver la voz al silencio, rompí yo en balbuceos de disculpas y explicaciones. *Sir* John cruzó en dos saltos la habitación, encendió la luz eléctrica, y a su blanco resplandor lo vi con ojos llameantes de ira y la cara contorsionada de furor, tal y como es probable que lo hubiese visto unas semanas antes la desventurada mujer de la limpieza.

—¡Señor Colmore! ¡Usted aquí! —exclamó *sir* John—. ¿Qué significa esto?

Se lo expliqué todo con palabras entrecortadas: mi ataque de neuralgia, el narcótico, mi desdichado sueño y extraño despertar. A medida que me escuchaba se iba esfumando en sus facciones el arrebato de ira, acabando por recobrar su expresión triste e impasible de siempre. Luego me dijo:

—Ya está usted en posesión de mi secreto, señor Colmore. La culpa es sólo mía por no haber seguido tomando las debidas precauciones. Y como es mejor que las intimidades se conozcan a fondo y no a medias, prefiero que lo sepa usted todo, ya que sabe tanto. Cuando yo haya pasado a mejor vida, puede usted relatar estas cosas a quien bien le parezca, pero cuento con su

sentimiento del honor para que hasta entonces no la escuche de sus labios ningún alma viviente. Todavía no he perdido el orgullo, ¡Dios me valga!, o, por lo menos, me queda el suficiente para repeler toda compasión que del conocimiento de esta historia pudiera derivarse hacia mí. La envidia provocó siempre mi sonrisa; el odio, mi desdén; pero la compasión me resultaría insoportable. Usted ha visto ya de dónde procede esta voz, que, según tengo entendido, ha despertado tanta curiosidad en los que viven en esta casa. Conozco las habladurías que circulan. Puedo despreocuparme y perdonar esas hipótesis, lo mismo las escandalizadas que las supersticiosas. Lo que jamás perdonaría es el desleal espionaje y la cotillería encaminados a satisfacer una ilícita curiosidad. Pero yo le absuelvo a usted de esa acusación, señor Colmore. Siendo yo joven, con muchos menos años que los que usted tiene en la actualidad, me enviaron a vivir la vida de la capital sin tener ni un amigo ni un consejero leales, y disponiendo de una bolsa tan repleta que atrajo hacia mí demasiados falsos amigos y consejeros. Bebí a grandes sorbos del vino de la vida. Si existe algún otro hombre que haya bebido cantidades mayores de ese vino, yo no le envidio, desde luego. Las consecuencias las sufrió mi bolsa, las sufrieron mi carácter y mi salud. Tuve que recurrir a los estimulantes; me convertí en un ser del que no quiero ni acordarme. Y entonces, cuando ya había llegado a la más negra degeneración, envió Dios a mi vida al ser más tierno y bondadoso de cuantos han bajado del cielo para servir de ángeles custodios. Vencido y deshecho como yo estaba, ella me amó. Sí, me amó, y consagró su vida a rehacer a un hombre que se había degenerado hasta llegar al nivel de las bestias. Pero una cruel enfermedad hizo presa en ella, y fue agostándose delante de mis ojos. En sus horas de sufrimiento, ella no pensó ni por un instante en sus propios dolores ni en su propia muerte. Sólo pensó en mí. La única angustia dolorosa que su destino provocó en ella fue el temor de que yo volviese a ser el mismo de otro tiempo una vez que desapareciese la influencia que ella ejercía sobre mí. Fue inútil que yo le jurase solemnemente que jamás volvería a pasar por mis labios una gota de vino. Ella conocía demasiado bien la fuerza con que tiraba de mí aquel demonio, ella que tales esfuerzos había realizado para contrarrestarlo, y ni de día ni de noche podía sacudir de sí la idea de que pudiera verse mi alma otra vez entre sus garras. Charlando con alguna de las amigas que acudían a su habitación de enferma, oyó hablar de este invento: el fonógrafo. Con la rápida percepción propia de una mujer enamorada vio en el acto de qué manera podría hacerlo servir a sus intenciones. Envió a comprar en Londres, costase lo que costase, el mejor dispositivo que hubiese a mano. Y con su voz de agonizante bisbiseó para que

quedasen grabadas en el mismo las palabras que desde entonces me mantienen en el camino recto. Solitario y deshecho como estoy, ¿qué otra cosa podría haber en el mundo que me sirviese de sostén? Pero con su voz me basta, y, a Dios gracias, podré contemplarla a ella sin sentir vergüenza cuando Él tenga a bien reunirnos. Ése es mi secreto, señor Colmore, y le encomiendo su custodia mientras yo esté con vida.

Espanto en las alturas

En el que se transcribe el manuscrito conocido con el nombre de

«Notas fragmentarias de Joyce Armstrong».

Ha quedado ya descartada por cuantos han entrado a fondo en el estudio del caso la idea de que el relato extraordinario conocido con el nombre de *Notas fragmentarias de Joyce Armstrong* sea una complicada broma tramada por un desconocido que poseía un sentido perverso y aciago del humorismo. Hasta el maquinador más fantástico y macabro vacilaría ante la perspectiva de ligar sus morbosas alucinaciones con sucesos trágicos y fehacientes para darles una mayor credibilidad. A pesar de que las afirmaciones que en esas notas se hacen sean asombrosas y lleguen incluso hasta la monstruosidad, lo cierto es que la opinión general se está viendo obligada a darlas por auténticas, resultando imprescindible que reajustemos nuestras ideas de acuerdo con la nueva situación. Según parece, este mundo nuestro se halla ante un peligro por demás extraño e inesperado, del que únicamente lo separa un margen de seguridad muy ligero y precario. En este relato, en el que se transcribe el documento original en su forma, que es por fuerza algo fragmentaria, trataré de exponer ante el lector el conjunto de los hechos hasta el día de hoy y, como prefacio a lo que voy a narrar, diré que si alguien duda de lo que cuenta Joyce-Armstrong, no puede ponerse ni por un momento en tela de juicio todo cuanto se refiere al teniente Myrtle, R. N. y a el señor Hay Connor, que halló su fin, sin ninguna duda posible, de la manera que en el documento se describe.

Las *Notas fragmentarias de Joyce-Armstrong* fueron encontradas en el campo conocido con el nombre de Lower Haycook, que queda a una milla al oeste de la aldea de Withyham, en la divisoria de los condados de Kent y de Sussex. El día 15 del pasado mes de septiembre un peón de labranza, James Flynn, que trabaja con el agricultor Mathew Dodd, de la granja Chanutry, de

Withyham, vio una pipa de eglantina cerca del sendero que contornea la cerca de arbustos de Lower Haycook. A pocos pasos de distancia recogió unos prismáticos rotos. Por último distinguió entre unas ortigas que había en el canalón lateral un libro delgado, con tapas de lona, que resultó ser un cuaderno de hojas desprendibles, algunas de las cuales se habían soltado y revoloteaban aquí y allá por la base de la cerca. El peón de labranza las recogió, pero algunas de esas hojas, y entre ellas la que debía ser la primera del cuaderno, jamás se encontraron por más que se las buscó, y esas páginas perdidas dejan un hueco lamentable en este importantísimo relato. El peón entregó el cuaderno a su patrón, y éste, a su vez, se lo mostró al doctor H. M. Atherton, de Hartfield. Este caballero comprendió en el acto la necesidad de que tal documento fuese sometido al examen de un técnico, y con ese objeto lo hizo llegar al Aeroclub de Londres, donde se encuentra actualmente.

Faltan las dos primeras páginas del manuscrito, y también ha sido arrancada la página en que termina el relato; sin embargo, su pérdida no hace perder coherencia al mismo. Se supone que las primeras páginas que faltan exponían en detalle los títulos que como aeronauta poseía el señor Joyce-Armstrong, pero esos títulos pueden buscarse en otras fuentes, siendo cosa reconocida por todos que nadie le superaba entre los muchos pilotos aéreos de Inglaterra. El señor Joyce-Armstrong gozó durante muchos años la reputación de ser el más audaz y el más cerebral de los aviadores. Esa combinación de cualidades le puso en condiciones de inventar y de poner a prueba varios dispositivos nuevos, entre los que está incluido el hoy corriente mecanismo giroscópico bautizado con su apellido. La parte principal del manuscrito está redactada en tinta y con buena letra, pero unas cuantas líneas del final lo están a lápiz y con letra tan confusa que resultan difíciles de leer. Para ser exactos, diríamos que están escritas como si hubiesen sido garabateadas apresuradamente desde el compartimento de un aeroplano en vuelo. Conviene que digamos también que hay varias manchas, tanto en la última página como en la tapa exterior, y que los técnicos del Ministerio del Interior han dictaminado que se trata de manchas de sangre, sangre humana probablemente y, sin duda alguna, de animal mamífero. Como en esas manchas de sangre se descubrió algo que se parece notablemente al microbio de la malaria, y como se sabe que Joyce-Armstrong padecía de fiebres intermitentes, podemos presentar el caso como un ejemplo notable de las nuevas armas que la ciencia moderna ha puesto en manos de nuestros detectives.

Digamos ahora algunas palabras acerca de la personalidad del autor de este relato que hará época. Según lo que afirman los pocos amigos que sabían en verdad algo de la condición humana de Joyce-Armstrong, era éste un poeta y un soñador, además de ser mecánico e inventor. Disponía de una fortuna importante, habiendo invertido buena parte de la misma en el cultivo de su afición al vuelo. Tenía en sus cobertizos de las proximidades de Devizes cuatro aeroplanos particulares, y se asegura que en el transcurso del año pasado realizó no menos de ciento setenta vuelos. Era hombre reservado y sufría de accesos de misantropía. En esos accesos esquivaba el trato con los demás. El capitán Dangerfield, que era quien más a fondo le trataba, afirma que en ciertos momentos la excentricidad de su amigo amenazaba con adquirir contornos de algo más grave. Una manifestación de esa excentricidad era que tenía la costumbre de llevar en su aeroplano una escopeta.

Otro detalle característico fue la impresión traumática que produjo en sus facultades la caída del teniente Myrtle. Éste cayó desde una altura aproximada de treinta mil pies cuando intentaba superar la marca de altitud. Aunque su cuerpo y sus miembros conservaron apariencia de tales, la horrible verdad es que no quedó el menor rastro de su cabeza. Joyce-Armstrong, según cuenta Dangerfield, planteaba en toda reunión de aviadores la siguiente pregunta: «¿Quieren decirme dónde fue a parar la cabeza de Myrtle?».

En otra ocasión, estando de sobremesa en el comedor común de la Escuela de Aviación de Salisbury Plain, planteó un debate acerca de cuál sería el mayor peligro permanente con el que tendrían que enfrentarse los aviadores. Después de escuchar las opiniones que allí se fueron exponiendo acerca de los baches aéreos, la construcción defectuosa y la pérdida de velocidad, cuando le llegó el turno de exponer su opinión se encogió de hombros y rehusó hacerlo, dejando la impresión de que no estaba conforme con ninguna de las expuestas por sus compañeros.

No estará de más que digamos que, al examinar sus asuntos particulares, después de la total desaparición de este aviador, se vio que lo tenía todo arreglado con una precisión tal que parece indicar que hubiese tenido una fuerte premonición de la catástrofe. Hechas estas advertencias esenciales, paso a copiar la narración al pie de la letra, empezando en la página tercera del cuaderno manchado de sangre:

«Sin embargo, durante mi cena en Reims con Coselli y con Gustavo Raymond pude convencerme de que ni el uno ni el otro habían percibido ningún peligro especial en las capas más altas de la atmósfera. Yo no les expuse a ellos lo que pensaba, pero como estuve tan próximo a ese peligro,

tengo la seguridad de que si ellos lo hubiesen percibido de una manera parecida, habrían expuesto, sin duda alguna, lo que les había ocurrido. Pero estos dos aviadores son hombres hueros y vanidosos, que sólo piensan en ver en los periódicos sus nombres intrascendentes. Es interesante hacer constar que ni el uno ni el otro pasaron nunca mucho más allá de los veinte mil pies de altura. Todos sabemos que en algunas ascensiones en globo y en la escalada de montañas se ha llegado a altitudes más elevadas. Tiene que ser bastante más allá de esa altura cuando el aeroplano penetra en la zona de peligro, dando siempre por bueno el que mis barruntos y corazonadas sean exactos.

»La aviación se practica entre nosotros desde hace más de veinte años, y surge en el acto la siguiente pregunta: ¿por qué este peligro no se ha descubierto hasta ahora? La respuesta es evidente. Antaño, cuando se pensaba que un motor de cien caballos de las marcas Gnome o Green bastaba y sobraba para todas las necesidades, los vuelos eran muy limitados. En la actualidad, cuando el motor de trescientos caballos es la regla y no la excepción, el vuelo hasta las capas superiores de la atmósfera se ha hecho fácil y es más corriente. Algunos de nosotros podemos recordar que, siendo jóvenes, Garros conquistó celebridad mundial al alcanzar los mil novecientos pies de altura, y que el pasar en vuelo por encima de los Alpes fue considerado una hazaña extraordinaria. En la actualidad, la norma corriente es inconmensurablemente más elevada, y se hacen veinte vuelos de altura al año por cada uno de los que se hacían en épocas pasadas. Muchos de esos vuelos de altura se han acometido sin daño alguno. Los treinta mil pies han sido alcanzados una y otra vez sin más molestias que el frío y la dificultad de respirar. ¿Qué demuestra esto? Un visitante ajeno a nuestro planeta podría realizar mil descensos en éste sin ver jamás un tigre. Sin embargo, los tigres existen, y si ese visitante descendiera en el interior de una manigua, quizá fuese devorado por ellos. Pues bien, en las regiones superiores del aire existen también maniguas, y cosas peores que los tigres habitan en ellas. Yo creo que se llegará, andando el tiempo, a trazar mapas exactos de esas maniguas y junglas. Hoy mismo podría yo citar los nombres de dos de ellas. Una se extiende por encima del distrito Pau-Biarritz, en Francia; la otra queda exactamente por encima de mi cabeza en este momento, cuando escribo estas líneas en mi casa del Wiltshire. Y estoy por creer que existe otra por encima del distrito de Homburg-Wiesbaden.

»Empecé a pensar en el problema al ver cómo desaparecían algunos aviadores. Claro está que todo el mundo aseguraba que habían caído al mar,

pero yo no quedé en modo alguno satisfecho con esa explicación. Por ejemplo, el caso de Verrier en Francia: su aparato fue encontrado en las proximidades de Bayona, pero nunca se descubrió el paradero de su cadáver. Vino después el caso de Baxter, que desapareció, aunque su motor y una parte de la armazón de hierro fueron descubiertos en el bosque de Leicestershire. El doctor Middleton, de Amesbury, que seguía el vuelo de ese aviador por medio de un telescopio, declara que un momento antes de que las nubes ocultasen el campo visual, vio cómo el aparato, que se encontraba a enorme altura, picó súbitamente en línea perpendicular hacia arriba y dio sucesivamente una serie de respingos de los que jamás habría creído capaz a un aeroplano. Ésa fue la última visión que se tuvo de Baxter. Se publicaron cartas en los periódicos, pero no se llegó a nada concreto. Ocurrieron otros casos similares, y de pronto se produjo la muerte de Hay Connor. ¡Qué revuelo se armó a propósito del misterio sin resolver que se ocultaba en los aires, y cuántas columnas se imprimieron a ese respecto en los periódicos populares; pero qué poco se hizo para llegar hasta el fondo mismo del problema! Hay Connor descendió desde una altura ignorada y lo hizo en un fantástico planeo. No salió del aparato y murió en su asiento de piloto. ¿De qué murió? «Enfermedad cardíaca», dijeron los médicos. ¡Tonterías! El corazón de Hay Connor funcionaba tan a la perfección como funciona el mío. ¿Qué fue lo que dijo Venables? Venables fue el único hombre que estaba a su lado cuando Hay Connor murió. Dijo que el piloto temblaba y daba la impresión de un hombre que ha sufrido un susto terrible. «Murió de miedo», afirmó Venables; pero no podía imaginarse qué fue lo que le asustó. Una sola palabra pronunció el muerto delante de Venables; una palabra que sonó algo así como «monstruoso». En la investigación judicial no consiguieron sacar nada en limpio. Pero yo sí que pude sacar algo. ¡Monstruos! Ésa fue la última palabra que pronunció el pobre Harry Hay Connor. Y, en efecto, murió de miedo, tal y como opinó Venables.

»Tenemos luego el caso de la cabeza de Myrtle. ¿Creen ustedes —cree en realidad alguien— que la fuerza de la caída desde lo alto puede arrancar limpiamente a una persona la cabeza del resto del cuerpo? Bien, quizá eso sea posible, pero yo al menos no he creído nunca que le ocurriese una cosa semejante a Myrtle. Tenemos, además, la grasa con que estaban manchadas sus ropas; alguien declaró en la investigación que estaban «pegajosas de grasa». ¡Y pensar que esas palabras no intrigaron a nadie! A mí sí que me dieron que pensar, aunque, a decir verdad, yo llevaba pensando en eso ya bastante tiempo. He llevado a cabo tres vuelos de altura, pero nunca llegué a la suficiente —¡cuántas bromas me hacía Dangerfield a propósito de mi

escopeta!—. En la actualidad, disponiendo como dispongo de este aparato ligero de Paul Veroner, con su motor Robur de ciento setenta caballos, podría alcanzar fácilmente mañana mismo los treinta mil pies. Llevaré mi escopeta cuando intente superar esa marca, y quizá trate al mismo tiempo de apuntar a otra cosa. Es peligroso, sin duda alguna. Quien no quiera correr peligros es mejor que renuncie por completo a volar y que se acoja a las zapatillas de franela y al batín. Pero yo haré mañana una visita a la manigua de la atmósfera, y si hay algo oculto en ella lo descubriré. Si vuelvo de la escalada, me habré convertido en un hombre bastante célebre. Si no regreso, este cuaderno podrá servir de explicación de lo que intento hacer y de cómo perdí mi vida al intentarlo. Pero, por favor, señores: nada de cháchara tontas acerca de accidentes ni de misterios.

»Para realizar mi tarea he elegido mi monoplano Paul Veroner. Cuando se trata de hacer algo práctico no hay nada como el monoplano. Ya Beaumont lo descubrió en los primeros días de la aviación. Empezando por que no le perjudica la humedad y se tiene la impresión en todo momento de que se vuela entre nubes, este aparato mío es un modelito que responde a los mandos igual que un caballo de boca blanda responde a las riendas. El motor es un Robur de seis cilindros, que desarrolla una potencia de ciento setenta y cinco caballos. Dispone de todos los adelantos modernos: fuselaje cerrado, buen tren de aterrizaje, frenos, estabilizadores giroscópicos y tres velocidades, timoneándose mediante la alteración del ángulo de los planos, de acuerdo con el principio de las persianas venecianas. Llevo conmigo una escopeta y una docena de cartuchos cargados con postas de caza mayor. ¡Qué cara puso Perkins, mi buen mecánico, cuando le ordené que pusiese esas cosas dentro del aparato! Me vestí con la indumentaria de un explorador del Polo Ártico, con dos elásticos debajo de mi mono especial, y con gruesos calcetines dentro de botas acolchadas, un pasamontañas con orejeras, y mis anteojeras de talco. Dentro del cobertizo me ahogaba de calor, pero yo pretendía subir a alturas de Himalayas y tenía que ataviarme en consecuencia. Perkins se dio cuenta de que yo me traía algo importante entre manos y me suplicó que lo llevase conmigo. Quizá lo habría hecho si el aparato hubiese sido un biplano, pero el monoplano es cosa de un solo hombre, si de veras se quiere aprovechar toda su capacidad de ascensión. Metí, como es lógico, una botella de oxígeno; quien intente superar la marca de altura y no la lleve se quedará helado o se hará pedazos, si no le ocurren ambas cosas a la vez.

»Revisé cuidadosamente los planos del timón, la dirección y la palanca elevadora. Hecho eso, me metí en el aparato. Todo, por lo que pude ver,

estaba a punto. Entonces puse en marcha el motor y comprobé que funcionaba con toda suavidad. Cuando soltaron el aparato, éste se elevó casi instantáneamente en su velocidad mínima. Tracé un par de círculos por encima de mi campo de aviación para que el motor se calentase; saludé entonces a Perkins y a los demás con la mano, horizontalicé los planos y puse el motor en la máxima velocidad. El aparato se deslizó igual que una golondrina a favor de viento por espacio de ocho o diez millas; luego lo levanté un poco de cabeza y empezó a subir trazando una enorme espiral, en dirección al banco de nubes que tenía por encima de mí. Es de la máxima importancia el ir ganando altura lentamente para adaptar el organismo a la presión atmosférica conforme se sube.

»El día era sofocante y caluroso para lo que suele ser habitual en el mes de septiembre en Inglaterra, y se advertían el silencio y la pesadez de la lluvia inminente. De cuando en cuando llegaban por el sudoeste súbitas vaharadas de viento. Una de ellas fue tan violenta e inesperada que me sorprendió distraído y casi me hizo cambiar de dirección por un instante. Recuerdo los tiempos en que bastaba una ráfaga, un súbito torbellino o un bache en el aire para poner en peligro a un aparato; eso ocurría antes de que aprendiésemos a poner a nuestros aeroplanos motores de una potencia capaz de dominarlo todo. En el momento en que yo alcanzaba los bancos de nubes y el altímetro señalaba los tres mil pies, empezó a caer la lluvia. ¡Qué manera de diluviar! El agua tamborileaba sobre las alas del aparato y me azotaba en la cara, empañando mis anteojos de manera que apenas podía distinguir nada. Puse la máquina a la velocidad mínima, porque resultaba difícil avanzar a contralluvia. Al ganar altura la lluvia se convirtió en granizo y no tuve más remedio que volverle la espalda. Uno de mis cilindros dejó de funcionar, creo que por culpa de una bujía sucia, pero yo seguía subiendo, a pesar de todo, y a la máquina le sobraba fuerza. Todas esas molestias del cilindro, obedeciesen a la causa que fuere, pasaron al cabo de un rato, y pude oír el runruneo pleno y profundo de la máquina: los diez cilindros cantaban al unísono. Ahí es donde se advierte la belleza de nuestros modernos silenciadores. Nos permiten por lo menos el control de nuestros motores por el oído. ¡Cómo chillan, berrean y sollozan cuando funcionan defectuosamente! Antaño se perdían todos esos gritos con que piden socorro, porque entonces se lo tragaba todo el estruendo monstruoso del aparato. ¡Qué lástima que los aviadores primitivos no puedan resucitar para ver la belleza y la perfección del mecanismo, conseguidas al precio de sus vidas!

»A eso de las nueve y media me estaba aproximando a las nubes. Allá abajo, convertida en un borrón oscuro por la lluvia, se extendía la gran llanura de Salisbury. Media docena de aparatos volaban llevando pasajeros a una altura de dos mil pies, y parecían negras golondrinas sobre el fondo verde. Yo creo que se preguntaban qué diablos hacía yo tan arriba, en la región de las nubes. De pronto se extendió por debajo de mí una cortina gris y sentí que los pliegues húmedos del vapor formaban torbellino alrededor de mi cara. Experimenté una sensación desagradable de frío y de viscosidad. Pero me encontraba por encima de la tormenta de granizo, y eso era una ventaja. La nube era tan negra y espesa como las nieblas londinenses. Anhelando salir de ella, piqué el aparato hacia arriba hasta que resonó la campanilla de alarma, y advertí que me estaba deslizando hacia atrás. Las alas de mi aparato, empapadas de agua, le habían dado un peso mayor del que yo pensaba, pero entré en una nube menos espesa y no tardé en superar la primera capa de nubes. Surgió una segunda capa, de color opalino y como deshilachada, a gran altura por encima de mi cabeza; me encontré, pues, con un techo blanco y homogéneo por encima de mí, y con un suelo negro e ininterrumpido por debajo, mientras el monoplano ascendía trazando una espiral enorme entre los dos estratos de nubes. En esos espacios de nube a nube se experimenta una mortal sensación de soledad. En cierta ocasión se me adelantó una gran bandada de pequeñas aves acuáticas, que volaban muy veloces hacia occidente. El rápido revuelo de sus alas y sus chillidos sonoros fueron una delicia para mis oídos. Creo que se trataba de cercetas, pero valgo poco como zoólogo. Ahora que nosotros los hombres nos hemos convertido en pájaros, sería preciso que aprendiésemos a conocer a fondo y de una sola ojeada a nuestras hermanas las aves.

»Por debajo de mí, el viento soplaba con fuerza e imprimía balanceos a la inmensa llanura de nubes. En un momento dado se formó en ésta una gran marea, un torbellino de vapores, y a través de su centro, que tomó la configuración de una chimenea, distinguí un trozo del mundo lejano. Un gran biplano blanco cruzó a enorme profundidad por debajo de mí. Me imagino que sería el que hace el servicio matutino de correos entre Bristol y Londres. El agujero provocado por el torbellino de nubes volvió a cerrarse y entonces nada alteró la inmensa soledad en que me encontraba.

»Poco después de las diez alcancé el borde inferior del estrato de nubes que tenía por encima de mí. Estaban formadas por finos vapores diáfanos que se deslizaban rápidamente desde el Oeste. Durante todo ese tiempo había ido en aumento de manera constante la fuerza del viento hasta convertirse en una

fuerte brisa de veintiocho millas por hora, según mi aparato. La temperatura era ya muy fría, a pesar de que mi altímetro sólo señalaba los nueve mil pies. El motor funcionaba admirablemente y nos lanzamos hacia arriba con firme runruneo. El banco de nubes era de mayor espesor que lo calculado por mí, pero pude salir de él, poco después, descubriendo por encima de mi cabeza un cielo sin nubes y un sol radiante. Es decir, todo azul y oro por encima; y todo plata brillante por debajo, formando una llanura inmensa y luminosa hasta perderse de vista. Eran ya más de las diez y cuarto, y la aguja del barógrafo señalaba los doce mil ochocientos pies. Seguí subiendo y subiendo, con el oído puesto en el profundo runruneo de mi motor y los ojos clavados tan pronto en el indicador de revoluciones como en el marcador de la esencia o en la bomba de aceite. Con razón se afirma que los aviadores son gente que no conoce el miedo. La verdad es que tienen que pensar en tantas cosas que no les queda tiempo para preocuparse de sí mismos. Fue entonces cuando advertí la poca confianza que se podía tener en la brújula cuando se alcanzan determinadas alturas. A los quince mil pies la mía señalaba hacia occidente, con un punto de desviación hacia el sur, pero el sol y el viento me proporcionaron la orientación exacta.

»Esperaba encontrar en semejantes alturas una inmovilidad absoluta, pero a cada mil pies de nueva elevación, el viento adquiría mayor fuerza. Mi aparato gruñía y se estremecía en todas sus junturas y remaches cuando se ponía de cara al viento, y era arrastrado lo mismo que una hoja de papel cuando lo frenaba para hacer un viraje, resbalando a favor de viento a una velocidad superior quizá a la que ha viajado mortal alguno. Sin embargo, tenía que seguir haciendo virajes a sotavento, porque no era únicamente superar la marca de altura lo que me proponía. Según todos mis cálculos, mi manigua aérea quedaba por encima del pequeño Wiltshire y todo mi esfuerzo resultaría inútil si saliese a la superficie superior del estrato de nubes más allá de ese punto.

»Cuando alcancé los diecinueve mil pies de altura, a eso del mediodía, el viento soplaba con tal fuerza que no pude menos de mirar con algo de preocupación a los sostenes de mis alas, temiendo que de un momento a otro estallasen o se aflojasen. Llegué incluso a soltar el paracaídas que llevaba detrás y aseguré su gancho en la argolla de mi cinturón de cuero para estar preparado por si ocurría lo peor. Había llegado el momento en que la más pequeña chapucería en la tarea del mecánico se paga con la vida del aviador. El aparato, sin embargo, resistió valerosamente. Todas las fibras y tirantes zumbaban y vibraban lo mismo que cuerdas de arpa bien templada, pero

resultaba magnífico contemplar cómo el aparato seguía imponiéndose a la Naturaleza y enseñoreándose del firmamento, a pesar de todos los golpes y sacudidas. Algo hay, sin duda alguna, de divino en el hombre mismo para que haya podido superar las limitaciones que parecían serle impuestas por la creación; para superarlas, además, con el desprendimiento, el heroísmo y la abnegación que ha demostrado en esta conquista del aire. ¡Que se callen los que hablan de que el hombre degenera! ¿En qué época de los anales de nuestra raza se ha escrito hazaña como la de la aviación?

»Éstos eran los pensamientos que circulaban por mi cerebro mientras trepaba por aquel monstruoso plano inclinado, y el viento me azotaba unas veces en la cara y otras me silbaba detrás de las orejas, y el país de nubes que quedaba por debajo de mí se hundía a distancia tal que los pliegues y montículos de plata habían quedado alisados y convertidos en llanura igual y resplandeciente. Pero tuve de pronto la sensación de algo horrible y sin precedentes. Antes de ahora había tenido conciencia clara de lo que suponía encontrarse metido dentro de un torbellino, pero jamás en un torbellino de semejante magnitud. Aquella enorme y arrebatadora riada de viento de que he hablado ya tenía, según parece, dentro de su corriente unos remolinos tan monstruosos como ella misma. Me vi arrastrado súbitamente y sin un segundo de advertencia hasta el corazón de uno de ellos. Giré sobre mí mismo por espacio de un par de minutos con tal velocidad que perdí casi el sentido, y de pronto caí en picado, sobre el ala izquierda, dentro de la hueca chimenea que formaba el eje del torbellino. Caí lo mismo que una piedra, y perdí casi mil pies de altura. Sólo gracias al cinturón permanecí en mi asiento, y el golpe de la sorpresa y la falta de respiración me dejaron caído de bruces sobre el costado del fuselaje y semiinconsciente. Pero yo he sido siempre capaz de realizar un esfuerzo supremo; ése es mi único gran mérito como aviador. Tuve la sensación de que el descenso se retardaba. El torbellino tenía forma de cono, más que de túnel vertical, y me había metido durante mi ascensión en el vórtice mismo. Con un tirón terrorífico, eché todo mi peso a un lado, horizontalicé los planos del timón y me zafé del viento. Un instante después salí como una bala de aquel oleaje y me deslicé suavemente por el firmamento abajo. Después, zarandeado pero victorioso, piqué la cabeza del aparato hacia arriba y reanudé mi firme esfuerzo por la espiral hacia lo alto. Di un gran rodeo para evitar el punto de peligro del torbellino y no tardé en encontrarme a salvo por encima de éste. Muy poco después de la una me encontraba a veintiún mil pies sobre el nivel del mar. Vi jubiloso que había

sobrepasado el huracán y que el aire se iba calmando más y más a cada cien metros que subía.

»Por otro lado, la temperatura era muy fría, y sentí las náuseas características que se producen con la rarefacción del aire. Desatornillé por primera vez la boca de mi bolsa de oxígeno y aspiré de cuando en cuando una bocanada del gas reconfortante. Sentía cómo corría por mis venas igual que una bebida cordial, y la euforia me invadió casi hasta el punto de la borrachera. Me puse a gritar y cantar a medida que me remontaba cada vez más arriba, dentro de un mundo exterior helado y silencioso.

»Para mí no cabe la menor duda de que la insensibilidad que se apoderó de Glaisher, y en menor grado de Coxwell cuando en 1862 llegaron en su ascensión en globo hasta la altura de treinta mil pies, fue causada por la extraordinaria velocidad con que se realiza una ascensión perpendicular. No se producen estos síntomas tan espantosos cuando la ascensión se lleva a cabo siguiendo una suave cuesta arriba, acostumbrándose de ese modo por una graduación lenta a la disminución de la presión barométrica. A esa misma altura de treinta mil pies no necesité ni inhalador de oxígeno, y pude respirar sin demasiado esfuerzo. Sin embargo, el frío era crudísimo; mi termómetro marcaba cero grados Fahrenheit. A la una y media me hallaba casi a siete millas por encima de la superficie de la tierra, y seguía elevándome más y más. Comprobé, sin embargo, que el aire rarificado presentaba un apoyo mucho menos sensible a mis planos, y en consecuencia fue necesario rebajar mucho mi ángulo de ascenso. Era evidente que, a pesar de lo ligero de mi peso y de la gran fuerza de mi motor, llegaría a un punto del que no podría pasar. Para empeorar la situación aún más, una de mis bujías empezó a fallar otra vez, y el motor producía explosiones intermitentes a destiempo. Se me encogió el corazón ante el temor al fracaso.

»Fue en esos momentos cuando me ocurrió algo extraordinario. Sentí que pasaba por mi lado y que se me adelantaba algo sibilante que dejaba un reguero de humo y que estalló con un ruido estrepitoso y siseante, produciendo una nube de vapor. De momento no pude imaginar lo que había ocurrido. Luego recordé que la Tierra sufre un constante bombardeo de piedras meteóricas y que apenas sería habitable si esas piedras no se convirtiesen casi siempre en vapor al entrar en las capas exteriores de la atmósfera. He ahí un peligro más para el aviador de las grandes alturas; lo digo porque pasaron por mi lado otras dos cuando estaba acercándome a la marca de los cuarenta mil pies. No cabe la menor duda de que ese peligro ha de ser muy grande en el límite de la envoltura de la Tierra.

»La aguja de mi barógrafo marcaba cuarenta y un mil trescientos pies cuando me di cuenta de que ya no podía seguir subiendo. Físicamente, el esfuerzo no era todavía tan grande que me resultase insoportable, pero mi aparato sí que había llegado a su límite. El aire rarificado no presentaba seguro apoyo a las alas, y el menor movimiento se convertía en un deslizamiento lateral; también sus controles respondían como con pereza. Quizá si el motor hubiese funcionado de una manera perfecta habríamos podido subir otro millar de pies, pero seguía teniendo fallos, y dos de los diez cilindros parecían estar inutilizados. Si no había alcanzado aún la zona del espacio que estaba buscando, era evidente que ya no tropezaría con ella en este viaje. ¿Y no sería posible que la hubiese alcanzado ya? Cerniéndome en círculo, igual que un colosal halcón, al nivel de los cuarenta mil pies, dejé que el monoplano volase libre, y me dediqué a observar cuidadosamente los alrededores con mis prismáticos Mannheim. El firmamento estaba absolutamente limpio y no había el menor indicio de los peligros que yo había supuesto.

»He dicho que me cernía trazando círculos. Se me ocurrió de pronto que haría bien en dar una mayor amplitud a esos círculos, trazando una nueva ruta aérea. El cazador que penetra en una manigua terrestre, la atraviesa cuando quiere levantar caza. Mis razonamientos me llevaron a pensar que la manigua aérea cuya existencia yo había supuesto tenía que encontrarse más o menos por encima del Wiltshire. En ese caso debía de estar hacia el sur y el oeste de donde me encontraba. Me orienté por el sol, puesto que la brújula de nada me servía y tampoco era visible punto alguno de la Tierra. Únicamente se distinguía la lejana llanura plateada de nubes. Sin embargo, conseguí poner rumbo hacia el punto señalado. Calculé que mi provisión de gasolina no duraría más de una hora, pero podía permitirme gastarla hasta la última gota, ya que me era posible en cualquier momento lanzarme en un planeo ininterrumpido y magnífico que me condujese hasta la superficie de la Tierra.

»De pronto tuve la sensación de algo nuevo para mí. La atmósfera que tenía delante había perdido su transparencia cristalina. Estaba cubierta de manojitos alargados y desflecados de algo que sólo podría comparar con las volutas finísimas del humo de los cigarrillos. Flotaba formando espirales y guirnaldas, y se retorcía y giraba lentamente a la luz del sol. Cuando el monoplano los atravesó como una flecha, percibí en mis labios un regusto débil de aceite, y apareció en las partes de madera del aparato una espuma grasienta. Se habría dicho que una materia orgánica infinitamente tenue flotaba en la atmósfera. Orgánica, pero sin vida, como algo difuso y en

gestación, que se extendía por muchos acres cuadrados y que se iba desflecando hasta penetrar en el vacío. No, aquello no tenía vida. ¿Y no podrían ser restos de vida? Y, sobre todo, ¿no podrían ser el alimento de una vida, de una vida monstruosa, de la misma manera que la pobre grasa del océano sirve de alimento a la enorme ballena? Eso iba pensando cuando alcé los ojos y contemplé la más asombrosa visión que jamás se haya ofrecido a los ojos de un hombre. ¿Podré describírsela al lector tal como yo mismo la percibí el jueves pasado?

»Imagínese el lector una medusa de mar como las que cruzan por nuestros mares en verano, en forma de campana y de un tamaño enorme; mucho más voluminosa, por lo que a mí me pareció, que la cúpula de la Iglesia de San Pablo. Su color era ligeramente sonrosado con venas de un suave color verde, pero el conjunto de aquella colosal construcción era tan tenue que apenas se perfilaba sobre el fondo azul oscuro del firmamento. Un ritmo suave y regular marcaba sus pulsaciones. De ese cuerpo enorme colgaban dos tentáculos verdes y flácidos que se balanceaban lentamente hacia atrás y hacia delante. Esa visión magnífica cruzó suavemente, con silenciosa majestad, por encima de mi cabeza; era tan ingrávida y frágil como una pompa de jabón, y se deslizó majestuosa siguiendo su ruta.

»Yo había impreso un medio viraje a mi monoplano, a fin de poder seguir contemplando aquel ser grandioso; de pronto, y de una manera instantánea, me encontré en medio de una verdadera escuadra de otros iguales, de todos los tamaños, aunque ninguno de la magnitud del primero. Algunos eran pequeñísimos, pero la mayoría tenía más o menos el volumen de un globo corriente, con idéntica curvatura en la parte superior. Se observaba en ellos tal delicadeza en su textura y color que me trajo a la memoria los espejos venecianos de mejor calidad. Los matices predominantes eran el rosa y el verde, pero todos mostraban encantadoras iridiscencias allí donde el sol brillaba a través de sus formas delicadas. Cruzaron, dejándome atrás, algunos centenares de esos seres, formando una escuadra fantástica y maravillosa de bajeles inconcebibles y desconocidos del océano del firmamento. Eran unas criaturas cuyas formas y sustancia se hallaban tan a tono con aquellas alturas serenas que no podía concebirse algo tan delicado dentro del radio visual y de sonido de nuestra tierra.

»Pero un nuevo fenómeno atrajo casi enseguida mi atención: el de las serpientes de las regiones exteriores de la atmósfera. Eran éstas unas espirales largas, delgadas y fantásticas de una materia vaporosa, que giraban y se enroscaban con gran rapidez, volando y retorciéndose sobre sí mismas con tal

velocidad que mis ojos apenas podían seguirlas. Algunos de esos seres fantasmales tenían veinte o treinta pies de longitud, siendo difícil calcular su grosor, pues sus perfiles eran tan transparentes que parecían esfumarse en la atmósfera que las circundaba. Esas serpientes aéreas eran de un color gris muy claro, del color del humo, advirtiéndose en su interior algunas líneas más oscuras, que producían la impresión de un auténtico organismo. Una de esas serpientes pasó rozándome casi la cara; tuve la sensación de un contacto frío y viscoso, pero la composición era tan impalpable que no me sugirió la idea de ninguna clase de peligro físico, como tampoco me lo sugirieron los bellos seres agrupados que les habían precedido. Su contextura no ofrecía solidez mayor que la espuma flotante que deja una ola al romperse.

»Pero me esperaba otra experiencia más terrible. Dejándose caer ingrávida desde una gran altura vino hacia mí una mancha vaporosa y purpúrea, Cuando la vi por vez primera me pareció pequeña, pero se fue agrandando rápidamente a medida que se me aproximaba, hasta llegar a ser de centenares de pies cuadrados de extensión. Aunque moldeada en alguna sustancia transparente y como gelatinosa, tenía contornos mucho más marcados y una consistencia más sólida que todo lo que había visto anteriormente. Se advertían también más detalles que indicaban que poseía una organización física; destacaban de una manera especial dos láminas circulares, enormes y sombreadas, a uno y otro lado, que podían ser sus ojos, y entre las dos láminas un saliente blanco perfectamente sólido, que presentaba la curvatura y la crueldad del pico de un buitre.

»El aspecto global de aquel monstruo era terrible y amenazador; cambiaba constantemente de color, pasando desde un malva muy claro hasta un púrpura sombrío e irritado, tan espeso que, al interponerse entre mi monoplano y el sol, proyectó una sombra. En la curva superior de su cuerpo inmenso se distinguían tres grandes salientes que sólo se me ocurre comparar con enormes burbujas, y al contemplarlas llegué al convencimiento de que estaban repletas de algún gas extraordinariamente ligero, que servía para sostener la masa informe y semisólida que flotaba en el aire rarificado. Aquel ser avanzó rápido, manteniéndose paralelo al monoplano y siguiendo fácilmente su misma velocidad; me dio una horrible escolta en un trecho de más de veinte millas, cerniéndose sobre mí como ave de presa que espera el instante de lanzarse sobre su víctima. Su sistema de avance —tan rápido que no era fácil seguirlo— consistía en proyectar delante de él un saliente largo y gelatinoso que, a su vez, parecía tirar hacia sí del resto de aquel cuerpo contorsionante. Era tan elástico y gelatinoso que no ofrecía en dos momentos sucesivos la

misma conformación, y, sin embargo, a cada nuevo cambio parecía más amenazador y repugnante.

»Me di cuenta de que traía malas intenciones. Lo pregonaba con las sucesivas oleadas purpúreas de su repugnante cuerpo. Aquellos ojos difusos y salientes, vueltos siempre hacia mí, eran fríos e implacables dentro de su glutinosidad rencorosa. Decidí lanzar mi monoplano en picado hacia abajo para huir de aquello. Pero, al hacer esta maniobra, se disparó con la rapidez del relámpago un largo tentáculo desde aquella masa de burbuja flotante, y cayó tan rápido y sinuoso como un trallazo sobre la parte delantera de mi aparato. Al entrar en contacto por un instante con el motor caldeado, se oyó un ruidoso silbido, y el tentáculo se retiró con la misma rapidez, mientras que el cuerpo enorme y sin relieve se encogió como acometido de un dolor súbito. Yo me dejé caer en vuelo picado, pero el tentáculo volvió a descargarse sobre mi monoplano, y la hélice lo cortó con la misma facilidad con que habría cortado una voluta de humo. Una espiral larga, reptante, pegajosa, parecida al anillo de una serpiente, me agarró por detrás, rodeó mi cintura y trató de sacarme del fuselaje. Yo pugné por liberarme; mis dedos se hundieron en la superficie viscosa, gelatinosa, y logré desembarazarme por un instante de aquella presión; sólo por un instante, porque otro anillo me aferró por una de mis botas y me dio tal tirón que casi me hizo caer de espaldas.

»En ese momento disparé los dos cañones de mi escopeta, aunque era como si atacara a un elefante con un tirachinas, pues no cabía esperar que ningún arma humana dejara lisiado a aquel volumen gigantesco. Sin embargo, mi puntería fue mejor de lo que podía imaginar; una de las grandes ampollas o burbujas que aquel ser tenía en lo alto de la espalda estalló con una tremenda explosión al ser perforada por las postas de mi escopeta. Había acertado en mi suposición; aquellas vejigas enormes y transparentes encerraban un gas que las distendía con su fuerza elevadora; el cuerpo enorme y de aspecto de nube cayó instantáneamente de costado, en medio de retorcimientos desesperados que trataban de recobrar el equilibrio, mientras el pico blanco castañeteaba y jadeaba presa de una furia espantosa. Pero yo había huido lanzándome por el plano más inclinado que me atreví a adoptar; mi motor a toda marcha, y la hélice en plena propulsión, unidos a la fuerza de gravedad, me lanzaron hacia la tierra igual que un aerolito. Al volver la vista, vi que la mancha informe y purpúrea se empequeñecía rápidamente hasta fundirse en el azul del firmamento que tenía detrás. Ya me encontraba fuera de la manigua mortal de la región exterior de la atmósfera.

»Cuando me vi fuera de peligro, cerré la válvula del combustible, porque no hay nada que destroce tan rápidamente a un avión como el lanzarse con toda la potencia del motor desde gran altura. Fue el mío un vuelo planeado magnífico, en espiral, desde casi ocho millas de altura: primero, hasta el nivel del banco de nubes de plata; después, hasta la nube tormentosa del estrato inferior y, por último, atravesando los goterones de lluvia, hasta la superficie de la tierra. Al salir de las nubes, distinguí por debajo de mí el canal de Bristol y, como aún me quedaba en el depósito algo de gasolina, me metí veinte millas tierra adentro antes de aterrizar en un campo que quedaba a media milla de la aldea de Ashcombe. Un automóvil que pasaba por allí me cedió tres latas de gasolina, y a las seis y diez minutos de aquella tarde lograba posarme suavemente en un prado de mi propia casa, en Devizes, después de una excursión que ningún ser humano ha realizado jamás, quedando con vida para contarlo. He visto la belleza y he visto también el espanto de las alturas; una belleza mayor y un espanto mayor que ésos no están al alcance del hombre.

»Pues bien: tengo el proyecto de volver a esas alturas antes de anunciar al mundo lo que en ellas he descubierto. Me mueve a ello el que necesito poder mostrar algo tangible, a manera de prueba, antes de dar a conocer a los hombres lo que llevo relatado. Es cierto que no tardarán otros en seguir mi camino y traerán la confirmación de lo que yo he afirmado, pero quisiera convencer a todos desde el primer momento. No creo que resulte difícil la captura de aquellas burbujas iridiscentes y encantadoras del aire. Se dejan arrastrar tan lentamente en su carrera que un monoplano rápido no tendría dificultad alguna en cortarles el paso. Es muy probable que se disuelvan en las capas más densas de la atmósfera, en cuyo caso todo lo que podría traer a tierra sería un montoncito de jalea amorfa. Sin embargo, no dejaría de ser algo que proporcionaría consistencia a mi relato. Sí, volveré a subir, aunque con ello corra un peligro. No parece que esos espantosos seres purpúreos abunden. Es probable que no tropiece con ninguno; pero, si tropiezo, me zambulliré en el acto hacia tierra. En el peor de los casos, dispongo siempre de mi escopeta y sé que debo apuntar sobre…».

Aquí falta, por desgracia, una página del manuscrito. En la siguiente, con letras grandes e inseguras, está escrito lo siguiente:

«Cuarenta y tres mil pies. No volveré a ver jamás la tierra. Por debajo de mí hay tres de esos seres. ¡Que Dios me valga, porque la mía será una muerte espantosa!».

Tal es, al pie de la letra, el relato de Joyce-Armstrong. De su autor nada ha vuelto a saberse. En el coto del señor Budd-Lushington, en el límite entre Kent y Sussex, a pocas millas del lugar en que fue encontrado el cuaderno, han sido recogidas algunas piezas de su monoplano destrozado. Si la hipótesis del desdichado aviador sobre la existencia de lo que él llama la manigua aérea en un espacio limitado de las regiones atmosféricas que quedan por encima del sudoeste de Inglaterra resulta cierta, se deduciría de ello que Joyce-Armstrong lanzó su monoplano a toda velocidad para salir de la misma, pero que fue alcanzado y devorado por aquellos seres espantosos en algún lugar por debajo de la atmósfera exterior y por encima del sitio en el que fueron encontrados esos restos dolorosos. Una persona que apreciase su equilibrio cerebral preferiría no hacer hincapié en el cuadro de aquel monoplano resbalando a toda velocidad cielo abajo, perseguido por los seres espantosos e innominados que se deslizaban con igual rapidez por debajo de él, cortándole siempre el camino de la tierra y estrechando el cerco de su víctima gradualmente. Sé muy bien que son muchos los que todavía toman a broma los hechos que acabo de relatar, pero incluso quienes se mofan tendrán que reconocer por fuerza que Joyce-Armstrong ha desaparecido, y yo les recomendaría que hiciesen caso de las palabras que él escribió: «Este cuaderno puede servir de explicación de lo que persigo, y de cómo perdí mi vida en el intento. Pero, por favor, que se dejen de historias, y no hablen de accidentes y de misterios».

El hombre de Arkángel

El día 4 de marzo del año 1867, cuando contaba veinticinco años de edad, escribí los siguientes párrafos en mi libro de notas, como resultado de grandes perturbaciones y luchas mentales:

«El sistema solar gira silencioso de una manera constante por el espacio, entre otros sistemas incontables tan grandes como él mismo, en dirección a la constelación de Hércules. Las inmensas esferas de que está compuesto giran y giran por el vacío eterno de una manera incesante y callada. Una de las más pequeñas y de las más insignificantes esferas es el conglomerado de partículas sólidas y líquidas, al que hemos dado el nombre de Tierra. Gira en la actualidad como giró antes de mi nacimiento y como seguirá girando después de mi muerte, como un misterio giratorio que nadie sabe de dónde procede ni adónde va. En la costra exterior de esta masa en movimiento reptan infinidad de gorgojos, uno de los cuales soy yo, John M'Vittie, que me veo arrastrado a la ventura por el espacio, sin remedio y sin esperanza de remedio. Pues con todo eso, hemos llegado a una situación en la que la chispa de energía y el centelleo de razón de que estoy dotado tienen que ocuparse por completo en tareas que son imprescindibles para proporcionarme unos pequeños discos metálicos con los que poder comprar los elementos químicos necesarios para mantener mis tejidos que están sometidos a perpetuo desgaste, y para disponer de un techo bajo el cual pueda cobijarme de las inclemencias del tiempo. Por esa razón no puedo emplear parte alguna de mis pensamientos en las cuestiones vitales que me rodean por todas partes. Sin embargo, a pesar de que soy un ente ruin, llego en ciertos momentos a experimentar cierto grado de felicidad, e incluso —¡perdóneseme la observación!— me siento de cuando en cuando poseído de un hinchado sentimiento de mi propia importancia».

Como ya he dicho, escribí estas palabras en mi libro de notas, y reflejan con exactitud las ideas que encontré profundamente enraizadas en mi alma, presente siempre y fuera del alcance de las emociones pasajeras del momento.

Pero un buen día falleció mi tío M'Vittie de Glencairn, que había sido en sus tiempos presidente de Comités de la Cámara de los Comunes. Dividió sus grandes riquezas entre sus muchos sobrinos, y yo me encontré con lo suficiente para proveer ampliamente a mis necesidades durante el resto de mi vida, y llegué al mismo tiempo a ser propietario de una extensión de tierras eriales en la costa de Caithness, que yo creo que el anciano debió legarme por burla, porque son tierras arenosas y sin valor, y él tuvo siempre un acerbo sentido del humor. Hasta entonces yo actuaba de procurador en una población inglesa del Midland. Comprendí desde ese instante que podía llevar a cabo lo que tenía pensado, es decir, que, elevándome por encima de todas las metas mezquinas y sórdidas, podía cultivar mi inteligencia dedicándome al estudio de los secretos de la Naturaleza. La salida de mi hogar inglés se vio acelerada hasta cierto punto por el hecho de que casi maté a un hombre durante una riña, porque soy hombre de temperamento colérico, y cuando me ponía furioso llegaba a olvidarme de mi propia fuerza. No hubo ninguna intervención legal en el asunto, pero los periódicos me cubrieron de improperios y la gente que se cruzaba conmigo me miraba de soslayo. Acabé por enviarlos al diablo, a ellos y a su ciudad sucia y contaminada por el humo, y me apresuré a encaminarme a mis posesiones norteñas, para poder encontrar por fin la paz y una oportunidad de entregarme al estudio solitario y a la contemplación. Antes de mi marcha dispuse de mi capital, y pude de ese modo llevar conmigo una colección selecta de los libros e instrumentos filosóficos más modernos, junto con productos químicos y otras cosas que pudiera necesitar en mi retiro.

Las tierras que había heredado consistían en una faja estrecha, en su mayor parte de arena, y se extendían más de dos millas siguiendo la costa de Mansie Bay, en Caithness. En esa faja de terreno había un edificio de piedra gris de forma irregular, del que nadie pudo informarme cuándo ni para qué había sido levantado. Realicé en él las reparaciones necesarias y quedó convertido en una residencia muy buena para una persona de gustos sencillos. Una de las habitaciones la dediqué a laboratorio, otra a cuarto de estar, y una tercera, que tenía forma abuhardillada, la destiné a colgar en ella la hamaca en que dormía siempre. La casa tenía otras tres habitaciones, pero yo no las aproveché, salvo la que ocupaba una vieja que se encargó de cuidarme la casa. En muchas millas de distancia, y en cualquier dirección que se tomase, no vivía nadie, salvo los Youngs y los M'Leods, que eran pescadores establecidos al otro lado del cabo Fergus. Delante de la casa se extendía la gran bahía, y por detrás se elevaban dos largas colinas eriales, por encima de

las cuales se alzaban otras más altas y más lejanas. Entre las colinas había una cañada. Cuando soplaba viento de tierra, penetraba por la cañada gimiendo y susurrando con melancolía entre las ramas de los abetos que quedaban por debajo de la ventana de mi ático.

Me desagradan todos los hombres. La justicia me obliga a añadir que también yo, por lo visto, desagrado a la mayoría de ellos. Me repugnan sus pequeñas bajezas, sus convencionalismos, sus farsas, sus ideas estrechas del bien y del mal. Les ofende mi franqueza brusca, el que me tengan sin cuidado sus normas sociales, el que me impaciente por todo cuanto significa opresión. Aquí, en mi solitario cobijo de Mansie, entre mis libros y mis productos químicos, podía dejar que continuase avanzando la gran recua humana, con sus políticas, sus inventos y sus charlatanerías. Yo me quedaría atrás, tranquilo y feliz. Tranquilo precisamente, tampoco, porque yo trabajaba mi pequeño bosque y realizaba progresos. Tengo razones para creer que la teoría atómica de Dalton está basada en un error, y sé que el mercurio no es un elemento.

Durante el día estaba atareado con mis destilaciones y análisis. Era frecuente que me olvidase de mis comidas, hasta el punto de que cuando la vieja Madge me llamaba para el té, encontraba yo mi comida intacta encima de la mesa. Por las noches leía a Bacon, Descartes, Spinoza, Kant —es decir, a todos aquellos que han intentado penetrar en lo incognoscible—. Todos ellos son estériles y vacuos, no llegan a nada, pero son pródigos en palabras de muchas sílabas, y me hacen pensar en los hombres que, durante sus excavaciones en busca de oro, han puesto al descubierto muchos gusanos y los exhiben jubilosos, como si fuese aquello lo que buscaban. De cuando en cuando se apoderaba de mí el desasosiego, y era capaz de caminar treinta o cuarenta millas sin descansar y sin probar bocado. En esas ocasiones, cuando cruzaba por las aldeas, flaco, sin afeitar, con el pelo enmarañado, las madres corrían a la carretera y arrastraban a sus hijos hasta el interior de las casas, mientras los palurdos salían en tropel a la puerta de sus tabernas para contemplarme. Creo que era conocido en una extensa región con el apodo de «el señor loco de Mansie». Sin embargo, no era corriente que realizase esas excursiones por el interior del país, sino que hacía mis caminatas por las costas de mi propia posesión, y allí tranquilizaba mi espíritu fumando tabaco negro fuerte y tomando al mar por amigo y confidente.

¿Qué compañero puede compararse con el inmenso mar, inquieto y agitado? ¿Existe algún humor del hombre con el que el mar no pueda emparejarse y simpatizar? Nadie, por muy alegre que esté, dejará de alegrarse

más escuchando su alegre agitación y contemplando las largas olas verdes que se persiguen unas a otras, mientras los rayos del sol centellean en sus crestas espumosas. Pero cuando las olas enormes sacuden sus cabezas coléricas y el viento chilla por encima de ellas, aguijoneándolas para que se lancen a esfuerzos más frenéticos y más tumultuosos, entonces hasta el más melancólico de los hombres comprende que la Naturaleza encierra un principio de melancolía más tenebroso aún que sus propios pensamientos. Cuando el mar se hallaba en calma en la bahía de Mansie, su superficie se presentaba tan limpia y brillante como una hoja de plata, interrumpiéndose únicamente su lisura a cierta distancia de la playa, en un lugar en el que una prolongada línea negra emergía de las aguas produciendo la impresión del lomo mellado de algún monstruo marino dormido. Esa línea señalaba la parte superior del peligroso arrecife de rocas conocido por los pescadores con el nombre de «arrecife dentado de Mansie». Cuando el viento soplaba desde oriente, las olas rompían en ese arrecife con estrépito de trueno, y la llovizna de espuma era proyectada hasta mucho más allá de mi casa, hasta las colinas que había detrás. En sí misma, la bahía era noble y magnífica, aunque demasiado expuesta a las galernas procedentes del norte y del este, y demasiado temida por su arrecife para que los marineros recurriesen a ella con frecuencia. Aquel lugar solitario tenía algo de novelesco. Más de un día tranquilo he salido en mi lancha y, mirando por encima de los costados, he podido ver en las profundidades las siluetas ondulantes y fantasmales de unos peces enormes, peces, según me pareció, como ningún naturalista había visto jamás, y que mi fantasía transformaba en los genios de aquella bahía desolada. En una ocasión, estando en la orilla una noche tranquila, brotó un grito desgarrado, como de una mujer presa de irremediable dolor, desde el seno profundo del mar, y se fue propagando por la atmósfera callada, unas veces apagándose y otras vibrando con mayor fuerza, durante unos treinta segundos. Este grito lo oí con mis propios oídos.

En lugar tan extraño, con las colinas eternas a mi espalda y el mar eterno enfrente, trabajé y medité durante más de dos años sin que me molestasen los demás hombres. Poco a poco acostumbré a mi vieja sirvienta a adquirir hábitos de silencio, hasta el punto de que rara vez abría la boca, aunque no tengo la menor duda de que su lengua se desquitaba del obligado descanso durante los pocos días que, dos veces al año, se pasaba visitando a sus parientes, que residían en Wick. Casi había llegado a olvidarme de que pertenecía a la familia humana, y me pasaba la vida tratando únicamente con

los muertos cuyos libros leía, cuando ocurrió un episodio que dirigió mis pensamientos por un nuevo derrotero.

Después de tres días tormentosos del mes de junio vino otro de calma y de sosiego. Ni un soplo de aire agitaba el crepúsculo. El sol se hundía por occidente detrás de una línea de nubes purpúreas, y la lisa superficie de la bahía mostraba las cicatrices de algunas pinceladas de color escarlata. Los charcos dejados por la marea a lo largo de la playa se destacaban como goterones de sangre sobre la arena amarilla, como si algún gigante herido hubiese cruzado por ella trabajosamente, dejando detrás de sí aquellas rojas huellas de sus heridas dolorosas. A medida que fue cerrando la oscuridad, algunos retazos de nubes que flotaban a poca altura sobre el horizonte oriental se cuajaron formando grandes cúmulos irregulares. El barómetro estaba todavía bajo, y comprendí que se estaba fraguando algo malo. A eso de las nueve de la noche llegó desde el mar un gemido apagado, como de quien, después de verse muy maltratado, comprende que le llega otra vez la hora del sufrimiento. A las diez se levantó una brisa muy viva del lado de oriente. A las once se había incrementado hasta transformarse en ventarrón, y hacia la medianoche se había desatado la galerna más furiosa de la que tengo memoria en aquella costa tormentosa.

Al ir a acostarme, la gravilla y las algas marinas tamborileaban en mi ventana abuhardillada, y el viento gemía como si cada ráfaga fuese un alma en pena. Por aquella época los diferentes ruidos de la tempestad habían llegado a ser para mí lo mismo que una canción de cuna. Estaba seguro de que los viejos muros del edificio la rechazarían, y me preocupaba muy poco lo que de muros afuera pudiese ocurrir en el mundo. La vieja Madge, por su parte, estaba tan endurecida para esas cosas como yo mismo. Me llevé, pues, una sorpresa cuando a eso de las tres de la madrugada me despertaron los fuertes golpes dados a la puerta de mi cuarto y los agitados chillidos que lanzaba la ceceante voz de mi ama de llaves. Salté de mi hamaca y le pregunté con aspereza qué ocurría.

—¡Señor, señor! ¡Baje, por Dios, baje! Un barco grande va a chocar contra el arrecife, y la pobre gente grita pidiendo socorro. Yo creo que todos se van a ahogar. ¡Oh, señor M’Vittie, baje, por favor!

—¡Calla la boca, bruja! —le grité colérico—. ¿Y a ti qué te importa que se ahoguen o no? Vuelve a tu cama y déjame en paz.

Volví a meterme en la cama y me tapé con las mantas, diciéndome para mis adentros: «Esos hombres de ahí afuera han pasado ya por la mitad de los espantos de la muerte. Si ahora se salvan, tendrán que volver a pasar por ellos

dentro de pocos años. Es, pues, preferible que acaben su vida ahora que han probado lo que resulta más doloroso que el dolor de morir». Con esos pensamientos traté de conciliar de nuevo el sueño. La filosofía, que me había enseñado a considerar la muerte como un incidente trivial en la carrera eterna y siempre cambiante del hombre, también había amortiguado mucho en mí la curiosidad por las cosas materiales.

Sin embargo, en esta ocasión descubrí que la vieja levadura fermentaba todavía en mi alma con gran fuerza. Di vueltas y más vueltas en la cama durante algunos minutos y traté de acallar los impulsos espontáneos recurriendo a las normas de conducta que me había trazado en meses de meditaciones. Oí un fuerte retumbo entre el salvaje ulular del viento y comprendí que era un cañonazo de advertencia. Arrastrado por un impulso irrefrenable, me levanté, me vestí y, después de encender mi pipa, me fui caminando hasta la playa.

Reinaba la más completa oscuridad cuando salí de la casa, y la violencia del viento era tal que tuve que ponerme de costado para poder avanzar por la gravilla. Los granitos de arena, arrastrados por el viento, picoteaban mi cara, produciéndome una sensación de escozor, y las rojas pavesas de mi pipa formaban estelas detrás de mí, bailando una danza fantástica en la oscuridad. Marché hasta donde el oleaje rompía con estrépito, y cubriéndome los ojos con las manos, para apartar la rociada menudísima, traté de penetrar con la vista en las tinieblas del mar. No logré distinguir nada, a pesar de que con cada ráfaga de viento me parecía escuchar gritos y alaridos inarticulados. De pronto distinguí una luz, y enseguida se iluminó toda la bahía con un vivísimo resplandor azulado. A bordo del barco habían encendido una bengala de color. La embarcación estaba en la mitad del arrecife tumbada de costado en un ángulo tal que pude distinguir toda la superficie de su cubierta. Era una gran goleta de dos mástiles, de aparejo extranjero, y estaba a ciento ochenta o doscientas yardas de la playa. Mástiles, vergas y jarcias, hasta la cuerda más pequeña en tensión, se destacaban con nitidez a la luz lívida que lanzaba destellos y chisporroteos desde la parte más alta del castillo de proa. Más allá del barco desdichado iban saliendo de la oscuridad largas líneas en movimiento de negras olas, una tras otra, incansables, luciendo aquí y allá sobre sus crestas un petulante penacho de espuma. Todas esas olas, al entrar en el ancho círculo de luz fantasmal de la bengala, parecían reunir energía y volumen para luego precipitarse con mayor ímpetu, con retumbos y chirriantes estrépitos, sobre su víctima. Logré distinguir a diez o doce marineros asustados que se aferraban a los obenques de barlovento. Cuando la

luz de la bengala les descubrió mi presencia, volvieron hacia mí sus lívidos rostros y agitaron sus manos en actitud suplicante. Sentí que se despertaba mi indignación contra aquellos pobres gusanos acobardados. ¿Por qué tenían la pretensión de esquivar el estrecho sendero por el que ha viajado todo cuanto hay de grande y de noble en la humanidad? Uno de aquellos náufragos me interesó más vivamente que los demás. Era un hombre de gran estatura, que permanecía de pie y apartado de los demás, balanceándose con el movimiento del buque náufrago, como si desdeñase el aferrarse a una cuerda o a una amurada. Tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda y la cabeza caída sobre el pecho; pero a pesar de esa actitud de abatimiento, había en su postura tal agilidad y decisión, al igual que en todos sus movimientos, que no parecía hombre fácil de entregarse a la desesperación. Más aún: por las rápidas ojeadas que de cuando en cuando dirigía por todas partes, comprendí que estaba sopesando todas las probabilidades de salvarse. Pero aunque miraba con frecuencia por encima de los rompientes furiosos hasta el lugar de la playa en el que podía distinguir mi negra figura, el propio respeto de sí mismo, o alguna otra razón, le impedía suplicar de ninguna manera mi ayuda. Permaneció en esa actitud, sombrío, silencioso e inescrutable, contemplando el mar amenazador y esperando la suerte que el destino le tenía reservada, cualquiera que fuese.

Me pareció que iba a tardar muy poco la resolución de aquel problema. Mientras contemplaba la escena, una ola enorme, que descollaba por encima de todas las demás y que venía a la zaga de éstas, igual que un pastor que sigue a su rebaño, pasó por encima del buque náufrago. El mástil delantero de éste se quebró de raíz y fue arrastrado; los hombres que se aferraban a los obenques fueron barridos igual que un enjambre de moscas. Con un crujido de desgarro y de hendidura, el barco empezó a partirse en dos por el punto en que la cresta aguda del arrecife estaba aserrando su quilla. El hombre solitario del castillo de proa corrió rápidamente por la cubierta y se agarró a un bulto blanco que yo había visto ya, pero no consiguió salir de la embarcación. En el momento en que ese hombre alzaba el bulto, la luz de la bengala se proyectó sobre él, y entonces me di cuenta de que aquel objeto era una mujer, y que su cuerpo estaba atado y sujeto por debajo de los brazos a una verga, de manera que su cabeza sobresaliese en todo momento por encima de las aguas. Aquel hombre la transportó con mucho cuidado hasta el costado de la embarcación y pareció que durante unos momentos le hablaba, como explicándole la imposibilidad de permanecer a bordo. Pero la respuesta que ella le dio fue por demás extraordinaria, porque la vi levantar deliberadamente la mano y

abofetearle. Este acto pareció que le hizo callar durante unos momentos, pero luego siguió hablándole, como si le diese instrucciones de cómo debía conducirse cuando fuese lanzada a las aguas. Eso deduje de sus gestos y ademanes. La mujer se echó hacia atrás, pero él la agarró entre sus brazos. Se inclinó un instante sobre ella como para besarla en la frente. En ese momento avanzó una ola enorme y se encrespó al chocar contra el costado de la embarcación, que estaba a punto de quebrarse, y aquel hombre se inclinó hacia delante y colocó a la mujer en la cresta de la ola con el mismo mimo que si colocara a una niña en su cuna. Distinguí el blanco vestido de la mujer ondulando entre la espuma sobre la cresta de la ola terrible, y después se fue apagando poco a poco la luz y desaparecieron de mi vista el buque destrozado y su ocupante solitario.

Contemplando aquello, mi humanidad se sobrepuso a mis teorías filosóficas, y sentí un loco impulso de reunir mis fuerzas y lanzarme a la acción. Arrojé a un lado mi cinismo, igual que una prenda de vestir que podría volver a ponerme en cualquier momento, y me precipité desaforadamente sobre mi lancha y mis remos. Cierto que mi bote hacía agua por todas partes, pero ¿qué importaba eso? ¿Iba yo, el hombre que en muchas ocasiones había dirigido miradas anhelantes e inquietas a una botella de opio, iba yo a ponerme ahora a sopesar probabilidades y calcular riesgos? Arrastré mi lancha hasta la orilla del agua, tirando con toda la energía de un hombre frenético, y salté dentro. Durante unos momentos no estuve seguro de que mi lancha pudiera resistir el hervor de los rompientes, pero con una docena de remadas furiosas logré atravesarlos, con la lancha casi llena de agua, pero a flote todavía. Salí de ese modo al espacio en que las olas avanzaban sin romperse, y unas veces me sentía levantado hasta lo más alto, para luego caer por el otro lado hasta una gran profundidad. Por último, al levantar la vista, pude distinguir el brillo de la espuma que me rodeaba sobre el fondo lóbrego del firmamento. A mis espaldas, ya muy lejos, oía los desconsolados llantos de la anciana Madge, que, al ver que me lanzaba mar adentro, pensó que se había apoderado de mí el más grande de mis accesos de locura. Mientras remaba, iba mirando por encima del hombro, hasta que distinguí el confuso perfil blanco de la mujer sobre la panza de una ola grandísima que avanzaba hacia mí. Inclinándome por encima de la borda, la agarré cuando pasaba por mi lado, y haciendo un esfuerzo la levanté, totalmente empapada, y la metí dentro de la lancha. No tuve necesidad de remar hacia atrás, porque la siguiente ola nos arrastró y lanzó la lancha, dejándola varada en la arena. Arrastré la embarcación hasta dejarla en lugar seguro, y a continuación alcé

en mis brazos a la mujer y la llevé hasta la casa, seguido de mi ama de llaves, que me felicitaba y elogiaba a grandes gritos.

Una vez hecho aquello, vino la reacción. Me di cuenta de que mi carga estaba viva, porque escuché los débiles latidos de su corazón al acercar mi oído a su costado en el momento de llevarla encima. En vista de eso, la coloqué junto al fuego que Madge había encendido, y lo hice con la misma escasa simpatía que si se tratase de un haz de leña. Ni un solo instante la miré para ver si era bonita o no. Desde hacía muchos años no me interesaba la cara de una mujer. Sin embargo, cuando estaba ya en el piso superior y acostado en mi hamaca, oí que la anciana se esforzaba por hacerla entrar en calor, repitiendo constantemente el mismo estribillo de: «¡Oh, la pobre muchacha! ¡Oh, una muchacha tan bonita!», de lo que deduje que aquel desperdicio marino era una mujer joven y bien parecida.

* * *

La mañana que siguió a la galerna fue sosegada y llena de sol. Mientras paseaba a lo largo de la gran extensión de arena, llegaba a mis oídos el jadeo del mar. En los arrecifes era siseante y violento, pero en la orilla de la playa se oía como un suave palmoteo. No se veía por ninguna parte el barco náufrago, ni se descubrían en la playa restos del mismo, lo cual no me produjo sorpresa, pues sabía que la resaca era muy grande en aquellas aguas. Por encima del escenario del naufragio se cernían en vuelo rasante dos gaviotas de anchas alas, como si descubriesen en lo profundo de las aguas muchas cosas extrañas. De cuando en cuando llegaba a mis oídos su ronca voz, pareciendo que hablaban entre sí de lo que veían.

Cuando regresé a casa después de mi excursión, la mujer me estaba esperando en la puerta. Al verla me empezaron a acometer arrepentimientos de haberla salvado, porque aquello equivalía al final de mi vida de aislamiento. Era muy joven —tendría como mucho diecinueve años—, su cara era pálida y denotaba cierto refinamiento, sus cabellos rubios, los ojos azules y alegres y la dentadura brillante. Su belleza pertenecía a las de tipo etéreo. Blanca, leve y frágil, podría haber sido el espíritu de la propia espuma tormentosa de la que la había sacado. Se había colocado alrededor del cuerpo algunas de las ropas de Madge de una manera que resultaba rara, pero no le quedaba mal. Cuando avancé pesadamente por el sendero, la joven alargó los brazos con un hermoso gesto de niña, y corrió hacia mí, supongo que para darme las gracias por haberla salvado, pero yo la aparté con un vaivén de mi mano y seguí adelante. Esta actitud pareció herirla y rompió a llorar, pero me

siguió hasta el cuarto de estar y se quedó mirándome con ansiedad. Yo le pregunté de pronto:

—¿De qué país procede?

Ella sonrió al oírme hablar, pero movió negativamente la cabeza, y yo le pregunté:

—¿Francesa? ¿Holandesa? ¿Española?

Y a cada pregunta mía movía negativamente la cabeza. Luego se puso a chacharear de una manera interminable en una lengua de la que no entendí una sola palabra.

Sin embargo, después del desayuno descubrí una clave por la que deduje su nacionalidad. Al recorrer nuevamente la playa, distinguí en una hendidura del arrecife un trozo de madera que había quedado incrustado en ella. Me lancé al mar con mi lancha, y conseguí traer ese trozo de madera hasta la playa. Era un trozo que correspondía a la parte de la popa de una lancha, y sobre ella, o más bien en el trozo de madera clavado allí, estaba pintada la palabra *Arkángel* en letras raras y poco corrientes. Mientras salía del agua chapoteando lentamente, pensé: «Según esto, esta pálida señorita es rusa. ¡Una digna súbdita del zar blanco y habitante apropiada para las costas del mar Blanco!». Me resultó extraño que una mujer de aspecto tan refinado realizase un viaje tan largo en tan frágil embarcación. Cuando estuve de regreso en casa, pronuncié varias veces, y dándole distintas entonaciones, la palabra *Arkángel*, pero no pareció comprenderla.

Durante toda la mañana permanecí encerrado en el laboratorio, ocupado en las investigaciones que estaba realizando sobre la naturaleza de las formas alotrópicas del carbón y del azufre. Cuando salí al mediodía para comer un bocado, la joven estaba sentada junto a la mesa, provista de hilo y aguja, cosiendo algunos desgarrones de sus vestidos, que se habían secado ya. Me molestó su continua presencia, pero no podía echarla a la playa para que buscase cobijo. Ahora me ofreció un nuevo aspecto de su carácter. Apuntando con el índice hacia sí misma, y luego hacia el lugar del naufragio, levantó hacia arriba un solo dedo, y yo comprendí que me preguntaba si era la única persona que se había salvado. Le dije que sí con un movimiento afirmativo de cabeza. Entonces, saltó de la silla, y se puso de pie lanzando un grito de júbilo; levantó el vestido que estaba cosiendo por encima de la cabeza, y agitándolo a uno y otro lado al mismo compás que movía su cuerpo, se puso a bailar por toda la habitación con la misma ligereza que si fuese una pluma, y luego salió por la puerta abierta a la luz del sol, y siguió bailando. Mientras

giraba de un lado a otro se puso a cantar con voz aguda y quejumbrosa una canción extrañamente bárbara, que expresaba gran alegría. Yo salí y le grité:

—¡Entre y permanezca callada, joven diablesa!

Pero la joven siguió bailando. De pronto vino corriendo hacia mí, me agarró de la mano, y antes de que pudiera retirarla de un tirón, me la besó. Cuando estábamos comiendo, vio un lápiz mío, lo cogió y escribió en un papel estas dos palabras: «Sofía Ramusine». Luego se apuntó con el dedo hacia sí misma, como dando a entender que aquél era su nombre. Después me entregó el lápiz, esperando, sin duda, que yo sería tan comunicativo como ella, pero yo lo guardé en el bolsillo, dando a entender de ese modo que no deseaba mantener conversación con ella.

Desde entonces lamenté durante toda mi vida la precipitación irreflexiva con que había salvado a aquella mujer. ¿Qué suponía para mí el que viviese o hubiese muerto? Yo no era un joven alocado para haber actuado de ese modo. Bastante inconveniente era el no poder prescindir de tener a Madge en casa; pero era vieja y fea, y podía uno desentenderse de ella, como si no existiese. Esta otra mujer era joven y vivaracha, y de una condición capaz de apartar mi atención de otras cosas más trascendentales. ¿Adónde la enviaría, y qué podía hacer con ella? Si advertía de lo ocurrido a las autoridades de Wick, eso equivalía a que los funcionarios y otras personas acudirían a mi casa, lo espiarían y curiosearían todo, y ello daría lugar al cotilleo de la gente. Ese pensamiento me resultaba odioso: era preferible soportar la presencia de aquella mujer.

No tardé en descubrir que me estaban reservadas nuevas molestias. No hay lugar en que uno pueda considerarse a salvo de la raza inquieta y entrometida a la que pertenezco. Aquel atardecer, cuando el sol se ocultaba detrás de las colinas envolviéndolas en negras sombras, pero dorando al mismo tiempo las arenas y envolviendo el mar en magníficas luminosidades, salí, según tenía por costumbre, a dar un largo paseo por la playa. A veces llevaba un libro. Aquel día lo llevaba. Me tendí, pues, en una pequeña duna de arena y me dispuse a leer. Estaba leyendo cuando se interpuso entre el sol y yo una sombra. Me volví a mirar, y descubrí con gran sorpresa mía a un hombre de gran estatura y fortaleza que se había detenido a pocas yardas de distancia de donde yo estaba. Pero no me miraba a mí, sino que, ignorando mi presencia, miraba por encima de mi cabeza y con expresión ensombrecida hacia la bahía y hacia la negra línea de los peñascos del arrecife de Mansie. Era de tez morena, cabellos negros, barba corta y rizada y nariz aguileña. Lucía en sus orejas aros de oro, y la impresión general que producía era de

ferocidad, pero también de cierta nobleza. Vestía chaqueta de pana algo ajada, y camisa encarnada de franela, con botas altas de mar que le llegaban hasta la mitad de los muslos. Lo identifiqué de una sola ojeada como el hombre que la noche anterior había quedado entre los restos del buque, y le pregunté con tono impertinente:

—¡Hola! Por lo que veo, pudo usted llegar a tierra sin inconveniente.

—Así es —me contestó en correcto inglés—. No fue mérito mío, sino de las olas que me arrastraron. ¡Ojalá me hubiese ahogado! Dos buenos hombres, pescadores, que viven al otro lado de aquel cabo, me sacaron del agua y me atendieron. Honradamente, no puedo agradecérselo.

«Vaya, vaya. Éste es uno de los míos», me dije para mis adentros, y luego le pregunté:

—¿Y por qué razón quería morir ahogado?

Aquel hombre alzó los brazos con un gesto de furor y desesperación, y exclamó:

—Porque allí, en el fondo de esa bahía sonriente, yace mi alma, mi tesoro, todo lo que yo amaba y para lo que yo vivía.

Yo le contesté:

—Bien. Todos los días se muere la gente y no hay por qué armar por esa causa un alboroto. Permítame que le diga que este terreno por el que usted se pasea es de mi propiedad, y que cuanto antes salga de él, más satisfecho me sentiré. Ya es bastante molestia tener que aguantar a uno de ustedes.

—¿A uno de nosotros? —dijo él casi sin aliento.

—Así es. Y le agradecería muchísimo más que usted se la llevase.

Se quedó mirándome fijamente, como si no acabase de comprender el alcance de mis palabras. Y, de pronto, lanzó un alarido salvaje y se alejó de mí, corriendo a una velocidad prodigiosa por la playa arenosa en dirección a mi casa. Jamás he visto correr a un ser humano a semejante velocidad. Le seguí a todo lo que dieron mis piernas, colérico ante tan descarada injerencia; pero mucho antes de que yo llegase a mi casa, él ya había desaparecido por la puerta abierta. Llegó hasta mis oídos un chillido procedente del interior de la casa y, al acercarme, pude escuchar la voz grave de un hombre que hablaba con rapidez y gritando. Al asomarme al interior, Sofía Ramusine estaba en un rincón, agazapada y pegada a la pared, con una expresión de miedo y de aborrecimiento en la cara, vuelta hacia otro lado, y en todas las líneas de su cuerpo, que parecía querer huir de aquel hombre. El intruso, con ojos llameantes y las manos extendidas y trémulas de emoción, vertía un torrente de frases apasionadas y suplicantes. En el momento en que entré, dio un paso

hacia delante, y ella hizo un movimiento como para apartarse aún más de él, y dejó escapar un grito agudo, como el del conejo cuando el hurón le clava los dientes en el cuello.

—¡Escuche! —le dije yo, apartándole de ella de un tirón—. ¡Vaya una conducta la suya! ¿Qué se propone? ¿Por ventura ha creído que esto es un mesón o que se encuentra en un lugar público?

—Perdóneme, señor —me contestó él—. Esta mujer es mi esposa y yo la daba por ahogada. Me ha devuelto usted a la vida.

—¿Quién es usted? —le pregunté con aspereza.

—Soy un hombre de Arkángel. Un ruso —se limitó a contestarme.

—¿Cómo se llama usted?

—Ourganef.

—¿Usted se llama Ourganef y ella Sofía Ramusine? No es su mujer. No lleva anillo.

—Somos marido y mujer ante Dios —contestó solemnemente, mirando hacia lo alto—. Estamos unidos por lazos más altos que los de la tierra.

Mientras él hablaba, la joven se refugió detrás de mí y me agarró la mano, oprimiéndomela como si me pidiese protección. El hombre prosiguió:

—Entrégueme a mi esposa, señor. Permítame llevármela de aquí.

—Óigame bien, usted…, como se llame —respondí con severidad—. Yo no quiero a esta joven en mi casa, y ojalá que no la hubiese conocido. Ningún pesar me produciría que se muriese. Ahora bien: eso de entregársela cuando es evidente que le teme y le aborrece, no lo haré. De modo que lárguese de aquí con su voluminosa humanidad y déjeme tranquilo con mis libros. Espero no volver a tropezarme con usted.

—¿Que no me la entrega usted? —me preguntó con rudeza.

—¡Antes lo veré en el infierno!

—¿Y si me la llevo? —gritó, y su cara morena se ensombreció todavía más.

Toda la ferocidad de mi sangre se encrespó en un instante. Eché mano a un tronco de leña que había cerca de la chimenea, y le dije en voz baja:

—¡Váyase! Váyase pronto, porque podría, si no, hacerle daño.

Me miró un instante con expresión irresoluta, y luego abandonó la casa. Pero volvió casi enseguida, y se quedó contemplándonos desde el umbral. Por fin dijo:

—Tenga cuidado con lo que hace. Esa mujer me pertenece y será mía. Si hay que andar a golpes, tanto vale un ruso como un escocés.

—Eso ya lo veremos —grité yo, saltando hacia delante.

Pero él había desaparecido, y sólo pude distinguir su cuerpo alto y voluminoso que se alejaba por entre las sombras cada vez más cerradas del crepúsculo.

No ocurrió nada destacable durante un mes o más. No hablé ni una sola vez con la joven rusa, ni ella me dirigió nunca la palabra. A veces, cuando trabajaba en el laboratorio, ella se deslizaba dentro y permanecía sentada en silencio, contemplando mi trabajo con sus grandes ojos. Al principio me molestaba tal entretenimiento; pero, poco a poco, al ver que ella no trataba de atraer mi atención, le permití que se quedara. Animada por esa concesión mía, fue acercando gradualmente hasta mi mesa el taburete en que se sentaba, y al cabo de varias semanas, avanzando cada día un poco más, se abrió camino hasta donde yo me encontraba, y si me veía trabajar, ella se colocaba de pie a mi lado. En esa postura, y sin imponerme jamás en modo alguno su presencia, se las arreglaba para serme sumamente útil, sosteniendo mis plumas, mis tubos de ensayo o las botellas, y entregándome todo lo que yo necesitaba, con una intuición que jamás le falló. Sin tener en cuenta que era un ser humano, y considerándola simplemente como una útil máquina automática, acabé por acostumbrarme a su presencia hasta el punto de echarla de menos en las escasas ocasiones en que la joven no estaba en su puesto. Yo tengo la costumbre, cuando estoy trabajando, de hablar, de vez en cuando, en voz alta conmigo mismo, porque de ese modo grabo mejor los resultados en mi memoria. Con seguridad que aquella joven estaba dotada de una memoria sorprendente para los sonidos, porque, como es natural, ignoraba en absoluto lo que ellas significaban. Experimenté en ocasiones un verdadero placer oyéndola cómo repetía una ráfaga de ecuaciones químicas y de símbolos algebraicos a la vieja Madge; acto seguido rompía en una sonora carcajada cuando la vieja movía la cabeza, convencida, sin duda, de que le hablaba en ruso.

Nunca se alejaba de la casa más que unas pocas yardas, y jamás puso el pie fuera del umbral sin antes mirar cuidadosamente por las distintas ventanas, a fin de tener la seguridad de que no andaba nadie por allí. Eso me hizo sospechar que su paisano seguía viviendo por aquellos alrededores, y que la mujer temía que tratase de raptarla. Aún hizo algo más, que fue muy significativo. Yo tenía un viejo revólver y algunos cartuchos, que tiré entre otros objetos que de nada me servían. La joven lo encontró un día, y procedió a limpiar el revólver y aceitarlo. Después lo colgó cerca de la puerta, con los cartuchos en una bolsita al lado del arma. Siempre que yo salía de paseo, la joven rusa descolgaba esos objetos e insistía en que los llevase encima. En

ausencia mía se cerraba siempre dentro con cerrojo. Aparte de estos recelos, parecía vivir feliz, muy atareada en ayudar a Madge cuando no estaba ayudándome a mí. Era de una maravillosa agilidad de dedos y muy briosa en todos los quehaceres domésticos.

No tardé mucho en descubrir que sus recelos estaban bien fundados, y que el hombre de Arkángel andaba al acecho por los alrededores. Una noche en que me sentía desasosegado, me levanté y miré por la ventana al exterior. La noche estaba algo nubosa, y sólo con dificultad pude distinguir la línea del mar y la sombra de mi lancha en la bahía. Sin embargo, seguí mirando, y mis ojos acabaron por acostumbrarse a la oscuridad. Entonces me di cuenta de que en las arenas se distinguía un borrón negro, precisamente frente a mi puerta, donde yo estaba seguro de que no había nada la noche anterior. Seguí mirando a través de los paneles en forma de diamante de mi ventana, y me esforcé por aclarar qué podía ser aquello. De pronto, un gran banco de nubes que ocultaba la faz de la luna se deslizó, dejándola al descubierto, y un torrente de luz fría y nítida inundó la bahía silenciosa y la gran extensión de sus costas desoladas. Entonces distinguí qué era lo que estaba contemplando desde la puerta de mi casa. Era él, el ruso. Se hallaba acurrucado como un sapo gigantesco, en cuclillas, según la costumbre de los mogoles, y con los ojos clavados aparentemente en la ventana del cuarto en que dormían la joven y el ama de llaves. La luz le dio en el rostro, que tenía vuelto hacia arriba, y distinguí otra vez la gracia aguileña de su rostro, pero con una profunda arruga en su ceño, y la barba proyectada hacia delante, con la expresión de un temperamento apasionado. Mi primer impulso fue el de pegarle un tiro por haber penetrado en terreno de propiedad ajena; pero, al seguir contemplándolo, mi enojo se convirtió en compasión y desvelo, porque me dije para mis adentros: «¡Pobre estúpido! ¿De modo que es posible que tú, que hace días te vi mirar sin pestañear a la muerte inminente, tienes todos tus pensamientos y tus ambiciones centrados en este lamentable pedacito de joven, una joven que, además, huye de ti y te odia? Habría muchas mujeres que se enamorarían de ti, aunque sólo fuese por tu cara morena y ese bello corpachón tuyo, y, sin embargo, tú sigues empeñado en perseguir a la única entre un millar que nada quiere saber de ti».

Al volver a meterme en la cama, ese pensamiento me arrancó glogloteos de risa. Sabía que los barrotes de mis ventanas eran sólidos, y mis cerrojos gruesos. Poco me importaba que aquel hombre extraño se pasase las noches delante de mi puerta o a un centenar de leguas de distancia, con tal que desapareciese a la mañana siguiente. Tal y como esperaba, cuando me levanté

y salí no se veía rastro de él por ninguna parte, ni había dejado señal de su centinela nocturna.

Sin embargo, no tardé en verlo de nuevo. Yo había salido cierta mañana para hacer una excursión en lancha, porque me dolía la cabeza, en parte por haber estado agachado demasiado tiempo, y en parte porque la noche anterior había aspirado los vapores de una droga dañina y sentía ahora sus efectos. Remé a lo largo de la costa por espacio de algunas millas, y luego, sentí sed y desembarqué en un lugar donde sabía que un arroyo de agua fresca desembocaba en el mar. Ese arroyuelo cruzaba por mis tierras, pero la desembocadura, que era donde yo me encontraba ese día, caía más allá de la línea que señalaba el límite de mi posesión. Me quedé bastante sorprendido cuando, al levantarme después de apagar mi sed, me encontré cara a cara con el ruso. Yo me había metido allí en terreno ajeno indebidamente, lo mismo que el ruso, y comprendí que éste lo sabía.

—Deseo hablar con usted —me dijo con gran seriedad.

Yo miré mi reloj y le contesté:

—Dese prisa, porque no tengo tiempo para prestar oídos a habladurías.

—¿Habladurías? —repitió con enojo—. ¿Sabe usted que los escoceses me resultan gente muy extraña? La expresión de su cara es severa y su manera de hablar es áspera; pero eso mismo les ocurre a los pescadores en cuya casa vivo y, sin embargo, por debajo de eso he podido descubrir que son gente buena y honrada. Seguro que usted también es bueno y honrado, a pesar de su rudeza.

—Por todos los diablos —le contesté—, diga lo que tenga que decir y lárguese por su camino. Ya estoy cansado de verle.

—¿No habrá manera de que sea usted razonable? —exclamó—. Fíjese, mire usted esto —sacó del interior de su chaqueta de pana una crucecita griega—. Fíjese, le digo. Nuestras religiones pueden ser diferentes, pero tenemos por lo menos este emblema que despierta en ambos unas ideas y unos sentimientos comunes.

—Yo no estoy muy seguro de eso —le contesté.

Él me miró pensativo y dijo por fin:

—Es usted un hombre por demás extraño. No llego a comprenderlo. Sigue usted interponiéndose entre Sofía y yo. Señor, ésa es una postura peligrosa. Créame, antes que sea demasiado tarde. ¡Si usted supiera lo que he tenido que hacer para ganar a esa mujer, si supiera cómo he puesto en peligro mi cuerpo y cómo he perdido mi alma! Usted resulta un obstáculo pequeño junto a algunos de los que ya he superado…; usted, al que un corte dado con un

cuchillo o un golpe dado con una piedra bastarían para apartarlo de mi camino para siempre. Pero que Dios me libre de hacerlo —gritó desatinadamente—. Ya estoy demasiado metido, demasiado metido. Cualquier cosa antes que eso.

—Lo mejor que podría hacer es regresar a su país, y no andar merodeando por estas dunas y perturbando mi tranquilidad —le contesté—. Cuando tenga las pruebas de que usted se ha marchado lejos de aquí, entregaré a esta mujer a la protección del cónsul ruso de Edimburgo. Hasta entonces la tendré bajo mi custodia, y ni usted ni ninguno de cuantos moscovitas existieron jamás me la arrebatará.

—¿Y qué se propone usted separándome de Sofía? —me preguntó—. ¿Se imagina que yo voy a maltratarla? ¡Pero, hombre, si yo daría sin reparo mi vida para ponerla a cubierto del daño más ligero! ¿Por qué obra usted de esta manera?

—Lo hago porque me viene en gana —le contesté—. Yo no doy a ninguna otra persona explicaciones de mi conducta.

Entonces él, ardiendo súbitamente en cólera, y adelantándose hacia mí con su áspera melena revuelta y sus manos morenas fuertemente apretadas, me gritó:

—¡Escúcheme! Si creyese que usted abrigara algún pensamiento deshonesto hacia esa muchacha, si tuviese por un solo instante motivos para creer que usted la retiene guiado por móviles bajos, tan seguro como que Dios está en los cielos que le arrancaría el corazón del pecho con mis propias manos.

Parecía que sólo el pensarlo sacaba al hombre fuera de sí, porque su rostro estaba contorsionado y sus manos se abrían y cerraban convulsivamente. Creí que se me iba a tirar al cuello, y poniendo la mano en la culata de la pistola le dije:

—Apártese, porque si me toca con un dedo lo mataré.

Él también se llevó la mano al bolsillo, y por un instante creí que iba a sacar un arma; pero lo que hizo fue sacar vivamente un cigarrillo; lo encendió, y se llenó rápidamente los pulmones con su humo. Sin duda ya sabía por experiencia que ése era el recurso más eficaz para dominar sus arrebatos. Luego dijo con voz más tranquila:

—Le dije a usted que me llamo Ourganef. Alexis Ourganef. Soy finlandés de nacimiento, pero me he pasado la vida recorriendo el mundo. Soy de los que jamás se sosiegan ni se asientan en un lugar para llevar una existencia tranquila. Cuando llegué a ser propietario de mi propio barco, apenas si hubo puerto desde Arkángel hasta Australia en el que yo no entrase. Yo era rudo,

montaraz y libre; pero había en mi pueblo de origen otro hombre muy peripuesto, de manos blancas y lengua melosa, hábil en las pequeñas fantasías y fatuidades que tanto aman las mujeres. Ese hombre joven me arrebató con sus artimañas y ardides el amor de la muchacha a la que había señalado como mía desde siempre, y que hasta entonces parecía inclinada en cierto modo a corresponder a mi pasión. Hice un viaje a Hammerfest en busca de marfil, y al regresar inesperadamente me enteré de que la mujer que era mi orgullo y mi tesoro iba a casarse con aquel muchacho de piel suave, y que ya el cortejo se había encaminado a la iglesia. En ese tipo de situaciones, señor mío, hay algo que cede dentro de mi cerebro, y no sé qué hacer. Desembarqué con la tripulación del barco, compuesta toda ella por hombres que habían navegado conmigo y que me eran tan leales como el acero, y nos encaminamos a la iglesia. Allí estaban ella y él delante del sacerdote, pero la ceremonia no se había consumado. Me metí entre ellos y le pasé el brazo a la novia alrededor de la cintura. Mis hombres hicieron retroceder a golpes al aterrorizado novio y a la concurrencia. Nos la llevamos a una lancha y de allí a bordo de nuestro barco; levamos anclas y nos lanzamos a navegar por el mar Blanco hasta que los campanarios de Arkángel desaparecieron detrás del horizonte. Ella dispuso de mi camarote, de mi cuarto y de toda clase de comodidades. Yo dormí entre mi gente en el castillo de proa. Confiaba en que, con el tiempo, desaparecería su aversión hacia mí, y que acabaría por consentir en casarse conmigo en Inglaterra o en Francia. Navegamos durante días y días. Vimos desaparecer a nuestras espaldas el cabo Norte, y fuimos contoneando la costa gris de Noruega; pero, a pesar de todas mis atenciones, no me perdonó que la hubiese arrancado de su enamorado de pálido rostro. Vino después esta condenada tormenta que destrozó mi barco y mis esperanzas, y que me ha privado hasta de la visión de la mujer por la que tanto había arriesgado. Quizá llegue todavía a amarme. Usted, señor —me dijo con ansiedad—, parece hombre que ha visto mucho mundo. ¿No cree que esa muchacha acabará por olvidarse de aquel hombre y amarme a mí?

—Estoy cansado de su relato —le dije yo, alejándome—. La verdad, creo que es usted un gran estúpido. Si cree posible que este amor que siente se extinguirá algún día, lo mejor que puede hacer es divertirse todo lo que pueda hasta que desaparezca. Si, por otro lado, es cosa inmutable, lo que más le conviene es cortarse el cuello, porque es el camino más breve para poner fin a todo. No puedo malgastar más tiempo en este asunto.

Me alejé precipitadamente y me encaminé a donde había dejado mi lancha. No volví ni una sola vez la cabeza; pero oí el ruido apagado de sus

pisadas en la arena, porque me siguió y me dijo:

—Le he contado a usted el principio de mi relato y algún día sabrá usted el final. Haría usted bien dejando libre a la muchacha.

No le contesté y empujé mi lancha aguas adentro. Cuando ya llevaba remando alguna distancia, me volví para mirar y vi su elevada figura de pie en la arena. Seguía mirándome con expresión pensativa. Cuando, unos minutos después, me volví otra vez, había desaparecido.

Desde aquel incidente, mi vida se deslizó durante mucho tiempo con la misma regularidad y monotonía que antes del naufragio. Había momentos en los que creía que el hombre de Arkángel se había marchado de una manera definitiva, pero algunas huellas de pies que descubría en la arena, y de manera especial un montoncito de ceniza de cigarrillo que encontré cierto día detrás de una pequeña elevación desde la que se divisaba mi casa, me previnieron de que seguía por aquellos alrededores, aunque sin dejarse ver. Mis relaciones con la muchacha siguieron siendo las mismas de antes. La vieja Madge sintió al principio algunos celos, como si temiese que iba a perder la poca autoridad que allí tenía. Sin embargo, se acomodó gradualmente a la situación, al comprobar mi absoluta indiferencia; y también, según he dicho antes, se benefició, porque nuestra invitada realizaba una gran parte de las tareas domésticas.

Voy acercándome al final de este relato, que he escrito mucho más por el placer de hacerlo que por el gusto que pueda producir a nadie. El final del extraño episodio en el que intervenía la pareja de rusos fue tan brutal e inesperado como el principio. Los acontecimientos de una sola noche me libraron de todas mis preocupaciones, y me dejaron una vez más solitario con mis libros y mis estudios, como lo estaba antes de aquella intromisión. Voy a tratar de explicar cómo ocurrió.

Había pasado el día entregado a tareas pesadas y fatigosas, por lo que resolví darme un largo paseo al atardecer. Cuando salí de la casa me llamó la atención el aspecto del mar. Parecía una lámina de cristal, y ni la más pequeña onda rizaba su superficie. En cambio, la atmósfera estaba henchida de aquel gemido indescriptible del que hablé antes; de un gemido que parecía la triste advertencia de inminentes perturbaciones que los espíritus de todos los que yacían en el fondo de aquellas aguas traicioneras enviaban a sus hermanos vivientes. Las esposas de los pescadores que viven a lo largo de aquella costa conocen el ominoso sonido, y se ponen a mirar ansiosamente hacia el mar con la esperanza de descubrir las velas pardas navegando en busca de la tierra.

Después de escucharlo, volví a entrar en la casa y miré el barómetro, que indicaba que se nos venía encima una noche tormentosa.

Al pie de las colinas por donde caminaba aquella tarde, la temperatura era fría y todo estaba apagado y monótono, pero las cimas aparecían envueltas en rosicler, y el mar estaba encendido por el sol poniente. No se veían en el firmamento nubes de importancia; pero el apagado gemido del mar iba aumentando en brío y potencia. Allá, a lo lejos, por el lado de oriente, distinguí un bergantín que se dirigía hacia Wick con un rizo en sus gavias. Era evidente que el capitán había interpretado los síntomas de la Naturaleza igual que yo. Más allá del bergantín, una capa de bruma larga y cárdena se extendía sobre la superficie de las aguas ocultando el horizonte. Entonces me dije: «Lo mejor que puedo hacer es darme prisa, no sea que el viento se levante antes de que pueda regresar».

Creo que estaría a media milla de la casa cuando me detuve súbitamente y me puse a escuchar con el aliento en suspenso. Mis oídos estaban habituados a los ruidos de la Naturaleza, al suspirar de la brisa y al sollozo de las olas, por lo que cualquier otra clase de ruido despertaba mi atención, aun viniendo de gran distancia. Esperé, con el alma puesta en el oído. Sí, otra vez se había oído el largo y agudo alarido de desesperación, que repercutió por encima de las arenas y levantó ecos en las colinas que tenía a mi espalda. Era un llamamiento doloroso de socorro. Venía de la dirección en que estaba mi casa. Me volví y eché a correr a todo lo que daban mis piernas, abriendo surcos en la arena y volando por encima del cascajillo. Mi cerebro se daba cuenta de una manera confusa, pero segura, de lo que había ocurrido.

A un cuarto de milla de mi casa hay una elevada duna de arena desde la que se domina todo el campo alrededor. Cuando llegué a lo alto de esa elevación, me detuve un instante. Allí estaba el viejo edificio gris, y más allá estaba mi lancha. Todo parecía tal como yo lo había dejado. Sin embargo, mientras miraba, volvió a oírse el agudo chillido, con más fuerza que antes, y un instante después salió por la puerta la alta figura del marinero ruso. Llevaba encima del hombro la forma blanca del cuerpo de la joven, y hasta en ese momento de precipitación parecía llevarla con ternura y con muestras de suave reverencia. Oí los gritos desatinados de la joven y los forcejeos desesperados por librarse de aquel hombre. Detrás de la pareja marchaba mi anciana ama de llaves, valerosa y leal, como un perro viejo incapaz ya de morder, pero que ladra y amenaza con sus encías desdentadas al intruso. La vieja Madge avanzaba con paso inseguro detrás del raptor, agitando en el aire sus brazos largos y descarnados, y lanzándole, sin duda alguna, ráfagas de

injurias e imprecaciones escocesas. Descubrí al primer golpe de vista que el raptor se dirigía hacia mi lancha. Surgió dentro de mi alma una súbita esperanza: que tendría tiempo para interceptar su camino. Corrí por la playa con toda la velocidad de que fui capaz y, mientras corría, metí un cartucho en mi revólver. Estaba resuelto a que aquélla fuese la última de sus intromisiones.

Llegué demasiado tarde. Para cuando alcancé la orilla del agua, él estaba cien yardas mar adentro, y la lancha se encabritaba a cada remada de sus brazos musculosos. Lancé un grito salvaje de cólera impotente y corrí por la orilla como un loco. Él se volvió y me vio. Entonces se levantó de su asiento, me saludó con una graciosa inclinación, y se despidió de mí agitando la mano. Pero sus gestos no eran triunfadores ni burlones. A pesar de mi cólera y de mi arrebato, me pareció una despedida solemne y cortés. Volvió después a sus remos y la pequeña lancha se alejó rápidamente por la bahía. El sol había traspuesto ya los montes, dejando sobre las aguas su única pincelada roja y monótona, que se extendía hasta confundirse con la bruma purpúrea que cubría el horizonte. La lancha se fue haciendo cada vez más pequeña conforme cruzaba aquella franja cárdena, hasta que, por fin, las sombras de la noche se cerraron a su alrededor y sólo fue un simple borrón sobre el mar solitario. Y, por fin, ese confuso borrón desapareció también y quedó cubierto por las tinieblas, por unas tinieblas que ya no se levantarían jamás.

¿Por qué razón iba yo y venía por la playa solitaria, colérico y furioso, como una loba a la que le han arrebatado su cachorro? ¿Acaso estaba yo enamorado de aquella muchacha moscovita? No, y mil veces no. No era yo hombre de falsear mi propia vida, ni de cambiar por completo el tenor de mis pensamientos y de mi existencia por amor a una tez blanca y a unos ojos azules. Mi corazón permanecía intacto. En cambio, mi orgullo sí que había quedado profundamente herido. ¡Pensar que no había sabido proteger a una desventurada que anhelaba mi ayuda y que confiaba en mí! Eso era lo que desgarraba mi corazón y hacía que la sangre bordonease en mis oídos.

Aquella noche se alzó del lado del mar un tremendo huracán, y las olas bramaron furiosas, rompiendo en la playa como si quisieran destrozarla y arrastrarla con ella al interior del océano. Aquel huracán y aquellos rugidos encontraron simpatía en mi espíritu desasosegado. Anduve toda la noche caminando de un lado para otro, empapado por las salpicaduras de las olas y por la lluvia, viendo brillar la blancura de los rompientes y escuchando los alaridos de la tormenta. Sentía odio en mi corazón contra el ruso. Uní mi débil voz a los alaridos del huracán, y grité con los puños cerrados:

—¡Ay, si volviese! ¡Ay, si estuviese aquí de vuelta!

Y volvió. Cuando el resplandor gris del amanecer se extendió por el cielo de oriente, iluminando la inmensa extensión de las aguas amarillas e inquietas sobre las que volaban las nubes de color pardo, volví a verlo. A pocos centenares de yardas de distancia, y a la orilla del mar, había un objeto largo y oscuro que había sido arrojado por la furia de las olas. Era mi lancha, muy quebrantada y astillada. Un poco más lejos, flotaba en las aguas poco profundas una cosa vaga e informe, envuelta en algas marinas y gravilla. Al primer golpe de vista comprendí que era el ruso, muerto y con la cara hacia abajo. Me metí precipitadamente en las aguas y lo arrastré hasta la playa. Sólo entonces, al volverle el rostro, descubrí que ella estaba debajo de él, que los brazos del muerto la ceñían, interponiéndose su cuerpo destrozado entre la joven y las furias de la tormenta. El furioso mar del Norte le había arrancado la vida a aquel hombre; pero, a pesar de toda su fuerza, no había conseguido apartar al monomaníaco de la mujer que amaba. Descubrí algunos indicios que me hicieron creer que el alma voluble de ella había llegado, por fin, durante la noche espantosa, a apreciar todo el valor del corazón leal y de los fuertes brazos que luchaban por ella y que la defendían con tanta ternura. ¿Por qué, si no, su cabecita se habría cobijado tan amorosamente en el ancho pecho, mientras sus cabellos de oro se entrelazaban con los de la barba de aquel hombre? ¿Por qué, de no ser así, la luminosa sonrisa de inefable felicidad y de triunfo, que ni la muerte misma había conseguido borrar de aquella cara morena? Me imagino que la muerte fue para aquel hombre más feliz que lo que había sido la vida.

Madge y yo les dimos sepultura en la costa del desolado mar del Norte. Allí yacen ambos en una sola fosa profunda, debajo de la arena amarilla. Pueden ocurrir en el mundo y a su alrededor cosas extraordinarias. Pueden llegar a su esplendor y derrumbarse los imperios, perecer dinastías, estallar y concluir grandes guerras; pero, despreocupados de todo, estos dos seres se abrazarán eternamente, dentro de su tumba solitaria, a orillas del océano rumoroso. Yo he pensado algunas veces que sus almas revolotean, como sombras de gaviotas, por encima de los rompientes de la bahía. Su lugar de descanso no está señalado por una cruz ni por ningún otro símbolo, pero la vieja Madge suele colocar, de cuando en cuando, flores silvestres sobre la tumba, y cuando yo en mis diarios paseos cruzo por allí y veo las flores frescas desparramadas sobre la arena, pienso en aquella extraordinaria pareja que vino desde muy lejos y rompió durante un corto tiempo la monotonía de mi vida sombría.



ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policiacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en Escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro

Historia de Waterloo (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902. Durante la I Guerra Mundial escribió La campaña británica en Francia y Flandes (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).